TRES CORAZONES Y TRES LEONES
POUL ANDERSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El caballero de voz metálica

El sable no estaba hecho para dar estocadas, pero Holger vio una abertura en el peto de su oponente y lo introdujo por ella. Saltaron chispas. El caballero se tambaleó, cayó sobre sus rodillas y luego al suelo con un terrible sonido metálico...

Holger pensó: *No sé nada de sables ni de lanzas... y sin embargo, ¿quién ganó este combate?*

Se arrodilló y abrió la visera del casco del caballero vencido. Desde el interior le contempló el vacío. No había nada dentro de la armadura. Debió estar vacía todo el tiempo.

A Roben y Karen Hertz

Prologo

Poul William Anderson nace el 25 de noviembre de 1926. El hecho de ser hijo de un ingeniero y una bibliotecaria, puede haber influido en su posterior afición por las letras y las estructuras tecnológicas, aplicadas a sus imperios galácticos de ficción. Su primera aparición profesional data de marzo de 1947 cuando, en colaboración con F. N. Waldrop, publica en el Astounding *el relato* Los hijos del mañana. *La crítica y los lectores americanos valoran más sus narraciones cortas, otorgándosele repetidamente numerosos premios por este motivo, por ejemplo:* La reina del aire y las tinieblas *(1971) y* Canto de cabra *(1972) reciben los Hugo y Nébula en los años: 1972 y 1973, respectivamente.* El viaje más largo *(1960) y* No hay tregua con los reyes *(1963) son premiados con el Hugo al mejor relato en los años 1961 y 1964.*

Poul Anderson se encuadra en un principio dentro de los autores del -Space Opera- clásico - imperios, guerras estelares, cuerpos de élite, héroes, supervillanos, monstruos, robots, chica en peligro, demiurgos, happy end- y la -Conquista del Espacio- (Night Piece, *1950), aunque el desarrollo de su obra encuadra la -Hard SF- -nuevas tecnologías, extrapolación, geografías imaginarias- y el - Time Opera-, como es el caso de su novela de aventuras temporales* The Corridors of Time *(1958). Su Ciencia Ficción más social y antropológica puede ser representada por* Carne compartida *(1968), premio Hugo 1969 a la mejor novela corta.*

Sus obras de Fantasía constituyen la faceta más desconocida de su narrativa. La escasa producción en este campo hace que editores y lectores le asocien fundamentalmente como autor de Ciencia Ficción. Sin embargo, su amor secreto es la aventura mítica de Fantasía. Este hecho es avalado en su paso por diferentes asociaciones como La Legión Hyboria, el club S.A.G.A. - junto a Lin Cárter, L. Sprague de Camp, John Jakes, Fritz Leiber, Michael Moorcock, Andre Norton y Jack Vance- y la formación con su familia de La Sociedad del Anacronismo Creativo-, interesada en la cultura medieval, y donde figura con el sobrenombre de Sir Béla de Eastmarch. Reflejo de esta afición es Tres corazones y tres leones *(1953), una novela de Épica Fantástica- que plantea un mundo paralelo, donde Holger Carlson, pacífico ingeniero, se transforma en el campeón carolingio Holger Danske que lucha contra las huestes de Caos para defenderá la humanidad. Moorcock es deudor de esta obra en sus posteriores ciclos sobre el multiuniverso. Otra de las narraciones a destacar de Anderson es* The Broken Sword *(1954), donde entra en el País de la Hadas con Scafloc, un niño criado por los Elfos. El héroe se humaniza, encontrando la derrota, el miedo y el amor. Se trata de un viaje trágico de aventura y muerte. Esta obra aparece publicada casi simultáneamente al primer volumen de* El señor de los anillos *de J. R. R. Tolkien. En* Hrolf Kraki's Saga *(1973) recupera el escritor su ascendencia danesa para reinventar un pasado mítico. Por último, en* La tempestad de una noche de verano *(1974) –de próxima aparición en Ícaro- nos relata la interferencia entre una Inglaterra en plena revolución industrial y un universo paralelo, donde los personajes de Shakespeare existen de verdad y quieren subvertir el mundo con su magia e irracionalismo.*

Poul Anderson puede equipararse a grandes autores de Literatura Fantástica como E. R. Edison, Fletcher Pratt, C. S. Lewis y Tolkien.

ALBERTO SANTOS CASTILLO

Julio 1990

Nota

AUNQUE ha pasado mucho tiempo, me siento obligado a escribir esto. Holger y yo nos conocimos hace algo más de 20 años. Fue en otra generación... otra edad. Los brillantes muchachos a quienes entreno ahora son amigables y todo eso, pero no pensamos en la misma lengua y de nada sirve pretender lo contrario. No tengo la menor idea de si serán capaces de aceptar una historia como ésta. Son mucho más sensatos de lo que lo éramos mis amigos y yo; y no parecen divertirse tanto en la vida. Por otra parte, han crecido rodeados de lo increíble. Mire cualquier publicación científica, o cualquier periódico, mire por la ventana y pregúntese si no es cierto que la extravagancia se ha convertido en el modo ordinario del mundo.

El relato de Holger no me parece totalmente imposible. Tampoco es que afirme que sea cierto. No tengo pruebas de una cosa ni de la otra. Mi esperanza es sólo que no se pierda completamente. Supongamos, en beneficio de la argumentación, que lo que oí fuera cierto. Entonces hay ahí implicaciones para nuestro propio futuro, y tendremos que utilizar ese conocimiento. O supongamos, lo que desde luego es mucho más sensato, que lo que aquí registro sólo es un sueño, o una historia muy exagerada. Sigo pensando entonces que merece la pena conservarla por ella misma.

Lo cierto es esto: Holger Carlsen vino a trabajar en el otoño del remoto año de 1938 para el equipo de ingeniería en el que yo estaba empleado. En los meses siguientes aprendí a conocerlo muy bien.

Era danés, y como la mayoría de los escandinavos jóvenes tenía un poderoso deseo de ver mundo. De adolescente, había recorrido a pie o en bicicleta la mayor parte de Europa. Más tarde, impulsado por la tradicional admiración de sus compatriotas hacia Estados Unidos, ganó una beca para una de nuestras universidades del Este, donde fue a estudiar ingeniería mecánica. Pasaba los veranos haciendo autoestop y trabajando en chapuzas por toda Norteamérica. Le gustaba tanto el país que, después de graduarse, obtuvo aquí una posición y pensó seriamente en naturalizarse.

Nosotros éramos sus únicos amigos. Era un tipo amable, hablaba lentamente, tenía los pies sobre el suelo, de gustos simples en su modo de vida y de buen humor; aunque de vez en cuando se soltaba e iba a un cierto restaurante danés a atiborrarse *desmorrebrvd y akvavit*[*]. Como ingeniero, era satisfactorio, aunque no espectacular, pues su talento se dirigía más hacia lo práctico que hacia el enfoque analítico. En resumen, mentalmente no era en absoluto notable.

Su constitución física ya era otro asunto. Era un gigante de metro noventa y tan ancho de hombros que no aparentaba esa altura. Jugaba al fútbol, desde luego, y podría haber figurado en el equipo de su universidad si los estudios no le hubieran quitado tanto tiempo. Tenía una cara cuadrada y dura, de pómulos altos, barbilla partida, una nariz ligeramente aplastada, cabello amarillo y grandes ojos azules. Podría haber hecho estragos entre las féminas del lugar de haber utilizado una técnica mejor, y me estoy refiriendo a que se preocupaba demasiado de no herir sus sentimientos. Pero esa ligera timidez probablemente le quitó una buena parte de las aventuras que podría haber tenido. En suma, Holger era un tipo medio agradable, lo que llamaríamos un buen muchacho.

Me contó algo sobre sus antecedentes.

[*] Pan y aguardiente nórdicos *(N. del T.).*

-Lo creas o no -me dijo sonriendo-, fui realmente el niño de los cuentos, ya sabes, el envoltorio que dejan en la puerta. Tendría sólo unos días cuando me encontraron en un patio de Helsnigor. Es ese sitio al que vosotros llamáis Elsinore, la ciudad natal de Hamlet. Nunca conocí mis orígenes. Esas cosas son muy raras en Dinamarca, por lo que la policía se esforzó en descubrirlos, pero no lo lograron. Enseguida fui adoptado por la familia Carlsen. En otros aspectos, no hay nada inusual en mi vida.

Eso era lo que él pensaba.

Recuerdo que una vez lo persuadí para que me acompañara a la conferencia de un físico: uno de esos tipos magníficos que sólo Gran Bretaña parece producir; científico, filósofo, poeta, crítico social, ingenioso; el retorno del Renacimiento en forma más atenuada. Aquel hombre estaba hablando de nueva cosmología. Desde entonces, los físicos han adelantado mucho, pero incluso en aquellos días las personas educadas solían recordar con cierta nostalgia aquellos tiempos en los que el universo era simplemente extraño: no incomprensible. El conferenciante terminó con algunas especulaciones sobre lo que podríamos descubrir en el futuro. Si la relatividad y la mecánica cuántica han demostrado que el observador es inseparable del mundo que observa; si el positivismo lógico había demostrado cuántos de nuestros hechos supuestamente sólidos son simples construcciones y convenciones; si los investigadores psíquicos han demostrado que la mente del hombre posee facultades insospechadas, comienza a parecemos que algunos de esos antiguos mitos y brujerías eran algo más que superstición. El hipnotismo y la curación de las condiciones psicosomáticas mediante la fe fueron rechazados en otro tiempo como leyenda. ¿Cuántas cosas de las que rechazamos hoy pueden estar basadas sobre observaciones fragmentarias, realizadas hace siglos, antes de que la existencia misma de un marco de referencia científico comenzara a condicionar qué hechos descubriríamos o no descubriríamos? Y ésta es sólo una cuestión sobre nuestro propio mundo. ¿Qué podemos decir de los otros universos? La mecánica ondulatoria admite ya la posibilidad de un cosmos completo coexistiendo con el nuestro. El conferenciante dijo que no sería difícil escribir las ecuaciones de una infinidad de esos mundos paralelos. Por necesidades lógicas, las leyes de la naturaleza variarían de uno a otro. ¡Por tanto, puede existir realmente, en algún lugar de esa ilimitada realidad, todo lo que uno pueda imaginar!

Holger bostezó durante casi todo el tiempo, y cuando después fuimos a tomar una copa hizo algunos comentarios sarcásticos.

-Estos matemáticos se exprimen demasiado la sesera, no me extraña que cuando no están de servicio se metan en metafísica. Reacción igual y opuesta.

-Has utilizado el término adecuado -le dije en tono de broma-. Aunque no lo pretendías.

-¿A qué te refieres?

-Metafísica. Literalmente, esa palabra significa después o más allá de la física. En otras palabras, cuando termina la física que conoces, esa que mide con instrumentos y calcula con la regla, comienza la metafísica. Y ahí es donde estamos ahora, muchacho: en el principio del más allá de la física.

-¡Puagh! -exclamó tras tomarse la bebida de un trago y hacer un gesto para pedir otra-. Se te ha pegado esa jerigonza.

-Bueno, quizá. Pero piénsalo un momento. *¿Conocemos* realmente las dimensiones de la física? ¿No las definimos simplemente en relación unas con otras? En un sentido absoluto, Holger, ¿qué eres? ¿Dónde estás? O más bien, ¿qué-dónde-cuándo eres?

-Soy yo, aquí y ahora, bebiendo este licor que no es demasiado bueno.

-Estás en un equilibrio... ¿en sintonía con qué?... ¿en la matriz de qué?... un continuo específico. Lo mismo que yo; puede decirse lo mismo de ambos. Ese continuo abarca una serie específica de relaciones matemáticas entre dimensiones como el espacio, el tiempo y la energía. Algunas de esas relaciones las conocemos con el nombre de «leyes naturales». Por tanto, hemos organizado cuerpos de conocimiento a los que damos los nombres de física, astronomía, química...

-¡Y vudú! -exclamó levantando la copa-. Creo que es el momento de que dejes de pensar y empieces a beber más en serio. *¡Skaal!*

Lo dejé pasar. Holger no volvió a hablar del tema. Pero debió recordar lo que le dije. Quizá incluso le ayudara un poco, mucho después. Me atrevo a pensarlo así.

Estalló la guerra al otro lado del océano, y Holger comenzó a preocuparse. Conforme pasaban los meses, se sentía cada vez más desgraciado. Carecía de convicciones políticas profundas, pero descubrió que odiaba a los nazis con un fervor que nos asombraba a ambos. Cuando los alemanes entraron en su país, se cogió una borrachera de tres días.

Sin embargo, la ocupación se había iniciado bastante pacíficamente. El Gobierno danés se había tragado la píldora amarga, se quedó en su puesto -fue el único de esos gobiernos que lo hizo- y aceptó el estatus de potencia neutral bajo protección alemana. No creo que eso significara falta de valor. Entre otras cosas, hizo que el rey pudiera impedir durante algunos años los ultrajes, especialmente a los judíos, que sufrieron los ciudadanos de otras naciones ocupadas.

Sin embargo, Holger se alegró cuando el embajador de Dinamarca ante Estados Unidos se puso a favor de los aliados y autorizó que entráramos en Groenlandia. Por aquel tiempo, casi todos nos dábamos cuenta de que Estados Unidos entraría antes o después en la guerra. El plan evidente de Holger era esperar a ese día, para unirse entonces al ejército. También podía alistarse ahora con los británicos, o con los noruegos libres. A menudo, dolido y asombrado de sí mismo, me admitió que no podía entender qué le impedía hacerlo.

Pero en 1941 llegó la noticia de que Dinamarca ya había soportado suficiente. Las cosas no habían llegado todavía hasta la explosión que finalmente se produciría, cuando una huelga general impulsó a los alemanes a deshacer el Gobierno real y gobernar el país como» otra provincia conquistada. Pero ya empezaban a escucharse tiros y explosiones de dinamita. Holger necesitó mucho tiempo y cerveza para tomar su decisión. De alguna manera, tenía la fijación de que debía regresar a su patria.

Aquello no tenía sentido, pero no podía librarse de esa obsesión, y finalmente cedió. A la séptima va la vencida, cono dicen en su país, y no era un estadounidense, sino un danés. Abandonó un trabajo, le dimos una fiesta de despedida y z*arpó* en un barco sueco. Desde Hálsingborg podría tomar un ferry que le llevara a casa.

Imagino que los alemanes le vigilarían un tiempo. No les dio problemas y trabajó tranquilamente en Burmeister & Main, fabricantes de motores marinos. A mediados de 1942, cuando pensó que los nazis habían perdido el interés que tenían por él, se unió a la resistencia... y se encontraba en una posición especialmente buena para el sabotaje.

No nos concierne aquí la historia de sus trabajos. Debió hacerlos bien. Toda la organización lo hacía; eran tan eficaces, y estaban tan estrechamente ligados a los británicos, que estos no tuvieron apenas que realizar ataques aéreos sobre el territorio. A finales de 1943 llevaron a cabo su mayor hazaña.

Era un hombre que tenía que escapar de Dinamarca. Los aliados necesitaban desesperadamente su información y conocimientos. Los alemanes lo tenían bajo estrecha vigilancia, pues sabían también lo que era. Sin embargo, la resistencia lo sacó de allí y lo envió por el Sound. Había ya un barco dispuesto para trasladarlo a Suecia, desde donde podría volar a Inglaterra.

Probablemente, nunca sabremos si la Gestapo le seguía el rastro o si simplemente una patrulla alemana vio a unos hombres en la orilla mucho después del toque de queda. Unos gritaron, otros dispararon y comenzó la batalla. La playa era abierta y pedregosa, con la luz suficiente gracias a las estrellas y a la costa sueca iluminada. No había manera de retirarse. El barco se puso en movimiento y el grupo de resistentes se dispuso a mantener a raya al enemigo hasta que llegara a la orilla opuesta. La esperanza de hacerlo durante mucho tiempo no era grande. El barco era lento. De haber estado defendido, habría traicionado su importancia. En escasos minutos, cuando mataran a los daneses, uno de los alemanes entraría en la casa más cercana y telefonearía al cuartel general de ocupación de Elsinore, que no estaba muy lejos. Una motora potente interceptaría al fugitivo antes de que llegara a territorio neutral. Pero los resistentes hicieron todo lo que pudieron.

Holger Carlsen esperaba morir, pero no tenía tiempo para sentir miedo. Una parte de él recordó otros tiempos pasados aquí, la tranquilidad, la luz del sol y las gaviotas por encima, sus padres adoptivos, una casa llena de objetos pequeños y queridos; sí, y el Castillo de Kronborg, de ladrillo rojo y esbeltas torres, de tejados de cobre patinados sobre las brillantes aguas. ¿Por qué pensó de pronto en Kronborg? Se acostó en la playa, con la Luger caliente entre sus dedos y disparó hacia las formas sombrías que saltaban. Las balas silbaron junto a sus oídos. Un hombre gritó. Holger hizo puntería y disparó.

En ese momento, todo su mundo estalló en llamas y oscuridad.

1

DESPERTÓ lentamente. Durante un tiempo permaneció allí acostado, apenas consciente de otra cosa que del dolor de su cabeza. Su visión se había vuelto fragmentaria, hasta que comprendió que aquello que tenía ante él era la raíz de un árbol. Al darse la vuelta, escuchó el crujido de una gruesa alfombra de hojas. La tierra, el musgo y la humedad entraban por su nariz.

-*¡Del var som funden!* -murmuró, lo que aproximadamente significa «¡qué demonios!» Se sentó.

Al tocarse la cabeza, sintió la sangre coagulada. Su mente todavía estaba embotada, pero comprendió que una bala debió pasar rozando su cuero cabelludo, y que le dejó sin sentido. Unos centímetros más abajo... se estremeció.

¿Pero qué había sucedido desde entonces? Estaba tumbado en un bosque, a la luz del día. No había nadie más a su alrededor. Ninguna señal de la presencia de nadie. Sus amigos debieron escapar, llevándolo a él, y lo ocultaron allí. ¿Pero por qué le habían quitado la ropa y le habían abandonado?

Rígido, con náuseas, la boca seca y con mal sabor, con el estómago hambriento, se sujetó la cabeza para que no se rompiera en pedazos y se levantó. Por la inclinación de los rayos del sol entre los troncos de los árboles se dio cuenta de que sería una hora avanzada de la tarde. La luz de la mañana no tiene esa peculiar cualidad dorada. ¡Cielos! Había debido dormir casi un día entero. Estornudó.

No lejos de allí, un arroyo tintineaba corriendo entre sombras profundas moteadas por el sol. Llegó hasta él, se agachó y bebió hasta saciarse. Después se lavó la cara. El agua fría le hizo recuperar un poco las fuerzas. Miró a su alrededor tratando de averiguar dónde estaba. ¿El bosque de Grib?

Por los cielos, no. Estos árboles eran demasiado grandes, nudosos y selváticos: robles, fresnos, abedules y espinos densamente cubiertos de musgo, matorrales enmarañados entre ellos hasta formar un muro casi sólido. En Dinamarca no había zonas así desde la Edad Media.

Una ardilla subió corriendo por un tronco, como si fuera un fuego rojo. Dos estorninos emprendieron el vuelo. A través de un claro en el follaje vio un halcón suspendido en el aire a una altura inmensa. ¿Quedaban halcones en este país? Bueno, quizá alguno, no lo sabía. Contempló su propia desnudez y se preguntó, tambaleándose, lo que podría hacer. Si sus camaradas le habían desnudado y dejado allí, tendrían una buena razón, y él no debería irse. Especialmente en ese estado de desnudez. Pero, por otra parte, a ellos les debía haber sucedido algo.

-Difícilmente podrás acampar aquí para pasar la noche, muchacho -dijo en voz alta-. Al menos entérate de dónde estás -su voz parecía poco naturalmente elevada donde sólo se escuchaba el rumor del bosque.

No, había otro sonido. Tenso, le prestó atención hasta reconocer el relincho de un caballo. Eso hizo que se sintiera mejor. Cerca de allí debía haber una granja. Sus piernas eran ahora lo bastante estables como para pasar a través de una pantalla de mimbres y tratar de encontrar el caballo.

Cuando lo hizo, se quedó paralizado.

-No -dijo.

El animal era gigantesco, un semental del tamaño de un perdieron, pero de constitución más graciosa, lustroso y negro como una medianoche pulida. No estaba atado con un ronzal, aunque unas riendas orladas y elaboradas colgaban de una jáquima repujada con plata y arabescos. Sobre el lomo había una silla, de canto y perilla altos, también ornamentada en cuero; iba cubierto con una manta de seda blanca, sobre la que había bordada un águila negra; y una especie de bulto.

Holger tragó saliva y se acercó al animal. Muy bien, pensó, así que hay alguien a quien le gusta cabalgar con este estilo.

-Hola -gritó-. Hola, ¿hay alguien por aquí?

El caballo sacudió sus crines y relinchó al aproximarse Holger. Con su morro blanco le hociqueó en las mejillas y golpeó el suelo con los grandes cascos, como para irse. Holger acarició al animal; nunca había visto un caballo tan amigable con los extraños; y lo examinó más atentamente. En la plata de la jáquima había grabada una palabra con caracteres extraños de aspecto antiguo: *Papillon.*

-Papillon -dijo en voz alta. El caballo relinchó de nuevo, pateó el suelo y se dejó llevar por la brida que había cogido Holger.

-¿Te llamas Papillon? -preguntó Holger acariciándole-. Es la palabra francesa que significa mariposa, ¿no es así? Vaya capricho llamar mariposa a un tipo de tu tamaño.

El paquete que había detrás de la silla llamó su atención, y se inclinó para mirarlo. ¿Qué diablos? ¡Cota de mallas!

- ¡Hola! -volvió a gritar-. ¿Hay alguien por aquí? ¡Socorro!

Una urraca se burló de él.

Mirando a su alrededor, Holger vio apoyado en un árbol un largo palo de cabeza de acero, con una empuñadura en forma de cesta cerca del extremo. Una lanza, Dios mío, una lanza medieval. Se sintió lleno de excitación. Por la movilidad de su vida, no era tan laboriosamente cumplidor de la ley como la mayoría de sus compatriotas, por lo que no vaciló en deshacer el bulto y extenderlo. Encontró varias cosas: una cota de mallas lo bastante larga como para que le llegara a las rodillas: un casco cónico con plumas de color carmesí, sin visor, pero con un salvanariz; una daga; una colección de cintos y correas de cuero; el acolchado que se ponía debajo de una armadura. También incluía varias ropas para cambiarse, como pantalones, camisas de manga larga, túnicas, jubones, mantos y varias más. Cuando la ropa no era de lino basto de alegres colores, era de seda bordeada de piel. Al pasar al costado izquierdo del caballo no se sorprendió al encontrar una espada y un escudo colgados de la retranca del arnés. El escudo tenía la forma heráldica convencional, de 1,20 metros de largo, y evidentemente era nuevo. Cuando tomó la cubierta de lona de la superficie, que era una chapa de acero delgado sobre una base de madera, vio el dibujo de tres leones alternados con tres corazones rojos sobre un fondo azul.

Un oscuro recuerdo se agitó en él. Se quedó en pie, perplejo, durante un rato. ¿Esto era...? Un momento. El escudo de armas danés. No, ése tenía nueve corazones: la memoria volvió a fallarle.

¿Pero qué estaba pasando? Se rascó la cabeza. ¿Alguien estaba organizando un desfile histórico? Sacó la espada: era de hoja ancha, con cruz en la empuñadura, doble borde, y muy afilada. Su mirada de ingeniero reconoció enseguida el acero de bajo contenido de carbono. Nadie reproducía el equipamiento medieval con esa precisión, ni siquiera para una película,

mucho menos para un desfile. Pero se acordaba de las exposiciones de museos. El hombre de la Edad Media era de tamaño inferior al de sus descendientes actuales. La espada se ajustaba en su mano como si estuviera hecha para que la cogiera él, que tenía el tamaño de un hombre del siglo XX.

Papillon lanzó un bufido y se encabritó. Holger se dio la vuelta y vio al oso. Era un oso pardo, grande, que quizá había llegado hasta allí para investigar la causa del ruido. Los miró a ambos, Holger hubiera deseado tener su fusil, entonces el oso volvió a la espesura.

Holger se apoyó en Papillon hasta que se recuperó.

-Un pequeño trozo de bosque silvestre es posible-se oyó decir a sí mismo-.Y pueden quedar algunos halcones. Pero no, positivamente, no hay osos en Dinamarca.

A menos que uno hubiera escapado de un zoo... lo que tenía que hacer era llegar hasta el final. Tenía que darse cuenta de cuáles eran los hechos y enfrentarse a ellos.

¿Estaba loco, deliraba o soñaba? No era probable. En ese momento su mente trabajaba ya bastante bien. Sentía la luz del sol y las finas motas de polvo que danzaban bajo ella, las hojas que formaban largas arcadas en el bosque, los olores fuertes y entremezclados del caballo, el moho y su propio sudor, y todo ello profundamente detallado y prosaico. En cualquier caso, mientras su temperamento, tranquilo por naturaleza, se adueñaba de la situación, decidió que no podía hacer otra cosa que seguir adelante, aunque fuera un sueño. Lo que necesitaba era información y comida.

Cambió el orden de importancia y puso en primer lugar el segundo pensamiento.

El semental parecía bastante amigable. No tenía derecho a llevarse al animal, ni siquiera un juego de ropa, pero sin duda su situación era más urgente que la de cualquiera que, con tanto descuido, hubiera dejado allí esas propiedades. Se vistió metódicamente; esa ropa desconocida le exigía que fuera conjeturando la forma de ponérsela, pero todo, hasta los zapatos, le ajustaba perfectamente. Volvió a rehacer el fardo con las prendas sobrantes y la armadura, dejándolo todo en su lugar. Cuando trepó a los estribos, el semental relinchó y se dirigió hacia donde estaba la lanza.

-Nunca había pensado que los caballos fueran tan listos -dijo en voz alta-. De acuerdo, seguiré su sugerencia.

Ajustó el extremo inferior del arma en un reposadero que encontró colgando de la silla, tomó las riendas con la mano izquierda y chasqueó la lengua. Papillon se puso en movimiento en dirección hacia el sol.

Cuando llevaba ya algún tiempo cabalgando, Holger se dio cuenta de lo bien que lo hacía. Hasta ese momento, su experiencia se había limitado a algunos incidentes bastante infelices en establos de alquiler, y recordaba ahora que siempre había dicho que un caballo era un objeto grande y torpe que sólo servía para ocupar el espacio que, de no estar él, ocuparía otro caballo. Por eso le pareció extraño el afecto instantáneo que había sentido por ese monstruo negro. Todavía era más extraña la facilidad con que su cuerpo se ajustaba a la silla, como si hubiera sido un jinete toda la vida. Cuando pensó en eso, volvió a sentirse molesto, y Papillon dio un bufido que él habría jurado que era de burla. Sacó por tanto esos pensamientos de su mente y se concentró en elegir un camino entre los árboles. Aunque seguían un estrecho sendero -¿hecho quizá por ciervos?-, era difícil cabalgar por el bosque, sobre todo llevando una lanza.

El sol fue bajando, hasta que al final sólo se veían algunas astillas rojizas detrás de las ramas y troncos negros. Maldición, no podía existir una selva tan grande en parte alguna de Dinamarca. ¿Es que estando inconsciente lo habían llevado hasta Noruega? ¿O Laponia? ¿O hasta

Rusia? ¿Ó quizá la bala le había dejado amnésico, a lo mejor durante varias semanas? No, eso no podía ser. Su herida era reciente.

Lanzó un suspiro. Al pensar en la comida, las otras preocupaciones desaparecieron. Veamos, tres bacalaos asados y una jarra de Carlsberg Hof... no, mejor un lugar de América para tomar una gran chuleta con cebollas fritas al estilo francés...

Papillon se detuvo. Casi derribó a Holger. A través de los matorrales, y en la creciente oscuridad, se aproximaba un león. Holger lanzó un grito. El león se detuvo, movió la cola, su garganta atronó. Papillon rascaba el suelo con las patas. Holger se dio cuenta de que había puesto la lanza en posición horizontal, dirigiéndola hacia el frente.

En algún lugar sonó lo que sólo podía ser un aullido de lobo. El león permaneció quieto. A Holger no le gustaba disputar los derechos de paso. Aunque el caballo parecía dispuesto a luchar, hizo que Papillon diera un rodeo. Cuando dejó el león atrás, quiso galopar; pero estaba seguro de que con esa oscuridad una rama lo derribaría. Estaba sudando.

Llegó la noche. Avanzaban dando traspiés. Lo mismo que la mente de Holger. No había ningún lugar en la tierra con osos, lobos y leones, salvo quizá alguna zona remota de la India. ¿Pero había árboles europeos en la India? Trató de recordar lo que había leído de Kipling. No le vino nada a la memoria, salvo algunos vagos recuerdos de que el este era el este y el oeste el oeste. Entonces una rama le golpeó en el rostro y lanzó una maldición.

-Parece que pasaremos la noche al raso -dijo.

Papillon siguió avanzando, como otra sombra en la oscuridad. Holger escuchó búhos, un grito remoto que podía proceder de un gato salvaje, más lobos. ¿Y qué era eso? Una risa maligna, entre los matorrales.

-¿Quién hay ahí? ¿Quién es?

Escuchó unos pasos ligeros que se alejaban. Y con ellos desapareció la risa. Holger se estremeció. Decidió que sería mejor mantenerse en movimiento.

La noche se iba haciendo fría.

Aparecieron las estrellas en el cielo. Necesitó un momento para darse cuenta de que habían llegado a un claro. Algo más lejos, brillaba una luz. ¿Una casa? Puso a Papillon al trote. Cuando llegaron a aquel lugar, Holger contempló una casa de campo del tipo más primitivo, con paredes de zarzas y arcilla y un tejado de hierba. La luz del hogar enrojecía el humo que subía por el agujero superior, y brillaba en las pequeñas ventanas cerradas y por alrededor de la puerta combada. Holger tiró de las riendas y se humedeció los labios. Su corazón latía como si el león hubiera regresado.

Sin embargo...

Decidió que sería más prudente permanecer sentado y golpeó la puerta con la parte inferior de la lanza. Se abrió una rendija. Perfilada sobre el interior, apareció una figura doblada. Llegó hasta él la voz, aguda y cascada, de una anciana:

-¿Quién eres? ¿Quién ha venido adonde la Madre Gerd?

-Creo que me he perdido -le dijo Holger-. ¿Puedo encontrar una cama en su casa?

-Ah. Ah, sí. Un joven y hermoso caballero, ya veo, sí, sí. Por muy ancianos que sean estos ojos, la Madre Gerd sabe bien quiénes llaman a su puerta por las noches, claro, claro. Entrad, buen señor, desmontad y compartid lo poco que esta pobre anciana os puede ofrecer, claro que sí, no debéis tener miedo de mí, ni yo de vos, a mi edad no; aunque os advierto que hubo otro tiempo... pero eso fue antes de que vos nacierais, y ahora sólo soy una pobre y solitaria abuela, que

se alegra mucho de recibir noticias de las grandes cosas que pasan lejos de esta humilde cabaña. Entrad, entrad, no tengáis miedo. Entrad, os lo ruego. Aquí, en el límite del mundo, encontrar abrigo es raro.

Holger bizqueó para fijarse en lo que había tras ella, dentro de la choza. No veía a nadie más. Sin duda podía quedarse a salvo allí.

Ya había desmontado cuando se dio cuenta de que la anciana había hablado en una lengua que él no conocía... y que él le había respondido igual.

2

SE sentó en la desvencijada mesa de madera. Los ojos le picaban por el humo que se quedaba bajo las vigas. Había una puerta que daba al establo en donde estaba ahora atado su caballo, y, aparte de eso, la cabaña sólo se componía de esa habitación de suelo sucio. La única y escasa luz procedía del fuego de un hogar de piedra. Mirando a su alrededor, Holger vio algunas sillas, un colchón de paja, algunas herramientas y utensilios, un gato negro sentado sobre un cofre de madera incongruentemente grande y adornado. Su mirada amarillenta nunca parpadeaba, ni dejaba de observarle. La mujer, la Madre Gerd, removía un caldero de hierro que tenía sobre el juego. Estaba encorvada y envejecida, su vestido era como un saco harapiento; sus cabellos grises caían por alrededor de un rostro hundido, de nariz ganchuda, que mostraba siempre los raigones de los dientes en una sonrisa carente de significado. Pero sus ojos eran duros, brillantes y negros.

-Ah, sí, sí -dijo ella-. Los que son como yo, una pobre anciana, no debemos preguntar lo que los desconocidos desearían ocultar. Hay muchos que guardan un secreto en estas intranquilas guerras cercanas al borde del mundo, y por lo que sé podríais ser un caballero de las hadas con disfraz humano, que podría hechizar a una lengua impertinente. Sin embargo, buen señor, ¿puedo atreverme a preguntaros el nombre? No vuestro propio nombre, entendedlo, si no deseáis decírselo a una vieja dama como yo, que os quiere bien, aunque admite ser un poco charlatana en su chochez, pero sí un nombre con el que dirigirme a vos apropiadamente y con respeto.

-Holger Carlsen -respondió él con aire ausente.

Ella se puso en pie y casi derriba el caldero.

-¿Cómo decís?

-¿Por qué? -¿le perseguían, estaba en alguna extraña parte de Alemania? Tocó la daga, que prudentemente había metido en su cinto-. ¡Holger Carlsen! ¿Qué sucede?

-Oh... nada, buen señor -Gerd miró hacia otro lado y luego volvió a mirarle a él, de una manera rápida, como hacen los pájaros-. Salvo que Holger y Cari son nombres bien conocidos, como vos sabréis, aunque en realidad nunca se ha dicho que el uno fuera hijo del otro, pues ciertamente sus padres fueron Pepin y Godfred, o más bien diría que al revés; aunque en cierto sentido un reyes el padre de su vasallo y...

-No soy ninguno de esos caballeros -dijo él para hacer frente a aquella oleada-. Puro azar lo del nombre. Ella se relajó y le entregó un cuenco de guiso, que él atacó sin detenerse a preocuparse por gérmenes o drogas. También le dio pan y queso, que partió con el cuchillo y comió con los dedos, y una jarra de una cerveza inusualmente buena. Pasó mucho tiempo antes de que se recostara hacia atrás, suspirara y dijera:

-Se lo agradezco. Ha salvado mi vida, o al menos mi razón.

-Malo debe ser esto, sire, para alguien como vos, que debe haber cenado con reyes y condes y escuchado a los trovadores provenzales, sus canciones y curiosos trucos, pero, aunque sea vieja y humilde, os haré tales honores como...

-Vuestra cerveza es maravillosa -dijo Holger precipitadamente-. No pensé que encontraría ninguna tan buena, a menos que... -quería decir «a menos que la cervecería de este lugar haya escapado a toda flama», pero ella le interrumpió con una maliciosa risa.

-Ah, mi buen Sir Holger, pues estoy segura que debéis ser caballero, si no de condición todavía más alta, sois un hombre de ingenio y perceptivo, que debe ver al instante a través de los pequeños trucos de una pobre anciana. Pues aunque los miembros de vuestra orden desaprueban tales hechicerías y dicen que son inventos del diablo, aunque a decir verdad en principio no se aparten de las reliquias milagrosas de algún santo, esas que hacen sus milagros tanto para cristianos como para paganos, aun así se dará cuenta de cuántos aquí, en esta marca, trafican con esas pequeñas magias, tanto para protegerse de los poderes del Mundo Medio como para su propio consuelo y ganancia, y vos podréis entender, en vuestra piedad, que no sería de justicia quemar a una pobre anciana por utilizar la magia para hacerse un poco de cerveza, para calentar sus huesos en las noches de invierno, mientras que hay tantos y tan poderosos brujos que trafican abiertamente en las artes negras, que quedan sin castigo y...

¿Así que eres una bruja?, pensó Holger. *Eso tengo que verlo.* De todas formas, ¿qué pensaba ella que le estaba dando a entender a él? ¿Qué propaganda era aquella?

Dejó que siguiera hablando, aunque su lenguaje le resultara a veces extraño. En su propia boca resultaba una lengua extraña, dura y estruendosa, un francés arcaico con el que se mezclaban muchas palabras germánicas, una lengua que había podido descifrar lentamente en un libro, pero que seguramente nunca había hablado como si fuera su idioma natal. De alguna manera, la transición a lo que... a lo que fuera esto... le había proporcionado también el dialecto local.

Nunca había sido muy dado a leer novelas, ni científicas ni de otro tipo, pero cada vez se veía más obligado a asumir que, mediante algún proceso imposible, se había visto arrojado al pasado. Esa casa, la vieja bruja que había aceptado como algo natural sus atavíos caballerescos, y la lengua, y el bosque interminable... ¿Dónde estaría? ¿Nunca habían hablado de este modo en Escandinavia, Alemania, Francia, Britania?... Pero si había sido arrojado a las Eras Oscuras, ¿cómo explicar el león, o esa mención casual de vivir en los límites del país de las hadas?

Apartó las especulaciones. Pensó que unas preguntas directas le serían de ayuda.

-Madre Gerd -dijo.

-¿Sí, buen señor? Con cualquier servicio con el que yo pudiera ayudaros, el honor caería sobre esta humilde casa, así que nombrad vuestro deseo y, dentro de los límites estrechos de mi habilidad, todo será como deseáis -respondió ella, acariciando al gato negro, que no dejaba de mirar al hombre.

-¿Puede decirme que año es éste?

-Ay, buen señor, sí que hacéis ahora una extraña pregunta, debe ser que esa herida en vuestra propia cabeza, que sin duda obtuvisteis en valiente batalla contra algún monstruoso gigante o duende, ha obnubilado la memoria del señor; pero en verdad, aunque me sonrojo de admitirlo, esos conocimientos hace tiempo que dejaron de importarme, y todavía más porque el tiempo es a menudo algo extraño aquí, en los confines del mundo desde...

-No importa. ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué reino?

-Ciertamente, hermoso caballero, que hacéis una pregunta con la que muchos eruditos se han roto la cabeza y por la que muchos guerreros se la han roto unos a otros. ¡Vaya, vaya! Durante mucho tiempo, estas marcas han estado en disputa entre los hijos de los hombres y las gentes del Mundo Medio, y han producido guerras y grandes concursos de brujería, de modo que ahora sólo puedo decir que el reino de las hadas y el Santo Imperio ambos la reclaman, aunque

ninguno de ellos la tiene verdaderamente, a pesar de que la reivindicación humana parece un poco más firme ya que nuestra raza permanece asentada ahora aquí; y quizá los sarracenos pudieran tener un poco de derecho también a pedirla, puesto que se dice que su Mahoma ha sido él mismo un maligno espíritu, o eso al menos dicen los cristianos. ¿Eh, Grimalkin? -preguntó, haciéndole cosquillas al gato en la garganta.

-Bien -empezó a decir Holger, aferrándose con las dos manos a lo que le quedaba de paciencia-. ¿Dónde puedo encontrar hombres... digamos cristianos... que me ayuden? ¿Dónde está el rey más próximo, o el duque, o el conde, o cualquier otro?

-Hay una ciudad a no muchas leguas de aquí, tal como reconocen la distancia los hombres. Pero en verdad debo advertiros que el espacio, como el tiempo, se ve afectado aquí maravillosamente por las brujerías que salen de Faerie, por lo que a menudo el lugar adonde uno va parece cercano, y después se mete en enormes y tediosas distancias llenas de peligros, y la misma tierra y el camino por los que uno va dejan de ser los mismos...

Holger abandonó. Sabía cuándo era derrotado en toda la regla. O bien esta bruja era idiota o le estaba mintiendo deliberadamente. En ninguno de los casos tenía esperanza de llegar a saber demasiado.

-Pero si éste es el consejo que quiere -dijo Gerd de pronto-, aunque mi mollera a menudo esté confusa, como lo están las cabezas viejas, y aunque esta Grimalkin sea torpe, aunque astuta, es posible que pueda darle un consejo, que también le alivie de la herida y le haga estar entero de nuevo. No os enfadéis, justo señor, si os propongo un poco de magia, pues blanca es... o todo lo más gris; ¿pensáis que si fuera una bruja poderosa iría vestida con estos harapos o habitaría esta cabaña? Nanay, tendría un palacio de oro para mí, y siervos por todas partes que le habrían dado la bienvenida. Si con vuestro permiso puedo invocar a un espíritu, sólo a uno pequeñito, él podría deciros mejor que yo lo que deberíais saber.

Holger soltó un gruñido y enarcó las cejas. Eso es, eso lo explica todo. Estaba chiflada. Sería mejor llevarle la corriente si pensaba pasar la noche allí.

-Como deseéis, madre.

-Veo ahora que venís de lugares realmente extraños, pues no os presignáis mucho, aunque casi todos los caballeros estén siempre invocando al Altísimo, aunque a menudo esos grandes juramentos les costaran los dolores del fuego infernal, pues no viven muy buenas vidas; ya veis que el Imperio tiene que utilizar las pobre herramientas que puede encontrar en este mundo bajo y perverso. No son tales vuestras maneras, sir Holger, ni en un lado ni en el otro, lo que hace que me pregunte si no perteneceréis en realidad a Faerie. A pesar de eso lo intentaremos, aunque he de confesaros antes que los espíritus son seres misteriosos y pueden no dar respuesta alguna, o dar una de doble sentido.

El gato saltó del cofre y ella lo abrió. Había en la vieja una curiosa tirantez. Holger se preguntó lo que estaría tramando y un estremecimiento recorrió su espina dorsal.

La vieja sacó del cofre un brasero con trípode, que puso en el suelo y llenó con los polvos de un frasco. Sacó también una varita que parecía estar hecha de ébano y marfil. Murmurando y haciendo pases con las manos, trazó dos círculos concéntricos en el suelo, alrededor del trípode, y se puso de pie entre ellos con su gato.

-La curva interior es para sujetar al demonio, y la exterior para mantener alejados los encantamientos que pudiera intentar, pues a menudo se ponen gruñones cuando se les invoca tan rápidamente -explicó-. He de pediros, mi señor, que no pronunciéis oración ni hagáis signo alguno de la cruz, pues eso haría que se marchara enseguida, y de muy mal humor.

La voz de la vieja era ordinaria, pero sus ojos le miraban reluciendo y Holger deseó poderle ver la expresión de esa telaraña de arrugas.

-Adelante -dijo Holger, con la voz un poco apagada.

Ella empezó a bailar por alrededor del círculo interior y él pudo captar algo de su canto. -*Amén, amén...-.* Sí, sabía lo que vendría ahora, aunque no por qué lo sabía... *"...malo a nos libera sed...-.* Tampoco sabía Holger por qué iba creciendo su cólera. La vieja terminó el latín y pasó a una lengua aguda que no reconoció. Cuando ella tocó el brasero con la varita, éste empezó a soltar un humo blanco y denso que casi la ocultó, pero que curiosamente no pasaba del círculo exterior. *"¡OBeliya al, Ba'alZebub, Abaddon, Ashmadai!-,* gritó. *-¡Samiel, Samiel, Samiel!"*

¿Estaba espesando el humo? Holger miraba desde su asiento. Pero en esa neblina de tono rojizo apenas podía ver a Gerd, y era como si alguna otra cosa estuviera suspendida sobre el trípode, algo grisáceo, casi transparente... ¡por los cielos, vio unos ojos carmesí y que aquello tenía casi la forma de un hombre!

Le oyó hablar, con un tono inhumano que era como un silbido, y la anciana le respondía en una lengua que Holger desconocía. Capacidad de ventrílocua, se dijo a sí mismo, ella es ventrílocua y yo tengo la mente emborronada por la fatiga, es eso, sólo eso. Papillon relinchó y coceó en el establo. Holger se llevó una mano al cuchillo. La hoja estaba caliente. ¿Acaso la magia, farfulló Holger ininteligiblemente, inducía corrientes en remolino?

Lo que había en el humo trinaba, gruñía y se agitaba. Estuvo hablando con Gerd durante lo que pareció mucho tiempo. Finalmente, ella levantó la varita e inició otro canto. El humo comenzó a desaparecer, como si fuera succionado por el brasero. Con voz entrecortada, Holger lanzó un juramento y cogió su cerveza.

Cuando ya no quedó más humo, Gerd salió del círculo. Tenía el rostro blanco y tirante, los ojos cerrados. Pero Holger vio que ella temblaba. El gato arqueó el lomo, levantó la cola y le escupió.

-Extraño consejo -dijo la vieja tras una pausa, con una voz que carecía de tono-. Extraño consejo me dio el demonio.

-¿Qué es lo que dijo? -preguntó Holger con un susurro.

-Dijo... Samiel dijo que venís de un lugar muy lejano, tan lejano que un hombre podría viajar hasta el día del Juicio Final sin llegar a vuestra casa. ¿No es así?

-Así es -contestó Holger lentamente-. Sí, pienso que eso puede ser cierto.

-Y dijo que la ayuda a vuestra difícil situación, los medios para regresar al lugar de donde venís, está dentro de Faerie. Allí debéis ir, sir... sir Holger. Debéis cabalgar hasta Faerie.

Holger no sabía qué respuesta darle.

-Oh, no es tan malo como parece -dijo Gerd quitante un poco de tensión. Incluso llegó a reír, o más bien a cacarear-. Si he de decir la verdad, estoy en términos no inamistosos con el duque Alfric, el señor más próximo de Faerie. Es un poco caprichoso, como todos los de su raza, pero le ayudará si se lo pide, eso dijo el demonio. Y yo le proporcionaré un guía para que pueda llegar allí rápidamente.

-¿Po... por qué? -preguntó Holger tartamudeando-. Quiero decir que no puedo pagarle.

-Ni se necesita -contestó Gerd, moviendo una mano negligentemente-. Una buena acción puede ser recordada en mi favor cuando me vaya de este mundo para otro, y ojalá que sea a un clima más cálido; de todas formas, a una abuelita como yo le gusta ayudar a un joven hermoso

como vos. ¡Ay, hubo un tiempo hace ya mucho...! Pero dejemos eso. Permitidme que vende vuestra herida, y luego me vaya a la cama con vos.

Holger aceptó que le lavara la herida y le pusiera encima un emplasto de hierbas mientras hacía un encantamiento. Estaba ya demasiado cansado para oponer resistencia a nada. Pero procuró ser lo bastante precavido como para declinar la oferta que le hizo la vieja de su propio camastro de paja, yéndose a dormir al heno, junto a Papillon. No debía pasarse de la raya. Esa casa era, cuando menos, extraña.

3

AL despertar permaneció algún tiempo semidormido, hasta que recordó dónde estaba. El sueño desapareció en él. Se sentó, lanzando un grito y miró a su alrededor.

¡Un establo, eso es! Un abrigo oscuro y tosco, que olía a heno y abono, un caballo negro que se inclinó sobre él y le rozó tiernamente con el hocico. Se puso en pie y se quitó las pajas adheridas a la ropa.

La luz del sol inundó el establo cuando la Madre Gerd abrió la puerta.

-Ah, buen día, hermoso señor -dijo con voz gritona-. En verdad que habéis dormido el sueño de los justos, o lo que se dice que debe ser el sueño de los justos, aunque en los años que tengo a menudo he visto a buenos hombres agitándose despiertos toda la noche, mientras hombres perversos sacudían el techo con sus ronquidos; no he tenido corazón para despertaros. Pero venid ahora y veréis lo que os aguarda.

Lo que le esperaba era un cuenco de gachas, más pan, queso y cerveza, y un trozo de beicon cocido a medias. Holger consumió los alimentos con apetito y después pensó con añoranza en una taza de café y una ración de ahumados. Eso a pesar de que la escasez debida a la guerra ya le había apartado de tan agradables vicios. Se puso a lavarse vigorosamente en un cacharro que había fuera de la cabaña.

Cuando volvió a entrar había un recién llegado. Holger no lo vio hasta que una mano le tiró de los pantalones y una voz baja pronunció con tono resonante:

-Aquí estoy.

Al mirar hacia abajo, vio a un hombre moreno como la tierra, nudoso, con unas orejas tan grandes como el asa de una jarra, una nariz desproporcionada, barba blanca, vestido con calzones y chaqueta parda, que llevaba descalzos sus anchos pies. Aquel hombre no llegaría ni a los noventa centímetros.

-Es Hugi -dijo la Madre Gerd-. Será vuestro guía a Faerie.

-Ummm... encantado de conocerle -dijo Holger. Le estrechó la mano y eso pareció asombrar al enano. La palma de la mano de Hugi era dura y caliente.

-Partid ahora -dijo la anciana alegremente-, pues el sol está alto y tenéis un fatigoso camino que recorrer a través de las esferas más peligrosas. Pero no temáis, sir Holger. Hugi es un habitante de los bosques y se encargará de que lleguéis sano y salvo junto al duque Alfric -añadió mientras le entregaba un hatillo envuelto en tela-. He puesto aquí un poco de pan y carne, y otros alimentos, pues bien sé lo poco prácticos que sois los jóvenes paladines, que recorréis el mundo para rescatar a bellas doncellas sin pensar nunca en llevaros un bocado que comer. Ay, si fuera yo joven de nuevo, tampoco me importaría eso a mí, pues no importa un vientre vacío cuando el mundo es verde, pero ahora que soy vieja debo pensar un poco en ello.

-Gracias, mi señora -dijo Holger, sintiéndose en una situación embarazosa.

Se dio la vuelta para irse. Hugi tiró de él con sorprendente fuerza.

-¿Cómo es esto? -gruñó el enano-. ¿Vais a salir con una simple tela? Muchos patanes de los bosques se pondrán contentos de poder meterle un hierro a un viajero ricamente vestido.

Librodot

-Ah... ah, sí -exclamó Holger, desenvolviendo su equipaje. La Madre Gerd lanzó una risotada poco respetuosa y avanzó para abrir la puerta.

Hugi le ayudó a ponerse adecuadamente las prendas medievales y ató las correas de cuero en sus pantorrillas mientras él se ponía por la cabeza la capa interior acolchada. La cota de malla resonó al ponérsela y cayó con un peso inesperado desde sus hombros. Y luego, veamos... evidentemente el cinturón ancho tenía que ponérselo alrededor de la cintura para colgar de él la daga, mientras la vaina servía de apoyo a la espada. Hugi le entregó una capa acolchada que él se puso, y después el casco normando. Cuando las espuelas doradas estuvieron en sus pies, y tuvo un manto escarlata sobre la espalda, se preguntó si parecería un fanfarrón, o simplemente estúpido.

-Buen viaje tengáis, sir Holger -le dijo la Madre Gerd cuando salió al exterior.

-Os... os recordaré en mis oraciones -respondió Holger, pensando que sería una forma apropiada de dar las gracias en aquella tierra.

-¡Os ruego que lo hagáis, sir Holger! -exclamó la vieja separándose de él con una risa inquietantemente aguda, tras lo que desapareció en la casa.

Hugi le dio un tirón del cinto.

-Vamos, vamos, mi solitario caballero, que's pa hoy -murmuró-. Que pa ir a Faerie hay que montar caballo rápido.

Holger montó a Papillon y tendió una mano a Hugi. El hombrecillo se sentó en cuclillas sobre el arzón delantero y señaló hacia el este.

-Palla -dijo-. Hay dos o tres días pa llegar a donde Alfric, así que vamos.

El caballo se puso en movimiento y la casa quedó pronto perdida tras ellos. El sendero de caza que siguieron ese día era comparativamente ancho. Cabalgaron bajo altos árboles, bajo una luz verdosa llena de arrullos y cantos de pájaros, apagadas pisadas de pezuñas, crujidos de cuero y tintineos de hierro. El día era frío y hermoso.

Por primera vez desde que despertó, Holger se acordó de su herida. No sentía ningún dolor. Aquella fantástica medicina había funcionado realmente.

Pero toda aquella historia era tan fantástica que... Con un esfuerzo de la voluntad reprimió todas sus preguntas. Una cosa cada vez. De alguna manera, a menos que estuviera soñando (y eso cada vez lo dudaba más: ¿qué sueño iba a ser tan coherente?), había ido a parar a una esfera que estaba más allá de su propio tiempo, quizá más allá de su mundo: una esfera en la que creían en las brujerías y las hadas, en la que existía un enano auténtico y una criatura diabólicamente extraña llamada Samiel. Así que las cosas de una en una, lenta y cómodamente.

Pero el consejo que se había dado a sí mismo era difícil de seguir. No sólo su situación, sino el recuerdo de su hogar, el preguntarse lo que había sucedido allí, el miedo terrible a quedar apresado en ese lugar para siempre, todo eso le atenazaba.

Recordó claramente las graciosas agujas de Copenhague, los pantanos, playas y amplios horizontes de Jutlandia, las antiguas ciudades metidas en los valles verdes de las islas, la arrogancia del perfil de Nueva York y la niebla de la bahía de San Francisco que se volvía dorada con el atardecer, los amigos, los amores y el millón de pequeñas cosas que constituían su hogar. Quería escapar, escapar pidiendo ayuda hasta que encontrara de nuevo su hogar... ¡No, eso no! Estaba aquí y sólo podía seguir en movimiento. Si ese personaje de Faerie (donde estuviera *eso)* le podía ayudar, todavía habría esperanzas. Entretanto debía dar las gracias a no ser demasiado imaginativo ni excitable.

Miró al ser pequeño y peludo que iba sentado en el caballo delante de él.

-Es muy amable por hacer esto. Desearía poder pagarle de alguna manera.

-Nanay, le hago un servicio a la bruja -contestó Hugi-. No es que esté unido a ella, como veréis. Pero, de vez en cuando, algunos de los del bosque le ayudamos, le cortamos leña, le llevamos agua o le hacemos favores como éste. Luego, a cambio, ella hace algo por nosotros. No es que me guste mucho la vieja, pero por esto me da una buena porción de su cerveza.

-Bueno, ella parece... agradable.

-Ah, oh, tiene una buena lengua cuando quiere, vaya que sí, vaya que sí -repitió Hugi con una risita morbosa-. Le gustó mucho al joven sir Magnus cuando vino aquí hace muchos, muchos años. Pero trata las artes negras. Sabe trucos, aunque no es tan poderosa, sólo puede invocar a algunos pequeños demonios, y en sus hechizos comete errores -dijo sonriendo-. Una vez, un campesino de Westerdales la molestó, y ella juró que acabaría con sus cultivos. No sé si es que consiguió la bendición del sacerdote, o fue por la torpeza de ella, qué voy a saber, pero tras muchas idas y venidas lo único que hizo la bruja fue matar las malas hierbas de sus campos. Siempre está tratando de conseguir el favor de los señores del Mundo Medio, para que le den más poder, pero hasta ahora no lo ha conseguido.

-Ummm... -eso no le sonaba muy bien-. ¿Qué le pasó a ese sir Magnus? -preguntó Holger.

-Ah, al final los cocodrilos se lo comieron, me creo.

Siguieron cabalgando en silencio. Al cabo de un rato, Holger le preguntó que cómo vivía un enano del bosque. Hugi contestó que su gente vivía en el bosque -que parecía ser enorme- de setas, frutos secos y cosas así, y que él tenía un arreglo de trabajo con animales menores, como conejos y ardillas. No tenían poderes mágicos como los verdaderos habitantes de Faerie, pero, por otra parte, no tenían miedo al hierro, la plata ni los símbolos sagrados.

-Na tenemos que ver con las guerras de esta tierra -dijo Hugi-. Vivimos lo nuestro y que el cielo, el infierno, la tierra y el Mundo Medio luchen como quieran. Y cuando los orgullosos señorones acaben unos con otros y se queden tiesos como un palo, seguiremos estando aquí. ¡Que los mate a todos una purgación!

Holger tuvo la impresión de que los miembros de esa raza estaban ofendidos por los desaires que les habían hecho tanto los hombres como los habitantes del Mundo Medio. Con cierta vacilación, le dijo:

-Lo que me habéis dicho me da poca seguridad. Si la Madre Gerd no hace las cosas bien, ¿por qué debo seguir su consejo e ir a Faerie?

-¿Qué por qué? -preguntó Hugi encogiéndose de hombros-. Tampoco dije que siempre lo haga mal. Si no le guarda rencor, puede ayudarle de verdad. Hasta el duque Alfric puede ayudar, sólo para divertirse con los nuevos misterios que le ofrezcáis. Nadie sabe lo que las gentes de Faerie van a hacer. No lo dicen, ni les importa. Viven en lo salvaje, y por eso están en esta guerra del lado del Caos oscuro.

Tampoco aquello le ayudó mucho a Holger. Faerie era la única esperanza que le habían dado de regresar a casa, y lo podían estar dirigiendo hacia una trampa. ¿Pero, por qué razón alguien iba a molestarse en tenderle una trampa a un extranjero que no tenía ni una sola moneda?

-Hugi -le pregunto-. ¿No me estarás llevando a una trampa?

-Nanay, viendo que no es enemigo mío, que es un buen tipo, no como otros que podría decir -el enano dejó de hablar para escupir-. No sé lo que está pensando la Madre Gerd, ni mucho que me importa. Le he dicho lo que sé. Si sigue queriendo ir a Faerie, le llevaré.

-Y lo que pase luego no es asunto tuyo, ¿no?

-So es. Los pequeños nos metemos en nuestros asuntos.

Había amargura en esa voz baja que sonaba como una sirena. Holger pensó que podría aprovecharse de eso. Las personas con complejos de inferioridad compensados no le resultaban totalmente extrañas. Y seguramente Hugi podría ayudarle más, en lugar de limitarse a guiarle hacia donde no sabía qué pasaría.

-Tengo sed -dijo-. ¿Paramos a tomar un pequeño bufido?

-¿Un pequeño qué? -preguntó a Hugi arrugando el rostro correoso.

-Bufido. Ya sabes, un trago.

Bufido... bebida... Jacomajacomaja! -se echó a reír Hugi, dándose un palmada en el muslo-. Qué bueno es eso. Un pequeño bufido. Pos me d'acordar para usarlo en las madrigueras del bosque. ¡Un pequeño bufido!

-Bueno, ¿qué te parece? Creo haber oído el ruidito de un frasco en ese hatillo.

Hugi se relamió los labios. Detuvieron el caballo tirando de la rienda y desataron el regalo de la bruja. Sí, había un par de frascos de arcilla. Holger abrió uno y ofreció a Hugi el primer trago, lo que sorprendió al enano. Pero se aprovechó bien de ello, y su nuez comenzó a agitarse gozosamente bajo la barba blanca hasta que eructó y le devolvió la botella. Cuando se pusieron a cabalgar de nuevo parecía confuso.

-Si que sois raro, sir Holger. No debéis ser un caballero del imperio, ni un sarraceno.

-No -contestó Holger-. Vengo de lejísimos. De donde yo vengo, un hombre vale tanto como otro.

Los ojos diminutos del enano, bajo las cejas enarcadas, le contemplaron atentamente.

-Rara idea -dijo Hugi-. ¿Cómo vas a guiar el reino si los comunes pueden estar por arriba de los nobles?

-Lo hacemos. Todo el mundo tiene voz en el gobierno.

- ¡Pero eso no pue ser! Cualquier hijo de vecino se pue poner a farfullar lo que quiera y hacer las cosas malamente.

-Lo intentamos de otro modo durante mucho tiempo, pero los que nacían como jefes eran a menudo tan débiles, locos o crueles que pensamos que difícilmente podría resultar peor. Hoy en mi país el rey apenas si hace algo más que presidir. Y la mayor parte de las naciones han prescindido totalmente de los reyes.

-Uhm, uhm, si que parlas raro, aunque la verdad... bueno eso me hace pensar que podéis ser de las fuerza de Caos.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Holger respetuosamente-. Ignoro los asuntos que tenéis por aquí. ¿Podrías explicarlo?

Dejó que el enano gruñera durante mucho tiempo sin aprender nada de eso. Hugi no era muy brillante, y sí bastante rústico. Holger se hizo a la idea de qué perpetuamente se estaba librando una batalla entre las fuerzas primigenias de la Ley y el Caos. No, exactamente no eran fuerzas. ¿Modos de existencia? ¿Un reflejo terrestre del conflicto espiritual entre el cielo y el infierno? En cualquier caso, los seres humanos eran los principales agentes de la Ley en la tierra, aunque muchos de ellos lo fueran sólo inconscientemente, y algunos, como brujas, practicantes de la magia negra y malhechores, se hubieran vendido a Caos. Pero también algunos seres que no

eran humanos estaban del lado de la Ley. Frente a ellos estaba casi la totalidad del Mundo Medio, que parecía incluir reinos como Faene, Trollheim y los gigantes, una verdadera creación de Caos. Las guerras que libraban los hombres entre ellos, como la prolongada lucha entre los sarracenos y el Sacro Imperio, ayudaban a Caos; bajo la Ley todos los hombres vivirían en paz y orden y en esa libertad a la que sólo la Ley podía dar significado. Pero ésa era tan ajena a los mundomedianos que siempre estaban actuando para impedirlo y para extender su sombrío dominio.

Todo aquello le resultaba tan vago que Holger desvió la discusión a la política práctica. Tampoco en eso Hugi le fue de mucha ayuda. Holger entendió que las tierras de los hombres, en las que predominaba la Ley, caían hacia el oeste. Estaban divididas en el Sacro Imperio de los cristianos, los países sarracenos meridionales y diversos reinos menores.

Faerie, la parte del Mundo Medio más cercana, no estaba muy al este. La sección inmediata era una tierra fronteriza disputada en la que cualquier cosa podía suceder.

-Antiguamente -dijo Hugi-, na más la Caída, to era Caos. Pero poco a poco ha ido echándose patrás. Lo más gordo fue cuando el Salvador vivió en la Tierra, y la oscuridad no podía quedarse y murió hasta el mismo gran Pan. Pero ahora Caos se ha unido y está listo a recuperarlo. No sabría qué decir.

Bueno, de momento no había posibilidades de separar los hechos de la fantasía. Pero este mundo era en tantos aspectos paralelo al de Holger que tenía que existir alguna conexión. ¿Se habría producido de tiempo en tiempo un contacto pasajero mediante náufragos como él mismo que habrían regresado con historias que se convertirían en la materia de la leyenda? ¿Es que aquí existían realmente las criaturas de los mitos? Recordando algunas de ellas, Holger esperó que no fuera así. Especialmente le preocupaba no encontrarse con un dragón que arrojara fuego por la boca ni con un gigante de tres cabezas, aunque pudieran resultar muy interesantes desde el punto de vista zoológico.

-Ah, dicho sea de paso, tendréis que dejar en las puertas el crucifijo, si lleváis uno, y los hierros. Dentro tampoco se puen pronunciar palabras sagradas. Los de Faerie no puen enfrentarse a esas cosas, pero si la usáis allí encontrarán la manera de enviaros mala suerte.

Holger se preguntó que cuál sería el estatus local de un agnóstico. Se había criado inevitablemente como luterano, pero hacía muchos años que no había entrado en una iglesia. Si tal cosa podría sucederle a alguien, ¿por qué no habría sido un buen católico?

Hugi siguió hablando, sin parar. Incesantemente. Holger trató de prestarle atención, amigablemente, sin pasarse. Luego se contaron historias. Holger extrajo de la memoria todo chiste fuerte que conocía. Hugi lanzaba gritos de entusiasmo.

Se detuvieron a comer junto a un torrente cuyas orillas estaban cubiertas de musgo, y de pronto el enano se inclinó hacia adelante poniendo una mano en el brazo de Holger.

-Sir caballero -le dijo mirando el suelo-. Me complasería ayudaros.

Holger, con un esfuerzo, se mantuvo quieto.

-Os lo agradecería, si fuera posible.

-No sé cuál será la mejor dirección. A lo mejor lo de buscar Faerie, como dijo la bruja, a lo mejor dar la vuelta ahora mismo. No lo sé. Pero conozco a alguien del bosque, amigo de todos sus habitantes, que sabe cosas de fuera de la Tierra, y podría daros una explicación.

-Si pudiera verlo, sería... una gran ayuda, Hugi.

-Verla, verla. No llevaba allí a ningún otro caballero, pues son lascivos y a ella no le gusta. Pero vos... bueno... no puedo ser mal guía con vos.

-Muchas gracias, amigo mío. Si alguna vez puedo prestaros un servicio...

-Si no es na -gruñó Hugi-. Pa mí es un honor. ¡Pero haber cómo se porta con ella, sin ser torpe ni bajo!

4

GIRARON hacia el norte y cabalgaron varias horas, la mayor parte de las cuales Hugi las empleó en recordar sus hazañas entre las hembras de su especie. Holger le escuchaba con un oído, simulando un respeto que ciertamente merecería si la mitad de lo que contaba era cierto. Pero en la otra mitad de sí mismo estaba perdido en sus pensamientos. Conforme iban ascendiendo a mayor altura, el bosque se volvía más abierto, y podían ver prados llenos de flores silvestres, iluminados por la luz del sol, piedras cubiertas de líquenes grisáceos entre grupos de árboles, y de vez en cuando tenían una vista a través de las colinas que se perdían en una distancia púrpura. Había por allí muchos torrentes, que saltaban y destellaban en su prisa por llegar a los valles inferiores, formando arco iris por encima, allá donde caían sobre los riscos. Revoloteaban por allí los martín pescadores, pasando como pequeños rayos azules, los halcones y las águilas se remontaban a gran altura, una bandada de gansos silvestres se levantó ruidosamente de entre los juncos de un lago, pudo vislumbrar conejos, un ciervo y un par de osos. Las nubes blancas iban trazando su línea de sombra a través de la tierra desigual, de muchos colores, y el viento soplaba fríamente en el rostro de Holger. Pero descubrió que el viaje le gustaba. Incluso la armadura, que al principio le arrastraba hacia abajo, se estaba convirtiendo en parte de sí mismo. Y .de alguna manera oscura sentía una sensación de patria en aquellas tierras, como si las hubiera conocido hacía mucho tiempo.

Trató de perseguir ese recuerdo. ¿Había sido en los Alpes, o en el alto *saetere* de Noruega, o en los prados montañosos que rodeaban Rainier? No, era algo más que una similaridad. Casi conocía esas marcas de Faerie. Pero la imagen no le llegaba y la rechazó como otro caso más de *deja vu.*

También pensó que si su transición hasta allí le había permitido aprender una lengua nueva, también podría haberle hecho otros trucos a su cerebro. Por un momento tuvo la idea absurda de que quizá su mente había sido transferida a otro cuerpo. Miró sus grandes manos, levantó una de ellas para tocar el hoyo familiar en el puente de la nariz, recuerdo de aquel gran día en el que ayudó a la paliza que tuvo como resultado Politécnica 36 a 24. No, seguía siendo él mismo. Y dicho sea de paso, con bastante necesidad de un buen afeitado.

El sol estaba ya bajo cuando cruzaron un último prado y se detuvieron bajo los árboles que había a orillas de un lago. El agua captaba la luz y durante dos kilómetros se convertía en una hoja de fuego; una bandada de gansos se agitó entre los matorrales.

-Podemos esperar aquí -dijo Hugi, deslizándose hasta el suelo y frotándose las nalgas con las manos-. Buf -exclamó con una mueca-. ¡Mi pobre y viejo trasero!

Holger también desmontó y sintió también ciertos efectos. No había motivos para atar a Papillon, que se comportaba como un perrillo. Le quitó las bridas y el corcel empezó a corretear alegremente.

-Vendrá pronto -ronroneó Hugi-. Tiene su choza por aquí. Mientras esperamos, podríamos refrescarnos.

Holger captó la sugerencia y destapó la cerveza.

-Todavía no me has dicho quién es «ella» -comentó.

-Es Alianora, la doncella-cisne -dijo mientras trasegaba la cerveza-. Recorre da aquí palla to el bosque, a veces hasta el Mundo Medio, y los habitantes le cuentan sus rumores. Es una amiga muy querida. ¡Uau! ¡La vieja Madre Gerd será una bruja, pero como cervecera no hay otra!

Papillon relinchó. Al darse la vuelta, Holger vio una forma alargada de color amarillo manchado que se deslizaba hacia el lago. ¡Un leopardo! Antes de darse cuenta tenía la espada desenvainada y en alto.

-No, quieto -dijo Hugi tratando de cogerle el brazo, pero como no llegaba tan alto le sujetó de las piernas-. Viene en paz. No os atacará si no ofendéis a la doncella-cisne.

El leopardo se detuvo, se sentó y se quedó mirándoles con unos ojos fríos de color ámbar. Holger volvió a envainar la espada. Estaba cubierto de sudor. Ahora que esos lugares empezaban a volvérsele familiares, tenía que ocurrir algo así. Oyeron por encima un batir de alas.

-¡Es ella! -gritó Hugi, dando saltos y moviendo los brazos-. ¡Hola, hola, baja!

El cisne bajó aleteando hasta el suelo, deteniéndose a un metro de distancia. Era el cisne más grande que Holger había visto nunca. La luz de la tarde daba un tono dorado a su plumaje. Con dificultad, Holger dio un paso adelante, preguntándose por la manera de presentarse a un cisne. El ave aleteó y retrocedió.

-No, no, no ha miedo, Alianora -intervino Hugi-. Es un caballero que sólo quiere hablarte.

El cisne se detuvo, tocó suelo, extendió las alas y se quedó sobre las puntas de los dedos. Su cuerpo se hizo más largo, encogió el cuello, se estrecharon las alas...

-[Por Jesucristo! -gritó Holger santiguándose. Allí había una mujer.

No, una joven. No debía tener más de 18 años: un cuerpo juvenil alto y esbelto, flexible y dorado por el sol, de cabellos color bronce que le caían sueltos sobre los hombros, enormes ojos grises, algunas pecas sobre una nariz corta e inclinada, una boca ancha y suave... ¡era muy hermosa! Casi sin pensarlo, Holger se quitó la correa de la barbilla, se desprendió del casco y la gorra y se inclinó ante ella.

Ella se aproximó tímidamente, moviendo sus largas y suaves pestañas. Iba vestida tan sólo con una breve túnica, sin mangas y ajustada, que parecía tejida con plumas blancas; sus pies descalzos no nacían ruido alguno en la hierba.

-Así que eres tú, Hugi -dijo ella con un tono de contralto suave que recordaba la entonación del enano-. Bienvenido. Y también vos, sir caballero, si sois un amigo de mi amigo.

El leopardo se agachó, movió la cola y miró a Holger con suspicacia. Alianora sonrió y se agachó para acariciarle bajo la barbilla. El leopardo se restregó contra sus piernas ronroneando como si fuera un motor Diesel.

-Este tipo alto es sir Holger -dijo Hugi, como dándose importancia-. Y como veis, compañero, ésta es la propia doncella-cisne. ¿Cenamos?

-Bueno... -empezó a decir Holger, y se detuvo para buscar las palabras adecuadas-. Es un placer conocerla, mi dama -dijo procurando utilizar el pronombre formal; ella tenía miedo de él y el leopardo seguía presente-. Espero que no la hayamos molestado.

-Qué va -contestó ella sonriendo y relajándose-. El placer es mío. Veo a tan pocos caballeros galantes.

Su tono no contenía una coquetería particular, sólo estaba tratando de ponerse a la altura de la cortesía de él.

-Bueno, comamos -gruñó Hugi-. Tengo la barriga pegada al espinazo.

Se sentaron sobre la hierba. Los dientes de Alianora desgarraron el pan duro y negro que le ofreció Holger con la misma facilidad que los del enano. No habló ninguno hasta que terminaron, cuando el sol estaba ya en el horizonte y las sombras se habían hecho tan largas como el mundo. En ese momento, Alianora miró directamente a Holger y le dijo.

-Hay un hombre que le está buscando, sir caballero. Un sarraceno. ¿Es amigo suyo?

-Ah, ¿un sarraceno? -preguntó Holger abriendo tanto la mandíbula que ésta produjo un ruidito-. No. Soy un... un extranjero. No conozco a nadie. Debéis estar equivocada.

-Puede ser -añadió Alianora cautamente-. ¿Qué os trajo entonces hasta mí?

Holger le explicó su dificultad, si podía o no confiar en la bruja. La joven frunció el ceño y se formó una pequeña arruga entre sus cejas oscuras.

-Me temo que eso no lo puedo saber -murmuró-. Pero os movéis en oscura compañía, sir caballero. Madre Gerd no es una alma buena, y todos saben lo tramposo que es el duque Alfric.

-¿Pensáis entonces que sería mejor no ir a verle?

-No puedo decirlo -exclamó ella con aspecto entristecido-. En nada conozco a los nobles de Faene. Sólo conozco a algunas de las gentes menores del Mundo Medio, algunos espíritus malévolos y *nisser,* una o dos hadas de las setas, y gentes así.

Holger parpadeó. Ya estaban otra vez con eso. Apenas había empezado a imaginar que estaba cuerdo, en una situación cuerda aunque improbable, cuando se ponían a hablar de lo sobrenatural como si esto formara parte de la cotidianidad.

Bueno. Quizá fuera así en este lugar. ¿Acaso no había visto cómo un cisne se convertía en un ser humano. Fuera o no una ilusión, estaba seguro de que en su propio mundo jamás habría visto tal cosa.

La sorpresa inicial y la sorpresa interior que esto produjo estaban desapareciendo. Había empezado a comprender, con todo su ser, lo lejos que estaba de su hogar, y lo solo que se encontraba. Cerró los puños y los apretó tratando de no maldecir ni llorar.

Para mantener la mente ocupada, preguntó:

-¿A qué os referís al hablar de un sarraceno?

-Ah, él -dijo la joven mirando a través del brillo crepuscular del lago. En medio de una enorme quietud, las golondrinas se lanzaban hacia abajo y ascendían-. No es que le haya visto yo misma, pero en los bosques corre el relato, los topos lo murmuran en sus madrigueras y los tejones se lo cuentan a las nutrias, el martín pescador y el cuervo se enteran y lo gritan a todos. Así es como oí, de esto hace ya muchas semanas, que un guerrero solitario, que por su rostro y vestido es un sarraceno, ha cabalgado por todas estas zonas preguntando por un caballero cristiano que cree está próximo. No ha dicho por qué quiere a ese hombre, pero su aspecto, tal como lo relata el sarraceno, es el vuestro: un gigante rubio que cabalga en un caballo negro llevando armas de... -se detuvo y miró a Papillon-. Ah, vuestro escudo está cubierto. El habla de tres corazones y tres leones.

Holger se puso rígido.

-No conozco a sarraceno alguno. No conozco a nadie aquí. Vengo de más lejos de lo que podríais entender.

-Quizá sea un enemigo vuestro que os busca para descuartizaros -intervino Hugi interesado-. O un amigo.

-¡Os digo que no lo conozco! -exclamó Holger, dándose cuenta de que había gritado-. Perdonadme. Me siento como si estuviera en la Luna.

Alianora abrió mucho los ojos.

-¿En la Luna? Oh, cielos -exclamó lanzando una risita que era un sonido muy dulce-. Bonita frase.

En alguna parte de su mente Holger registró el hecho, para su uso futuro, de que las frases hechas de su mundo parecían aquí algo nuevo. Pero, sobre todo, estaba pensando en el sarraceno. ¿Quién diablos sería? ti único musulmán que había conocido nunca era ese tímido y pequeño sirio de gafas de la facultad universitaria. ¡Bajo ninguna circunstancia iría él por ahí con uno de esos atavíos de langosta!

El, Holger, debía haberse hecho con el caballo y el equipo de un hombre que, por coincidencia, se le parecía. Eso podía producirle verdaderos problemas. De nada serviría buscar al guerrero sarraceno. Con seguridad que no.

Un estado de ánimo de desesperanza nihilista se apoderó de él.

-Iré a Faerie -afirmó-. No parece que tenga ninguna otra posibilidad.

-Es un lugar arriesgado para los mortales -intervino Alianora con gravedad. Se inclinó hacia adelante-. ¿De qué lado estáis, la Ley o el Caos?

Holger vaciló.

-No tengáis miedo -le presionó ella-. Me mantengo en paz con la mayor parte de los seres.

-La Ley, supongo -contestó lentamente-. Aunque no sé nada de este mun... esta tierra.

-Así lo pensaba -dijo Alianora-. Pues bien, también yo soy humana, e incluso aunque los favoritos de la Ley sean a menudo unos brutos, pienso que me gusta su causa más que la de Caos. Por eso me uniré a vos. Puede que os sirva de alguna ayuda en el Mundo Medio.

Holger iba a iniciar una protesta, pero ella levantó su mano esbelta y dijo:

-Nanay, ni una palabra. Apenas es un riesgo para mí, que puedo volar. Y... -se echó a reír-. ¡Y a fe mía que podría ser una alegre aventura!

La noche se acercaba y empezaron a sentir su frescor, y a ver las estrellas. Holger extendió la manta de la silla para dormir sobre ella, mientras Alianora se iba diciendo que buscaría cobijo en un árbol. El hombre permaneció despierto mucho tiempo, observando las constelaciones. Le resultaban familiares, el cielo de finales de verano del norte de Europa. ¿Pero estaba muy lejos el hogar? ¿O seguía teniendo la distancia algún significado?

Recordó que cuando Alianora tomó la forma humana, él, sin pensarlo, se santiguó. No lo había hecho en toda su vida. ¿Era sólo el efecto de ese entorno medieval, o parte de las habilidades inconscientes, la lengua, el saber montar a caballo y Dios sabía qué más, que había obtenido de algún modo? No conociéndose ni siquiera a sí mismo, se sentía solitario.

No había mosquitos allí. Agradece las pequeñas bendiciones. Pero en ese caso, por recordarle el hogar, habría dado la bienvenida a uno de ellos.,

Finalmente, se quedó dormido.

5

PARTIERON por la mañana, Holger y Hugi montando a Papillon. Alianora volaba por encima en forma de cisne, trazando curvas, elevándose y desapareciendo tras los árboles, para reaparecer lanzándose hacia arriba. El espíritu del hombre se animó con el sol. Al menos había llegado a alguna parte y parecía estar en buena compañía. Al mediodía, la dirección que habían seguido hacia el este les llevó muy alto en las colinas, hasta una tierra barrida por el viento y llena de rocas, cascadas y barrancos, unas hierbas largas y duras y arbustos nudosos. Para Holger, el horizonte que tenía por delante parecía más oscuro de lo que debiera.

Hugi rompió a cantar una canción obscena. Para ponerse a su nivel, Holger cantó baladas como *El calderero de Escocia y El rey bastardo de Inglaterra,* traduciéndolas con una facilidad que le sorprendió. El enano reía toscamente. Holger había empezado a cantar *Les trois orfévres* cuando una sombra cayó sobre él y, al levantar la vista, vio al cisne volando arriba en círculos, escuchando con interés. Dejó de cantar.

-Eh, seguid -le pidió Hugi-. Es una rara y gran canción.

-He olvidado el resto -dijo Holger en voz baja.

Temía encontrarse con Alianora cuando se detuvieran para almorzar. Lo hicieron en una espesura que cubría la boca de una cueva. La joven fue alegremente hacia él, en forma humana.

-Sois muy entonado -sir Holger, dijo ella sonriendo.

-Ummm... os lo agradezco -murmuró.

-Me gustaría que recordarais lo que le sucedió a los tres orfebres -dijo ella-. Fue descortés por vuestra parte dejarlos allí en el tejado.

Holger la miró fijamente. Sus ojos grises eran totalmente cándidos. Bueno, como había pasado su vida entre las pequeñas gentes terrestres... pero aun así no se atrevía.

-Trataré de recordarlo -dijo con falsedad.

Los matorrales que tenían tras ellos se agitaron y vieron salir de la cueva a un ser. Al principio, Holger pensó que estaba deformado, pero luego decidió que debía ser un miembro normal de una raza no humana. El cuerpo era algo más alto que el de Hugi, y mucho más ancho, con unos brazos musculosos que le colgaban hasta la rodilla, que llevaba dobladas; la cabeza era grande y redonda, de nariz aplastada, orejas puntiagudas y una hendidura como boca; la piel no tenía pelo y era grisácea.

-Vaya, es Unrich -gritó Alianora-. No pensaba que llegaras tan arriba.

-Ey, ay, estar aquí, sí estar -el ser se agachó y contempló a Holger con unos ojos circulares. Sólo llevaba puesto un delantal de cuero y transportaba un martillo-. Estar... nosotros... abriendo pozo nuevo allí -dijo señalando el territorio circundante-. Haber oro en esas colinas.

-Unrich pertenece a los níqueles -explicó Alianora, y Holger llegó a la conclusión de que debía tratarse de una tribu de enanos de montaña, y no de una clase de monedas ni de una aleación-. Lo conocí por medio de las familias de tejones.

Librodot

El recién llegado estaba tan ávido de noticias y rumores como parecían estarlo todos por allí. Hubo que contar la historia de Holger desde el principio. Al final, el níquel agitó la cabeza y escupió.

-No ir ahora a buen lugar. No bueno ahora que el Mundo Medio estar reuniendo todos ejércitos.

-Vaya -dijo Hugi-. Vamos a tener una fría bienvenida en donde Alfric.

-Contar que elfos y trolls han hecho alianza -dijo Unrich-. Y cuando esos clanes unirse, grandes problemas haber.

Alianora frunció el ceño.

-No me gusta esto -le dijo a Holger-. Los brujos van saliendo con mayor audacia al extranjero, llegando incluso hasta el corazón del Imperio, según he oído. Es como si hubiera desaparecido el baluarte de la Ley, por lo que Caos puede salir libremente al mundo.

-Haber puesto un hechizo santo a Cortana, pero no ser muy útil y nadie capaz de sostenerlo en donde levantarse -dijo Unrich con un cierto alivio pesimista.

Cortana, pensó Holger. ¿Dónde había oído antes ese nombre?

Unrich buscó en un bolsillo de su delantal y, ante la sorpresa de Holger, sacó una tosca pipa de arcilla y un saquito de algo que parecía tabaco. Prendiéndole fuego con pedernal y acero, inhaló el contenido profundamente. Holger le observaba con deseo.

-Es un truco de dragón, el que respires fuego -dijo Hugi.

-Mi gustar -respondió Unrich.

-Y con toda la razón -intervino Holger-. Una mujer es sólo una mujer, pero un buen cigarro es una fumada.

Todos se quedaron mirándole.

-Nunca oí a ningún humano llamar así al demonio -dijo Alianora.

-Déjame una pipa -dijo Holger-. ¡Y mirad!

-Esto es demasiado para perdérselo.

Unrich volvió a meterse en la cueva y regresó con una pipa grande. Holger la apretó con firmeza, cogió fuego y sopló felices nubes. No creía estar fumando tabaco, era tan fuerte como el mismo diablo, pero no peor que lo que había tenido en Francia antes de la guerra, o mientras estuvo en Dinamarca. Hugi y Unrich le miraban con ojos desorbitados. Alianora rompió a reír a carcajadas.

-¿Cuánto quieres por esto? -preguntó Holger-. Te daré uno de los mantos de repuesto por la pipa, con el pedernal y el acero y una bolsa de tabaco... de hoja de fumar.

-¡Aceptar! -dijo Unrich enseguida. Holger comprendió que había podido realizar un mejor trato. Qué importaba.

-Tendrás la decencia de añadir algo de comida para nosotros -dijo Alianora.

-Bueno, dar lo que pedir -dijo Unrich y desapareció de nuevo. Alianora se quedó mirando con conmiseración a Holger.

-Los hombres no sois prácticos para ganaros el pan -dijo con un suspiro.

Con una hogaza de pan, queso y carne ahumada volvieron a ponerse en marcha. Aunque la zona se iba haciendo más salvaje y difícil, Papillon no parecía cansarse. Por el este, la oscuridad

se levantaba ante ellos conforme avanzaban, como un muro vago. Cercana la noche, se detuvieron en lo que debía ser la cresta de la cordillera; más abajo, las pequeñas colinas descendían hasta los pinares. Alianora se puso a construir diestramente un abrigo de mimbres trenzados, mientras Hugi se entretenía en preparar la cena. Holger se sintió inútil. Pero disfrutó viendo moverse a la joven.

-Mañana entraremos en Faerie -dijo ella cuando se sentaron alrededor del fuego, con la noche ya caída-. Después, estaremos en manos del destino.

-¿Por qué está tan oscuro en esa dirección? -preguntó Holger.

Alianora se quedó mirándole.

-Verdaderamente que sois de muy lejos, o eso u os han hechizado. Todos saben que los fariseos no pueden soportar la luz del día, por lo que en su reino siempre hay crepúsculo -añadió con una mueca. El fuego hacía resaltar su rostro joven con un color rojizo sobre la negrura que traía el viento-. Si gana Caos, quizá se asiente el crepúsculo en todo el mundo, y ya no habrá más luz del sol brillante, ni hojas verdes ni flores. Ay, supongo que ciertamente estoy con la Ley -añadió antes de detenerse-. Y sin embargo, Faerie tiene una extraña belleza. Lo veréis por vos mismo.

Holger la miró a través de las llamas. La luz brillaba en sus ojos, acariciaba sus cabellos y las curvas suaves de su cuerpo, después la envolvió en un manto de sombra.

-Si no soy descortés -se aventuró-, no puedo entender que una joven hermosa como vos viváis en estas tierras salvajes entre... entre gentes que no son como vos.

-Ah, no es esto un acertijo difícil -dijo ella mirando las brasas. El apenas podía escuchar su voz por encima del viento de la noche-. Los enanos me encontraron cuando era un bebé, acostada en el bosque. Quizá era la hija de un propietario, robada en las hostilidades que asolan continuamente estas marcas. Los ladrones pensaron criarme como esclava, pero se cansaron de la idea y me dejaron. Entonces las gentes pequeñas y los animales, sus hermanos por juramento, me criaron. Fueron bueno y amables, y me enseñaron muchas cosas. Al final me dieron este disfraz de cisne, que dicen perteneció en otro tiempo a las valquirias. Con su poder, yo, aunque no había nacido con una forma fuerte, sino de un tipo humano común, puedo cambiar como habéis visto, y así puedo vivir a salvo. Los enanos me dijeron que podía ir adonde quisiera. Pero no me importaban mucho los salones llenos de humo de los hombres. Mis amigos estaban aquí, y sólo necesitaba el espacio y el cielo para estar contenta. Esa es toda la historia.

Holger asintió, lentamente.

Entonces fue ella la que le miró.

-Sólo nos habéis contado un poco sobre vos mismo -dijo ella con una sonrisa insegura-. ¿Dónde está vuestro hogar, y cómo llegasteis aquí sin atravesar las tierras de los hombres ni el Mundo Medio, y sin saber lo que ellos son?

-También a mí me gustaría saberlo -respondió Holger.

Hubiera querido contarle la historia entera, pero reprimió el impulso. Probablemente, ella no podría entenderla. Además, quizá fuera prudente reservarse algunos secretos.

-Pienso que me han lanzado un hechizo -dijo-. He vivido tan lejos de aquí que nunca oí hablar de estos lugares. Y de pronto, aquí estaba.

-¿Y cuál es el nombre de vuestro reino? -insistió ella.

-Dinamarca -dijo, arrepintiéndose enseguida al oír que ella exclamaba:

-¡Pero yo he oído hablar de vuestro reino! Aunque está lejos de aquí, tiene gran fama. Un país cristiano, al norte del Imperio, ¿no es así?

-Bueno... bien... no creo que sea la misma Dinamarca -¡difícilmente!, pensó-. La mía está en... bueno... -no quería decirle una mentira completa. Un momento; pensó en sus viajes por Estados Unidos-. Me refiero a un lugar de Carolina del Sur.

Ella le miró ladeando la cabeza.

-Creo que estáis ocultando algo. Pues bien, como deseéis. Los de la frontera hemos aprendido a no ser demasiado curiosos -dijo bostezando-. ¿Nos acostamos?

Se metieron juntos en el abrigo, buscando el calor humano conforme la noche se iba haciendo más fría. Varias veces, Holger despertó con un estremecimiento y sintió a su lado la respiración de Alianora. Era una joven muy dulce. Si no llegaba a encontrar el camino de regreso...

6

EL descenso de la mañana siguiente fue rápido, aunque peligroso. Hugi gritó a menudo cuando los cascos de Papillon resbalaban en la pendiente y se inclinaban sobre un borde de infinito. Alianora iba muy por delante. Tenía la costumbre, que a Holger le erizaba el pelo, de convertirse en humana en mitad del aire y volver a tomar la forma de cisne justo a tiempo para evitar estrellarse en la caída. Tras ver eso, Holger necesitaba desesperadamente una pipa tranquilizante. No pudo encender la pipa hasta que Hugi le enseñó a utilizar el pedernal y el acero que llevaba ahora en la bolsa del cinturón. ¿Por qué no tendrían cerillas en ese mundo?

Cuando cruzaban los pinares, el crepúsculo se cerró allí con nubes de tormenta. Se hacía más oscuro con cada paso silencioso. Holger se preguntaba si serían capaces de ver el final del viaje. El cuero cabelludo se le erizaba al pensar en cruzar a ciegas un país de trolls, hombres lobos y Dios sabría qué otra cosa.

Conforme descendía, el aire se iba haciendo más cálido. Cuando por fin salieron del bosque, la atmósfera era fragante y estaba cargada con olores que Holger desconocía y que parecían como de incienso. Entraron en un valle abierto y ondulado y Hugi tragó saliva.

-Estamos ya en Faerie -murmuró-. Que podamos salir d'aquí es otra historia.

Con una sola mirada Holger cubrió todo el paisaje. Aunque el sol se había ocultado, la noche a la que tanto temía no había caído. No podía identificar fuente alguna de luz, pero veía con la misma claridad que durante el día. El cielo era de un azul muy oscuro, y la misma atmósfera azul invadía el aire, como si fueran cabalgando bajo el agua. La hierba era alta y suave, con un tono plateado superpuesto a su verde claro; unas flores blancas puntuaban el suelo. *Asfódelos,* pensó Holger. ¿Pero cómo lo sabía? De vez en cuando veía matorrales de rosas blancas. Los árboles se elevaban solitarios y en pequeños grupos, altos, delgados, de corteza lechosa, con hojas del color de la hierba. Un viento lento soplaba a través de ellos, produciendo un pequeño sonido tintineante. Bajo esta luz sin sombra, engañosa, Holger no podía medir bien las distancias. Cerca corría una corriente que no tintineaba, sino que tocaba una interminable melodía basada en una escala desconocida. La fosforescencia creaba remolinos blancos, verdes y azules sobre el agua.

Papillon relinchó y se puso de manos. No le gustaba ese lugar.

¿Pero dónde lo he visto antes, este azul tranquilo y frío sobre los árboles y colinas que se funden con el cielo, en donde el viento sopla de modo cantarín y el río resuena como campanas de cristal?¿Fue en un sueño que tuve hace tiempo, medio dormido y medio despierto bajo la luz de la noche veraniega de Dinamarca, o fue en un año más antiguo y olvidado? No lo sé. Y no creo que desee saberlo ahora.

Siguieron cabalgando, en esa luminiscencia sin cambios el tiempo parecía fluido e inestable, por lo que podían haber viajado un minuto o un siglo, pues el paisaje vago se deslizaba quedando tras ellos, mientras seguían hacia delante. Hasta que el cisne bajó de nuevo, tomó tierra con un estruendo de alas y se convirtió en Alianora. Podía verse el miedo en su rostro.

-Vi a un caballero por allí -dijo sin aliento-. Un caballero de Faerie. No sé lo que haría por aquí.

Holger sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza, pero mantuvo tranquila su apariencia exterior.

Librodot

-Lo descubriremos.

El desconocido apareció encima de una cresta. Iba sobre un caballo alto, blanco como la nieve, de crines fluidas y cuello orgullosamente arqueado; sin embargo, el animal, al verlo atentamente, tenía algo sutilmente erróneo, unas patas demasiado largas, una cabeza demasiado pequeña. El jinete llevaba una armadura de plata completa, la visera bajada, por lo que no se le veía el rostro; plumas blancas sobre el casco, el escudo de color blanco y negro y todo lo demás brillaba con el color azul de la medianoche. Se detuvo y dejó que Holger se acercara a él.

Cuando el danés estuvo cercano, el caballero bajó la lanza.

-¡Deteneos y declarad quién sois! -exclamó con una voz que tenía una cualidad metálica resonante, pues no era totalmente humana.

Holger tiró de las riendas. Papillon relinchó con una nota de desafío.

-He sido enviado por la bruja Madre Gerd con un mensaje para el duque Alfric.

-Primero dejadme ver vuestras armas -gritó con voz metálica-. No viene por aquí nadie que sea desconocido.

Holger se encogió de hombros para disfrazar su inquietud. Agachándose, sacó el escudo de donde colgaba y lo deslizó sobre el brazo izquierdo. Hugi tiró de la cubierta de lienzo.

-Aquí lo tenéis.

El caballero de Faerie echó hacia atrás el caballo, lo espoleó y cargó.

-¡Defendeos! -gritó Hugi. Saltó inmediatamente de la silla-. ¡Busca vuestra vida!

Papillon saltó hacia un lado mientras Holger seguía todavía con la boca abierta. El otro jinete pasó junto a él con un sordo resonar de cascos. Dio la vuelta y regresó, apuntando con la lanza a la garganta de Holger.

Entonces éste actuó guiado por reflejos ciegos. Bajó la lanza, estimuló a Papillon y levantó el escudo para defenderse. El caballo negro saltó hacia adelante. La forma del enemigo se acercaba cada vez más. Apuntaba con la lanza al centro de Holger. El danés bajó el escudo y movió los pies en los estribos.

Entrechocaron con un estruendo cuyo eco se repitió de colina en colina. El escudo de Holger se le había aplastado contra el estómago. Casi había perdido la lanza mientras la lanzaba hacia la visera del enemigo. Pero la otra lanza se astilló y el caballero de Faerie se bajó de la silla. Papillon se adelantó. El desconocido se puso a la cola de su caballo.

Estaba de nuevo en pie, era increíble que lo hubiera podido hacer con la armadura completa, y su espada estábanlera. Todavía no tenía tiempo para pensar. Holger había dejado que su cuerpo actuara por él, pues sabía lo que habría de hacer. Golpeó al enemigo desmontado. La espada chocaba con la espada. El caballero de Faerie lanzó un tajo hacia la pierna de Holger. El danés paró el golpe a tiempo. El mismo dejó caer su hoja sobre el casco de plumas. El metal sonó y el enemigo se tambaleó.

El golpe desde arriba había sido demasiado fuerte. Holger dio un salto, se le quedó atrapado un pie en un estribo y cayó de espaldas. El extranjero saltó sobre él. Holger le dio una patada. De nuevo, el sonido metálico y el guerrero cayó. Gateando, ambos se pusieron en pie. La espada del recién llegado resonó contra el escudo de Holger. Este apuntó al cuello, tratando de encontrar una juntura abierta en las placas. El guerrero de Faerie apuntaba hacia abajo, buscando las piernas sin protección. Holger resbaló hacia atrás. El otro se precipitó contra él, su espada se desdibujó por la velocidad. Holger detuvo el golpe en mitad del aire. El encontronazo sacudió sus

músculos. Al caballero de Faerie se le cayó la espada. Inmediatamente, sacó una daga y se lanzó hacia él.

La espada ancha no estaba hecha para dar estocadas, pero Holger vio una abertura delante de él, por encima de la górgola, y se lanzó hacia el frente. Saltaron chispas. La forma metálica retrocedió, cayó de rodillas, se dejó caer hasta la hierba con un último crujido y se quedó quieta.

Sintiendo vértigo y un estruendo en sus oídos, Holger miró a su alrededor. Vio que el caballo blanco huía hacia el este. *Va a contárselo al duque,* pensó. Entonces Hugi se puso a bailar y a celebrarlo a su alrededor, mientras Alianora se cogía a su brazo, sollozaba y exclamaba que había librado la batalla de una manera espléndida.

¿Yo?, pensó. *No, ese no fui yo. No sé ni una palabra de espadas y lanzas.*

¿Pero entonces quién ganó esta pelea?

Alianora se inclinó sobre la forma caída.

-No sangra -dijo con voz áspera-. Pero aun así está muerto, pues los fariseos no pueden soportar el contacto del hierro frío.

Holger recuperó el aliento. Su mente comenzó a aclararse. Vio sus errores; sí, debería haber permanecido montado y utilizar su caballo como arma secundaria. Lo haría mejor la próxima vez. Brevemente se preguntó lo que utilizarían en lugar del acero los habitantes de Faerie -fariseos-, como parecían llamarse, sin duda porque una población humana y letrada había confundido sus referencias bíblicas. ¿Aleaciones de aluminio? Seguramente la magia podría servir para extraer aluminio de la bauxita, berilio, magnesio, cobre, níquel, cromo, manganeso...

Aunque sin duda era cierto, la idea de un mago con un espectroscopio le resultó lo bastante divertida como para recuperar el equilibrio. Sorprendió a sus camaradas al echarse a reír a carcajadas.

-Pues bien -dijo, sorprendiéndose él mismo un poco de su propia crueldad-. Veamos lo que hemos conseguido.

Se arrodilló y abrió la visera. El vacío se le quedó mirando. La armadura estaba hueca. Debió estarlo todo el tiempo.

7

FAERIE parecía una selva, con colinas, bosques y valles sin cultivar. Holger preguntó a Hugi, que se sentía muy acobardado, que de qué vivían sus habitantes. El enano le explicó que obtenían con magia una parte de la comida y la bebida, otra parte de los reinos del Mundo Medio que le eran tributarios, y que también cazaban algo de los animales fantásticos que merodeaban por sus dominios. Todos ellos parecían ser guerreros y brujos, dejando que hicieran el trabajo físico los esclavos que habían tomado de los goblins, kobolds y otras tribus atrasadas. El interrogatorio de Holger reveló que los fariseos desconocían la vejez y la enfermedad, y también que carecían de alma. Holger pensó que no serían la compañía más agradable que pudiera imaginarse.

Intentando encontrar una base mental sólida, y olvidándose de la armadura hueca que yacía en el campo de asfódelos, comenzó a teorizar. Sólo tenía un conocimiento preciso de la física y las matemáticas, pero era capaz de realizar algunas conjeturas inteligentes. ¡Este mundo debía tener una explicación racional!

Tanto las similaridades con su hogar, como las constelaciones, como las diferencias, tales como las que ahora le rodeaban, descartaban la posibilidad de que fuera otro planeta en el espacio. Es decir, en el mismo espacio que el suyo. Las leyes ordinarias de la naturaleza, como la gravedad y la combinación química, parecían funcionar; pero era evidente que aquí existían cláusulas que permitían... bueno, la magia. Resultaba concebible que la magia no fuera más que un control mental directo de la materia. Incluso en el mundo del que procedía había personas que creían en la telepatía, telequinesis, etc. Quizá en este mundo, bajo ciertas condiciones, las fuerzas mentales pudieran ser más poderosas que las inorgánicas... Cuando sus pensamientos le llevaron hasta ese punto, se dio cuenta de que no estaba en parte alguna, sino que simplemente había dado un nombre diferente a la misma serie de fenómenos.

Pues bien, sea como sea, *¿dónde* estaba? ¿O sería mejor preguntar *cuándo* estaba? ¿En otra Tierra? Quizá dos objetos pudieron ocupar el mismo espacio al mismo tiempo sin que se produjeran relaciones entre uno y otro. Lo que significaba que podían hacerlo dos universos llenos de estrellas. O un número cualquiera de universos. Había caído en uno de ellos: con un paralelismo tan grande con respecto al suyo, a pesar de las diferencias, que tenía que existir alguna vinculación entre ellos. ¿Pero cómo?

Suspiró y abandonó. Ocuparse primero de lo primero. Ahora mismo tenía que mantenerse vivo en una tierra en la que muchos seres buscaban a uno que llevaba los tres corazones y los tres leones.

En la luz crepuscular fue apareciendo lentamente el castillo. Los muros se elevaban hasta una altura de vértigo, los tejados eran todo cumbres y ángulos, rematados en elevadísimas y delgadas torres: era de una belleza salvaje, como la del hielo en un bosque invernal. La piedra blanca parecía estar hecha como un encaje, y ser tan frágil que el aliento podría deshacerla, pero al acercarse Holger pudo ver lo enormes que eran los muros. Un foso rodeaba la colina sobre la que se erguía el castillo, y aunque ningún río vaciaba allí sus aguas, el agua daba vueltas interminablemente resonando como campanillas.

No lejos de allí había otra colina cubierta de rosas, medio oculta en las corrientes de niebla, pero que parecía tener la forma del pecho de una mujer. Hugi señaló hacia ella.

Librodot

-Allí está la Colina del Elfo -dijo en voz muy baja-. Allí dentro, los elfos celebran sus fiestas desconocidas y salen para bailar en las noches iluminadas por la luna.

Al fondo había un bosque tan oscuro que Holger apenas si podía ver los árboles que se extendían hacia el norte, el sur y el este.

-Allí en Mirkwood los señores de los fariseos cazan grifos y manticoras -susurró Hugi.

Desde el castillo, lejano y frío, resonó una trompeta, cuyo sonido se parecía al de las aguas al precipitarse. *Ya nos han visto,* pensó Holger. Dejó caer una mano hacia su espada. Alianora, aleteando, bajó junto a él adoptando su forma humana. Tenía una expresión grave.

-Tú y Hugi... -se detuvo para aclararse la garganta-. Me habéis guiado hasta aquí, y os lo agradezco mil veces. Pero ahora sería mejor que os fuerais.

Alianora se le quedó mirando un momento.

-Nanay -dijo enseguida-. Creo que nos quedaremos un rato. A lo mejor podemos ayudar.

-No soy nadie para vos -dijo con voz vacilante-. Nada me debéis y yo os debo más de lo que podré pagaros nunca.

Los ojos grises permanecieron serios.

-Se me viene a la mente que sois algo más que nadie, aunque vos no lo sepáis -murmuró ella-. Tengo una sensación sobre vos, sir Holger. Así que por lo menos yo me quedaré.

-Pues bien -exclamó Hugi con voz ampulosa, aunque no demasiado feliz-. No pensaréis que voy a volverme como un cobarde ahora, ¿no?

Holger no les presionó. Había cumplido con su deber al ofrecerles una excusa para que se fueran; ¡y por Dios que se alegraba de que no la hubieran aprovechado!

Se abrieron las puertas del castillo y, sin hacer ruido, descendió un puente levadizo. Las trompetas volvieron a sonar. Salieron a recibirle unos jinetes con estandarte y blasón, penacho de plumas y lanza. Holger tiró de las riendas y esperó, sujetando fuertemente con la mano la lanza. Así que éstos eran los señores de Faerie.

Iban vestidos con unos colores que parecían luminosos sobre el fondo crepuscular, carmesíes, dorados, morados y verdes, pero el tono de cada prenda brillaba, destellaba y cambiaba de un momento al siguiente. Algunos llevaban cota de malla, o placas metálicas plateadas elaboradamente formadas; otros llevaban túnicas y coronas. Eran altos y se movían con una gracia líquida que ningún ser humano podría repetir, ni siquiera un felino. Una arrogancia fría era la nota predominante de sus rasgos, extrañamente modelados, de pómulos altos, narices extendidas hacia los lados y barbilla estrecha. Eran de piel blanca, de cabellos largos y finos color azul plateado, la mayoría de los hombres imberbes. Cuando se acercaron lo suficiente, Holger pensó al principio que eran ciegos, pues sus ojos oblicuos mostraban un vacío azulado. Pero pronto se dio cuenta de que la vista de estos era mejor que la suya. El jefe se detuvo e hizo una pequeña reverencia desde el estribo.

-Bienvenido, señor caballero -dijo. Era agradable escuchar su voz, pues se parecía más a la del canto que a la del habla-. Soy Alfric, duque de Alfarland en el reino de Faerie. No es frecuente que los mortales vengan a saludarnos.

-Os lo agradezco, mi señor -dijo Holger, observando que de sus labios salían por sí solas las frases corteses-. La bruja Madre Gerd, que creo es una humilde sierva vuestra, me encomendó a vuestra gracia. Pensó que vuestra sabiduría podría solucionar una aflicción mía, por lo que vengo aquí a suplicaros el favor.

-Ah, ¿eso es? Habéis hecho bien en venir, entonces. Os ruego que vos y vuestros servidores permanezcáis aquí tanto como os plazca y me esforzaré por ayudar a un caballero de vuestra posición con todo el poder que pueda tener.

¿Mi posición?, reflexionó Holger, no olvidando que la criatura que le había atacado era sin duda del duque. Los tres corazones y los tres leones no parecían ser muy populares en el Mundo Medio. La cuestión era si Alfric entendía ahora que Holger no era el hombre al que quería matar. Y tanto si lo sabía como si no, ¿qué se ocultaba tras ese rostro liso y frío?

-Agradezco vuestra gracia -exclamó Holger en voz alta.

-Me duele tener que pediros que dejéis fuera la cruz y el hierro, pero ya conocéis la desafortunada debilidad de nuestra raza -dijo Alfric en tono cortés-. Mas no temáis, que a cambio se os darán armas.

-Nada tengo que temer, mi señor, en vuestro baluarte -dijo Holger, e inmediatamente pensó que se estaba convirtiendo en un mentiroso.

-Yo cuidaré de vuestras cosas, Holger -dijo Alianora-. De todas formas iba a quedarme fuera.

Alfric y los otros fariseos giraron hacia ella sus ojos de mirada vacía.

-Esta es la doncella-cisne de la que hemos oído hablar -dijo sonriendo el duque-. No, bella dama, malos anfitriones seríamos si no os ofreciéramos un techo.

Alianora agitó con tenacidad la cabeza. Alfric frunció el ceño.

-¿Rechazaréis nuestra invitación? -preguntó.

-Así es -contestó Alianora con tono intempestivo.

-Y yo me quedaré fuera con ella -se apresuró a añadir Hugi.

-No, entrarás con sir Holger -dijo la joven.

-Pero... -empezó a decir Hugi.

-Ya me has oído -le cortó Alianora.

Alfric se encogió de hombros.

-Si deseáis unios a nosotros, sir caballero -dijo con un leve gesto.

Holger descendió del caballo y se quitó la armadura. Los fariseos miraron hacia otro lado cuando tocó sus armas de empuñadura en forma de cruz. Papillon relinchó y contempló los caballos de los otros. Alianora cargó el equipo en el corcel y lo tomó por la rienda.

-Os esperaré en el bosque -dijo, llevándose al caballo. Holger siguió mirándola hasta que desapareció.

El grupo entró en el baluarte. Dentro se extendía un ancho patio, con árboles, lechos de flores y fuentes cantarinas, con música y un fuerte olor a rosas en el aire. Holger vio que, delante del torreón principal, las damas de Faene se habían reunido para observarlo todo. Durante un momento se olvidó de todo lo demás. *¡Por Judas!* Merecía la pena cruzar varios universos sólo para ver eso. Confundido, les hizo una reverencia.

Alfric le dijo a un esclavo goblin de corta estatura y piel verde que le condujera a sus aposentos.

-Le esperaremos para la cena -dijo graciosamente.

Holger, con Hugi trotando tras él, cruzó corredores laberínticos, altos, abovedados y ligeramente brillantes. A través de las puertas en forma de arco pudo vislumbrar habitaciones que refulgían por las joyas que contenían. Evidentemente, pensó tratando de mantener el equilibrio, quien es capaz de conjurar esas cosas y sacarlas del aire...

Subiendo un tramo de escaleras largo y curvo llegaron a otro salón, y de allí a una serie de habitaciones que parecían sacadas de las *Mil y una noches.* El goblin saludó humildemente y les dejó solos. Holger miró a su alrededor, a las alfombras brillantes, los mosaicos de piedras preciosas, los colgantes hechos con paño de oro, las ventanas de las galerías que daban a extensos jardines. Los cirios ardían con una luz clara que no ondulaba. De un muro colgaba un tapiz cuyas figuras cambiaban lentamente, representando una historia, y Holger apartó de allí la mirada con un ligero estremecimiento.

-A fe q'aquí se lo saben vivir -afirmó Hugi-. Pero lo daría todo pa estar de nuevo bajo mi viejo roble. Hay aquí algo maligno.

-Sin discusión -dijo Holger, entrando en un baño que le ofrecía todas las comodidades de su hogar, como jabón, agua caliente corriente, tijeras, navaja de afeitar, un espejo de cristal, y que sin embargo no tenía nada de su hogar. A pesar de ello salió de allí sintiéndose muy recuperado. Sobre el lecho había un vestido que debía estar pensado para él; cuando se lo puso, le quedaba como si fuera una segunda piel. Mangas de seda hasta las muñecas, chaleco de satén morado, medias carmesí, manto azul corto, calzado de terciopelo negro, todo enhebrado con oro y joyas, terminado en suaves y extrañas pieles, lo que elevó aún más su moral. En una esquina observó que había un equipo militar, incluyendo una espada cuya guarda tenía la forma de una luna creciente. Era un educado rasgo de Alfric, aunque nadie podría llevar armas a una cena.

-Oh, buena figura tenéis, sir Holger -exclamó Hugi con admiración-. Vais a tener que defenderos de las damas de Faene. Pues se dice que son por aquí muy besuconas.

-Me gustaría saber por qué todos son tan amigables -dijo Holger-. ¿Acaso los fariseos no se llevan mal, como mínimo, con la humanidad? ¿Por qué Alfric se portará así conmigo?

-Quién sabe. A ver si es todo una trampa. A lo mejor le divierte ser amable. Es imposible saber lo que las gentes de Faerie pensarán o harán. No se conocen a sí mismos, ni les importa.

-Me hace sentirme culpable dejarte a ti aquí sentado, ya Alianora allí fuera en el bosque.

-Ah, me traerán algo que comer, y ella estará más feliz allí. Sé lo que estará pensando. Yo estoy aquí para ayudaros, y ella se queda fuera para hacer lo que pueda si se presenta la necesidad.

Apareció un goblin que anunció obsequiosamente que la cena estaba servida. Holger le siguió a través de unos salones de color azul humo llegando hasta una cámara tan enorme que apenas podía ver el techo ni el final. Las damas y señores de Faerie que rodeaban la mesa parecían un arco iris que se hubiera fundido. Esclavos no humanos corrían por allí, la música procedía de alguna parte, la charla y las risas se elevaban sobre un silencio que, de alguna forma mágica, no se veía interrumpido. Condujeron a Holger hasta la izquierda de Alfríe, sentando al otro lado a una joven a la que presentaron con el nombre de Meriven. El impacto del rostro y la figura de ésta fue tal que Holger apenas pudo escuchar el nombre. Tras inclinarse ante ella, se sentó y trató de iniciar una conversación.

Ella respondía fácilmente, a pesar de lo endebles que eran sus esfuerzos. Por lo que oía, Holger comprendía que aquí la conversación era un bello arte: rápida, ingeniosa, poética, cínica, siempre con una indicación de delicada malicia, siempre con unas normas muy elaboradas que ni siquiera empezaba a entender. Pensó que unos inmortales que no tenían otra

cosa que hacer salvo cazar, practicar la magia, intrigar y librar guerras acabarían por desarrollar una sofisticación fuera de toda medida. Allí no habían oído hablar de los tenedores, pero la comida y los numerosos vinos constituían una sinfonía. Si Meriven no le distrajera tanto. Era la clásica situación de *embarras de richesses.*

-Verdaderamente sois un hombre audaz al aventuraros hasta aquí -dijo ella con suave voz y sosteniendo la mirada de Holger con esos curiosos ojos que, en ella, ya no le resultaban molestos-. La estocada mortal que disteis a vuestro enemigo, ah, ¡qué hermosa!

-¿La visteis? -preguntó él sorprendido.

-En el Pozo Negro, sí. Os vi. En cuanto a si sólo estábamos bromeando o queríamos vuestra vida, sir Holger, no sería bueno que un hombre joven conociera demasiado. Un poco de asombro le mantiene alejado de la estupidez -dijo riendo dulcemente-. ¿Pero qué os trajo aquí? Holger sonrió antes de responder:

-Tampoco una joven dama debería saber demasiado.

-¡Ah, cruel! Y sin embargo, me alegra que vinieras -dijo, utilizando el tratamiento íntimo-. ¿Puedo dirigirme a ti así, hermoso sire? Existe una afinidad de espíritu entre nosotros, aunque nos encontremos en guerra de vez en cuando.

-Sois mi más querida enemiga -dijo Holger. Ella bajó los párpados, mostrando con su sonrisa que apreciaba aquello. También Holger tendía a bajar los ojos. ¡Qué cuello tan hermoso tenía ella! Holger buscó en su mente más palabras que robarle a Shakespeare. La situación había vuelto al orden normal.

Siguieron el flirteo durante todo el banquete, que pareció durar horas. Después, el grupo acudió a bailar a un salón todavía más grande. En cuanto comenzó la música, el duque Alfric se llevó aparte a Holger.

-Venid conmigo un momento, si os parece, buen señor. Será mejor que hablemos enseguida de vuestro problema, los dos solos, para que pueda pensar en ello un tiempo; pues preveo que nuestras damas os darán escasa paz.

-Agradezco vuestra gracia -le dijo Holger con algo de malhumor, pues precisamente en ese momento no deseaba recordar la realidad.

Caminaron hasta un jardín, encontraron un banco bajo un luminoso sauce y se sentaron. Una fuente hacía bailar el agua ante ellos, por detrás cantaba un ruiseñor. Con un movimiento flexible, Alfric apoyó la espalda de su cuerpo vestido de negro.

-Expresad vuestro deseo, sir Holger -le dijo.

Bien, era inútil retener nada. Si el fariseo tenía el poder de retornarlo a su lugar y tiempo, probablemente tendría que conocer toda la situación. ¿Pero dónde empezar? ¿Cómo describir todo un mundo?

Holger hizo todo lo que pudo. Alfric le guiaba ocasionalmente con inteligentes preguntas. El duque nunca mostraba sorpresa, aunque al final parecía sumido en sus pensamientos. Apoyó los codos en las rodillas y extrajo la hoja de metal blanco que llevaba en el cinto. Mientras le daba vueltas una y otra vez, Holger pudo ver la inscripción que llevaba en la hoja. *La Daga Ardiente.* Se preguntó lo que significaría aquello.

-Es un extraño relato -dijo Alfric-. Jamás había oído uno que lo fuera tanto. Y sin embargo, creo que la verdad se encierra en él.

-¿Podéis... podéis ayudarme?

-No lo sé, sir Olger... pues, si no os importa, así es como me sigue pareciendo natural llamaros. No lo sé. Como cualquier brujo o astrólogo sabe, hay muchos mundos en el espacio, pero el concepto de una pluralidad de universos es diferente, sólo cabe sospecharlo por lo que dicen algunas antiguas escrituras. Si os he escuchado sin que el asombro se dejara translucir es porque yo mismo he especulado que otra Tierra como la que vos describís debe existir en realidad, siendo la fuente de los mitos y las leyendas, como las que hablan de Federico Barbarroja, o las grandes canciones épicas sobre el emperador Napoleón y sus héroes.

Como si hablara para sí mismo, Alfric murmuró unos cuantos versos:

Gerard U vaillant,
nostre birgan magnes,
tres ans tut pleins ad
esté dier Espagne
Combatlant contre la Grande
Bretagne.

Después, Holger pudo ver que Alfric sufría una sacudida y, con mayor viveza, dijo:

-Invocaré espíritus que puedan daros consejo. Sin duda, eso tardará tiempo, pero nos esforzaremos para mostraros nuestra hospitalidad. Pienso que tenemos buenas esperanzas de acabar obteniendo el éxito.

-Sois excesivamente amable -dijo Holger, sintiéndose abrumado.

-No -contestó Alfric con un movimiento de la mano-. Vosotros los mortales no sabéis lo tediosa que puede llegar a ser una vida en la que no se muere, y la alegría que nos produce un desafío como éste. Soy yo el que debería daros las gracias.

Se levantó y sofocó una risita.

-Y ahora, imagino que deberíais volver al baile. Que os divirtáis, amigo mío.

Holger regresó al salón de baile lleno de alegría. Había juzgado con excesiva rapidez al Mundo Medio. Nadie podía ser más amable o cortés que los fariseos. ¡Le gustaban!

Meriven se apartó de otras damas en cuanto él entró en el salón de baile. Se cogió de su brazo y, con un tono de astucia en su voz, le dijo:

-No sé por qué hago esto, sir caballero. Os vais sin decir una palabra y me dejáis olvidada.

-Trataré de compensaros -contestó.

La música élfica le rodeaba y entraba en él. No conocía los bailes de majestuosas figuras que veía, pero Meriven captó el fox trot enseguida. Nunca había tenido Holger una compañera mejor. No estaba seguro de cuánto duró el baile. Salieron al jardín, bebieron de una fuente de vino, rieron y no regresaron. El resto de la noche fue mucho más placentera que cualquiera que hubiera pasado nunca, o incluso más.

8

NO había allí ninguna mañana o tarde auténtica, ni día ni oscuridad; sus habitantes parecían vivir de acuerdo con sus caprichos. Holger despertó lentamente, lujuriosamente, y se encontró solo de nuevo. Exactamente en ese momento se abrió la puerta y entró un goblin con una bandeja de desayuno. Debieron utilizar la brujería para conocer sus gustos personales: no era un absurdo desayuno continental, sino una buena bandeja americana de jamón con huevos, tostada, tortas de alforfón, café y zumo de naranja. Cuando estuvo levantado y vestido, entró Hugi con aspecto preocupado.

-¿Dónde estuviste? -preguntó Holger.

-Ah, dormí en el jardín. Me parecía lo más correcto cuando vos estabais, bueno, ocupado -explicó el enano sentándose en una banqueta, como una incongruente mancha morena entre todo aquel oro, escarlata y púrpura. Se quedó tirándose de la barba-. No me gusta el aire de aquí. Algo va mal.

-Tienes prejuicios -respondió Holger. Sobre todo estaba pensando en una cita que tenía con Meriven para practicar la cetrería.

-Ay, puede hacer cualquier cosa para asombraros y utilizar todo tipo de buenos vinos y frívolas jóvenes -gruñó Hugi-, pero apenas si existe amistad entre los hombres y Faerie, y menos ahora en que Caos se prepara para la guerra. En cuanto a mí, veo lo que veo. Y esto es lo que espié cuando estaba en vuestro jardín. Grandes destellos de luces desde la torre más alta, una figura demoníaca que partía con el humo, y una peste a brujería que se metió en mis huesos. Después, desde el oeste, llegó precipitadamente otra figura volante, aterrizó en la torre y se metió dentro. Pienso que el duque Alfric ha llamado en su ayuda a algo sobrenatural.

-Claro, por supuesto -respondió Holger-. Así me dijo que lo haría.

-Divertios -murmuró Hugi-. Alegraos en la boca del lobo. Pero cuando vuestro cuerpo muerto esté allí fuera para que se lo coman los cuervos, no digáis que no os había advertido.

Una objetividad tenaz obligó a Holger a considerar las palabras del enano mientras bajaba las escaleras. Ciertamente, podía tratarse de una estratagema para mantenerlo apartado hasta que fuera demasiado tarde... ¿Demasiado tarde para qué? Seguramente si pensaban hacer algo malo podían apuñalarlo o envenenarlo. El había vencido a uno de sus campeones -quien probablemente sólo le había atacado porque llevaba las armas del misterioso paladín de los corazones y los leones-, pero no podría vencer a una docena de enemigos. ¿O sí podría? Dejó caer la mano sobre la espada de Faerie. Le resultaba consolador tenerla.

Como allí el tiempo apenas existía, Meriven no había fijado una hora concreta para la cita. Paseó despaciosamente por el salón de recepción principal. Al cabo de un tiempo pensó que podría buscar al duque paca preguntarle si había alguna noticia sobre su problema. Preguntando a un esclavo kobold de aspecto sombrío, Holger se enteró de que las habitaciones del amo estaban en el ala septentrional, en el segundo piso. Silbando alegremente, subió de tres en tres escalones un tramo de escalera.

En el momento en que llegaba al rellano, Alfric y una mujer salían de una puerta. Apenas si pudo verla, porque rápidamente ella volvió a entrar, pero Holger quedó asombrado. Este mundo parecía lleno de mujeres atractivas y extraordinarias. Era humana, más alta y de cuerpo más lleno

que las damas de Faerie, de cabellos largos y oscuros recogidos bajo una corona de oro, con un vestido de satén blanco que llegaba hasta el suelo. Su rostro era pálido como el marfil, de nariz curva, y había una arrogancia en los labios rojos y en sus ojos brillantes de color oscuro. El duque era un hombre afortunado.

Al verlo, el ceño de Alfric se suavizó.

-Buenos días, sir Holger. ¿Cómo os ha ido? -preguntó haciendo una reverencia y moviendo las manos en curiosos pases.

-Excelentemente, mi señor -respondió Holger, haciendo a su vez una reverencia-. Confío en que también vos...

-Ah, aquí estáis, malvado mío. ¿Pensabais escapar de mí? -preguntó Meriven, tomando al danés por el brazo. ¿De dónde diablos habría aparecido?- Venid, los caballos están listos, tenemos que practicar la cetrería.

Le sacó de allí antes casi de que pudiera respirar. Lo pasaron bien, soltando sus halcones a las grullas, a los pavos reales silvestres y a presas menos conocidas. Todo el tiempo, Meriven charlaba alegremente y él tenía que reír de lo que decía. La anécdota sobre la caza del basilisco... bueno, quizá no fuera adecuada para una compañía mixta, pero resultaba divertida. Holger habría disfrutado mucho más de no ser porque la memoria le estaba preocupando nuevamente. Esa mujer del duque... ¡maldición, él la *conocía!*

Sólo la había podido ver momentáneamente, pero su imagen se conservaba fijamente en su interior. Sabía que su voz sería baja y sus maneras arrogantes, caprichosas, unas veces amables y otras crueles, pero todos sus estados de ánimo no serían más que una iridiscencia de la superficie de una voluntad intransigente. Meriven parecía bastante pálida en comparación con... con... ¿cuál era su nombre? -Estáis triste, mi señor -le dijo la joven farisea cogiéndole una mano.

-Oh, no. No. Sólo estaba pensando.

-¡Qué desagradable sois! Venid, dejadme que haga un encantamiento para expulsar vuestros pensamientos, que son los hijos de la preocupación y los padres de la pena.

Meriven cogió una rama verde de un árbol, la dobló e hizo unos gestos acompañados de unas palabras. Se convirtió en un arpa irlandesa que tocó mientras le cantaba canciones de amor. Lo acunaban agradablemente, pero ...

Cuando de nuevo se acercaban al castillo, ella le cogió su brazo y le hizo una seña.

-¡Mirad! -dijo con pronunciación sibilante- ¡Un unicornio! Son ya raros por estos lugares.

El pudo ver al hermoso animal blanco que se movía entre los árboles. El cuerno se le había quedado atrapado entre unas matas de hiedra. Pero un momento. Escudriñó a través de la media luz. ¿No había alguien que caminaba a su lado? Meriven se puso tensa como una pantera.

-A ver si podemos acercarnos -susurró. Su caballo se adelantó aunque los cascos no hacían ningún ruido sobre la tierra.

El unicornio se irguió, miró hacia atrás y los vio, y se perdió como si fuera una rápida sombra brillante. Meriven soltó un imaginativo juramento que no parecía propio de una dama. Holger no dijo nada, porque había visto quién acompañaba al animal. Por un momento, sus ojos se habían encontrado con los de Alianora. Pero ahora también ella se había ido.

-Bien, desgraciadamente así es la vida -dijo Meriven volviendo junto a él para que siguieran cabalgando juntos-. No estad triste, mi señor. Quizá podamos formar luego una partida de caza y coger al animal.

Holger pensó que le hubiera gustado ser mejor actor. No debía permitir que ella sospechara que, de pronto, aumentaban sus sospechas. Al mismo tiempo, tenía que pensarlo todo bien. No es que tuviera ninguna razón nueva para pensar mal de Faerie: pero la simple vista de Alianora había desencadenado algo en él. Necesitaba el consejo de Hugi.

-Si me perdonáis, mi señora, iré a bañarme antes de la cena.

-Oh, mi baño es lo bastante grande para los dos, y para algunas diversiones delicadas que puedo enseñaros -ofreció ella.

A Holger le hubiera gustado tener un casco que le tapara los oídos. Se sentía incandescente.

-También me gustaría dormir un poco -dijo torpemente, y luego le vino la inspiración-: debo estar en las mejores condiciones para vos más tarde. Hay tanta competencia.

Decidió retirarse antes de que ella pudiera insistir, y regresó a sus apartamentos casi a la carrera. Hugi le miró desde la cama en la que estaba acostado, enroscado. Holger se inclinó hacia el enano.

-Esta mañana vi a una mujer -le dijo inmediatamente, en voz baja; y la describió, no por el pequeño momento en que había podido verla, sino por un recuerdo que parecía extenderse a lo largo de muchos años-. ¿Quién es ella?

-Bueno... -empezó a decir Hugi frotándose los ojos-. Es como si hubierais visto a la reina Morgana le Fay. Quizá fuera ella la que vino desde Avalon la noche pasada invocada por Alfric. Entonces con seguridad que hay magia negra.

¡Morgana le Fay! Eso era. Holger lo sabía con una certeza que estaba más allá del conocimiento. Y Avalon, sí; había visto una isla de aves y rosas, de arco iris y encantamientos... ¿Pero dónde, cuándo, cómo?

-Habíame de ella -le pidió con urgencia-. Todo lo que sepas.

-Ah, ¿esa es la amante que anheláis? No es ella para gentes como vos, compañero, ni tampoco para el duque Alfric. No pongáis vuestros ojos demasiado altos no vayan a quedar cegados por el sol. O mejor todavía, no vaya la luna a golpearos y dejaros sin mente. -¡No, no, no! Tengo que saber, eso es todo. Quizá pueda averiguar por qué está ella aquí.

-Bien, no... no sé mucho. Avalon está lejos, lejos en el océano del oeste, una parte del mundo de la que por aquí sólo conocemos relatos de \ieja. Sin embargo, todos saben que Morgana le Fay es hermana de Arturo, el último gran rey de los britanos, y que en ella la veta de Faerie de la familia es fuerte y salvaje. Ella es la más poderosa bruja de la cristiandad o del paganismo, y no puede encontrársele igual en el Mundo Medio. Inmortal, lo es, e igualmente caprichosa; nadie sabe si está con la Ley o con Caos, o sólo consigo misma. Hay quienes dicen que se llevó a Arturo cuando fue gravemente herido para curarle y mantenerle hasta que le llegara el momento de regresar. Pero hay otros que dicen que eso sólo fue una malvada excusa para retenerlo e impedir ese regreso. La verdad es que no me alegra estar bajo el mismo techo que ella.

Seguía sin pruebas. Morgana podía haber venido aquí para ayudar a Alfric con el problema de Holger, o podía haberse detenido en un viaje que no estaba relacionado en absoluto con el tema. Pero parecía extraño.

Un goblin entró en la cámara.

-El buen duque da una fiesta para los servidores del castillo. Y tú, enano, estás invitado.

-Bien... -dijo Hugi tirándose de la barba-. Te lo agradezco. Pero no me siento muy bien.

El goblin enarcó las cejas depiladas:

-Lo tomarán a mal si estropeas la fiesta.

Hugi intercambió una mirada con Holger. Este asintió. Quizá fuera una estratagema para apartar al enano, pero, aunque fuera así, no parecía haber ningún medio de evitarlo.

-Ve -dijo Holger-. Que lo pases bien.

-De acuerdo entonces, cuidaos.

Hugi salió trotando detrás del goblin. Holger encendió una pipa y se tumbó en el baño que se había preparado, para pensar. Se sentía como si estuviera cogido en una tela de araña. Muy delicada, encantadora, pero de la que no podía salir. Por un momento, el pánico le sobrecogió y quiso gritar y echar a correr. Pero reprimió la sensación. De momento no podía hacer otra cosa que seguir adelante. Todas sus sospechas se basaban en tan poco... pero aun así.

Habían preparado para él una nueva partida de caza. Se vistió. Los lazos y hebillas se cerraron ellos solos. Apenas había terminado, cuando el pomo de la puerta se convirtió en unos labios metálicos y dijo cortésmente: «Su gracia el duque le pide permiso para entrar en su presencia.»

-¡Cielos! -exclamó Holger. Recuperándose, añadió-: Po... por favor, entre.

Era evidente que los esclavos, sin que se les notara, iban y venían sin preguntar, mientras que los miembros de la clase alta respetaban la intimidad de los demás.

Entró el fariseo, con un rostro blanco sonriente.

-Traigo buenas noticias. He conferenciado con diversos poderes y parece existir una excelente oportunidad de devolveros a vuestro lugar.

-No... no... no soy capaz de expresarle mi agradecimiento -dijo Holger tartamudeando.

-Necesitaremos algún tiempo para reunir lo necesario para el hechizo -añadió Alfric-. Entretanto, creo que necesitamos una diversión especial. Se celebrará un entretenimiento en la Colina del Elfo.

-¿Cómo? Ah, sí. He visto el lugar.

-¿Nos vamos entonces? -preguntó Alfric, cogiéndolo del brazo-.Os garantizo que pasaréis unas horas entretenidas. Los elfos saben dar alegría a un hombre.

Holger no se sentía con ganas de una orgía, pero no tenía modo alguno de rechazarla. Bajaron las escaleras. Los habitantes del castillo se estaban reuniendo, un torbellino ronroneante de colores cruzaba los salones y salía al patio. Meriven se adelantó de entre ellos y Alfric puso a Holger en sus manos. -Os acompañaré hasta la colina -dijo ella-. No tengo ningún deseo de que alguna elfo se quede con vos.

-¿Pero no va todo el mundo? -preguntó.

-Primero iremos vos y yo. Los otros irán más tarde. Como veis, todo está planeado.

Holger pensó en trampas mortales y desechó la idea, porque uno de los suyos estaría con él.

La procesión salió por las puertas, cruzó el puente y se dirigió a través de los prados hacia los rosales de la Colina del Elfo. Tras él iban los guerreros a lomos de sus caballos, con los estandartes revoloteando sobre las lanzas, los músicos tocando cuernos, arpas y laúdes, cien señores y damas de Faerie, que bailaban al acercarse al monte. Holger escuchó entonces una música que se elevaba como respuesta a la de ellos. Un dulce sonido a flautas que entraba en su sangre y

agitaba su cabeza. Sonrió a Meriven, presa de una ansiedad inmediata, y ella le devolvió la sonrisa y se colgó de su brazo. El cabello suelto y claro de Meriven se cruzaba movido por el viento sobre el rostro de Holger, cegándole a medias, y pudo captar su perfume, semejante a un vino fuerte. Vieron la colina. Entre las trenzas de Meriven, Holger vislumbró unas luces oscilantes sobre las cuales se erguían los huecos negros de unas figuras altas. La música hacía que se le movieran los pies, no podía esperar.

Unos cascos atronaron la tierra. Un caballo relinchó, fuerte y colérico. Al darse la vuelta, Holger vio a Alianora montada en Papillon que salía al galope de los bosques. Su rostro estaba distorsionado por el terror.

-¡Holger! ¡No, Holger, no entréis ahí!

Librodot

9

TRAS él, Alfric gritó una maldición. Una lanza destelló en el aire, no dándole por muy poco a la joven. Holger se quedó inmovilizado por el asombro.

-¡Llevadlo a la colina! -gritó Alfric.

Meriven tiró de su brazo. Tres fariseos se adelantaron como jugadores de fútbol. De pronto, una rabia estalló en Holger. Se lanzó al encuentro de éstos. Recibió al primero con un fuerte golpe, dejándolo caer con un gruñido y quedarse tumbado e inmóvil. Movió en círculo el puño derecho arrastrando a Meriven, y aplastó otro hermoso rostro. Al tercer guerrero lo esquivó. Apareció ante él un jinete, poniéndole la lanza casi en las costillas. Entonces Holger se soltó de Meriven, la levantó por encima de la cabeza y la lanzó contra el pecho del jinete. Ambos cayeron por encima de la grupa del caballo.

Tres caballeros se habían acercado a Alianora. Papillon se puso de manos y, golpeando con las patas delanteras derribó a uno de su silla. Girando, el enorme semental negro mordió a otro caballo de Faerie, que lanzó un relincho y se marchó al galope. El tercer jinete se lanzó contra Alianora. Esta sacó su espada y lo derribó al suelo.

-¡Ay! -gritó al ver que había saltado casi a los brazos de un señor fariseo vestido de terciopelo. Este la sujetaba y sonreía cuando ella trataba de liberarse. Pero de pronto sostenía un cisne. Y los cisnes tienen un temperamento cruel.

-¡Ay! -gritaba cuando el cisne le picoteaba en los ojos- ¡Aayyy! -añadió cuando un golpe de ala casi le rompe la mandíbula- ¡Ayuda! -gritó finalmente cuando ella le mordió un dedo, y soltándola escapó.

Los señores de Faerie se arremolinaron alrededor de Holger, cortando y empujando su cuerpo sin armadura. Estaba demasiado excitado para sentir las heridas. Una parte remota de sí mismo se maravillaba de la suerte increíble que le permitía salir de aquello con heridas menores. ¿Sería suerte? Golpeó con los nudillos al más cercano de sus enemigos, le arrebató la espada y comenzó a dar tajos a su alrededor. La hoja era más ligera que el hierro, podía moverla con una sola mano, pero el borde era afilado. Uno que portaba un hacha apuntó a su cabeza, desprovista de protección. Con la mano libre, Holger la cogió por el mango, se apoderó de ella y se lanzó contra los fariseos armados de hacha y espada. Papillon atacó a la multitud desde atrás, coceando, mordiendo, pisoteando, hasta llegar adonde estaba Holger. El pie de éste encontró un estribo. Montó y el corcel salió de allí al galope.

Escuchó unos cascos por detrás. Girando la cabeza, Holger vio que los caballeros montados lo perseguían. Sus animales eran más rápidos incluso que Papillon. El había dejado caer las armas que había capturado, y Alianora se había visto obligada a abandonar su lanza. Agachándose, cogió la espada y el escudo, que llevaba el caballo. Apenas tenía tiempo para ponerse la armadura que llevaba tras la silla.

El cisne aleteó a su lado. De pronto, se desvió bruscamente. Un águila golpeó el espacio en donde había estado ella. Holger levantó la mirada y vio que otras grandes aves descendían del cielo. *Dios mío, se están conviniendo en águilas, van a cogerla ahora...*

Alianora silbó, recorrió un trecho moviendo las alas y golpeó con el pico al pasar a dos de las águilas, dirigiéndose hacia el bosque. Convirtiéndose de nuevo en mujer, pudo encontrar

abrigo frente a los ornitomorfos en el denso soto. ¿Pero sería entonces lo bastante rápida como para escapar a la persecución? Un caballo se puso a la altura de Papillon. Lo montaba el propio Alfric, con una espada en la mano. Su cabello largo y plateado caía enmarcando su rostro, que todavía sonreía. Muy alto por encima del ruido de los cascos, que invadía el aire, y de los cuernos de caza que sonaban, le llegó su grito:

-¡Veamos si realmente sois invencible, sir Olger de Dinamarca!

-¡Encantado! -respondió bruscamente el danés. Alfric se colocó a su lado derecho, en el que no llevaba el escudo, pero a Holger no le preocupó. Dejó caer su espada, que se encontró en el aire con la hoja de Faerie, más ligera. El arma de Alfric cayó por un lado, más allá de la guardia de Holger. Con una habilidad que desconocía que tuviera, Holger puso su borde bajo la empuñadura de luna creciente del enemigo y empujó con toda la fuerza de sus hombros contra la mano de Alfric. El duque perdió el arma. Lanzó un gruñido y acercó todavía más su caballo, tocando con su rodilla la de Holger mientras ambos galopaban. Lanzó la mano izquierda con la velocidad de una serpiente apresando la muñeca con la que el danés sostenía la espada. No podía resistir mucho tiempo a su oponente, más grande; pero necesitó poco tiempo para sacar la daga que llevaba en el cinto.

Holger giró en su propio asiento. No podía colocar en medio el escudo, pero colocó el borde sobre la mano con la que Alfric sostenía la daga. El duque gritó. De su piel brotó humo. Holger olió a carne quemada. El caballo blanco salió de estampida. ¡Por los cielos, era cierto lo que decían! El metabolismo de los hombres de Faerie no podía soportar el contacto del hierro.

Holger tiró de las riendas de Papillon y los terrones del suelo saltaron bajo sus cascos. Dándose la vuelta, puso de manos al corcel, ondeó la espada y gritó a los jinetes. -¡Venid a probarlo si queréis! ¡El que dé un paso al frente acabará tendido en el suelo!

Todos se detuvieron tan rápidamente como él, apartándose a un lado. Pero, a través de la luz crepuscular, Holger vio que algunos guerreros se lanzaban a pie hacia él, llevando arcos. Eso no le gustó. Podían quedarse lejos y cubrirlo de flechas. Sin pensarlo, se lanzó hacia ellos con la idea de romper la formación.

-¡Rah, rah, rah! -gritó-. *¡Tiiigre!*

Ante su carga, los caballeros se apartaron. Los arqueros estaban de pie sobre el suelo. Oyó una flecha que pasó cerca de su cabeza.

-Jesu Kriste Fui Mariae...

¡Los fariseos gritaron! Espolearon sus caballos, lanzaron sus armas y corrieron a toda prisa escapando de él, como si se hubiera producido una explosión. Entonces también era cierto que no podían escuchar un nombre sagrado, pensó exultante Holger. Debería haberlo recordado. Sólo que... ¿por qué esa apelación que había gritado sin pensarlo estaba en latín?

Se sintió tentado de gritar tras ellos toda la jerarquía, pero decidió no abusar de su privilegio. Una oración sincera era una cosa; utilizar los grandes nombres en vano para obtener ventaja era otra, y quizá no le trajera suerte. (¿Pero cómo sabía eso? Bueno, el caso es que lo sabía.)

Hizo que Papillon girara hacia el oeste y gritó:

-¡Hi-yo, Plata!

Después de todo, resultaba que a las gentes de Faerie tampoco les gustaba la plata.

Algo brilló en la hierba. Detuvo el caballo, se inclinó y recogió el cuchillo que había dejado caer el duque Alfric. No parecía formidable, ni muy afilado, y en su mano pesaba como

una pluma; pero en la hoja estaba escrito: *La Daga Ardiente.* Asombrado, y con la vaga esperanza de que pudiera ser un talismán útil, metió el arma en su cinto.

Pensó entonces en Alianora. Trotó por el borde de los bosques, llamándola, pero sin obtener respuesta. La exuberancia que sentía en su interior fue desapareciendo. Si la habían matado... por el fuego del infierno, pensó con ojos lacrimosos, lo que le importaba no era quedarse solo en ese mundo lleno de enemigos, lo que le importaba es que ella era una gran chica y le había salvado la vida. ¿Y cómo le había pagado él?, se preguntó sombríamente. ¿Qué tipo de amigo era él, atragantándose de comida, emborrachándose y haciendo el amor con mujeres extrañas mientras ella yacía sobre el frío rocío y...

-¡Alianora!

No había respuesta. Ningún sonido. El viento se había calmado, el castillo se había ocultado en unas nieblas que se elevaron rápidamente, el bosque era como muro de noche. No se movía nada salvo la niebla, nada hablaba, era el único ser vivo en toda la oscuridad. Pensó con inquietud que no podía quedarse allí. Los fariseos pensarían pronto algún medio para capturarlo. Podían llamar a aliados a los que no les molestara el hierro ni Dios. Por ejemplo, a Morgana le Fay. Si quería escapar, sería mejor hacerlo enseguida.

Cabalgó hacia el oeste por los límites del bosque, llamando a Alianora. La niebla fue haciéndose más densa, se elevaba de los torrentes y orillas blancas, apagando el sonido de los cascos de Papillon, sofocando casi su propio aliento. Unas gotas brillaban en las crines del caballo; su escudo estaba húmedo. El mundo fue cerrándose hasta que apenas podía ver a dos metros de distancia.

Un truco de Faene, pensó con miedo. De esa manera podían cegarlo; después, sería fácil vencerlo. Hizo que Papillon se pusiera al trote. A pesar del frío húmedo, tenía la boca seca. Vio algo frente a él, una forma vaga y pálida entre la niebla grisácea.

-¡Hola! -gritó-. ¿Quién anda ahí? ¡Presentaos o me lanzaré contra vos!

Como respuesta obtuvo una risa, pero no la risa perversa de Faerie, sino clara y juvenil. -Soy yo, Holger. Tuve que coger una montura. No podíamos recorrer ese largo camino montados los dos en tu caballo, y mis alas se fatigarían.

Apareció ante su vista, como una figura delgada y oscura vestida con una túnica de plumas. Las gotas de rocío destellaban en su cabello. Iba montada a lomos de un unicornio, sin duda el mismo que él había visto antes. Este lo contempló con precaución en sus ojos de ónice, y no se acercó a él. Montado delante de la chica estaba la forma encorvada de Hugi.

-Volví a recoger a éste -explicó Alianora-, y luego regresamos a los bosques y yo llamé a mi cabalgadura. Pero tendrás que llevarlo tú ahora, pues incluso en un camino tan corto Einhorn sólo puede llevarme a mí.

Holger se sintió totalmente avergonzado. Se había olvidado de Hugi. Y el duque Alfric, enojado, probablemente habría acabado pronto con el enano. Lo cogió de los brazos de Alianora y lo puso en su silla.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó.

-Lo c'ai cacer es largarse pitando de este reino -gruñó Hugi-. Cuanto antes estemos en tierras honestas, mejores posibilidades de vivir para ver cómo termina este viaje zopenco.

-Cierto. Aunque temo que nos perdamos en la niebla.

-De vez en cuando volaré por encima para ver lo que hay-contestó Alianora-. Así podremos burlar a los que conjuraron la niebla.

Se marcharon al trote sobre la hierba húmeda, sin hacer ruido. Holger comenzó a sentir las consecuencias de la batalla. Tomaron la forma de la convicción de que era indigno. ¿Para qué valía él, salvo para meter a personas hermosas y llenas de recursos, como Alianora, en la situación de que peligrara su vida? ¿Qué había hecho él, incluso, para ganarse el pan que había comido hasta entonces? Era un simple inválido, un idiota holgazán que se mantenía vivo gracias a la caridad. Recordó una pregunta que había conmovido su mente:

-Hugi, ¿por qué era peligroso que fuera a esa colina?

-¿No lo sabéis? -preguntó el enano, enarcando sus gruesas cejas-. ¡Por eso os apartaron de mí! Para que no pudiera advertiros. Pues bien, sabed que el tiempo es extraño dentro de la Colina del Elfo. Os habrían podido tener allí en una noche de diversión, y al salir de nuevo aquí habrían pasado cien años. Entretanto, los habitantes del Mundo Medio habrían podido hacer lo que quisieran sin que vos os pusierais en su camino.

Holger se estremeció.

Aunque aquello arrojaba nueva luz sobre su propia posición. Era impensable que Alfric y Morgana hubieran seguido considerándole equivocadamente como el campeón cuyas armas llevaba. Por tanto, él mismo, Holger Carlsen, huérfano y exilado, era de alguna manera un punto decisivo de la crisis que se estaba produciendo. De qué manera, era incapaz de imaginarlo. Posiblemente el haber llegado de otro universo le daba... ¿qué? ¿Un aura? En cualquier caso las fuerzas del Caos tenían que ganarlo para su lado, y si no lo conseguían tenían que apartarlo de su camino.

Aquella pródiga hospitalidad, incluyendo la de Meriven, evidentemente había sido un ensayo al principio. También había servido para engañarlo mientras Alfric invocaba a Morgana le Fay y conferenciaba con ella. Evidentemente, habían decidido no correr riesgo y utilizar la ignorancia de Holger para mantenerlo en la Colina del Elfo durante uno o dos siglos.

¿Pero por qué no se habrían limitado a meterle un cuchillo en el pecho? Les podía haber resultado bastante sencillo. Ciertamente, el ataque del caballero hueco debió ser un intento. Y cuando fracasó, Alfric cambió de táctica y utilizó la astucia. ¿Pero cómo habría sabido de él el duque? Evidentemente, por la Madre Gerd. El demonio que ella invocó debió contarle algo sobre Holger que hizo que ella le dirigiera hacia su poderoso conocido de Faerie. Sin duda, ella envió noticias de él por medios mágicos. Debía esperar que Alfric se ocupara de ese asunto.

¿Pero qué había dicho el demonio? Y después de que el asesinato y la astucia fracasaran, ¿qué intentaría ahora el Mundo Medio?

En cualquier caso, el camino de regreso a su propio mundo estaba cerrado. Tendría que cambiarlo por otro. Y, a juzgar por lo que había visto y oído, había tantos magos blancos como negros. Quizá pudiera consultar a uno de ellos. No tenía ninguna intención de mezclarse con las luchas de este mundo si podía evitarlo. ¡Las guerras de una en una, por favor! Alfric habría hecho mejor en actuar honestamente y en enviarlo a su casa tal como le había pedido.

Pero Alfric era totalmente incapaz de dicha consideración. Algo rió en la niebla, bajo y horrible. Holger se sobresaltó. Hugi se llevó las manos a las orejas. Oyeron pasar por encima unas alas de cuero. Pero todo lo que podían ver era la niebla gris.

-Eso parece estar delante de nosotros -murmuró Holger-. Si giramos hacia un lado...

-No -los labios de Alianora temblaban, pero habló valientemente-. Es un truco para apartarnos del camino. En cuanto nos perdiéramos en esas nubes careceríamos verdaderamente de esperanza.

-De acuerdo -añadió Holger con una voz arenosa-. Yo iré primero.

Era una cabalgada que destruía los nervios, en la que las formas pasaban deslizándose y resbalando en el límite de la vista, en la que el aire estaba cargado de susurros y siseos, de aullidos y risas. En una ocasión apareció ante él un rostro ciego y horrible. Se quedó colgando en el vapor y desapareció. Holger siguió tenazmente hacia adelante y el rostro retrocedió ante él. Hugi cerró los ojos y cantó:

-He sido un enano guía. He sido un enano guía. He sido un enano guía.

Cuando la niebla se levantó, creyeron que había pasado una eternidad. Estaban en la frontera de la tierra crepuscular. Papillon y el unicornio fueron los primeros en oler el sol. Rompieron a galopar, y relincharon ante la luz.

El momento era cercano al anochecer. Salieron por un punto diferente por aquel por el que habían entrado. Las sombras largas de los peñascos y las coníferas caían sobre las colinas cubiertas de aulagas. El viento era más ralo y frío alrededor de Holger; escuchó el resonar de una cascada. Y sin embargo, después de unos días en Faerie -¿cuántos?-, el mundo natural que veía captó el corazón del hombre.

-Los fariseos pueden perseguirnos después del anochecer -explicó Alianora-. Pero sus hechizos serán menos fuertes aquí fuera, por lo que nuestras esperanzas son mayores.

Su tono estaba cargado de fatiga. Holger comenzó a sentir lo cansado que estaba también él.

Pidieron a sus monturas que siguieran avanzando, para estar lo más lejos posible antes de la caída del sol. Acamparon en la cumbre de una pendiente llena de pinos. Holger cortó con la espada dos arbolitos e hizo con ellos una cruz, que plantó cerca del fuego que mantendrían toda la noche. Las precauciones de Hugi fueron más paganas: un círculo de piedras y objetos de hierro puestos con encantamientos.

-Creo que ahora sobreviviremos la horas oscuras -dijo Alianora a Holger, sonriéndole-. Todavía no he dicho lo valiente que fuisteis al combatir allí en el castillo. ¡Fue una magnífica vista!

-Bueno, uh, uh, gracias.

Holger se miraba los pies, con los que daba golpecitos en el suelo. Realmente no le importaba que le admirara una hermosa joven, pero... no estaba seguro. Para cubrir su confusión, se sentó y examinó la daga que le había ganado a Alfric. Un mango de hueso y una empuñadura de cesta desproporcionadamente grande estaban fijos a una hoja delgada que Holger pensó que debía ser de magnesio. El metal puro era demasiado blando para que el arma fuera muy buena, por no mencionar que era inflamable; pero como era evidente que a Alfric le gustaba el cuchillo, Holger se lo quedaría. Revolvió en la bolsa de la silla de montar y, al lado de algún equipamiento doméstico, como un frasco de aceite, encontró una misericordia[*] adicional. Hugi podría llevarlo sin envainar. Holger metió la hoja de magnesio en su cinto, cerca del cuchillo de acero. Para entonces, Alianora había preparado la cena con los suministros que quedaban.

La noche cayó sobre ellos. Holger, que se encargaría de la tercera ronda de vigilancia, se tendió cuan largo era sobre las suaves agujas del piso del bosque. El fuego ardía bien, y daba calor y una luz rojiza. Uno a uno, sus nervios se fueron tranquilizando. Pero no podía quedarse dormido. No en esas circunstancias. Y era malo, porque necesitaba dormir...

Despertó con una sacudida. Alianora lo estaba agitando. Bajo la luz inquieta, vio sus ojos enormes. Su voz era un susurro seco.

[*] Puñal que llevaban los caballeros para rematar al enemigo y evitarle sufrimientos. (*N. del T.).*

-¡Escucha! ¡Hay algo ahí fuera!

Se levantó con la espada en la mano y miró hacia la oscuridad. Sí, también podía oír el ruido que hacían muchos pies, y vio el brillo luminoso de unos ojos inclinados.

Un lobo aulló muy cerca. Dio un salto y dejó caer la espada. Le respondió una risa, aguda y horrible.

-*In nomine Patris* -gritó, y los ruidos se burlaron de él. O bien aquellas cosas eran inmunes a los nombres sagrados, o no estaban lo bastante cerca como para que los hirieran. Probablemente lo primero. Cuando sus ojos se adaptaron, vio las sombras. Se deslizaban alrededor del círculo encantado. Eran monstruos.

Hugi se agachó junto al fuego; le castañeteaban los dientes. Alianora gimió y se deslizó bajo el brazo libre de Holger. Sintió que ella se estremecía:

-Ten calma -le dijo.

-Pero los enviados -dijo jadeante-. ¡Hay grupos de la noche por todas partes, Holger! Nunca hasta ahora me habían asediado. No puedo mirar.

Enterró el rostro en el hombro de Holger. Apretó con los dedos el brazo de éste hasta clavarle las uñas.

-También esto es nuevo para mí -dijo él. Le resultaba curioso no tener miedo. Los merodeadores eran horribles a la vista, desde luego, ¿pero por qué mirarlos? Especialmente cuando podía mirar en cambio a Alianora. ¡Daba gracias a Dios por tener un temperamento flemático!-. No pueden llegar a nosotros, querida. Si pudieran, lo habrían hecho. Por tanto es que no pueden.

-Pero... pero...

-He visto ríos detenidos por una presa que podrían ahogar un valle entero. Pero nadie se preocupaba. Sabían que la presa lo sujetaría.

En privado, se preguntó cuál sería el factor de seguridad de los encantamientos del campamento. Sin duda los magos de este mundo tendrían el equivalente del Rubber Handbook, con tablas de esos datos. Y si no, harían muy bien en tenerlos. El tenía que moverse a la buena de Dios y conjeturando, pero de alguna manera -¿otro recuerdo enterrado?- sentía que sus defensas eran lo bastante fuertes.

-Sólo tómatelo con calma -dijo-. Estaremos muy bien. Lo único que pueden hacer es mantenernos despiertos con ese ruido infernal.

Ella seguía temblando, y por eso él la besó. Ella respondió con inseguridad, con la torpeza de la inexperiencia. El sonrió a las huestes del Mundo Medio. Si iban a sentarse a mirarlo, esperaba que aprendieran algo.

10

EL enemigo se fue antes del amanecer. Hugi dijo que tenían que regresar a sus guaridas con tiempo suficiente. Holger se preguntó la razón por la que no podían soportar la luz del sol. ¿La radiación actínica? En ese caso, le gustaría tener una lámpara ultravioleta.

¡Un momento! Eso explicaba la daga de magnesio de Al-fríe. Sólo incidentalmente la daga era un arma destinada a clavarla. Si presionaba con fuerza con ella a sus rivales del Mundo Medio el duque podría encender el metal. La empuñadura ocultaría su mano de la intensa emisión ultravioleta; sin duda sujetaría con la otra mano un manto con el que cubrirse el rostro. Sus oponentes tendrían que huir. Bien, tal ayuda de emergencia era bueno, también para un hombre mortal.

Como sólo habían dormido a ratos, Holger, Hugi y Alianora se tomaron dos o tres horas más de sueño antes de desayunar. Cuando el danés despertó, descubrió que estaba desnudo. Las prendas de Faene habían desaparecido. Eso era bastante desagradable por parte de Alfríc, pensó. Por fortuna, Alianora seguía dormida.- y no es que supusiera que ella se habría sentido molesta, pero él si. Se puso sus antiguas ropas de viaje, incluyendo la larga cota de mallas y el casco. Sintiéndose más recuperado de lo que esperaba, se dispusieron a seguir cabalgando. Alianora seguía conservando el unicornio; Holger se preguntó por cuál sería su influencia sobre el tímido animal.

-Deberíamos irnos -dijo.

-Lo que sé con seguridad es que sería mejor que buscáramos alojamientos de hombres -contestó ella-. Es evidente que Faerie te busca, Holger -ahora utilizaba el pronombre de la intimidad, y le sonreía adorándolo-. Pero los que no tienen alma no pueden ir a una iglesia, por lo que al menos podríamos obtener un respiro. Después, sin embargo, tendremos que buscar la protección de una magia poderosa, magia blanca.

-¿Dónde?

-Conozco a un brujo en el pueblo de Tarnberg, de buen corazón y algo de habilidad. Creo que deberíamos ir hacia allí.

-De acuerdo. ¿Pero y si esa maravilla local descubre que no puede hacer nada contra los bateadores de la gran liga? -Holger se dio cuenta de que el asombro empezaba a traslucirse en la mirada de ella, y se explicó rápidamente-: Quiero decir que supongamos que un mago campesino como ése no puede ponerse a la altura de expertos como Alfric y Morgana le Fay.

-Entonces creo que deberías buscar el Imperio. Está muy lejos hacia el oeste, tras un viaje duro y peligroso, pero darán la bienvenida a un caballero fuerte -dijo Alianora, suspirando y con la mirada neblinosa-. Y desde los tiempos de Cari no ha habido nadie como tú.

-¿Quién era ese Cari? -preguntó él-. Ya he oído ese nombre antes.

-Bueno, el fundador del Sacro Imperio. El rey que fortaleció la cristiandad y expulsó a los sarracenos hasta España. Cari el grande, Carolus Magnus, claro que has tenido que oír hablar de él.

-Bueno... quizá sea así -dijo Holger, buscando en su mente. Era difícil saber qué parte de su conocimiento procedía de su educación y qué otra parte de esos recuerdos inexplicables que cada vez con mayor frecuencia surgían dentro de él-. ¿Te refieres a Carlomagno?

-Así lo llaman algunos. Ya veo que su fama ha llegado incluso a tu Carolina del Sur. Se cuenta que tenía a su servicio a muchos caballeros audaces, aunque yo sólo he oído relatos de ese Rolando que cayó en Roncesvalles.

El cerebro de Holger se puso a girar. ¿Estaba realmente en el pasado? No, era imposible. Y sin embargo, Carlomagno era con seguridad una figura histórica.

Ah, lo tenía. El ciclo carolingio, las *Chansons de Geste,* los romances en prosa medieval y las baladas populares. Sí, eso ajustaba. La tierra de las hadas y los sarracenos, doncella cisne y unicornio, brujería y la Colina del Elfo, Rolando y Oliver... ¡Por Judas! ¿Es que de alguna manera había caído en un... un libro?

No, eso no tenía sentido. Era mucho más razonable seguir suponiendo que se trataba de otro universo, un continuo espacio-temporal completo con sus propias leyes naturales. Si podía existir un número suficiente de esos universos, uno de ellos podría adaptarse a cualquier pauta arbitraria, como la de la leyenda prerrenacentista europea.

Aunque las cosas no podrían ser tan simples. Su irrupción en el cosmos no había podido producirse al azar, sin razón alguna; muchos elementos de sus dos experiencias resultaban mutuamente apropiados. Por tanto, entre su mundo nativo y éste existía alguna conexión. No sólo mostraban paralelismos la astronomía y la geografía, sino los propios detalles de la historia. El Cari de este mundo quizá no fuera idéntico al Carlomagno del suyo, pero habían cumplido ambos papeles que se correspondían. Los místicos, soñadores, poetas y escritores de alquiler de su hogar, de alguna forma inconsciente, sintonizaban con la fuerza que vinculaba ambos universos; el cuerpo de historias que gradualmente habían ido sacando había sido un trabajo de información mejor del que pensaban.

Sin duda estaban implicados más de dos continuos. Quizá lo estuvieran todos. Los innumerables universos estelares podrían ser facetas distintas de una existencia trascendental. Holger no llevó más lejos esa idea. Tenía cuestiones más inmediatas. ¿Qué más podía identificar en este mundo?

Bueno, Hugi había hablado de Morgana como la hermana del rey Arturo. ¡Arturo! Holger deseó haber leído más atentamente los viejos relatos. Sólo tenía de ellos un oscuro recuerdo infantil.

En cuanto al resto, veamos, entre los paladines de Cari se incluían Rolando, Oliver, Huon y... vaya. ¿De dónde recordaba a Huon? El extraño y oscuro rostro surgió en su mente, el humor sardónico que tan a menudo había irritado a los demás. Huon de Bordeaux, sí, finalmente se había convertido en rey, duque o alguna otra cosa en Faerie. *¿Pero cómo sé eso?*

Un gruñido de Hugi rompió su cadena de pensamientos. Esos recuerdos que apenas si había captado escaparon rápidamente de su mente.

-Buen viaje vaser éste si por las noches nos tenemos que quedar escuchando cómo aúllan esos bestias de patas largas fuera del círculo de fuego.

-No, creo que no seguirán con eso -respondió Alianora-. De nada les vale, ahora que tienen que estar ocupados reuniendo sus huestes para la guerra -añadió frunciendo el ceño-. Pero creo que intentarán alguna otra cosa. Alfric no se rinde ante su presa.

Esa idea no resultaba muy agradable.

Ascendieron más por las colinas, dirigiéndose hacia el noroeste, conducidos por la chica. Al mediodía, estaban muy arriba. Allí la tierra estaba formada por riscos, pedruscos y cantos

rodados, una hierba que parecía alambre, de vez en cuando, un árbol bajo y retorcido. La vista era buena a ambos lados, desde la oscuridad de Faerie hasta las altas cumbres que tenían que cruzar, y por abajo hasta los cañones que resonaban con el ruido de los ríos glaciales. El cielo era claro, cruzado por nubes desechas, y la luz fría y brillante.

Al detenerse a comer buscaron el abrigo de un promontorio. Holger, mordisqueando una rodaja de pan duro como la piedra y un trozo de queso correoso, no pudo resistir la tentación de decir:

-¿Dinamarca es la única tierra de la creación donde saben hacer un bocadillo decente? Si tuviera una rebanada delgada de pan de centeno, gambas pequeñas, huevos y...

-¿También cocinas? -preguntó Alianora, mirándolo con respeto.

-Bueno, no exactamente, pero...

Alianora se estrechó contra él. Eso le resultó a Holger un poco desconcertante, pues había crecido con la idea... o la ilusión... de que es el hombre el que toma la iniciativa.

-Si tenemos oportunidad -murmuró ella-, conseguiré lo que necesitas y tendremos una fiesta, para los dos solos.

-Uhm -dijo Hugi-. Creo que voy a echar un vistazo por ahí.

-¡Ey, vuelve! -gritó Holger, pero el enano ya había dado la vuelta al promontorio.

-Es un buen hombrecito -dijo Alianora, poniendo los brazos alrededor del cuello de Holger-. Sabe cuando una chica necesita consuelo.

-Oye, espera un momento. Mira, quiero decir, eres estupenda y me gustas muchísimo. Pero lo que quiero decir... oh, cielos. No importa -consiguió decir Holger.

Hugi se presentó de pronto ante ellos.

-¡Un dragón! -gritó-. ¡Un dragón volando por ahí!

-¿Cómo? -preguntó Holger dando un salto que casi derriba a Alianora- ¿Qué? ¿Dónde?

-¡Un dragón de fuego, sí, sí, enviado por Alfric, ahora estamos perdidos! -gritaba Hugi aferrado a las rodillas de Holger-. ¡Sálvanos, señor caballero! ¿No acostumbráis a matar dragones? Papillon bufó y se estremeció. El unicornio ya se había ido. Alianora corrió tras él, silbando. Se detuvo lejos, para que ella saltara encima, y desapareció de la vista. Holger se liberó de Hugi, montó el caballo y galopó tras ella.

Al llegar a la cumbre del promontorio pudo ver el monstruo. Venía del sur, todavía estaba a un kilómetro de distancia pero ya el estruendo de su aleteo golpeaba sus oídos. Mide quince metros, pensó aterrorizado. Quince metros de músculos recubiertos de escamas blindadas, una cabeza de serpiente que podría tragárselo de dos bocados, alas de murciélago y garras de hierro. No tenía necesidad de espolear a Papillon. El caballo estaba enloquecido de miedo y corría casi tan rápido como el unicornio. De sus cascos brotaban chispas. El ruido que hacían sobre la roca se perdía entre el estruendo cada vez más próximo de las alas del dragón.

-¡Yi-yi-yi! -gimió Hugi- ¡Estamos perdidos!

El monstruo descendió, cogiéndolos con una velocidad de pesadilla. Holger miró hacia atrás de nuevo y vio las llamas y el humo que salían de su boca llena de colmillos. Por un momento, como si estuviera loco, se preguntó sobre su metabolismo; ¿qué enmienda de las leyes naturales permitía que esa masa volara? El olor a dióxido sulfúrico se metió por su nariz.

-¡Allí! -gritó Alianora, señalando pendiente abajo. Holger miró hacia donde ella señalaba y vio una estrecha boca de cueva en un risco cercano- ¡No puede seguirnos hasta allí!

-¡No! -rugió Holger- ¡Mantente lejos de eso! ¡Es la muerte!

Ella lo miró asustada, pero obedientemente separó al unicornio de la cueva. Holger sintió en su espalda la primera oleada de calor. Por los dioses, si bajaban a la tierra por ese agujero el dragón podría ahogarlos con seis bocanadas.

-¡Tenemos que encontrar agua! -gritó casi desgañitándose.

Recorrían a toda prisa el terreno pedregoso mientras el estrépito de las alas y el retumbar de las llamas se iban haciendo más fuertes. Holger sacó la espada. ¿Pero qué posibilidades tenía? El dragón podría asarle metido en su traje de hierro.

Pues bien, pensó, *puedo conseguir que Alianora tenga una oportunidad de escapar.*

No se detuvo a razonar el motivo de que quisiera encontrar agua. Sólo había tiempo para huir, por las colinas, recorriendo una repisa al borde de un precipicio que daba a un barranco. Papillon relinchó cuando el fuego le tocó.

Saltaron una pantalla de matorrales y vieron un río que corría bajo ellos, verde y rápido, de nueve metros de anchura. El unicornio se sumergió en él. La espuma cubrió su cuerno en espiral. Papillon le siguió. Se detuvieron en mitad de la corriente. El río estaba helado y era como si les clavara dagas en los pies.

El dragón tomó tierra en la orilla. Arqueó el lomo y silbó como una locomotora colérica. Tiene miedo del agua, comprendió Holger. Su intuición lo sabía.

-Volará por encima y nos cogerá desde el aire -dijo Alianora, jadeando.

-¡Entonces abajo! -exclamó Holger, saltando al lecho de la corriente, lleno de guijarros. La corriente se arremolinó con fuerza alrededor de su pecho. Hugi y Alianora se cogieron a las colas de sus respectivas monturas-. Cuando se produzca el ataque, meteos bajo el agua -ordenó Holger.

Pero ningún ser humano podía quedarse allí demasiado tiempo. Estaban perdidos.

Sí, perdidos.

El dragón aleteó, elevándose torpemente. La sombra cayó sobre ellos cuando se quedó suspendido ocultando el sol. Lentamente, descendió. Por las mandíbulas abiertas, lanzó llamaradas.

¡Llamas! Holger envainó la espada, se quitó el casco y lo llenó de agua. El dragón se precipitó hacia abajo. Holger levantó un brazo para protegerse los ojos. Y a ciegas, le echó el agua.

Se produjo vapor a su alrededor. El dragón bramó, rompiéndole casi los tímpanos. La enorme masa cubierta de escamas se tambaleó en el vuelo, moviendo hacia todos los lados su enorme cuello, agitando la cola entre el vapor. Holger pronunció una maldición y le echó otro casco lleno de agua al morro.

El berrido que lanzó el dragón lo dejó sin sentido. Lenta y dolorosamente el monstruo se elevó en el aire y huyó hacia el sur. Durante mucho tiempo estuvieron oyendo su clamor.

El simple hecho de respirar le producía a Holger dolor en los pulmones. Se quedó inmóvil, agotado, hasta que la bestia desapareció de la vista. Finalmente, condujo a los otros a la orilla.

-¡Holger, Holger! -exclamó Alianora aferrándose a él, temblando, llorando y riendo.

-¿Cómo lo hiciste? Lo has vencido, eres el mejor de los caballeros, querido mío.

-Bueno, eso... -Holger sentía el rostro enrojecido. Tenía varias ampollas-. Un poco de termodinámica, es todo.

-¿Qué magia es ésa? -preguntó ella reverentemente.

-No es magia. Mira, si el animal respiraba fuego, tenía que estar todavía más caliente en su interior, así que le arrojé unos litros de agua por el gaznate. Eso produjo una pequeña explosión -explicó Holger moviendo su mano elaboradamente-. No fue más que eso.

Librodot

11

UNOS kilómetros más allá entraron en una oquedad abrigada por los muros de los riscos, tan suave y soleada como cualquier tierra baja. Las hayas y los álamos susurraban encima de la hierba larga llena de primaveras; un arroyo tintineaba, una bandada de estorninos emprendió el vuelo. El lugar parecía ideal para el descanso que tan desesperadamente necesitaban ellos y las monturas.

Tras construir un círculo defensivo, Alianora bostezó -incluso eso lo hacía encantadoramente- y se enroscó para dormir. Hugi se sentó bajo la cruz, cortando palos con su nuevo cuchillo. Holger se sentía inquieto.

-Voy a echar un vistazo por los alrededores -dijo-. Llamadme si algo va mal.

-¿Os parece seguro ir por ahí solo? -preguntó el enano. El mismo se respondió-. Vaya, claro que sí. ¿Qué va a dañar a quien mata a un dragón?

Holger se sonrojó. El hombre del día, pero bien sabía que lo había conseguido mediante una serie de accidentes.

-No iré muy lejos.

Sacó la pipa, la encendió y se marchó canturreando. La escena era pacífica: prados, flores, árboles, agua, Papillon y el unicornio paciendo, las notas líquidas de un zorzal. De no haber sido por el dolor de sus quemaduras, podría haberse sentado, tumbarse al sol y pensar en Alianora. Pero no. Apartó a la joven de su mente. Tenía que pensar en cosas más graves.

Había que admitirlo, él era una figura decisiva, o al menos importante, en ese mundo carolingio. A la vista de todo lo que había sucedido, tenía que ser más que una coincidencia el que Papillon, preternaturalmente fuerte e inteligente, estuviera esperándolo exactamente en donde él había aparecido, con unas ropas y armas que le ajustaban exactamente. Después estaba la excitación que había producido en Faerie, y el hecho curioso de que, a pesar de su ignorancia, no habían sido capaces de matarlo... Pues bien, había existido un Carlomagno en ambos mundos. Quizá él mismo estuviera también, de alguna manera, doblado. ¿Pero entonces quién era? ¿Y por qué, y cómo?

Andando, perdió de vista el campamento, tratando de crear una pauta con todo lo que había aprendido. Por ejemplo, el asunto de Caos contra la Ley resultaba ser algo más que un dogma religioso. Aquí era un hecho práctico de la existencia. Se acordó de la segunda ley de la termodinámica, de la tendencia del mundo físico al desorden y la entropía. Quizá aquí esa tendencia encontrara una expresión... más... animista. Pero un momento, ¿no sucedía también así en su mundo? ¿Cuando combatía a los nazis no se estaba oponiendo al resurgimiento de horrores arcaicos que los hombres civilizados habían creído desaparecidos?

En este universo, las gentes salvajes del Mundo Medio podían estar tratando de acabar con su correspondiente y doloroso orden establecido: Restaurar un estado primigenio en el que cualquier cosa pudiera suceder. Por otra parte, la humanidad decente siempre querría fortalecer la ley, la seguridad, la predictibilidad. Por eso, el cristianismo, el judaísmo, incluso el mahometismo fruncían el ceño ante la brujería, más aliada de Caos que de la naturaleza física ordenada. Aunque, a buen seguro, la ciencia tenía sus perversiones, y la magia sus leyes. En cualquier caso, se necesitaba un ritual definido, tanto para fabricar un avión como una alfombra voladora. Gerd había

mencionado algo sobre el carácter impersonal de lo sobrenatural. Sí, por eso Rolando había tratado de vencer a Durendal en sus últimos momentos en Roncesvalles: para que la espada milagrosa no cayera en manos paganas...

La simetría resultaba sugerente. En el mundo natal de Holger las fuerzas físicas eran poderosas y bien entendidas, las fuerzas mágicas y mentales débiles, y no podían ser manejadas. En este universo resultaba cierto lo opuesto. De una manera oscura, ambos mundos eran uno; la lucha interminable entre la Ley y el Caos había alcanzado en ellos un clímax simultáneo. En cuanto a la fuerza que los convertía en mundos tan paralelos, la unicidad última, suponía que se llamaría Dios. Pero carecía de una mente teológica. Más bien se adhería a lo que observaba directamente y se enfrentaba a los problemas prácticos inmediatos. Esa era la razón de que estuviera aquí.

Pero la razón verdadera seguía siendo esquiva. Recordó una vida en el otro mundo, desde la niñez hasta un momento determinado en una playa cercana a Kronborg. De alguna manera tenía también otra vida, pero no sabía dónde ni cuándo. Aquellos recuerdos le habían sido robados. No, más bien habían sido metidos a la fuerza en su subconsciente, y sólo retornaban bajo estímulos inusuales.

Una idea le desvió de esos pensamientos. *Cortaría.* ¿Dónde había oído ese nombre? Ah, sí, el níquel lo había mencionado. Cortana era una espada. Había estado llena de magia, pero ahora yacía enterrada, alejada *de* la vista del hombre. *En una ocasión tuve en mis manos a Cortana, cuando las teas destellaban en un campo destrozado.*

Rodeó un grupo de árboles. Allí estaba Morgana le Fay, esperándole.

Al principio, Holger fue incapaz de moverse. El corazón le martilleaba. Una curiosa oscuridad le cubrió, y la oscuridad era hermosa. Ella avanzó teñida por una luz dorada que se filtraba por las hojas verdes. Su vestido era como la nieve, sus labios una curva de coral, los cabellos brillaban como un lago profundo iluminado por las estrellas. Lo único que pudo ver al principio eran los colores. El tono de ella fluía en él.

-Saludos, Holger. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

Holger luchó para encontrar la calma y perdió la partida. Morgana le cogió las manos. Era alta, su sonrisa le golpeaba inmediatamente.

-Y qué solitaria he estado por tu causa -murmuró ella.

-¿Por *mí?*-preguntó, saliéndole una voz que parecía un gemido idiota.

-¿Por qué otro iba a ser? ¿También has olvidado eso? -le hablaba íntimamente, convirtiendo el «tú» en una caricia-. Ciertamente que la noche ha caído sobre ti. Has estado muy lejos, Holger.

-Pe... pe... pe... pero...

Ella se echó a reír, pero no como lo hacen los seres humanos ordinarios, sino como si la propia risa fuera la que riera.

-¡Ay, tu pobre rostro! Pocos hombres pueden soportar al dragón de fuego como lo hiciste tú. Deja que cure esas quemaduras -añadió, tocándole con sus dedos. El sintió un dolor y las ampollas desaparecieron-. ¿Te sientes mejor ahora?

En realidad, no era así. Estaba sudando, y el manto parecía apretarle el cuello. Había recuperado la inteligencia lo suficiente como para observar los detalles, pero éstos no eran de los que calman a un hombre: rasgos pálidos y perfectos, movimientos de gracia felina, un cuerpo con más curvas que una carretera rural.

-En el otro mundo has cogido algunas costumbres groseras -dijo, cogiéndole la pipa de la boca, sacudiendo el tabaco y metiéndosela en la bolsa del cinto. Después, pasó la mano por su costado y la dejó reposar en su brazo-. ¡Eres un mal chico!

Esto le permitió recuperar un poco el sentido de sí mismo. Las mujeres importantes no actuaban con coquetería. Ni era esa manera de tratar a una pipa.

-Escucha -graznó-. Tú estabas con Alfric y él ha hecho todo lo posible para matarme. ¿Qué quieres de mí?

-¿Qué va a querer una mujer que desea a un hombre? -preguntó Morgana, acercándose todavía más a él. Holger retrocedió hasta que un árbol le detuvo.

-En verdad no sabía quién eras y ayudé a Alfric sin saberlo -contestó Morgana-. En el momento en que me enteré de su engaño me precipité a buscarte.

Holger se limpió el sudor de la frente.

-Eso es mentira -replicó con dureza.

-Bueno, a nosotras, las del sexo débil, debe permitírsenos un cierto grado de capricho, ¿no te parece, amor mío? -preguntó acariciándole la mejilla-. Es la verdad de Dios que he venido aquí para recuperarte.

-¡Para devolverme a Caos! -exclamó Holger con jactancia.

-¿Y por qué no? ¿Qué hay en la aburrida Ley que te impulsa a defenderla? Mira, soy sincera contigo; y tú debes serlo contigo mismo. Porque, Holger, mi osito querido, lo que haces es defender a campesinos groseros y a burgueses de gordo vientre, cuando la alegría, el trueno y las estrellas ardientes de Caos podrían ser tuyos. ¿Cómo es que tú, que conduces los ejércitos en el campo, vas a aceptar una vida segura y estrecha, encerrado en la satisfacción de ti mismo, teniendo como techo un cielo gris y agrio, apestando a humo y estiércol? ¡Si quisieras, podrías hacer que los soles giraran y dar forma a mundos!

Ella había dejado caer la cabeza en el pecho de Holger y le rodeaba la cintura con los brazos.

-¡N... n... no! -exclamó tartamudeando- No confío...

-¡Ay, desgracia! ¿Este es el hombre que durante tanto tiempo habitó conmigo en Avalon? ¿Has olvidado todos los siglos que te entregué juventud, señorío y amor? -preguntó levantando hacia él la mirada, con sus enormes ojos oscuros. Holger se dijo a sí mismo lo gastada que era la representación de Morgana, pero no creía sus propias palabras-. Si no te unes a nosotros, al menos no nos combatas. Regresa a Avalon, Holger. Regresa conmigo a la bella Avalon.

En algún lugar de su mente sabía que ella era sincera. Quería apartarle de la inminente batalla, pero también le quería a él. *¿Y por qué no?,* le decía su pensamiento, como una sacudida. ¿Qué debía a ninguna de las partes en este universo que no era el suyo? Cuando Morgana le Fay le abrazó...

-Tan largos años -susurró ella-. Y cuando te encuentro ni siquiera me besas.

-Eso -dijo él casi ahogándose-, po... podría remediarse.

Aquello era como estar en un blando ciclón. No podía concentrarse en nada más. Ni tampoco lo deseaba.

-Ay, mi señor, mi señor, bésame de nuevo -dijo ella, finalmente, con los ojos todavía cerrados-. Bésame siempre.

Holger la abrazó. En ese momento, por el rabillo del ojo, captó una mancha blanca. Levantó la cabeza y vio a Alianora montada en el unicornio. En ese momento daba la vuelta junto al matorral más cercano.

-Holger -gritaba-. Holger, querido, ¿dónde estás?... ¡Oh!

El unicornio levantó las patas delanteras y la arrojó a la hierba. Con un fuerte bufido de indignación el animal escapó. Alianora se puso de pie de un salto y se quedó mirando a Holger y Morgan.

-¡Mira lo que has hecho! -se quejó irracionalmente-. El nunca regresará.

Holger se soltó y Alianora rompió a llorar.

-¡Saca de aquí a esa puta campesina! -gritó Morgana enfurecida. Alianora estalló:

-¡Vete tú! -gritó-. ¡Bruja sucia, apártate de él!

Los dientes de la reina destellaron.

-Holger, si esa delgaducha no se va de aquí inmediatamente...

-¡Delgaducha! -gritó Alianora-. Y me lo dices tú, carne cebada. ¡Te voy a sacar los ojos!

-Las jovencitas no deberían gritar -se burló Morgana-. Se vuelven todavía más feas.

Alianora cerró los puños y se acercó a ella.

-Mejor ser una joven que tener la piel arrugada como tú.

-Realmente tienes una piel bonita -susurró Morgana-. ¿Cómo consigues ese efecto que parece que la tengas pelada por las quemaduras del sol?

-No en la tienda en donde compraste tu tez -dijo Alianora.

Holger se hizo a un lado, preguntándose lo que debía hacer para salir vivo de allí.

-Ya veo que eres una doncella-cisne -dijo Morgana-. ¿Has puesto muchos huevos últimamente?

-No. No sé cacarear tan alto como algunas gallinas viejas.

Morgana enrojeció y elevó las manos en un pase violento. -¡Mira cómo te conviertes en una gallina!

-¡Hey! -gritó Holger, dando un salto hacia adelante. No pretendía golpearla, pero uno de sus brazos se encontró con Morgana, y la reina cayó rodando sobre la hierba.

-No quería hacerlo -dijo jadeando.

Morgana se puso lentamente en pie. El color y la expresión habían desaparecido de su semblante.

-Entonces, así es como están las cosas -dijo.

-Creo que sí -contestó Holger, preguntándose si realmente quería decir eso.

-Pues bien, sigue entonces tu camino. Volveremos a encontrarnos, amigo mío. Morgana se echó a reír, pero esta vez su risa sonó horriblemente, y se agitó. De pronto había desaparecido. Se produjo una explosión cuando el aire se precipitó en el vacío que ella había dejado.

Alianora comenzó a llorar. Se apoyó en un árbol y cubrió el rostro con un brazo. Cuando Holger fue a poner una mano en su hombro, ella se lo impidió.

-Vete -murmuró-. Ve... ve... vete con tu bruja, ya que ella te... gusta tanto.

Librodot

-No fue culpa mía -dijo Holger indefenso-. No le pedí que viniera.

-No pienso escucharte, vete.

Holger pensó que ya tenía bastantes problemas sin que tener que cargar con una histérica. La rodeó, la sacudió y le dijo entre dientes:

-No tengo nada que ver con esto. ¿Me entiendes? ¿Vendrás ahora como una persona mayor o tendré que arrastrarte?

Alianora se tragó las lágrimas, se quedó mirándole con unos ojos húmedos y grandes y cerró los ojos. Holger se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo allí.

-Iré contigo -dijo ella dócilmente.

Holger volvió a sacar la pipa y estuvo fumando durante la mayor parte del camino de regreso. ¡Maldición, maldición, maldición y maldición! Allí, junto a Morgana le Fay, casi había recordado esa otra vida. Casi, pero ahora ese conocimiento había desaparecido de nuevo. Bien, era demasiado tarde. A partir de ese día, ella sería sin duda su más feroz oponente. Aunque, con toda sinceridad, probablemente era bueno que les hubieran interrumpido. El no podría haber resistido mucho más tiempo la coquetería de Morgana.

Y lo peor de todo era que deseaba no haberse resistido. ¿Quién había escrito que no hay nada tan fútil como el recuerdo de una tentación que se ha resistido?

Demasiado tarde. Tenía que seguir adelante.

Su ser enterrado iluminó fugazmente su mente consciente, y supo por qué razón se había ido el unicornio. Morgana le Fay tuvo que ser la última gota que desbordó el vaso de su sensibilidad ultrajada... o la última docena de gotas. Eso le hizo sonreír y cogió la mano de Alianora. Uno al lado del otro, regresaron al campamento.

12

AQUELLA noche no les atacaron, aunque Hugi dijo que sin duda se debía a que les estaban preparando algo peor. Holger se sintió inclinado a compartir el pesimismo del enano. Y ahora sólo tenían una montura para tres personas. Desde luego, Alianora podía hacer la mayor parte del viaje por el aire; pero los cisnes no son unas aves que se dejan suspender en el cielo, y no pueden adelantar demasiado. Y por muy grande que fuera su resistencia, Papillon no podría llevar encima a un guerrero de gran altura vestido con cota de mallas, a una joven, a un hombrecito y su equipo, y todo ello a su velocidad normal.

Por tanto, salieron temprano, y Alianora, tomando la forma de cisne, estudió desde la altura el mejor camino. Volvió y se sentó tras la silla, rodeando con los brazos la cintura de Holger (lo que le compensaba de muchas molestias) y guiándole. Al atardecer, esperaba que hubieran llegado al paso, y al día siguiente a los límites habitados por los seres humanos. Tenían todavía muchos kilómetros de selva que recorrer en el otro lado de la cordillera, pero había visto algunos claros, granjas aisladas y caseríos.

-Y donde habitan varios hombres, si no son malhechores, habrá tierra sagrada -un santuario al menos-, al que no se atreverán a acercarse la mayoría de las criaturas que nos persiguen.

-Pero en ese caso -preguntó Holger-: ¿cómo puede pensar siquiera el Mundo Medio en ocupar las tierras humanas?

-Con la ayuda de seres que no temen la luz del día ni al sacerdocio. Animales como tu dragón; criaturas con alma, como los enanos malvados. Pero esos aliados son pocos, y en su mayor parte demasiado estúpidos, para utilizarlos en algo más. Pienso que principalmente el Mundo Medio dependerá de los seres humanos que luchen en favor de Caos. Brujas, brujos, bandidos, asesinos, ante todo los paganos salvajes del norte y el sur. Estos pueden desacralizar los lugares sagrados y enfrentarse a los hombres que luchen contra ellos. Entonces el resto de los seres humanos huirá, y apenas quedará nada que impida que el brillo azul sea atraído sobre cientos de leguas más. Con ese avance, las esferas de la Ley se irán debilitando: no sólo en número, sino también en espíritu, pues la presencia próxima de Caos debe afectar a las buenas gentes, volviéndolas caprichosas, sin ley, e inclinadas a sus propios demonios -le dijo Alianora, sacudiendo la cabeza, turbada-. Y conforme el mal crezca, los hombres mismos que representan el bien utilizarán en su miedo medios de lucha cada vez peores, y con ello permitirán que el mal ponga una cabeza de puente.

Holger pensó en su propio mundo, donde Coventry se había vengado de Colonia, y asintió. De pronto sintió pesado el casco.

Tanto para escapar a ese recuerdo, como por cualquier otra razón, regresó a las cosas inmediatas. Los poderes de sus perseguidores no eran ilimitados, pues en otro caso ya le habrían detenido hacía tiempo. ¿Cuáles eran entonces esos límites? Curiosamente, para unos seres que se decían no tenían alma, la raza de Faerie se veía sometida a graves limitaciones físicas, por lo que debía basarse principalmente en la astucia. Salvo por ser rápidos y flexibles, ninguno de ellos podría enfrentarse a un hombre normalmente fuerte. (Con seguridad, los gigantes, los trolls y los otros seres diversos del Mundo Medio tenían una fuerza bruta superior a la de los humanos, pero Alianora decía que eran lentos y torpes.) Ninguno podía soportar el sol; de ahí que sus excursiones a los dominios humanos sólo pudieran tener lugar después de anochecer. E incluso en esos

Librodot

momentos debían evitar los objetos sagrados. Sus encantamientos rebotarían como bolas de billar en cualquiera que se hallara en estado de gracia. Simplemente la cantidad habitual de decencia y determinación le bastaría a un hombre para salir triunfante. Ellos, o sus maquinaciones, te podían matar; podían engañarte, dejarte confuso, convertirte en víctima; pero en un sentido último y cierto no podían conquistarte a menos que tú quisieras.

Además, la fuerza de un encantamiento parecía depender de la distancia. Cuanto más se alejaba de Faerie, más seguro estaría probablemente Holger con respecto a sus habitantes.

Y no es que pudiera reírse de Alfric. Por el contrario. Pero no era la cabeza de los enemigos. Morgana le Fay le superaba en rango. Y más allá de ella había otros, claramente, al final, aquel en quien Holger no deseaba pensar. Pero Alfric tenía muchos poderes, era astuto y habilidoso, y no había abandonado la lucha. Probablemente, Morgan ni siquiera la habría empezado.

Si supiera tan sólo lo que ellos quieren de mí.

Durante todo el día el caballo caminó por un terreno ascendente. Al ponerse el sol, Holger tiró de las riendas encima de un paso. La hierba crecía en grupos escasos entre las rocas, y, salvo, eso el lugar estaba desértico. Un viento poco hospitalario subía por los riscos y por encima de la cresta. A modo de suspiro, Papillon resopló. Dejó caer la cabeza.

-Pobre animal -dijo Alianora acariciándole el hocico aterciopelado-. Hemos abusado de ti, ¿verdad? Y esta noche no tendrás nada mejor que unas cuantas hierbas secas.

Alianora encontró una roca con una depresión en la par- te superior y vertió pacientemente en ella el agua de un pellejo, hasta que hubo bebido lo suficiente. Holger frotó al corcel. Había empezado a dar por supuestas las habilidades del caballero, pero le sorprendía bastante el afecto que sentía por Papillon. Arregló los desgarrados y embarrados arreos de seda, haciendo con ellos una especie de manta para el caballo. Establecido el campamento; tomada la cena, como estaban muy fatigados, se retiraron.

Alianora se encargó de la primera guardia, después Holger y finalmente Hugi. Cuando terminado su turno se acostó contra la joven, Holger descubrió que no podía volver a dormirse. Ella le puso la cabeza en el hombro, y con un brazo le cruzó el pecho. Por la fuerza del viento, Holger no podía oír cómo respiraba Alianora, pero sentía hasta su más ligero movimiento; también sentía cómo parecía irradiar calor allí donde ella le tocaba. En otras partes estaba condenadamente frío, y la helada se filtraba a través de las mantas que le cubrían. La manta de la silla que tenían debajo apenas aliviaba la maldición de ese duro terreno.

Pero no era ése el motivo de que estuviera despierto. Cuando el peligro había agudizado todos sus sentidos, tenía prácticamente encima de él a ese ser cálido de cabellos desarreglados... Trató de pasar el tiempo recordando a Meriven, pero así sólo consiguió que empeoraran las cosas. Y en ese momento, pensó con amargura, podría haber estado con Morgana le Fay.

¿Dejar sola a Alianora cuando avanzaba el enemigo? ¡No! Casi inconscientemente, la rozó. Ese fue otro error. Antes de que supiera bien lo que había sucedido, su mano se había deslizado bajo la túnica de plumas y tocado un pecho joven y suave. Ella se movió, murmurando en su sueño. El permaneció inmóvil, y ni siquiera tuvo la fuerza necesaria para apartar la mano. Finalmente, conmovido, sintiendo un picor en la piel, abrió los ojos.

Las estrellas brillaban como en el invierno. No había luna, pero, por la posición del Carro de Cari (¡incluso en el cielo te recuerdan, mi rey!), consideró que el amanecer no estaba lejano. La negrura de la tierra era casi absoluta. Vio el perfil de Hugi, agachado junto al fuego rojizo, y aparte de eso sólo unas masas erguidas sobre el cielo. Aquel peñasco...

¡Nunca lo había visto antes!

De un salto, Holger se puso en pie antes de que la tierra temblara. Venía una vez, y otra más, un sonido como de tambores monstruosos; la montaña se sacudía como lo hace una casa cuando un hombre pesado sube por las escaleras. Holger oyó que las piedras se soltaban y caían por la pendiente. Cogió la espada y en ese momento el gigante se presentó ante ellos.

Con un pie tan alto como el propio Holger, deshizo de una patada el círculo defensivo. La luz del fuego le permitió ver unas enormes uñas de los pies, sin cortar. Alianora gritó. Holger la protegió tras su cuerpo. Papillon fue corriendo hacia el hombre, con un relincho de desafío, el cuello y la cola arqueados, las ventanas del hocico dilatadas. Hugi corrió y se unió a Alianora.

El gigante se agachó y hurgó el fuego con un dedo, como si fuera un palo curvo. Cuando las llamas se alzaron, Holger vio que aquel ser era humanoide, aunque grotescamente ancho y de piernas cortas en proporción con su altura. *Bien,* pensó al instante, *aunque la ley de la proporción no funcione igual aquí que en mi mundo, necesita una gran sección transversal para soportar ese peso.* Aquel cuerpo tosco y revestido de pieles mal cosidas; el olor que soltaba hizo que Holger se alegrara de que estuviera contra el viento. Por lo que podía discernir entre el enmarañamiento de sus cabellos y su barba, los rasgos del gigante eran acromegálicos, unos ojos terminados en grandes crestas óseas, nariz y mandíbula que sobresalían toscamente, labios gruesos y dientes sucios y enormes.

-Coge a Papillon, Hugi -dijo Holger. Ahora que había pasado la primera sorpresa, había dejado de tener miedo. No se atrevía a tenerlo-. Lo retendré mientras pueda, Alianora, sube al aire. -Me quedaré contigo -le dijo con una voz pequeña, pero se colocó a su lado, con la barbilla levantada.

-¿Cómo puede haber pasado? -gimió Hugi-. Es de la raza del Mundo Medio. Los encantamientos tendrían que haberlo alejado.

-Nos ha estado acechando -explicó Alianora-. Estas gentes pueden ser muy discretas cuando quieren. Esperó un momento en el que hubiera tal falta divina entre nosotros que los signos sagrados quedaran anulados.

Con la mirada acusaba al enano acobardado. Holger sabía que de ese mal no debía culparse a Hugi. Pero...

- ¡Habla para que pueda oírte!

El gigante no hablaba de un modo ensordecedor, ni tampoco su acento era demasiado bárbaro. Lo que hacía que fuera difícil entenderle era el tono: tan bajo que los registros inferiores inaudibles sacudían los huesos humanos. Holger se humedeció los labios, se adelantó y con su voz más profunda dijo:

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno que te vayas.

-Ja! -se burló el gigante-. Demasiado tarde para eso, mortal, ahora que has roto el círculo bueno con tus deseos pecaminosos y todavía no has hecho acto de contrición -dijo extendiendo una mano-. Alfric me dijo que encontraría una presa tierna en este camino. Dame a la doncella y podrás continuar.

Holger deseó poder devolverle algún desafío sonoro, que estuviera de acuerdo con el disgusto que sentía ante tal idea. ¡Por Dios que había cosas peores que la muerte! Por desgracia, sólo se le ocurría una frase que no era adecuada para los oídos de una doncella. Por eso se limitó a embestir, atacando con su espada a los inmensos nudillos.

El gigante echó hacia atrás la mano, se sopló la herida humeante y gritó.

-¡Un momento! ¡Hablemos!

Holger, a quien el volumen del grito casi le hizo caerse, se detuvo. Acostumbrado a ser la persona más alta, el rostro que tenía encima le parecía todavía más ancho de lo que era. Pero se quedó en pie y oyó al gigante que le hablaba en un tono bajo profundísimo y bastante razonable:

-Escucha, mortal, siento que eres un gran campeón. Y desde luego el contacto del hierro me hiere. Pero soy grande, y podría aplastarte con piedras antes de que dieras muchos golpes. ¿Y si solucionamos el asunto de un modo más sencillo? Si ganas con tu ingenio te dejaré ir sin molestarte. Hasta te daré un casco lleno de oro -añadió, señalando una bolsa que llevaba a su lado y que debía contener una tonelada o más-. Si pierdes, me entregarás a la chica.

-¡No! -exclamó Holger escupiendo al suelo.

-Espera, espera un momento, querido -dijo Alianora, tomándola del brazo con repentina ansiedad-. Pregúntale si se refiere a un concurso de acertijos.

Asombrado, Holger se lo preguntó y el gigante asintió.

-Como sabes, los grandes nos sentamos en nuestros salones durante la noche interminable invernal de nuestra patria un año tras otro, siglo tras siglo, y pasamos el tiempo con pruebas de habilidad. Pero, sobre todo, nos gustan los acertijos. Para que te deje pasar, tendrás que contarme tres nuevos de los que no pueda responder a dos, para que pueda utilizarlos yo -su rostro bestial se volvió hacia el este, ansioso-. Sin embargo, sé rápido.

Los ojos de Alianora se encendieron.

-Hazlo, Holger. Acepta el trato. Puedes vencerle.

El gigante no parecía comprenderlo, pero desde luego Holger sí lo hizo. Una criatura tan grande no podía oír demasiado la gama humana de frecuencias.

-No puedo pensar en nada -respondió Holger con voz de falsete.

-Sí puedes -le replicó Alianora, aunque su confianza mermó algo. Se quedó mirando el suelo y escarbándolo con un dedo-. Y si no puedes, pues bien, que me tenga. Sólo me quiere para comerme. Holger, tú significas mucho para todo el mundo para correr el riesgo de morir en una pelea por mí.

En su confusión, los buscaba. ¿Pero qué acertijos conocía? Unos cuantos, como el que planteó Sansón a los filisteos. Pero seguramente, a lo largo de los siglos, el ogro los habría oído. Y él, Holger, no era lo bastante brillante como para inventar un juego tan rápidamente.

-Prefiero luchar por alguien a quien conozco, como tú, que... -empezó a decir, pero el enorme monstruo le interrumpió con un gruñido.

-¡Date prisa!

Holger tuvo una idea repentina.

-¿No puede soportar el sol? -preguntó a Alianora en el tono de falsete que impedía que el gigante lo escuchara.

-No -contestó ella-. Los rayos brillantes convierten su carne en piedra.

-Ja-ja -chilló Hugi-. Si entretienes su mente para que venga el amanecer sin que se dé cuenta, podremos coger su bolsa de oro.

-Eso no lo sé -contestó Alianora-. Pero he oído que los tesoros ganados con trampas están malditos, y que el hombre que los gana muere pronto. Pero Holger antes de una hora tendrá que huir del amanecer.

-Creo... que... sí -dijo Holger, volviéndose hacia el coloso, que empezaba a gruñir con colérica impaciencia-. Contenderé contigo.

-Pues hagámoslo ahora -dijo el gigante con sonrisa sádica-. Quizá otra noche... bueno, ata a la moza para que no pueda escapar. ¡Deprisa!

Holger se movió con toda la lentitud que pudo. Mientras ataba a Alianora las muñecas, susurró con voz aguda:

-Si sucede lo peor, puedes deshacer este nudo.

-No, no escaparé, pues se volvería contra ti.

-Tendrá que luchar conmigo de todos modos -dijo Holger-. Deberías salvar tu vida -añadió, tratando de obtener un tono heroico, aunque era difícil conseguirlo con la voz de falsete.

Arrojó algunos palos más al fuego y se volvió hacia el gigante, quien se había sentado metiendo las rodillas bajo la peluda barbilla.

-Vamos a ello -dijo.

-Muy bien. Te alegrará saber por tu honor que soy el campeón de acertijos de nueve reuniones de pedernal -dijo el gigante mirando a Alianora y lamiéndose los labios-. Un delicioso bocado.

Antes de que se diera cuenta, Holger había levantado su espada:

-¡Retén tu lengua! -rugió.

-¿Prefieres luchar? -gritó, sacando los enormes músculos.

-No -contestó Holger, controlando sus nervios. ¡Pero que ese hipopótamo se atreviera a mirar así a su Alianora...! De acuerdo. Primer acertijo. ¿Por qué un gallina cruza el camino?

-¿Cómo? -preguntó el gigante quedándose con la boca abierta hasta que sus dientes brillaron como rocas húmedas-. ¿Eso es lo que me preguntas?

-Así es.

-Pero si eso lo sabe hasta el niño más niño. Para llegar al otro lado.

Holger sacudió su cabeza de cabellos amarillos:

-Falso.

-¡Mientes! -gritó el mamut, levantándose a medias.

Holger comenzó a mover su espada, produciendo un sonido sibilante.

-Tengo una respuesta absolutamente buena -dijo-. Debes encontrarla.

-Nunca he oído nada semejante -se quejó el gigante, Pero se sentó y empezó a acariciarse la barba con una mano inmunda-. ¿Por qué cruza una gallina el camino? ¿Por qué va a hacerlo sino para llegar al otro lado? ¿Qué intención mística se oculta aquí? ¿Qué pueden representar una gallina y un camino?

Cerró los ojos y comenzó a columpiarse hacia atrás y adelante. Alianora, acostada y atada cerca del fuego, lanzó a Holger un grito de alegría.

Tras un tiempo interminable de viento frío y estrellas todavía más frías, Holger vio que se abrían los ojos del monstruo. A la luz de la hoguera brillaban como dos lámparas de color sangre, profundos bajo las cejas cavernosas.

-Tengo la respuesta -dijo con voz aterradora-. No se diferencia del acertijo con el que Thiazi asombró a Grotnir hace 500 inviernos. Mira, mortal, una gallina es el alma humana, y el camino es la vida que debe cruzarse, desde la zanja del nacimiento hasta la de la muerte. En esa carretera hay muchos peligros, no sólo las roderas de las fatigas y el espejismo del pecado, sino carretadas de guerra y pestilencia conducidas por bueyes de la destrucción; mientras por encima gira ese alto halcón de Satán, dispuesto siempre a lanzarse. La gallina no sabe por qué cruza el camino, sólo que al otro lado los campos que ve son más verdes. Lo cruza porque debe hacerlo, lo mismo que debemos hacerlo todos.

El monstruo se le quedó mirando con aire satisfecho, pero Holger sacudió la cabeza:

-No, te equivocas de nuevo.

-*¿Cómo?* Vaya, tú... -empezó a decir el ogro, levantándose del todo.

-¿Entonces prefieres luchar? -dijo Holger-. Estaba seguro de que no tenías capacidad intelectual.

-¡No, no, no! -aulló el gigante iniciando un pequeño temblor de tierra. Se quedó paseando un rato para conseguir suficiente control de sí mismo y sentarse de nuevo-. El tiempo nos presiona, así que renuncio a ésta y te pido la respuesta. ¿Por qué realmente cruza una gallina el camino?

-Porque dando la vuelta por el otro lado la distancia es más larga -dijo Holger.

Durante varios minutos el gigante estuvo lanzándole maldiciones. Pero Holger se sentía contento con eso; su único objetivo era ganar tiempo, si era posible tiempo suficiente para que los primeros rayos de sol cayeran sobre su enemigo. Cuando finalmente el titán pudo hacer una protesta coherente, Holger había reunido argumentos suficientes acerca del significado de los términos «pregunta» y «respuesta» para que se estuvieran gritando el uno al otro durante media hora. ¡Fue una bendición que en la universidad hubiera seguido el curso de semántica! Consiguió gastar diez minutos sólo en reconstruir la teoría de los tipos de Bertrand Russell. Finalmente, el gigante se encogió de hombros.

-Dejémoslo pasar -dijo siniestramente-. Habrá otra noche, amigo mío. Pero pienso que esta vez no me ganarás. ¡Vamos a ello!

Holger tomó aliento.

-¿Qué es lo que tiene cuatro patas, plumas amarillas, vive en una jaula, canta y pesa 400 kilos?

El ogro golpeó el suelo con el puño y varias rocas saltaron.

-¡Me preguntas sobre una quimera de la que no se ha oído hablar! Eso no es un acertijo, es una cuestión de filosofía natural.

-Si un acertijo es una pregunta que puede resolverse con el ingenio, éste lo es -contestó Holger, lanzando una mirada furtiva hacia el este. ¿Estaba palideciendo el cielo, aunque fuera débilmente?

El gigante le lanzó una bofetada, falló y se quedó quieto, lamiéndose el bigote. Resultaba evidente que el monstruo no era muy inteligente, pensó Holger. Si se le dan años para meditar un problema, hasta el cerebro más lento dará con la respuesta; pero lo que un ser humano vería en cuestión de minutos ese animal podría necesitar horas para solucionarlo. Sin embargo, tenía ciertamente capacidad de concentración. Se quedó sentado con los ojos cerrados con fuerza, columpiándose hacia atrás y adelante, murmurando algo para sí mismo. El fuego bajaba; y el gigante se convirtió en otra forma deforme. Hugi tiró de los pantalones de Holger

-No olvides el oro -susurró con avaricia.

-Ni la maldición que pesa sobre él -intervino Alianora-. Pues temo que si ganamos no lo haremos por medios totalmente honestos.

Holger era demasiado pragmático para preocuparse por ese aspecto. Sin duda que sólo un santo podría combatir el mal sin verse en cierta medida corrompido por sus propios actos. Sin embargo, el gigante había llegado como un agresor caníbal, sin ser provocado. Engañarle para salvar a Alianora no podía ser un pecado tan grave.

Aun así... no debían reírse de las maldiciones. Holger sintió un estremecimiento frío en sus tripas. No sabía la razón, pero el instinto le murmuraba que la victoria sobre ese enemigo podría resultar tan ruinosa como la derrota.

-¡Hecho! -dijo abriéndose la horrible cara-. Tengo tu respuesta, caballero. ¡Dos canarios de 200 kilos!

Holger suspiró. No podía esperar ganar todas las veces.

-Muy bien, Jumbo. Tercer acertijo.

El gigante se detuvo y empezó a frotarse las manos.

-¡No me llames Jumbo!

-¿Y por qué no?

-Porque mi nombre es Balamorg. Un nombre temible que muchas viudas, muchos huérfanos y muchos pueblos reducidos a cascotes tienen buenos motivos para conocer. Llámame tal como me llamo.

-Ah, pero no sabes que allí de donde yo vengo Jumbo es un término de respeto. Escúchame... -Holger elaboró una historia improbable durante diez o quince minutos. Balamorg le interrumpió con voz autoritaria:

-El último acertijo. Date prisa o me lanzaré sobre ti ahora mismo.

-Muy bien. Como desees. Entonces dime: ¿qué es lo que es verde, tiene ruedas y crece alrededor de la casa?

-¿Cómo? -preguntó el gigante dejando caer su enorme mandíbula, y Holger se lo repitió. -¿Qué casa? -preguntó entonces el gigante.

-Cualquier casa -contestó Holger.

-¿Y dices que crece? Te aseguro que las preguntas sobre un árbol fabuloso en el que se arraciman las carretas como si fueran frutos no son verdaderos acertijos.

Holger se sentó y comenzó a limpiarse las uñas con la punta de la espada. Pensó que el cuchillo de magnesio de Alfric podría producir el mismo efecto que la luz del sol si lo manejaba bien. Aunque quizá no. La producción total de energía sería probablemente muy pequeña. Aun así, tendría que luchar, tendría que probar la Daga Ardiente. Aunque el fuego se había reducido a unas ascuas, podía ver los rasgos de su enemigo.

-Los desafíos que te he planteado son comunes entre los niños de mi patria -dijo él.

Eso era cierto. Pero el ego herido de Balamorg hizo que se pasara varios minutos más resoplando enrabietado. Finalmente, con un gruñido colérico, entró en su trance de concentración.

Holger permaneció sentado, muy quieto. Alianora y Hugi estaban tan inmóviles que parecían piedras. Hasta Papillon se quedó inmóvil. Pero los ojos de todos estaban vueltos hacia el este.

Librodot

Y el cielo se aclaraba.

Tras una fracción de la eternidad, el ogro golpeó el suelo y los miró.

-Abandono -dijo con un gruñido-. El sol ya me produce dolor y debo buscar abrigo. ¿Cuál es la respuesta?

-¿Por qué iba a decírtela? -preguntó Holger poniéndose en pie.

-¡Porque yo lo digo! -replicó el coloso poniéndose también en pie, encorvado, con ios labios hacia atrás de forma que se veían sus colmillos-. ¡O aplastaré a tu puta!

-Muy bien -dijo Holger, levantando la espada-. La hierba.

-¿Cómo? -La respuesta es la hierba.

-¡Pero la hierba no tiene ruedas!

-Bueno, mentí en lo de las ruedas -dijo Holger.

La rabia salió de Balamorg en un bramido estruendoso. Se lanzó contra el caballero. Holger se echó hacia atrás, alejándose de Alianora. Si conseguía mantener al monstruo encolerizado otros cinco minutos, y conservar él la vida, entonces...

- ¡Nanay, nanay, nanay, no puedes cogerme!

Balamorg lanzó hacia él una garra. Holger lanzó la espada con toda su fuerza y le cortó la punta de un dedo. Después dio un salto y se escabulló, moviéndose para un lado y para otro, tratando de enfurecerle, y jadeando para respirar.

Hasta que el borde del sol despuntó en la oscuridad oriental.

Cuando los primeros rayos lo tocaron, Balamorg lanzó un grito. Holger no había escuchado nunca ese grito de dolor. Mientras escapaba de la caída de esa masa, seguía sintiéndose horrorizado por el grito. El gigante chocó con el suelo con tanta fuerza que agitó y soltó las rocas. Se quedó allí agitándose, de una manera horripilante. Y luego quedó en silencio. El sol cayó sobre una larga loseta de granito, cuya forma humana apenas era reconocible, aunque seguía envuelta en pieles.

También Holger cayó a tierra, con un rugido en sus oídos.

Al recuperarse tenía la cabeza sobre el pecho de Alianora. El cabello y las lágrimas de ésta caían sobre su rostro, como el nuevo amanecer. Hugi correteaba alrededor de la gran piedra.

-¡Oro, oro, oro! -gritaba, acompañándose de una risa aguda-. Los gigantes llevan siempre una bolsa llena de oro. ¡De prisa, hombre, ábrele el saco y haznos tan ricos como los reyes!

Holger se puso en pie y se acercó a él.

-No me gusta esto -dijo Alianora-. Pero si pensáis que es mejor que nos llevemos sus riquezas -pues con seguridad que podremos gastar algunas monedas en nuestro viaje-, ayudaré a llevar la carga y pediré que la maldición caiga sobre mí sola. ¡Querido mío!

Holger hizo una señal a Hugi para que se apartara y se inclinó junto a la bolsa, tosca y de paja. Ya se habían salido algunas monedas. Brillaban bajo su vista como soles en miniatura. Pensó que si a una parte de este tesoro le daban una utilización digna, como la de construir una capilla al buen San Jorge, podría conseguir que el resto no estuviera maldito.

¿Cuál era ese olor? No era la peste de las pieles, sino otro débil aroma, como a tormenta, bajo ese cielo claro del amanecer.

¿... Ozono? Eso es. ¿Pero de dónde vendría?

-¡Dios mío! -exclamó Holger. Se puso en pie de un salto, cogió a Alianora en sus brazos y corrió hacia el campamento-. ¡Hugi! ¡Sal de aquí! ¡Apártate de este lugar! No toques nada si quieres vivir.

En cuestión de minutos estaban montados y descendían por la pendiente occidental. Holger no se sintió a salvo para hacer una parada hasta que se habían alejado varios kilómetros. Y entonces tuvo que satisfacer la petición de una explicación de sus compañeros con algunas excusas débiles acompañadas de que los santos le habían concedido la visión de un tremendo peligro. Por fortuna, lo tenían en una alta estima y no le discutían nada.

¿Pero cómo había dado él con esa verdad? Lo cierto es que nunca había captado en profundidad la teoría atómica. En la facultad solamente había estudiado los experimentos de transmutación de experimentadores como Rutherford y Lawrence, y sobre las quemaduras del radio.

Las historias sobre la maldición que caía sobre quienes saqueaban a un gigante muerto por el sol eran absolutamente ciertas. Cuando el carbono se transforma en silicio, se produce un isótopo radioactivo; y en el proceso se ven implicadas toneladas de material.

13

pOR la tarde seguían descendiendo, pero a un ritmo más lento, y con un aire más ligero que el que respiraban antes del almuerzo. La tierra boscosa, de robles, abedules y algunos abetos, revelaba indicios del hombre: tocones, segundos crecimientos, matorrales bajos que había comido el ganado, o que estaban rasurados por cerditos recién destetados, y finalmente un camino que bajaba serpenteando hasta el pueblo que Alianora esperaba pudieran llegar ese mismo día. Agotado por el encuentro que había tenido con Balamorg, Holger dormitaba en la silla. Los cantos de los pájaros lo adormecían, por lo que pasaron varios minutos antes de que se diera cuenta de que ése era el único ruido.

Pasaron junto a una granja. La casa de troncos y techo de paja y los rediles indicaban que el propietario era rico. Pero no salía de ella humo alguno. No se movía nada, salvo un cuervo que saltaba sobre los corrales vacíos y se les quedó mirando. Hugi señaló hacia el sendero.

-Por las huellas parece que condujo los ganados hacia allí hace algunos días -comentó el enano-. ¿Por qué lo haría?

La luz del sol que se filtraba entre los arcos de hojas le pareció a Holger menos cálida. Por la noche aparecieron en un claro. Por delante se extendían campos de trigo maduro, cultivados sin duda por los aldeanos. El sol se había puesto detrás del bosque, que parecía negro hacia el oeste, sobre algunas luces rojizas. Hacia el este estaban las montañas, sobre las que titilaban las primeras estrellas. La luz era suficiente para que Holger viera una nube de polvo a unos dos kilómetros del camino. Animó a Papillon y el corcel rompió a trotar fatigadamente. Alianora, que se había divertido lanzándose sobre los murciélagos que aparecían al atardecer, tomó tierra detrás del hombre y recuperó la forma humana.

-No tiene sentido alarmar a los tuyos -dijo Alianora-. Sea cual sea su problema, los ha vuelto bastante tímidos.

La narizota de Hugi olfateó el aire.

-Están llevando las ovejas y el ganado dentro de los muros -dijo el enano-. ¡Qué rancio es el olor! Pero hay algo por debajo... el sudor huele más fuerte cuando un hombre tiene miedo... y veo un espectro, o algo fantasmal.

Se recostó hacia atrás en la silla, apoyándose en el pecho de Holger cubierto por la cota de malla.

El ganado era muy numeroso. Se salía del camino y cruzaba por entre los cereales. Los muchachos y perros que perseguían a los extraviados caminaban por las ringleras de los cereales. Holger pensó que alguna emergencia les tenía que haber obligado a aquello. Tiró de las riendas al ver a varios lanceros. Entrecerrando los ojos para ver mejor en la luz del atardecer, vio que los campesinos eran gentes robustas, de tez blanca, de barba y cabellos largos, vestidos con capas de lana gruesa cosida toscamente y pantalones cruzados. Eran demasiado necios para estar histéricos, pero las voces que le preguntaron su nombre revelaban una gran inquietud.

-Sir Holger de Dinamarca y dos amigos -contestó. Era inútil explicarles la complicada verdad-. Venimos en paz y quisiéramos pasar aquí la noche.

-¿Holger? -preguntó un hombre fornido de mediana edad que parecía el jefe, bajando la lanza y rascándose la cabeza-. ¿No he oído antes ese nombre, o uno parecido?

Un murmullo surgió entre los hombres, pero nadie pudo dar una respuesta inmediata, y el ganado no daba tiempo a la reflexión. Por eso, Holger añadió rápidamente:

-Quien lleve tal nombre no soy yo. Soy un extranjero que vengo de muy lejos y sólo estoy de paso.

-Pues bien, señor, bienvenido seáis a Lourville -dijo el campesino principal-. Temo que hayáis venido en un mal momento, pero sir Yve estará contento de veros... ¡Tú, aparta de ahí a esa condenada vaquilla antes de que termine en el ducado de al lado!... me llamo Raoul, sir Olger. Le ruego perdone este tumulto.

-¿Qué problema tienen? -preguntó Alianora-. Veo que llevan a los animales dentro de la ciudad esta noche, y no me parece muy normal.

Holger escuchó que un anciano murmuraba algo sobre esos visitantes extranjeros y sus queridas escandalosamente vestidas. Otro le susurró:

-He oído hablar de ella, abuelo, es una doncella-cisne que vive un poco al norte y al oeste del territorio de Lourville. Dicen que es amable.

Holger prestó más atención a Raoul.

-Sí, mi señora, estos últimos días llevamos juntos a todo el ganado y los encerramos en la ciudad cuando oscurece. Esta noche incluso las personas se amontonarán dentro de los muros; nadie se atreve ya a ir a solas por el exterior cuando cae la noche. Anda suelto un hombre lobo.

-¿Qué dice? -ladró Hugi-. ¿Un cambia-piel?

-Ay. Muchas cosas han ido mal en estos últimos años, una desgracia tras otra en todas las casa. A mí se me deslizó el hacha y me abrió la pierna esta primavera, y lo mismo le sucedió a mi hijo mayor. Nos pasamos tres semanas en la cama, precisamente en la época de la siembra. Y no sólo una familia cuenta tales cosas. Y dicen que es así porque en el Mundo Medio, que está más allá de las montañas, la brujería es tan fuerte que su poder llega hasta aquí y lo vuelve todo del revés. Eso es lo que dicen -afirmó Raoul santiguándose-. Yo, no lo sé. El *loup-garou* ha sido lo peor hasta ahora. Cristo nos guarde.

-¿Y no podría tratarse de un lobo natural que ataca vuestros rebaños? -preguntó Alianora-. A menudo, he oído hablar a la gente de alguien que tenía una forma extraña, cuando en realidad sólo era un animal más grande y más astuto que la mayoría.

-Quizá fuera eso -afirmó Raoul severamente-. Aunque es difícil entender que un animal natural pueda haber roto tantas puertas o levantado tantos cerrojos. Tampoco los lobos auténticos masacran a una docena de ovejas de una vez, por mera diversión, como una comadreja. Pero la última noche el asunto se aclaró. Pier Piesgrandes y Berte, su mujer, estaban en su casa, metida seis kilómetros en el bosque, cuando el hombre gris irrumpió por la ventana y les robó al bebé que tenían en la cuna. Pie le golpeó con la podadera, y jura que el hierro traspasó las costillas del lobo sin dañarlo. Entonces Berte se enfureció y enloqueció y golpeó a la bestia con una vieja cuchara de plata que tenía de su abuela. Entonces dejó caer al bebé, por la gracia de Dios no muy mal herido, y huyó por la ventana. Y yo te pregunto: ¿es eso un animal natural?

-No -respondió Alianora, sintiéndose deprimida y asustada.

Raoul escupió al suelo y siguió hablando:

-Por eso dormiremos dentro de los muros de la ciudad mientras dure este peligro, y dejaremos que el lobo merodee por los bosques sin cuidar. Quizá podamos descubrir quién está cambiando de forma, y quemarlo -y añadió en un tono más suave-: una gran pena es esto para sir Yve, precisamente ahora que su hija Raimberge se estaba preparando para viajar hacia el oeste y

casarse en Vienne con el tercer hijo del Margrave. Ruego a Dios que terminen pronto nuestras penas.

-Nuestro señor no podrá entreteneros tal como os merecéis, sir Olger -añadió un muchacho-. Piensa pasarse to- da la noche caminando por los muros por si acaso el lobo tratara de saltarlos. Y su dama, Blancheflor, está enferma en la cama. Pero su hijo e hija harán lo que puedan.

Holger supuso que debería ofrecerse voluntario para ayudar en la guarda, pero no creía que después del día que había pasado pudiera mantenerse despierto. Pidió a Alianora, que iba cabalgando lentamente por delante del ganado, que le explicara la amenaza.

-Hay dos maneras por las que los hombres toman forma animal -respondió-. La una es por magia sobre un ser humano común, como mi prenda de plumas hace por mí siempre que lo deseo. La otra es más oscura. Algunos pueden nacer con naturalezas gemelas. No necesitan de encantamientos para cambiar la forma, y cada noche el deseo de convertirse en oso, en jabalí, en lobo o en cualquier animal en que puedan convertirse... cada noche, ese deseo los abruma. Y entonces enloquecen. Pueden ser personas amables y sensatas cuando caminan como seres humanos, pero como animales no pueden dejar de hacer daño hasta que se sacia su sed de sangre, o hasta que el miedo a ser descubiertos les hace recuperar nuestra forma. Cuando son animales, es casi imposible matarlos, pues las heridas cuidan al instante. Sólo la plata les duele y un arma de plata los mataría. Pero de tales armas pueden escapar más rápido que los que tienen verdadera carne y sangre.

-Pero entonces, si el hombre lobo no puede evitarlo, el que hay por aquí debe ser extranjero, ¿no? Uno del lugar habría asolado la zona desde hace años.

-No. Temo que, tal como dijo el campesino, esa criatura es uno de los suyos. Pues un débil contenido de esa sangre puede pasar sin ser observada, desconocida, toda una vida, por no ser lo bastante fuerte para revelarse. Y solamente muy tarde, cuando la fuerza de la brujería ha crecido lo suficiente, que despierta el demonio dormido. No me cabe duda de que el propio hombre lobo está sobrecogido por el horror. Dios le ayude si los demás se enteran de quién es. -Que Dios le ayude pensando en que tus patanes asustados puedan decidir hacer al «warg» -gruñó Hugi.

Mientras cabalgaba hacia la puerta, Holger iba con el ceño fruncido. Aquello tenía sentido si se tenía en cuenta las cosas fantásticas que predominaban en este universo. Hombres lobos... ¿cuál era la palabra?... Ah, sí, la licantropía, heredada probablemente como una serie de genes recesivos. Si tenías la serie completa, eras un licántropo siempre y en todas partes... y probablemente tu padre te matara la primera vez que encontrara un cachorro de lobo en la cuna de su hijo. Con una herencia incompleta, la tendencia a cambiar era más débil. Podía ser totalmente latente, y el pobre campesino que llevara la maldición no sospecharía lo más mínimo: hasta que la brujería redoblada del Mundo Medio soplara por encima de las montañas y reforzara cualquier química corporal que se viera implicada en ello.

Miró los alrededores a través de la luz crepuscular. El pueblo estaba rodeado por una gruesa empalizada, sobre la que había un sendero por el que sir Yve haría esta noche su ronda. En el interior había casas de madera, estrechas y apretadas, de dos o tres pisos. Las calles que serpenteaban entre ellas eran simples senderos, que apestaban por el estiércol que los animales dejaban caer cada noche. Aquella en la que entró era un poco más ancha y recta, pero tampoco demasiado. Varias mujeres vestidas con largas túnicas terminadas en griñones, con hijos de pelo alborotado, y unos artesanos vestidos con delantal se quedaron mirándolo cuando traspasó la puerta. Casi todos llevaban antorchas que llameaban y chisporroteaban bajo el cielo de color morado oscuro. Mientras lo seguían a él charlaban en un tono respetuosamente bajo.

Holger se detuvo cerca de una calle que conducía a un lado, un túnel negro encerrado por los muros de las casas circundantes y techados por sus galerías colgantes. Silueteada por encima de las cumbreras, pudo ver la parte superior de una torre cuadrada que pertenecía sin duda al salón de sir Yve. Se agachó hacia un hombre fornido, que se tiró del pelo antes de decir:

-Odo el herrero, señor, a vuestro servicio.

Holger señaló hacia el callejón.

-¿Es éste el camino que lleva a la casa de vuestro señor?

-Cierto, sir. Oye, Frodoart, ¿está el amo en casa todavía?

Un hombre joven de capucha escarlata descolorida, que llevaba espada, asintió.

-Hace un momento lo he dejado, armado de pies a cabeza, tomando una copa de cerveza antes de subir a los muros. Su escudero soy, sir caballero. Allá os guiaré, que este lugar es ciertamente un laberinto.

Holger se quitó el casco, pues tenía los cabellos humedecidos por el sudor tras ir vestido con armadura el día entero, y la brisa del atardecer era fresca, aunque maloliente. Ya en el salón, comprendió que nada lujoso podía esperar. Evidentemente, sir Yve de Lourville no era rico: un caballero de una zona desértica con un puñado de seguidores que defendía estos lugares contra los bandidos, y administraba una tosca justicia. Raoul se había sentido lleno de orgullo cívico con la boda de la hija con el hijo pequeño de un noble menor, en la zona occidental del Imperio.

No importa, pensó Holger, *algo que comer y un lugar donde dormir es todo lo que necesito ahora.*

El escudero encendió una antorcha y caminó delante de él. Palpó a Papillon para estimularlo y comenzó a bajar por el callejón.

Una mujer gritó.

Holger se había vuelto a poner el casco y a sacar la espada antes de que terminara el grito. Papillon giró. Las gentes se acercaron unas a otras. Crecieron las voces. La luz de la antorcha arrojaba inquietas sombras sobre las casas de la calle principal; los pisos superiores quedaban perdidos en la negrura. Holger vio que todas las ventanas y puertas estaban bien cerradas. Tras una de aquellas paredes, la mujer gritó de nuevo.

Una contraventana cerrada con cerrojo de hierro saltó en astillas. La forma que salió de ella era alargada y peluda, resultando grisácea como el acero bajo la luz rojiza. Se había abierto camino de un cabezazo. Al caer a la calle, levantó el hocico del pecho. Llevaba entre las mandíbulas a un niño pequeño y desnudo.

-¡El lobo! -exclamó el herrero atragantándose-. ¡Virgen santa, estamos encerrados con el lobo!

La madre del niño apareció en la ventana.

-Entró por atrás -aulló estúpidamente. Extendía los brazos hacia el animal, hacia todos ellos-. ¡Entró y se llevó a Lusiane! ¡Ahí está, ahí está, por Dios, hombres, devolvedme a mi Lusiane!

Papillon avanzó rápidamente. El lobo, sosteniendo al niño, sonreía. La piel sonrosada del bebé estaba ensangrentada, pero seguía luchando y gritando. Holger lanzó un tajo con la espada, pero el lobo no estaba ya allí. Con vertiginosa rapidez se había metido entre las patas de Papillon y se había ido por la calle.

Frodoart el escudero trató de interceptarlo. El lobo ni siquiera se hizo a un lado, pues saltó sobre él. Más adelante aparecía la boca de otro callejón. Holger hizo que Papillon girara y

galopó tras él. Demasiado tarde, pensó, demasiado tarde. Una vez estuviera en ese laberinto de pasadizos oscuros, el lobo podría devorar a su presa y convertirse en ser humano de nuevo antes de que cualquiera pudiera...

Escuchó un batir de alas blancas. Alianora, en forma de cisne, golpeó con el pico los ojos del warg. Este echó las orejas hacia atrás, torció hacia un lado y se dirigió hacia la siguiente salida. Pero el cisne descendió delante de él. Como si fuera una dura tormenta de nieve, detuvo al fugitivo.

Entonces llegó Holger. Lejos ya de las antorchas apenas si veía nada, pero sí pudo ver la gran forma sombría. Su espada silbó. Sintió cómo el filo cortaba la carne. Unos ojos lobunos le miraron destellantes, de un color verde frío, llenos de odio. Levantó la espada, la hoja atrajo la luz que por allí había y se dio cuenta de que no tenía sangre. El hierro no tenía capacidad para herir.

Papillon levantó los cascos, tiró a tierra al loup-garou y lo pisoteó. Pero la forma velluda se movía hacia un lado y otro y no recibía herida alguna. Desapareció por el callejón, pero dejando caer al niño, que lloraba.

Cuando los aldeanos llegaron, Alianora había tomado de nuevo forma humana. Sostenía en sus brazos a la pequeña niña, cubierta de sangre y barro.

-Ya, pobrecita, pobrecita mía, ya, ya, ya. Ya ha pasado todo. No estás muy malherida, sólo tienes pequeños cortes. Vaya, qué asustada estarás. Pero piensa que podrás decir a tus hijos que el mejor caballero del mundo te salvó. Ya, amor mío, no pasa nada...

Un hombre de barba negra que debía ser el padre, le cogió la niña de los brazos, se quedó un momento mirándola y cayó de rodillas, conmovido por un fuerte llanto.

Holger, sirviéndose de la parte plana de la espada y de la masa de Papillon, trató de mantener separada a la multitud.

-Tened calma -gritaba-. Que haya orden. La niña está bien. Tú, y tú, y tú, venid aquí. Necesito portadores de antorchas. Dejad de chillar. Lo que tenemos que hacer ahora es cazar ese lobo.

Varios hombres se pusieron de color verde, se santiguaron y desaparecieron. Odo, el herrero, sacudió un puño hacia la salida del callejón y dijo:

-¿Cómo hacerlo? Este barro no guarda huellas, ni tampoco el pavimento que hay en otros lugares. El enemigo llegará a su propia casa sin que lo sigan y volverá a convertirse en uno de nosotros.

Frodoart contempló los rostros que sobresalían entre las móviles sombras.

-Sabemos que no es ninguno de los que estamos aquí -dijo el escudero por encima de la algarabía-. Ni ninguno de los pastores que están en la puerta. Eso nos servirá de ayuda. Que cada hombre recuerde a aquel que está a su lado.

Hugi tiró de la manga de Holger.

-Si lo deseáis, podemos seguirlo -dijo-. Los pelos de mi morro seguirán su pestuza.

Holger arrugó su nariz y dijo:

-A lo único que huelo es a estiércol y basura.

-Ah, pero vos no sois un enano de los bosques. Rápido, dejadme en el suelo y seguiré el rastro. ¡Pero cuidad de estar bien cerca!

Holger subió a Alianora a la silla (el padre de la niña besó los pies de ésta) y siguió la forma parda de Hugi. Frodoart y Odo caminaban a ambos lados, con las antorchas bien levantadas. Unas docenas de hombres se apretaban tras los aldeanos más audaces, armados con cuchillos, palos y lanzas. Si cogían al licántropo, pensó Holger, sería posible sujetarlo por la fuerza hasta que le pudieran echar unas cuerdas. Y después... pero no le gustaba pensar en lo que vendría después.

Hugi rastreó los callejones varios minutos. Apareció en la plaza del mercado, que estaba empedrada y se encontraba algo más iluminada bajo las estrellas.

-Tan claro como la mostaza el olor -gritó-. Nada en el mundo apesta tanto como un hombre animal en esta última forma.

Holger se preguntó si las secreciones glandulares serían las responsables de esto. Las piedras sonaban huecas bajo los cascos de Papillon.

La calle que tomaron se alejaba de la plaza del mercado, estaba más o menos pavimentada y comparativamente era ancha. De vez en cuando había casas encendidas, pero Hugi ignoró a las personas que había dentro. Corría en línea recta hasta que Holger escuchó un grito a sus espaldas.

-¡No! -gruñó Frodoart-. ¡No, en el salón de mi amo!

14

LA morada del caballero estaba en una plaza, frente a la iglesia y encerrada entre casas. La cocina y los establos eran edificios separados. El salón no resultaba impresionante, pues era un habitáculo de madera con techo de paja, no mucho más grande que un apartamento del mundo de Holger. Tenía forma de T, con la rama izquierda del brazo de la cruz sirviendo de base a la torre que había observado antes. La parte frontal estaba en el extremo de la T, cerrada. La luz brillaba por entre las ventanas cerradas; los perros alborotaban en los establos. Hugi se acercó a la puerta de entrada remachada en hierro.

-Por aquí huyó el warg -afirmó.

-¡Y la familia de mi amo está sola! -exclamó Frodoart, tratando de abrir el cerrojo-. Cerrada con barras. ¡Sir Yve! ¿Podéis oírme? ¿Estáis bien?

-Odo, cubre la parte de atrás -gritó Holger-. Alianora elévate e infórmame de cualquier cosa inusual.

El cabalgó hasta la puerta y la golpeó con el pomo de la espada. El herrero reunió a varios hombres que corrieron hacia atrás. Hugi les siguió. Más gente iba llegando a la plaza. Gracias al fugitivo brillo amarillento de las antorchas, Holger reconoció que entre la gente estaban algunos de los pasto- res. Raoul, el campesino, se abrió paso entre la multitud para unirse a él, con la espada en la mano. Nadie respondía a la llamada.

-¿Estarán muertos ahí dentro? -sollozaba Frodoart-. ¡Derribemos la puerta! ¿Sois hombre o perros, que os quedáis ociosos cuando vuestro señor os necesita?

-¿Hay alguna puerta trasera? -preguntó Holger. La sangre le resonaba en las sienes. No tenía miedo del hombre lobo, ni siquiera una sensación de extrañeza. Aquello estaba *bien:* era el trabajo para el que había nacido.

Hugi se abrió camino entre las piernas y movió el estribo para llamar la atención de Holger.

-No hay otra puerta, salvo ventanas, todas tan cerradas como la última -informó el enano-. Pero el warg no ha salido de aquí. He olido todos los alrededores. Aunque hubiera saltado de la torre, he cubierto el terreno donde habría podido caer. Ahora todas las salidas están bloqueadas. Lo tenemos atrapado.

Holger miró a su alrededor. Los aldeanos habían dejado de moverse confusamente; todos rodeaban el salón y estaban muy quietos. La luz de la antorcha iluminaba pasajeramente el rostro pálido y asustado de una mujer, el cabello sudoroso de un hombre, el brillo de unos ojos en la sombra. Por encima de todos, sobresalían las armas, lanzas, hachas, picos, guadañas, mayales.

-¿Y qué hay de los siervos? -preguntó a Frodoart.

-No hay ninguno dentro, señor -contestó el escudero-. Los servidores de la casa son gentes del pueblo, que se van a casa al oscurecer, quedándose sólo el viejo Nicholas para atender a la familia. Y veo que está allí, lo mismo que los mozos de establo... ¡Entremos!

-Lo haré si me dejáis espacio.

Librodot

Frodoart y Raoul abrieron un espacio con una eficacia bien intencionada aunque brutal. Holger acarició las crines de Papillon y murmuró:

-Muy bien, muchacho, veamos haber si servimos. Puso de manos al caballo, que con las patas delanteras golpeó la puerta. Una vez, dos veces, tres veces, hasta que el cerrojo se soltó y la puerta quedó abierta.

Cabalgando, Holger entró en una habitación larga. El suelo, sucio, estaba cubierto de juncos. Por encima de los bancos empotrados en los muros colgaban armas y trofeos de caza. Entre las vigas del techo se agitaban polvorientos estandartes de batalla. Unos candelabros fijados en la pared iluminaban bastante bien el lugar, mostrando que estaba vacío y resaltando una puerta que había al final. Detrás debía estar la barra cruzada de la T, los apartamentos privados de sir Yve y su familia. Un grito se elevó entre los hombres que se amontonaban detrás de Holger. Pues la puerta estaba bloqueada por una forma que brillaba como el acero bajo la luz de las velas.

-¿Quiénes sois? -preguntó el hombre ondeando una espada por encima de su escudo- ¿A qué se debe este ultraje?

-¡Sir Yve! -exclamó Frodoart-. ¿No os ha dañado el lobo?

-¿Qué lobo? ¿De qué diablos habláis? Y vos, señor, ¿qué excusa tenéis para abriros camino a la fuerza? ¿Sois enemigo mío de sangre? ¡Si no es así, por la muerte de Dios que pronto os convertiré en uno!

Holger desmontó y se acercó caminando. Sir Yve de Lourville era un hombre alto y bastante delgado, de rostro caballuno y melancólico, y grises mostachos caídos. Llevaba una armadura más elaborada que la del danés, un casco con visera, corselete, brazaletes, coderas, musleras, espinilleras y cota de mallas. El escudo tenía borrada una cabeza de lobo, un sable sobre «barry» de seis, gules y plata, y en conjunto le pareció a Holger extrañamente sugerente. Si algún antepasado distante había sido un *loup-garou,* el hecho podría haber pasado desapercibido para generaciones posteriores, pero había permanecido como escudo de armas tradicional...

-Me llamo Holger de Dinamarca. El hombre lobo se presentó ante mí y ante otros muchos. Sólo por la piedad de Dios rescatamos al niño que había robado. Y lo hemos rastreado hasta aquí.

-Sí -dijo Hugi-. El rastro llega claramente hasta vos.

Un grito surgió entre el pueblo, como el primer viento antes de una tormenta.

-¡Mientes, enano! He estado sentado aquí esta noche. Ningún animal entró -sir Yve apuntó con la espada hacia Holger-. No hay nadie presente, salvo mi dama, que está enferma, y mis dos hijos. Si afirmáis otra cosa, deberéis demostrarlo sobre mi cuerpo.

Su voz temblaba. No era demasiado bueno como fanfarrón. Raoul fue el primero en gruñir:

-Si las cosas son como decís, sir Yve, entonces uno de los vuestros será el desalmado.

-Os perdono por esta vez -contestó frenéticamente sir Yve-. Sé que estáis sobreexcitado. Pero el siguiente que pronuncie esas palabras colgará de la horca.

Frodoart se adelantó, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

-Enano, Enano, ¿cómo puedes estar seguro? -gimió.

Sir Yve captó la pregunta.

-¿En quién confiáis, en este hombrecillo malformado y el caballero desconocido, o en vuestro señor que os ha defendido todos estos años?

Apareció tras él un muchacho de unos 14 años, delgado y rubio. Se había puesto un casco, cogido la espada y el escudo, pero con evidente precipitación, pues en otro caso llevaría la colorida túnica y la capucha que era el equivalente local de una corbata. Evidentemente, pensó Holger, en un puesto alejado de la civilización todo aristócrata se vestiría para una cena.

-Aquí estoy, padre -jadeó el joven. Sus ojos verdes se estrecharon al mirar a Holger-. Soy Gui, hijo de Yve de Lourville, y aunque todavía no me han nombrado caballero os llamo falso y os desafío a combatir. Hubiera resultado más impresionante de no haber soltado un gallo de adolescente, pero fue, sin embargo, conmovedor.

-¿Por qué no iba a ser así? El licántropo es una persona muy decente, salvo cuando el furor le hace cambiar de piel.

Holger suspiró y apartó su hoja.

-No quiero luchar -dijo-. Si vuestras gentes no me creen, me iré.

Los pueblerinos empezaron a moverse, miraron al suelo, volvieron a mirar a Holger y a Yve. Frodoart lanzó una patada furtiva a Hugi, que la esquivó. Entonces llegó Odo el herrero y abrió camino a Alianora.

-Debería hablar la doncella-cisne -dijo con voz resonante-. La doncella-cisne que salvó a Lusiane. Callaos ahí, cabezas de chorlitos, u os la veréis conmigo.

Se produjo un siseo que terminó en un silencio en el que podía oírse aullar a los perros del exterior. Holger vio que Raoul apretaba tanto su lanza, que tenía los nudillos blancos. Un hombrecillo de ropa sacerdotal se puso de rodillas con un crucifijo en la mano. La mandíbula imberbe de Gui cayó hacia abajo. Sir Yve se estremeció como si le hubieran herido. Nadie dejaba de mirar a Alianora. Estaba en pie, esbelta y bien erguida, con las luces de las velas brillando en su cabello cobrizo, y entonces dijo:

-Algunos de vosotros conocéis mi nombre, pues habito en el lago Arroy. No me gustan las fanfarronadas, pero en los lugares cercanos a mi casa, como Tarnberg y Cromdhu, os dirán cuántos niños perdidos en el bosque he devuelto y cómo cogí a la propia Mab para que le quitara la maldición que había echado a Philip el molinero. He conocido a Holger toda mi vida y voto por él. Ninguno de nosotros ganaríamos nada con la calumnia. Ha sido una fortuna para vosotros que el mejor caballero que ha vivido nunca haya llegado a tiempo para liberaros del warg aunque tome forma humana. ¡Os pido que lo escuchéis! Se adelantó un anciano, medio ciego, se quedó parpadeando y dijo a la multitud:

-¿Quieres decir que es el Defensor?

-¿De qué está hablando? -preguntó Holger con consternación.

-El Defensor... el que regresará en nuestros momentos de máxima necesidad... la leyenda, gran señor, no me dice su nombre, ¿pero sois vos, señor caballero, sois vos?

-No... -la protesta de Holger quedó ahogada por un murmullo como el de la marea. Raoul saltó hacia adelante con la lanza preparada.

- ¡Por los cielos que no es mi amo quien roba niños! -gritó el campesino.

Frodoart le lanzó una estocada, pero débilmente. El campesino pudo apartar el golpe con el palo de la lanza. Un momento más tarde, cuatro hombres habían sujetado al escudero.

Sir Yve saltó sobre Holger. El danés sacó la espada justo a tiempo para parar el golpe.

Lo devolvió con tanta fuerza que agrietó el borde del escudo del otro. Yve se tambaleó. De otro golpe, Holger derribó la espada de Yve. Dos campesinos cogieron de los brazos de su señor. Gui trató de atacar, pero con una horca le punzaron en el pecho y le hicieron apoyarse en el muro.

-¡Odo, Raoul, controlad a estas gentes! -gritó Holger-. Que no hieran a nadie. Tú, y tú, y tú -dijo señalando a varios jóvenes fornidos-. Defended esta puerta. Que no pase nadie. Alianora, Hugi, venid conmigo.

Volvió a envainar la espada y entró rápidamente en un corredor recubierto por madera tallada que corría transversal-mente a la sala principal, con una puerta a cada lado y otra en el centro. Holger empujó esta última. Al abrirse, mostró una cámara de la que colgaban pieles y un tapiz comido por la polilla. La luz de los cirios iluminaba a una mujer que yacía en una cama con dosel. Sus cabellos grises caían lacios alrededor de un rostro hermoso y enrojecido; estornudó y se sonó con un pañuelo. Un mal caso de gripe, pensó Holger. La joven que estaba sentada al lado de la cama, y que se levantó en ese momento, era más interesante: sólo tendría 16 años, pero poseía una figura agradable, largas trenzas rubias, ojos azules, nariz ligeramente inclinada y boca atractiva. Llevaba puesto un vestido simple, recogido con un cinto dorado.

Holger hizo una reverencia.

-Perdonadme la intromisión, señora, señorita. La necesidad obliga.

-Lo sé -dijo la joven con inquietud-. Lo he oído.

-¿Sois la señorita Raimberge?

-Sí, la hija de sir Yve. Y ella es mi madre Blancheflor -la dama se limpió la nariz y miró a Holger con un miedo emborronado por la desgracia física. Raimberge se retorcía sus pequeñas manos-. No puedo creer lo que pensáis, señor. Que uno de nosotros es... es esa cosa... -se mordió los labios para no llorar. Era la hija de un caballero.

-La peste llega hasta aquí -dijo Hugi.

-¿Acaso habéis presenciado la entrada de la bestia? -preguntó a Holger.

Blancheflor lo negó con un gesto de la cabeza. Raimberge explicó verbalmente:

Estábamos separadas en nuestras cámaras, Gui en la suya y yo en la mía, preparándonos para la cena, y mi madre dormía aquí. Nuestras puertas estaban cerradas. Mi padre se hallaba en el salón principal. Cuando escuché el tumulto, corrí a consolar a mi madre.

-Entonces el propio Yve debe ser el warg -dijo Alianora.

-¡No, mi padre no! -susurró Raimberge. Blancheflor se cubrió el rostro. Holger se dio la vuelta.

-Echemos un vistazo.

La habitación de Gui estaba al pie de la torre, a la que conducía una escalera. Estaba llena de recuerdos infantiles. Raimberge se encontraba en el extremo opuesto del corredor, con un arca llena con el ajuar, una rueda de hilar y todas las cosas que suele poseer una joven de cuna ligeramente alta. Las tres habitaciones traseras tenían ventanas, y Holger no podía seguir el aroma con detalle. Dijo que estaba por todas partes. El lobo había vivido en esa parte de la casa una noche tras otra. Y nadie necesitaba verlo aparecer. Podía utilizar una ventana para salir y entrar de nuevo, cuando todos los demás estaban dormidos.

-Uno de los tres -dijo Alianora, y podía verse por su voz que no se sentía feliz.

-¿Tres? -preguntó Hugi enarcando las cejas- ¿Por qué piensas que la dama no puede ser la bestia? ¿No tendría salud nada más convertirse en lobo?

-¿Pasaría eso? No lo sé. Los wargs no son tan comunes como para haber oído hablar de lo que sucede cuando una enferma... cuatro entonces. Uno de los cuatro.

Taciturno, Holger había regresado a la cámara principal. Raoul y Odo habían establecido una especie de orden. Los hombres se habían distribuido alrededor de los muros, Papillon estaba junto a la puerta principal. Yve y Gui estaban sentados en el asiento alto, atados de pies y manos. Frodoart se acurrucaba debajo, desarmado pero sin ninguna herida. El sacerdote pasaba las cuentas del rosario.

-¡Bien! -dijo Raoul, volviéndose con fiereza a los recién llegados-. ¿Quién es el maldito?

-No lo sabemos -dijo Alianora.

Gui escupió a Holger.

-Cuando os vi por primera vez sin el casco, imaginé que erais un caballero -le insultó el muchacho-. Pero ahora, que os veo enfrentaros a una mujer indefensa, sé que no lo sois.

Raimberge entraba detrás de Holger. Fue junto a su padre y lo besó en la mejilla. Tras recorrer todo el salón con una mirada, gritó:

-¡Peor que las bestias sois, que os volvéis contra vuestro señor!

Odo agitó la cabeza. -No, mi señora. No es señor aquel que falla a su pueblo. Yo he de cuidarme de mis pequeños. No correr el riesgo de que se los coman vivos.

Raoul golpeó con el extremo de la lanza un panel de madera que cubría el muro.

-¡Guardad silencio! -ladró-. El lobo muere esta noche. Nómbrelo, sir Holger. O vos -dijo, dirigiéndose a Alianora-. Decidnos el nombre del lobo.

-Yo... -empezó a decir Holger, pero de pronto se sitió enfermo. Se humedeció los labios.

-No lo sabemos -dijo Hugi.

-Vaya -dijo Raoul hacia la taciturna asamblea, toscamente vestida-. Me lo temía. Pues bien, ¿confesará la bestia? Le matará piadosamente con un cuchillo de plata en el corazón.

-El hierro servirá mientras es humano -dijo Odo-. Hablad ahora, o me gustaría someteros a tortura.

Frodoart se movió.

-Antes de hacerlo tendréis que quitarme las manos de la garganta.

Pero lo ignoraron.

-Si no confiesa nadie -dijo Raoul-, será mejor que mueran todos. Tenemos aquí al sacerdote para confesarlos.

Gui reprimió un sollozo. Raimberge se quedó inmóvil como si estuviera muerta. Oyeron toser a Blancheflor en el extremo oscuro de la casa. Yve pareció encogerse.

-Bien -dijo sin tono alguno en la voz-. Yo soy el lobo.

-¡No! -gritó Gui-. ¡Yo lo soy!

Raimberge se puso en pie un momento y una sonrisa dura conmovió sus labios.

-Ambos mienten noblemente -dijo-. La que se cambia de piel soy yo, buenas gentes, y no necesitáis matarme, tan sólo guardarme hasta que vaya a casarme a Vienne. Eso está lejos de las

tierras de Faene, y estaré fuera del alcance de los poderes que me obligan a cambiar. -No la creáis -afirmó Gui. Yve sacudió la cabeza violentamente. Una especie de relincho pudo significar que Blancheflor se echaba la culpa a sí misma.

-Esto no nos lleva a parte alguna -dijo Raoul-. No podemos correr el riesgo de dejar suelto al *hombre lobo.* Padre Valdabrun, ¿tenéis preparados los últimos ritos para esta familia?

Holger sacó la espada y de un salto se puso ante el alto asiento.

-No mataréis a un inocente mientras yo viva -dijo una voz, y reconoció con asombro que era la suya.

El herrero Odo cerró los puños.

-No me gustaría atacaros, sir Holger -dijo-. Pero si debo hacerlo por mis hijos, lo haré.

-Si sois el Defensor -intervino Raoul-, dadnos el nombre de nuestro enemigo.

La rigidez volvió a caer sobre el grupo, extendiéndose casi hasta el punto de ruptura. Holger sintió en su espalda los tres pares de ojos ardientes: el preocupado Yve, el ardiente Gui, Raimberge, que había estado tan llena de esperanza. Oyó la tos de la mujer enferma. *Cristo que expulsas a los demonios, ayudadme ahora.* Sólo después se dio cuenta de que había dicho por primera vez desde su infancia una oración consciente.

Pero lo que tenía en su mente era otra cosa, el enfoque prosaico del ingeniero. Ya no estaba tan seguro de su vieja creencia según la cual todos los problemas de la vida eran prácticos. Pero éste sí lo era. Una cuestión de análisis racional. No era un detective, pero tampoco el warg era un criminal profesional. Debía ser...

De pronto se le ocurrió.

-¡Por la Cruz, sí! -gritó.

-¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? -preguntaban los hombres, poniéndose en pie. Holger movió su espada en alto. Las palabras salían de él. No sabía lo que iba a decir después, estaba pensando en voz alta, pero ellos le escuchaban maravillados. -Mirad, el que buscamos es una forma malvada por su nacimiento. No necesita ninguna piel mágica, como la doncella-cisne que hay aquí. Pero entonces sus ropas no cambiarán con él, ¿no es así? Por eso tendrá que ir desnudo. Frodoart me dijo, un momento antes de que el lobo se exhibiera, que acababa de dejar a su maestro, plenamente armado, en el salón. Y solo. Ni siquiera con ayuda, sir Yve podría haberse quitado esa armadura, y habérsela puesto después, en sólo unos minutos. Por tanto, no es el warg.

Gui trató de presentarse como el culpable para salvar a quien lo sea. Pero él mismo ha descubierto que no lo es. Mencionó que me había visto sin casco. Y estuve así un minuto, cuando me detuve a preguntar el camino para llegar hasta aquí. Me puso de nuevo el casco cuando comenzó la confusión. El lobo no podría haberlo visto. El... no, ella... ella estaba dentro de la casa. Entró por la puerta trasera y escapó por una ventana delantera, que había estado cerrada. La única forma en la que Gui podría haberme visto sin el casco, bajo la luz de la antorcha, fue desde arriba de la torre que hay sobre su habitación. Observé que sobresale por encima de los tejados. Debió subir para ver cómo entraban el ganado. Por eso no podía estar cerca del lugar en donde vimos al warg.

«La dama Blancheflor -empezó a decir, pero se detuvo. ¿Cómo diablos podría explicar la teoría de los gérmenes?-. La dama Blancheflor ha estado enferma, con una enfermedad que no tiene la tribu de los perros. Si al convertirse en lobo no mejoraba, estaría demasiado débil para ir por ahí, tal como vi que hacía el animal. Pero si el cambio la mejoraba, entonces la gente que causa la enfermedad no podría vivir en su cuerpo animal. Entonces, en este momento, no podría tener fiebre ni mocos en la nariz. En cualquiera de los casos, queda eliminada.

Acobardada, Raimberge retrocedió hasta el muro. Su padre dejó escapar una exclamación y se retorció, tratando de cogerla con sus manos atadas.

-No, no, no -se quejaba. Los aldeanos empezaron a emitir un ruido parecido al de un lobo. Empezaron a acercarse, formando una masa de manos y armas.

La joven se puso a cuatro patas. Su rostro se agitó y alteró; era horrible verlo.

-¡Raimberge! -gritó Holger con voz ronca-. ¡No! No les permitiré...

Raoul trató de alcanzarla con la lanza. Pero Holger la apartó y cortó el eje con la espada. Raimberge aulló. Alianora cayó a sus rodillas y cogió en sus brazos su cuerpo alterado a medias.

-No -suplicaba-. No, hermana mía, regresa. El jura que te salvará -las mandíbulas trataron de morderla. Ella puso el antebrazo en la boca forzando los labios por encima de los colmillos, para que el lobo no pudiera morder. Consiguió inmovilizar al animal-. Jovencita, jovencita, no te queremos ningún mal.

Holger mantuvo quieta a la multitud. Se produjo un torbellino, pero después de haber golpeado a varios, con el puño o la parte plana de su espada, se aquietaron. Gruñeron, pero el hombre de la cota de mallas les superaba. Se volvió hacia Raimberge. Esta había recuperado su forma humana y yacía llorosa bajo el abrazo de Alianora.

-Yo no lo quería. No lo quería. Me sucedió así. Y, y, y tenía tanto miedo de que me quemaran... ¿Está perdida mi alma, padre Valdabrun? Cre... creo que debo estar ya en el infierno. La forma en que gritaban aquellos niños...

Holger intercambió una mirada con el sacerdote.

-Enferma -dijo el danés-. No es dueña de su propia voluntad. No puede evitarlo.

Yve miraba como si estuviera ciego.

-Había pensado que sería ella -murmuró-. Cuando el lobo entró corriendo, pasó a mi lado, y yo sabía dónde estaban Blancheflor y Gui... cerré la puerta. Esperaba que esto pudiera pasar hasta que se fuera...

Holger cuadró sus hombros. -No veo por qué no va a ser así -respondió-. La idea es totalmente sensata, tal como yo veo el asunto. Que se vaya lo bastante lejos y la influencia del Mundo Medio será demasiado débil para afectarla. Hasta entonces, desde luego, tendréis que tenerla bajo vigilancia. Ahora está apenada, pero creo que no durará.

-Lo estará al amanecer, cuando despierte su alma humana -dijo el sacerdote-. Entonces necesitará verdaderamente consuelo.

-Bien -dijo Holger-, nada demasiado grave ha sucedido nunca. Su padre puede pagar compensaciones a los que sufrieron pérdidas y a los padres cuyos hijos fueron heridos. Mandadla al Vienne, lo antes posible. Yo diría que 200 kilómetros serán suficientes para estar segura. Nadie en el Imperio ha de saberlo.

Raoul, con un ojo amoratado, se arrojó a los pies de sir Yve mientras Odo, con una nariz que sangraba, trataba de liberar al caballero y a su hijo.

-Amo, perdónanos -suplicó el campesino.

Yve mostró una sonrisa fatigada.

-Me temo que soy yo quien debe pediros perdón. Y sobre todo a vos, sir Holger.

Raimberge levantó su cara humedecida.

-Llevadme -dijo, y empezó a tartamudear-. Sient... sient... siento que la oscuridad retorna. Encerradme hasta el amanecer -dijo extendiendo los brazos hacia las cuerdas que le quitaban a su padre-. Mañana, sir caballero, podré agradeceros verdaderamente... que hayáis salvado mi alma del infierno.

Frodoart abrazó las rodillas de Holger.

-El Defensor ha venido -dijo.

-¡Oh, señor! -protestó el danés-. Por favor, no decid cosas absurdas. Quiero decir que odio las escenas emocionales y sólo vine aquí para conseguir una comida. ¿Pero podría tomar primero algo de vino?

Librodot

15

APARTE de que necesitaba darse prisa para conseguir el consejo de algún experto antes de que Morgana le Fay pensara alguna nueva estratagema, Holger se sentía molesto en Lourville. La familia de Yve estaba agradecida, evidentemente, pero en momentos tan difíciles no necesitaban nuevas intrusiones en su vida privada. Los aldeanos resultaban bastante abrumadores; no podía aventurarse a salir de la casa sin que le rodearan sus admiradores. Lady Blancheflor le pidió que le pusiera las manos, y al cabo de pocas horas estaba en pie. Se abría recuperado de cualquier modo, pues su gripe había pasado más allá de su punto de crisis, pero Holger podía prever que le presentaran todo caso de sarampión y reumatismo que se produjera en 20 kilómetros a la redonda.

Así que por una y otra cosa, sólo permaneció un día y partió temprano a la mañana siguiente. Sir Yve insistió en regalarle un caballo a Alianora, y fue bien recibido. Un poco de dinero habría sido todavía mejor recibido, pero evidentemente un caballero no podía sacar a colación un tema tan sutil.

Los siguientes días fueron agradables. Recorrieron colinas, valles y bosques, buscando abrigo cuando llovía, deteniéndose junto a los lagos para pescar y nadar. De vez en cuando, vislumbraban la forma blanca de un hada de los bosques, o un grifo caliente y dorado sobre el sol; pero los mundomedianos les dejaron solos.

Alianora, aunque era una joven hermosa y encantadora, tenía algunos inconvenientes como compañera de viaje. La autolimpieza y propiedades autorrenovadoras de su túnica de cisne desconcertaban a Holger: era en realidad como si le creciera una piel encima. Luego se la quitaba inocentemente en el primer lago en el que se echaba a nadar y todavía lo desconcertaba más. Sus amigos de los bosques se dejaban ver de vez en cuando y una ardilla que trajera frutos estaba muy bien; pero cuando un león entraba en el campamento y dejaba a sus pies un ciervo que acababa de matar, los nervios de Holger se volvían inquietos durante al menos media hora. Peor todavía era la necesidad moral de proporcionarle un relato completo y justo de sí mismo, sus orígenes e intenciones. Y no es que su entendimiento no fuera rápido... pero...

El auténtico problema era la actitud que tenía ella hacia él. Maldición, él no quería comprometerse con ella. Un revolcón en el heno con alguien como Meriven o Morgana era una cosa. Pero Alianora era totalmente distinta. Una relación con ella no sería buena para ninguno de los dos, pues pensaba abandonar este mundo a la primera oportunidad que tuviera. Pero ella le dificultaba el seguir siendo un caballero. Ella deseaba tener una relación de una manera tan tímida y patética.

Una tarde se llevó aparte a Hugi. Acababa de pasar una hora besando a Alianora para desearle las buenas noches y había necesitado de toda su fuerza de voluntad -o del poder de su no voluntad- para detenerse ahí y mandarla que se fuera a dormir.

-Mira -le dijo a Hugi-. Ya sabes lo que está pasando entre ella y yo.

-Sí, lo sé -respondió el enano sonriendo-. Y es una buena cosa. Ha vivido demasiado tiempo sin amigos íntimos, salvo los animales y mi pueblo. -Pero... pero tú me advertiste que debía portarme bien con ella.

-Eso fue antes de que te conociera bien. Ahora pienso que eres un hombre bueno para ella; y la muchacha necesita un hombre. Ella y vos podríais reinar sobre nosotros en los bosques. Estaríamos encantados con ello.

-¡Por Dios! No eres ninguna ayuda.

-He sido tan útil como he podido -dijo Hugi con tono de sentirse ofendido-. No sabes cuántas veces he vuelto la cara, o me he metido en el bosque, para dejaros a los dos solos.

-No es eso... bueno, no importa.

Holger encendió la pipa y se quedó mirando sombríamente el fuego. No era ningún Donjuán. No podía entender la razón de que este mundo una mujer tras otra se arrojara a sus brazos. Meriven y Morgan tenían razones prácticas, pero no era demasiado difícil darse cuenta de que habían gozado con su trabajo más de lo habitual. Alianora simplemente se había enamorado de él. ¿Por qué? No se hacía ilusiones con respecto a su irresistibilidad.

Pero evidentemente ese *álter ego* suyo podía ser otra historia. Imaginó que su lento retorno a unos hábitos olvidados se mostraba de innumerables modos sutiles que transformaban la impresión total que daba. ¿Cómo debió ser aquel caballero de los corazones y los leones?

Bueno, veamos. Partamos de la base de lo que ha sucedido hasta ahora. Evidentemente, un guerrero poderoso, que era lo que más contaba en este mundo. Un tipo fuerte y de buen talante, no especialmente listo, pero simpático. Posiblemente tenía algo de idealista: Morgana había dicho que defendía la Ley aunque podía obtener más beneficios de Caos. Debía tener un atractivo para las damas, pues si no alguien como Morgana no habría querido llevárselo a Avalon. Y... y... eso era todo lo que podía deducir. ¿O recordar?

No, un momento, Avalon. Holger se miró la mano derecha. Esa misma mano había descansado sobre una balaustra- da de malaquita verde cuya parte superior servía de base a figuras de plata que tenían joyas en el centro. Recordaba cómo había caído el sol sobre el dorso de su mano, poniendo de color dorado los pelos de su dorada piel, y cómo la plata que tenía bajo su palma era más caliente que la piedra, y los rubíes brillaban con color carmesí. Directamente debajo de la balaustrada había un precipicio que era de cristal. Desde arriba podía ver cómo las grutas descomponían la luz en un millón de fragmentos de arco iris, volviendo a extender la luz de nuevo hacia fuera, como chispas cálidas de rojo, oro y violeta.

El mar que había abajo era tan oscuro que parecía casi morado, con una espuma de una blancura nívea sorprendente donde el agua y el precipicio se encontraban... pues Avalon no permanecía nunca en un lugar, sino que la isla flotaba sobre el océano occidental en una neblina creada por su propia magia...

No recordaba nada más. Holger suspiró y se dispuso a dormir.

Tras pasar aproximadamente una semana, había perdido la cuenta de los días, dejaron la selva y entraron en tierras en las que los bosques iban convirtiéndose en matorrales y pequeños grupos de árboles bajos. Podían verse los amarillos campos de trigo más allá de las colinas. Tras las vallas, pastaban vacas y peludos caballos pequeños. Las casas campesinas se iban haciendo numerosas, y sobre todo estaban hechas con tierras del lugar apisonada, reunidas en caseríos entre los campos cultivados. De vez en cuando podía verse un castillo con una empalizada de madera. Los más modernos, hechos de piedra, se encontraban hacia el oeste, donde el Sacro Imperio dominaba plenamente. Las montañas que Holger había cruzado, y el muro crepuscular de Faerie, hacía tiempo que habían dejado de verse. Sin embargo, hacia el norte podía ver la oscura línea azul de una cordillera mucho más alta, tres de cuyas cumbres nevadas parecían flotar pálidas y desencarnadas en el cielo. Hugi dijo que el Mundo Medio esta- ba también detrás de aquellas montañas. No era de extrañar que aquí los hombres siempre fueran armados, incluso

Librodot

cuando trabajaban en el campo; no era de extrañar que la elaborada civilización jerárquica del Imperio quedara menguada en favor de la falta de formalismos de las fronteras. Los caballeros a los que los viajeros fueron viendo durante dos noches sucesivas eran analfabetos, tipos parecidos a policías occidentales duros de puños, aunque bastante amigables y ávidos de noticias.

Hacia el anochecer del tercer día que pasaban en las zonas de campos entraron en Tarnberg, que Alianora decía era lo más próximo a una ciudad en toda la mitad oriental del ducado. Pero su castillo estaba vacío. El varón y sus hijos habían caído en la batalla contra los asaltantes paganos del norte, su dama se había ido hacia el oeste, con sus familiares imperiales, y no había llegado todavía ningún sucesor. Aquello formaba parte de la mala suerte general de los últimos años, de la irradiación de Caos conforme los mundomedianos iban extendiendo sus poderes. Ahora los hombres de Tarnberg hacían ellos mismos la guardia en los muros de madera y se gobernaban mediante consejos improvisados.

Al entrar cabalgando en su caballo, Holger vio una calle empedrada en la que jugaban los niños, los perros y los cerdos, y que serpenteaba entre casas hechas a medias de madera hacia la plaza del mercado, en la que había una iglesia, también hecha de madera, bastante parecida a una iglesia presbiteriana noruega. Papillon avanzó entre un ruidoso grupo de trabajadores y sus esposas, quienes se quedaron con la boca abierta, hicieron torpes reverencias pero no se aventuraron a dirigirse a él. No tenía ningún sentido anunciarse, por lo que había cubierto su escudo. Alianora, que cabalgaba delante con Hugi, era bien conocida, y Holger oyó que la llamaban.

-Oye, doncella-cisne, ¿qué te trae por aquí?

-¿Quién es el caballero?

-¿Qué noticias hay en los bosques, doncella-cisne? -¿Hay noticias de Charlemont? ¿Viste a mi primo Hersent?

-¿Conoces algo de las huestes de Faerie? -preguntaba una voz ansiosa; las gentes que oyeron esa palabra se santiguaron.

-¿Nos traes un señor para que nos defienda?

La joven sonreía y saludaba, pero no muy felizmente. No le gustaba tener a su alrededor muchos muros y personas.

Guió a Holger a una casa todavía más estrecha e irregularmente esquinada que las demás. Un cartel de madera colgaba del balcón, encima de la puerta. Holger leyó la florida escritura:

MARTINUS TRISMEGISTUS

Magister magici

Hechizos, encantamientos, profecías, curación,

pociones amorosas, bendiciones, maldiciones, bolsas

siempre llenas. Precios especiales para grupos

-Vaya -dijo Holger-. Parece un tipo emprendedor.

-Lo es, ciertamente -contestó Alianora-. También es el apotecario, dentista, escribano, zahorí y médico de caballos.

Alianora se bajó de un salto, dejando ver por un momento sus largas piernas desnudas. Holger se apeó también del caballo y ató las riendas a un poste. Había por allí algunos hombres de aspecto rudo, mirando intensamente los animales y el equipo.

-Vigila esto, Hugi -dijo.

-Si alguien trata de robar a Papillon haré que lo lamente -respondió el enano.

-Ja, eso es lo que temo -dijo Holger.

Dudaba si confiar su secreto a este brujo de caballos. Pero Alianora le había hablado muy bien de él, y no sabía en qué otro lugar buscar ayuda. Al entrar en la tienda sonó una campana. El lugar estaba oscuro y polvoriento. Repisas y mesas se amontonaban con una multitud de botellas, frascos, morteros, alambiques, retortas, enormes libros cerrados con cueros, cráneos, animales disecados y Dios sabría qué otras cosas. Un búho ululó desde donde estaba subido, un gato saltó desde el suelo.

-Entrad, entrad, buen señor, un momento por favor -dijo una voz delgada. El maestro Martinus salió trotando de las habitaciones posteriores mientras se frotaba las manos. Era un hombre pequeño vestido con una túnica negra raída en la que los símbolos del zodiaco habían ido desvaneciéndose de tantos lavados. Su cabeza, redonda y calva, mostraba una barba tenue y unos débiles ojos parpadeantes; su sonrisa era tímida-. ¿Cómo le va, sir, cómo le va? ¿Qué puedo hacer por usted? -añadió escrudiñándole más atentamente-. Vaya, si es la pequeña doncella-cisne. Entra, querida, entra. Aunque, evidentemente, ya has entrado, ¿no es así? Claro, claro que has entrado.

-Tenemos una tarea para ti, Martinus -dijo Alianora-. Puede que te resulte excesiva, pero no tenemos a ningún otro que pueda ayudarnos.

-Bien, bien, bien, haré lo que pueda, querida, y vos también, buen señor. Haré lo que pueda. Excusadme.

Martinus limpió el polvo de un pergamino que colgaba de la pared, y con eso atrajo la atención de Holger. Lo que allí había escrito afirmaba que Martinus, hijo de Holofii, había cumplido los niveles de la junta examinadora, etc., etc., y ahora, en virtud de los poderes con los que me han investido los regentes de la universidad de Rhiannon, le confiero el grado de magíster en el campo de la magia, con todos los privilegios y obligaciones que conlleva, etc.

-Creo que no puedo -Holger iba a explicar que no tenía dinero, pero Alianora le dio un codazo en las costillas.

-Hay temibles secretos en esta historia -dijo ella rápidamente-. Por eso ningún brujo común de las montañas puede conocer su alma -añadió dando al mago tal sonrisa que hasta Holger, que estaba en el límite, se sintió protegido-. Por eso te traje aquí al caballero.

-Y muy sabiamente que hiciste, joven, muy sabiamente, si se me permite decirlo. Entrad, por favor, entrad en mi despacho y discutiremos vuestro problema -dijo Martinus, conduciéndoles a un cubículo tan oscuro y arracimado como la tienda. Quitó los libros de las sillas, murmurando algunas excusas sobre su ama de casa, y gritó en voz alta-: ¡Vino! Trae vino para tres -y tras un breve silencio dijo-: ¡Atención! ¡Despierta! Vino para tres.

Holger se dejó caer en una de las sillas, que gimió alarmantemente bajo su peso. Alianora se puso en el borde de otra, parpadeando como un pájaro cogido en una trampa. Martinus encontró un tercer asiento, cruzó las piernas, hizo un puente con sus dedos y dijo:

-Y ahora, señor, ¿cuál es vuestra dificultad?

-Bueno, vaya -contestó Holger-, bueno, todo empezó cuando... oh, diablos, apenas sé por dónde empezar.

-¿Preferiría un lecho en el que tumbarse? -preguntó Martinus solícito.

Una botella y tres sucias copas entraron flotando y aterrizaron sobre la mesa.

Librodot

-A tiempo -gruñó el brujo. Al cabo de un momento, cuando el invisible criado parecía haberse ido, siguió hablando-. Hoy en día no puede encontrarse una ayuda decente, ninguna. Ese espíritu está ahora totalmente imposible. Improbable, al menos -se corrigió-. No como cuando yo era un niño. Los pertenecientes a esa clase sabían cuál era su lugar. Y en cuanto a las hierbas, momias, y sapos en polvo, bueno, ya no son de la misma calidad que antes. ¿Y los precios? Mi querido señor, apenas lo creerá, pero sólo el último Michaelmas...

Alianora tosió.

-Ah, perdonadme -dijo Martinus-. Me he perdido. Mala costumbre esa de divagar. He de tomar nota para no divagar -dijo, sirviendo el vino y ofreciendo una ronda. Podía beberse-. Proceda, buen señor, se lo ruego. Decid lo que queráis.

Holger suspiró y se lanzó a contar su historia. Martinus le sorprendió con cuestiones y comentarios tan sagaces como lo habían sido los del duque Alfric. Cuando Holger le contó su estancia con la Madre Gerd, el brujo sacudió la cabeza.

-La conozco -dijo-. No es buena. No me sorprende que os metiera en dificultades. Trafica con la magia negra. Estos practicantes sin licencia son los que dan el mal nombre a toda la profesión. Pero proseguid, sir.

Al final, Martinus frunció los labios.

-Extraño relato -dijo-. Sí, pienso que vuestra suposición es correcta. Sois la parte esencial de una materia verdaderamente grande.

Holger temblaba cuando inclinándose hacia adelante preguntó:

-¿Quién soy? ¿Quién lleva los tres corazones y tres leones?

-Me temo que no lo sé, sir Holger. Sospecho que sois, o fuisteis, algún gran hombre de las tierras occidentales, por ejemplo Francia -Martinus le miró con aspecto pedante-. ¿Estáis familiarizado con la geografía mística? Bueno, veréis, el mundo de la Ley, del hombre, está rodeado de extrañeza, como una isla en el mar del Mundo Medio. Hacia el norte viven los gigantes, hacia el sur los dragones. Aquí, en Tarnberg, estamos cerca del borde oriental del asentamiento humano, y conocemos algo sobre reinos como Faerie y Trollheim. Pero las noticias viajan lentamente, y si disipan en el proceso. Por eso tan sólo tenemos rumores vagos y distorsionados de las esferas occidentales... y no simplemente de los dominios del Mundo Medio que hay en el océano occidental, como Avalon, Lyonesse y Huy Braseal, sino que incluso desconocemos condados humanos, como Francia y España. Así, aunque este caballero de los corazones y leones, que en algunos aspectos parece que sois vos mismo, puede tener un nombre que procede de esas partes del mundo y no puedo identificar. Pienso que tampoco esa información está en mis libros, aunque en realidad debería catalogar mi biblioteca uno de estos días.

El interés de Martinus fue creciendo, y perdió parte de su nerviosismo.

-Sin embargo -siguió hablando-. De una manera general, creo que puedo ver lo que ha sucedido. Este caballero occidental debió haber sido un enemigo demasiado grande para Caos. Probablemente era uno de los elegidos, como Cari, o Arturo, o sus mejores paladines. Y no quiero decir un santo, sino un guerrero al que Dios concedió muchos dones humanos y luego sometió a una carga superior a la común. Los Caballeros de la Tabla Redonda y de la corte de Cari han muerto hace tiempo, pero otro campeón puede haber ocupado su lugar. Por tanto, antes de que Caos pueda esperar avanzar, este hombre ha de ser apartado de su camino.

Morgana pudo haberlo hecho, enterrando su vida pasada más allá de la ayuda de un hechizo ordinario, convirtiéndolo en un niño, y proyectándolo a vuestro otro mundo, con la esperanza de que no retornaría hasta que Caos hubiera ganado irremediablemente. Por qué no se

limitó a asesinarlo, no puedo saberlo. Quizá no tuviera valor para hacerlo. O quizá, siendo uno de los elegidos, estaba defendido por un poder mayor que el de ella.

En cualquier caso, creo que retornó aquí en el momento decisivo. La intervención divina directa parece improbable; con todos los respetos, sir, dudo que sigáis totalmente en estado de gracia, y ciertamente el hechizo sobre vuestra mente permanece. No, pienso que Morgana no entendió esa unidad de la creación sobre la que decís que especulasteis. En el momento de máxima necesidad, el campeón tenía que regresar. Y ahora, el Mundo Medio está utilizando sus haces y fuerza para bloquearle. O para bloquearos a vos, según sea el caso -dijo Martinus, y después puso un final que redujera el clima de tensión-: Pero esto es sólo una teoría, mi querido señor. Sólo una teoría. Si bien puedo jactarme de que se ajusta a hechos conocidos.

Holger dejó caer los hombros. Era una extraña situación. No le gustaba ser una pieza de ajedrez.

No, no lo era. Era libre. Demasiado libre. Encarnaba un poder que no había conocido y no podía manejar. ¡Maldita sea! ¿De todas las almas vivas, por qué tenía que sucederle precisamente a él?

-¿Podéis hacer que regrese? -preguntó con tensión.

Alianora tomó aliento y miró hacia otro lado. Ella sabía que él quería regresar, pensó Holger con un poco de remordimiento, pero había ignorado el hecho hasta ese momento, viviendo en una especie de sueño.

Martinus agitó la cabeza.

-No, sir, temo que la tarea sea demasiado grande para mí. Y probablemente demasiado grande para cualquiera, ya sea mortal o habitante del Mundo Medio. Si mi conjetura es correcta, no sólo habéis sido atrapado en la lucha entre la Ley y el Caos, sino que formáis parte integrante de ella.

Holger suspiró.

Quizá una vez, cuando era joven, alegre y arrogante, hubiera tratado de complaceros. Habría intentado cualquier cosa en aquellos tiempos. Si no habéis visto un colegio de magos, no podéis haceros idea de cómo son las bromas estudiantiles... pero he aprendido mis limitaciones. Temo que no pueda daros mucha ayuda, ni siquiera consejo.

-¿Pero qué debería hacer? -preguntó Holger, indefenso-. ¿Dónde debería ir?

-No puedo decíroslo. Y sin embargo... sin embargo, está ese factor de la espada Cortana. Hay relatos procedentes del oeste, pero tan inusitadamente claros y completos que pienso que los acontecimientos concernidos pudieron suceder bastante cerca de aquí. Es la historia de una espada llamada Cortana, hecha con el mismo acero que Joyeuse, Durendal y Excalibur; y la historia cuenta que un hombre santo, un santo verdadero, dio su bendición a Cortana, que en manos de su verdadero propietario defendería a la cristiandad ahora que las otras grandes armas han desaparecido con sus dueños. Pero cuenta la historia que más tarde la espada fue robada y enterrada en algún lugar distante por los secuaces de... ¿Morgana le Fay? Ya veis, no pudieron destruirla, pero con la ayuda de paganos que ignoraban lo sagrado, escondieron a Cortana para que no pudiera usarse contra ellos.

-¿Y debo tratar de encontrarla, entonces?

-Es un asunto peligroso, joven caballero. Pero no veo ninguna otra cosa que pueda protegeros mucho tiempo contra vuestros enemigos. Os diré una cosa -añadió Martinus, dando unos golpecitos en la rodilla de Holger-. Os diré lo que voy a hacer. Utilizaré mis poderes, que hay algunos seres lo bastante amables para decir que son considerables, tratando de descubrir

quién sois y dónde está oculta la espada. Su aura puede ser perceptible para espíritus tan sutiles como los que yo puedo invocar. Sí, ese parece ser el mejor camino.

-Te lo agradezco más de lo que puede expresar -dijo Alianora, a quien la perspectiva de peligro no parecía importar, aliviada al saber que Holger no iba a desaparecer en un instante.

-Temo no tener espacio para daros alojamiento -añadió Martinus-. Pero hay una taberna donde podréis pasar la noche. Decid al propietario que yo os envío y... bueno, no, que me olvido de esa cuenta suya. Bien, regresad mañana... Ah, sí. ¿No os gustaría un disfraz contra el sarraceno? Tengo algunos disfraces buenos y a precios muy razonables.

-¿El sarraceno? -exclamó Holger.

-¿Cómo, no os lo dije? Bendita sea mi alma, no. Qué olvido. Siempre tengo la mente ausente. He de recordar hacer un hechizo que fortalezca la memoria. Claro, el sarraceno que oísteis que os buscaba. También está en la ciudad.

16

LA búsqueda entre sus libros confirmó a Martinus en la creencia de que no poseía hechizos lo bastante poderosos como para levantar el velo de la mente de Holger. Pero con algunos pases y algunos humos malolientes, proporcionó al danés un rostro nuevo. Un espejo mostró a Holger que su semblante se había vuelto oscuro y de aspecto rudo; el cabello y la barba amarillenta corta se habían convertido ahora en negros, y los ojos en marrones. Alianora suspiró.

-Me gustabas más tal como eras -dijo.

-Cuando deseéis recuperar vuestra apariencia natural, llamad a Belgor Melanchos y este hechizo desaparecerá -dijo Martinus-. Pero procurad no acercaros demasiado a objeto sagrado alguno. La espada Cortana, por ejemplo, también disolvería el hechizo. El pecado implicado por esta taumaturgia particular apenas si es más que venial, pero contiene elementos paganos, y la influencia sagrada... Sea como sea, manteneos a distancia de las cosas benditas. La ley del cuadrado inverso, ya sabéis.

-Será mejor que cambie a mi caballo -añadió Holger-. También tiene una forma bastante característica.

-¡Mi querido amigo! -exclamó Martinus. -Por favor -ronroneó Alianora, moviendo las pestañas en su honor.

-Bueno, muy bien, muy bien. Traedlo. Pero espero que sepa comportarse.

Papillon casi llena él solo la tienda. Al salir de allí era un caballo de guerra grande y color castaño. Ya que estaba en ello, Martinus transformó también el escudo de Holger. Preguntado por qué nuevo dispositivo quería, el danés sólo pudo pensar en *Ivanhoe,* por lo que apareció en el escudo un árbol desenraizado. El mismo, por estar implicado en la ilusión, sólo podía ver tales cosas en un espejo.

-Volved mañana y os diré lo que he podido averiguar -añadió el mago-. Pero no antes del mediodía, os lo ruego. Estos patanes de por aquí vienen a horas inverosímiles.

Al dirigirse a la posada, pasaron junto a la iglesia. Holger detuvo el caballo. Quería entrar a rezar. Pero no, no se atrevía con ese disfraz. ¿Más rasgos del caballero desconocido? Debía haber sido de maneras piadosas. Era difícil volver a la oscuridad sin haber recibido la hostia... Holger espoleó a Papillon poniéndolo al trote.

Para entonces, la noche había caído y recorrieron las calles sin iluminar hasta llegar a la taberna. Un hombre rollizo y de aspecto alegre les recibió en el patio.

-¿Alojamiento para vuestras mercedes? Claro, sir, tengo una hermosa habitación que ha acomodado incluso cabezas coronadas.

Espero que no durmieran con inquietud por causa de las chinches, pensó Holger.

-Dos habitaciones -dijo.

-Bueno, yo dormiré en el establo con los caballos -intervino Hugi.

-Seguimos necesitando dos habitaciones -dijo Holger.

Al desmontar, Alianora se apoyó en él. Holger captó el débil olor soleado de sus cabellos.

-¿Pero por qué, querido señor? -preguntó ella con un susurro-. Hemos pernoctado en las cañadas uno al lado del otro.

-Sí -murmuró él a modo de respuesta-. Pero ya no puedo confiar más en mí.

Ella unió las manos y exclamó:

-¡Oh, estupendo!

-Yo... yo... ¡Diablos! ¡He dicho que dos habitaciones!

El tabernero se encogió de hombros. Cuando pensó que nadie miraba, se palmeó la frente.

Las cámaras eran pequeñas y no tenían más amuebla-miento que un jergón, pero parecían bastante limpias. Holger se preguntó por cómo podría pagarlas. Tenía demasiadas cosas en la mente para recordar que estaba en bancarrota. Y Alianora, como hija de los bosques, bien podría haberse olvidado de ese aspecto. Además, las murmuraciones acerca de su entrada original se habrían extendido por la ciudad; cualquiera podría deducir que el caballero de tez oscura había obtenido ese rostro en Martinus, y quizá aquello llegar a oídos del sarraceno. Bueno, ya cruzaría esos puentes cuando llegara a ellos.

Se despojó de la armadura y se puso la mejor túnica con capucha, guardando la espada a su lado. Al salir se encontró con Alianora. Le alegró bastante que el corredor fuera lo bastante oscuro para impedir que ella viera su expresión.

-¿Comemos? -preguntó Holger sin convicción.

-Claro -dijo ella, con unas palabras que quedaron un tanto ahogadas. De pronto, ella le cogió las manos-. Holger, ¿es que no te gusto?

-Nada de eso -contestó él-. Me gustas mucho.

-¿Entonces es porque soy una doncella-cisne, salvaje y sin cristianar? Puedo cambiar eso. Puedo aprender a ser una dama.

-Yo... Alianora... Ya sabes que tengo que llegar a mi mundo. A pesar de lo que ellos dicen, no tengo un sitio auténtico en éste. Por eso, alguna vez tendré que abandonarte. Para siempre. Y sería duro para ambos si... si me llevo conmigo tu corazón, y tú conservas aquí el mío.

-¿Pero y si no puedes regresar? -susurró- ¿Y si tienes que permanecer aquí?

Eso... sería otra historia.

-¿Cómo deseo que fracases? Y sin embargo, me esforzaré con toda mi voluntad para ayudarte a llegar a tu mundo, puesto que ése es tu deseo -añadió, apartándose de él, y apenas pudo ver cómo dejaba caer la cabeza-. Ay, la vida es algo incomprensible.

El la tomó de la mano y descendieron por las escaleras.

El bodegón, largo y bajo, estaba iluminado por velas y por una auténtica chimenea. En aquellos tiempos turbulentos el tabernero sólo ponía platos en la mesa para un huésped, además de Holger y Alianora. Cuando entraron éstos, el hombre saltó del banco dando un grito. Pero se interrumpió al ver que era el danés el que aparecía.

-Me equivoqué, señor -dijo haciendo una inclinación-. Pensé que erais aquel a quien busco. Os ruego me perdonéis, mi dama y mi señor.

Holger lo estudió. Debía ser el sarraceno. Era de altura media, delgado y ágil, iba muy elegante con una camisa blanca suelta, pantalones y zapatos rojos. De su cinto pendía una cimitarra. Bajo el turbante, adornado con broche de esmeraldas y plumas de avestruz, su rostro era oscuro y estrecho, de nariz aguileña, dejaba entrever una barba negra puntiaguda y unos anillos de oro en las orejas. Se movía con suavidad de felino y su tono era bajo y culto, pero Holger comprendió que sería un adversario difícil en una lucha.

-La paz sea con vos -le dijo el danés, tratando de ser cortés-. ¿Puedo presentaros a la dama Alianora de la Forét. Yo soy... sir Rupert de Graustark.

-Me temo que nunca he oído hablar de vuestras solariegas, buen señor, pero yo soy de muy al sur, e ignorante de estos lugares. Sir Carahue, en otro tiempo rey de Mauritania, y humildemente a vuestro servicio -exclamó el sarraceno haciendo una inclinación que le llevó casi hasta el suelo-¿Querréis cenar conmigo? Eso me complacería.

-Os lo agradezco, gracioso caballero -replicó Holger enseguida. Era un alivio que otro se encargara de la cuenta de la cena. Alianora y él se sentaron. Carahue quedó un poco asombrado ante la vestimenta tan poco convencional de la joven, pero apartó la vista delicadamente.

Insistió en que le llevaran muestras de los vinos del tabernero, dio un sorbo de cada uno de ellos, hacía una mueca acompañándola de las mejores explicaciones que podía para cada vino. Holger no pudo evitar el decirle:

-Pensaba que vuestra religión prohibía las bebidas fuertes.

-Ah, os equivocáis conmigo, sir Rupert. Soy tan cristiano como vos mismo. Cierto que en otro tiempo luché por el paganismo, pero el caballeroso y gentil señor que me venció me ganó también para la auténtica fe. Pero, aunque siguiera siendo un seguidor de Mahoma, no sería tan descortés como para no beber a la salud de vuestra hermosísima dama.

Compartieron la cena amigablemente, charlando de cosas inconsecuentes. Después, Alianora empezó a bostezar y se fue a la cama, pues el aire cerrado le daba sueño. Holger y Carahue siguieron despiertos y se dispusieron a beber seriamente. El danés se recató al principio; no le gustaba que le invitaran a todas las rondas. Pero el sarraceno insistió en hacerlo.

-Gozo de la compañía de personas gentiles que saben recitar una sextina lo mismo que romper una lanza -afirmó-. Y son tan raros en estas fronteras toscas. Os suplico me permitáis expresar mi gratitud.

-Ciertamente que no es éste un buen lugar por el que andar -contestó Holger. Y a modo de tentativa añadió-: Algún importante propósito debe haberos traído hasta aquí.

-Cierto, busco a un hombre -los ojos de Carahue se estrecharon por encima del borde de su copa-. Quizá hayáis oído hablar de él. Es un hombre grande, de vuestro tamaño, pero de cabellos amarillos. Debe cabalgar probablemente sobre un semental negro y lleva armas de un águila, sable o plata, tres corazones sanguíneos y tres leones dorados.

-Uhmm -exclamó Holger, frotándose la barbilla y tratando de parecer calmado-. Algo creo haber oído, pero no recuerdo muy bien. ¿Cuál dijisteis que era su nombre?

-No lo dije -respondió Carahue-. Dejemos estar su nombre, si me permitís tal capricho. La verdad es que tiene muchos enemigos poderosos que caerían rápidamente sobre él si ese conocimiento llegara al exterior.

-¿Entonces sois amigo suyo, sir?

-Quizá sea mejor que mis razones queden también ocultas. No es que desconfíe de vos, sir Rupert, pero hay oídos en todos los lugares y algunos no son humanos. Además, soy un extranjero, no sólo en esta parte del mundo, sino también en este tiempo.

-¿Cómo decís?

Carahue se quedó mirando fijamente a Holger, como para captar cualquier reacción, y contestó:

-Eso me atrevo a relatarlo. Conocí hace siglos al hombre que busco. Pero desapareció en las esferas de lo desconocido. Me he enterado de que él regresó cuando *le beau pays de France* estaba en peligro, y rechazó a los paganos invasores, para desaparecer luego de nuevo. Pero eso fue después de mi época. Pues cuando él se había ido, salía al mar en su búsqueda. Una gran tormenta me llevó a las orillas de Huy Braseal, en donde fue recibido en su castillo encantado por una hermosísima dama -en ese momento suspiró soñadoramente-. El tiempo fluía extrañamente en esa esfera, como se dice que sucede en Avalon o en la Colina del Elfo. Me pareció que sólo un año había estado con ella; pero cientos de años pasaron en las tierras de los hombres. Cuando al final escuché rumores de que se reunían las huestes en todo el Mundo Medio, robé el uso de las artes mágicas de mi amada y aprendí que el torbellino irrumpiría primero en estas tierras orientales. También me enteré de que O... el caballero al que tenía que encontrar de nuevo, se vería atraído por la fuerza de la tormenta que se estaba preparando desde las esferas extrañas a las que había sido exilado. Por eso tomé una nave encantada, que en una noche me llevó desde Huy Braseal hacia la costa sur de esta esfera. Conseguí allí un caballo y me dirigí hacia el norte en su busca. Pero Dios no ha querido que hasta ahora lo consiga.

Carahue se dejó caer hacia atrás y bebió sediento. Holger frunció el ceño. Estaba totalmente dispuesto a creer ese relato. El mismo había experimentado peores hechos. Aunque el sarraceno podía estar mintiendo... no, Holger tenía la idea de que estaba diciendo la verdad. El rostro delgado y tostado le resultaba familiar. En algún lugar, en algún tiempo, debía haber conocido realmente a Carahue. ¿Pero como amigo o enemigo? El otro había evitado cuidadosamente comprometerse sobre ese punto, y Holger pensaba que no sería prudente preguntarle. Cierto que el moro había hablado bien del hombre al que buscaba, pero nada probaba eso. Según el código fantástico de la caballería, los hombres podían cantar las alabanzas de otros mientras les sacaban el hígado.

Aquella parte sobre un conocimiento producido hacía cientos de años no perturbaba a Holger. No podía sentirse ya más solo ni nostálgico. Y la idea explicaba algunas cosas. El, Holger, el de los tres corazones y los tres leones, había sido un caballero al que Morgana se llevó a su isla intemporal de Avalon. Regresó una vez, cuando Francia le necesitaba. Ella le había dejado hacerlo, probablemente sin preocuparse de quién ganara esa guerra, y había regresado al terminar. Y otra vez... Pero en esta ocasión retornaba desde un lugar más lejano, y Morgana se oponía a él con todos sus oscuros poderes.

-No quisiera ser demasiado entrometido, sir Rupert -dijo Carahue cortésmente-. Pero me parece extraño que también busquéis algo a solas en estas inquietas tierras. Os ruego que me lo digáis. ¿Dónde se encuentra vuestro Graustark?

-Oh, algo hacia el sur -murmuró Holger-. Hice un... un voto. La doncella-cisne aceptó amablemente ayudarme a cumplirlo.

Carahue enarcó las cejas. Era evidente que no creía una sola palabra de todo aquello. Pero simplemente sonrió.

-Venid, ¿os parece que os complazcamos con una o dos canciones? Quizá conozcáis una balada, villanilla o sirvienta que caigan dulcemente en unos oídos demasiado tiempo acostumbrados al aullido de los lobos y los vientos lluviosos.

-Podemos intentarlo -respondió Holger, que se alegraba de cambiar de tema.

Estuvieron cantando durante algunas horas. Para eso necesitaban mucho vino con el que humedecer la garganta y lubricar el cerebro. Carahue quedó muy complacido con una tosca traducción *de Auld Lang Syne.* El y Holger despertaron a toda la casa cantándola cuando, con paso ya algo inestable, se ayudaban el uno al otro a subir las escaleras para irse a la cama.

Librodot

17

AL día siguiente, cuando se dirigía a la tienda de Martinus, a Holger le dolía la cabeza y Alianora, consideradamente, guardó silencio. Dejaron a Hugi en la taberna con los caballos, pues el tabernero los había mirado codiciosamente. Probablemente tenía experiencia con huéspedes de mucha nobleza y escaso dinero. El brujo sonrió alegremente al verles.

-Ah, pienso que habéis mirado demasiadas veces, el cuenco líquido, mi joven amigo -se burló de manera ofensiva-. Bueno, bueno, los chicos siempre serán chicos, ¿verdad joven mía? -dijo, cogiendo una botella-. Sucede que tengo aquí un específico muy bueno y de precio razonable para los tumores biliosos, juanetes, reumas, lepra, fiebres, peste y resacas. Basta con tragarse este vasito. Eso es, no estaba mal, ¿verdad?

El brebaje quitó ciertamente las punzadas de Holger en un instante. Pensó que si pudiera conseguir la fórmula y despertar en su universo, su fortuna estaba hecha. Pero Martinus había vuelto a ponerse grave. El hombrecillo recorría la tienda con las manos a la espalda, se detuvo mirando al suelo, y dijo en voz baja:

-No he podido conocer vuestra identidad, sir Holger. Una prohibición ha sido impuesta a todo ser que pudiera habérmelo dicho, lo que sugiere que sois ciertamente alguien de importancia. Sin embargo, el enemigo no pensó en todo. Invoqué a los espíritus pasajeros del aire, llamé incluso a Ariel como ayudante, y fueron capaces de descubrir dónde yace enterrada Cortana. El lugar no está alejado de aquí. Pero no es un viaje que a mí me gustara hacer.

-¿Dónde? -preguntó Holger con el corazón vacilante.

Martinus miró a Alianora.

-¿Conocéis la iglesia de San Grimmin's-in-the-World? -preguntó.

Ella se mordió los labios.

-He oído hablar de ella -admitió.

-Pues bien, ahí es donde está la espada -dijo Martinus-. Imagino que los mundomedianos eligieron esa sede al este para alejarla de su propietario, y específicamente San Grimmin's para dificultar su búsqueda si se ponía alguna vez sobre el rastro -añadió, agitando su cabeza calva-. Joven amigo, sinceramente no puedo recomendarle que vaya allí.

-¿Cómo es ese lugar? -preguntó Holger.

-Una vieja iglesia abandonada en las tierras altas septentrionales. Hace siglos, se levantó con una misión con la esperanza de convertir a las tribus salvajes de los alrededores, y por un tiempo tuvo una congregación. Después, un jefe los asesinó a todos y desde entonces la iglesia ha estado en ruinas. Cuentan que el jefe profanó el altar con un sacrificio humano, por lo que el edificio ya no es sagrado, sino que se ha convertido en la morada de espíritus malignos y de la mala suerte. Ni siquiera los salvajes se acercan ya a San Grimmin's.

Holger se quedó mirándose a los pies. Sentía como si tuviera un peso encima. Martinus no estaba bromeando.

Por un momento se preguntó por la razón que le impulsaba a molestarse. ¿Por qué incluso quería retornar a su mundo? ¿Qué había allí que le atrajera? Desde luego había amigos, recuerdos,

Librodot

escenarios queridos, pero, para ser plenamente sincero, a nada ni a nadie echaba excesivamente de menos. Guerra, hambre, monotonía, despersonalización. Si conseguía retornar, podría encontrarse en el mismo instante del espacio-tiempo que había abandonado. Las leyes de conservación de la física sugerían que así podría ser. Y él y sus compañeros estaban atrapados en una playa, sabiendo que iban a morir, esperando, con una esperanza que se desvanecía rápidamente, que pudieran permanecer vivos sólo el tiempo suficiente para que un barco llegara a la costa sueca.

Diablos, todo sugería que el otro mundo no había sido realmente el suyo. Pertenecía a éste, a este universo carolingio; el otro había sido un lugar de exilio. Por muchas cosa éste era un lugar mejor y más limpio... No, le respondió con tenacidad su amor a la verdad, eso no era justo. Este mundo tenía sus contratiempos. Pero simplemente, por el hecho de ser diferente, ¿no le prometía más aventuras y oportunidades que la otra tierra?

Un rayo de sol que entraba por la ventana encendía los caballos de Alianora. Nunca había conocido a una joven como ella. Si se abandonaba de esa búsqueda totalmente estúpida y se iba con ella, podría mandar en su propia vida. Sería el rey de los bosques, o sin duda se ganaría un reino en aquellas fronteras turbulentas, o si quería un alto grado de civilización, podría ir con ella hasta el Imperio y...

¿Y qué? Caos seguía preparándose para la batalla. Pensó en la idea de Alianora de que los fariseos podían llevar su crepúsculo al planeta entero. Se acordó de que Morgana había hablado sobre un fuego descuidado con mundos y soles, sobre los hombres, sus casas y esperanzas tragadas por la destrucción.

No, realmente no tenía elección. Ningún hombre honorable la tenía en esos tiempos. Tenía que hacer todo lo posible para conseguir a Cortana y devolver el arma a su auténtico dueño, o utilizarla él mismo si lo era. Después, si es que había un después, podría decidir si seguía intentando retornar a través de los universos. -Iré -dijo, mirando hacia arriba.

-Iremos -le corrigió Alianora.

-Como deseéis -añadió Martinus cortésmente-. Yo ruego por vuestra fortuna, sir Holger. Que Dios sea con vos, que Dios sea con vos, pues pienso que lo hacéis en nombre de todos nosotros. Se limpió los ojos con la manga. Después sonrió, se frotó las manos y añadió:

-Bien, basta de eso. Hablemos ahora de la cuenta, puesto que vais a un viaje peligroso espero que deseéis arreglar esos asuntos enseguida.

-Um, uh -dijo Holger.

-No llevamos el dinero encima -dijo Alianora-. Pero si envías la cuenta más tarde, yo me ocuparé de que se pague.

-Diría que tenéis mucho dinero -dijo Martinus, haciéndose el ofendido-. Habéis de saber que esta tienda no concede crédito y...

-Pero vuestro anuncio dice que podéis invocar bolsas que se llenen continuamente -empezó a decir Holger.

-Es un anuncio -admitió Martinus-. Los detalles corroborativos tratan de darle verosimilitud artística.

-Oh, vamos, querido y viejo amigo -dijo Alianora, sonriendo y tomando al mago de la mano-. ¿No vais a apremiar a que os pague al hombre que va a salvar al mundo entero, verdad? Tus runas serán tu parte en la gran empresa. Ellas cantarán tu nombre.

-Pero no pagaré con eso a mis acreedores -protestó Martinus.

-Ah, ¿pero no es cierto que un acto noble merece muchas riquezas? -le preguntó Alianora, acariciándole la mejilla.

-Bueno -dijo Martinus, que empezaba a vacilar-. Hay palabras que eso dicen en las escrituras, pero...

-¡Oh, amigo mío, gracias! ¡Sabía que estaríais de acuerdo! ¡Muchas gracias!

-Pero -se quejó Martinus-. Pero no podéis... no puedo permitir... -Nada, nada, ni una palabra más. No soñaría con pediros las ayuda de la que ya nos habéis dado. Adiós, buen hombre -dijo Alianora besándole y, antes de que pudiera recuperarse, sacando a Holger de la tienda.

¡Mujeres!, pensó el danés.

Cuando volvieron a la posada, encontraron a Carahue en el patio. Se levantó y les hizo una reverencia.

-Vuestro compañero el enano dio a entender que pronto reanudaríais vuestros viajes, señorita y sir Rupert.

-Así es -contestó Holger. Captó la mirada de sospecha del tabernero y añadió-: Puede ser.

Carahue se acarició la barba con una mano delgada y llena de joyas.

-¿Puedo tener la audacia de preguntaros qué camino seguiréis?

-Imagino que al norte.

-¿A las selvas? Verdaderamente una aventura memorable, si alguien sobrevive para recordarla.

-Ya os dije que había hecho un voto -gruñó Holger.

-Os ruego que me perdonéis, amigo -dijo Carahue-. Sería descortés preguntaros más cuando veo que no deseáis hablar. ¿Pero puedo ofreceros algún consejo? Si deseáis conservar el secreto de vuestra meta no dejéis mucho lugar a la especulación. Las lenguas se mueven más cuando no hay hechos firmes tras ellas. Pues algunas gentes sospecharán que intentáis una hazaña caballeresca, como uno de los trolls que infestan las tierras altas, y he oído que a menudo raptan seres humanos para comérselos; aunque las gentes de aquí con las que he charlado mantienen que no es posible matar a esos trolls. Otros insistirán en que sir Rupert acude a desafiar al rey de los paganos. Pero, siendo como es la mente campesina, casi todos pensarán que buscáis un tesoro de oro enterrado en alguna parte. ¿Y cómo reconciliar, además, cualquiera de estos objetivos con el acompañamiento de esta joven dama? Por tanto, las gentes se darán a hablar en las horas de ocio y las historias se extenderán como el fuego. Si queréis acallar las murmuraciones, tenéis que dar una razón sólida, a ser posible una tan extraña que las gentes prefieran no mencionar el asunto.

Alianora intervino para decir:

-Muy bien, hacemos un peligroso viaje a la iglesia condenada de San Grimmin's.

Holger cubrió esas palabras lo mejor que pudo.

-Juré hacer allí un peregrinaje con la esperanza de, bueno, recuperar los recipientes eclesiásticos que puedan quedar. Pero yo, bueno, preferiría no hablar de ello porque, bueno, no quisiera hablar de la razón de tal penitencia.

-Ah, es eso, perdonadme -dijo el sarraceno sin apartar la mirada de Holger-. ¿Sabéis, nunca pensé que mi búsqueda me condujera hasta esa zona? No parecía probable que mi hombre llegara por allí al retornar. Pero ahora me habéis hecho preguntarme si no habrá sido así. Además, si

puedo servir de ayuda en una empresa virtuosa, mi crédito en el cielo se elevará quizá por encima de mi lamentable nivel actual. La buena compañía reduce las distancias, por no hablar de que las hace menos peligrosas. ¿No podríamos viajar juntos?

Alianora intercambió una mirada con Holger. *Tú lo conoces,* decían sus ojos. *Tú debes decidir.*

-Hay algo más que audaces peligros -dijo Holger, tras cierta vacilación-. Pienso que podamos enfrentarnos a la magia negra.

Carahue movió una mano negligentemente.

-Vuestra espada es recta, y la mía curva -dijo sonriendo-. Así que entre ellas podremos coger a cualquier enemigo.

Holger se acarició la barbilla. Ciertamente que podría utilizar a otro hombre. Y al mismo tiempo sabía que Carahue debía tener razones para hacer aquello.

¿Era un agente de Caos? Resultaba posible, pero los recuerdos borrosos de Holger, en los que cada vez confiaba más, decían lo contrario. Se puso en el lugar del moro: buscaba a un hombre importante para algún propósito importante, y si fracasaba se convertiría en otro vagabundo caballeresco con una historia muy poco convincente. Sí, la memoria le decía que Carahue tenía ese tipo de mente, una curiosidad que le hacía atreverse a todo. Además, podía haber sospechado que sir Rupert de Graustark tenía alguna relación con la persona a la que estaba buscando: quizá pudiera saber dónde estaba esa persona. Pero aunque se equivocara, las tierras altas merecían una búsqueda. En cualquier caso, Carahue tenía buenos motivos para acompañar a sir Rupert.

-Deseo mucho el favor de vuestra compañía -le presionó el sarraceno-. Todavía más, desde luego, el favor de la vuestra, encantadora dama. Tanto lo deseo que, si aceptáis ser tan amables, insisto en que seáis mis invitados desde la última noche... No, no, no protestéis, no quiero oír hablar de ello.

Holger y Alianora le miraron, y él les devolvió la mirada. Debía estar absolutamente seguro de que se encontraban sin dinero, y se sacaba esa carta de la manga. Pero, aun así, la perspectiva de irse de Tarnberg sin tener que luchar con el tabernero resultaba irresistible.

-¡De acuerdo! -dijo Holger tendiéndole la mano. Carahue se la tomó-. ¿Nos juramos camaradería?

-Sí, por mi honor de caballero.

-Y por el mío -añadió Holger, sintiendo que su decisión había sido buena. Probablemente Carahue mantendría el juramento mientras durara el viaje; y una vez que él, Holger, tuviera a Cortana en sus manos, el sarraceno no podría ser una amenaza. Impulsivamente añadió-: Desnuda está la espalda sin hermano.

Carahue se sorprendió.

-¿Dónde aprendisteis eso? -le espetó.

-Bueno, me vino a la cabeza sin más. ¿Por qué lo preguntáis?

-En otro tiempo conocí a un hombre que solía decir eso. A decir verdad, el hombre al que busco -añadió Carahue mirándole detenidamente un momento antes de darse la vuelta-. Bien, cenemos y preparémonos para la partida. Pienso que mañana al amanecer será el mejor momento, ¿no creéis?

Durante el almuerzo fue una compañía entretenida, con bromas, canciones y recuerdos algo arriesgados. Después, él y Holger comprobaron el equipo que tenían. Su armadura era un corselete de acero, fulgurante por los hombros y con elaborados arabescos. Un cascos que terminaba en punta y tenía orejeras de cota de malla; espinilleras por encima de unas botas de cuero trabajado; su escudo consistía en una estrella de plata de seis puntas sobre un campo azul, borde de gules floreados en oro; sus armas incluían arco y flechas; montaba una esbelta yegua blanca. Afirmó que el caballo castrado pardo de Alianora tenía buenas carnes, y añadió que debían adquirir una muía en la que pudiera montar Hugi y que llevara un amplío suministro de alimentos. Empleó la mayor parte de la tarde en ajustar el precio de esos elementos.

Se fueron a la cama temprano, pero Holger permaneció despierto una hora. A pesar de todas las precauciones, estaba convencido de que Morgana le Fay acabaría por saber dónde se encontraba, si no lo sabía ya... y tendría que hacer algo.

18

DURANTE dos noches permanecieron con los campesinos. Holger, cuya lengua no era lo bastante rápida como para inventar sobre la marcha detalles creíbles, tenía que decir lo menos posible para no traicionarse ante Carahue. El sarraceno hablaba suficiente para ambos, brillantemente, galantemente, y miraba cada vez más a la joven. Esto hacía que el silencio de Holger se volviera cada vez más sombrío. Trataba de apartar sus celos -¿qué derechos podía tener sobre ella?-, pero no lo conseguía.

Al tercer día dejaron atrás los caminos, los campos y las casas. Aquella noche pernoctaron en la choza de un pastor, que les contó relatos horripilantes sobre atacantes salvajes, y otros todavía peores sobre los trolls que a veces se aventuraban hasta el valle. El suyo era el último alojamiento humano en su camino, salvo quizá los pueblos de caníbales.

De nuevo tuvieron que subir montañas, más empinadas y altas que las del este. Alianora dijo que se encontraban en las estribaciones de la titánica cordillera de Jótun.

-Y más allá no hay otra cosa que frío, oscuridad y hielo, iluminado por las luces septentrionales, pues ésa es la patria de los gigantes.

Su objetivo no estaba muy lejos de allí, sobre una corta meseta sobre las últimas cumbres. Pero al menos estaba a una semana de viaje, a través de tierras bastante duras.

Cabalgaron entre los riscos agrietados por los glaciares y peñascos mordidos por los vientos, subiendo y subiendo largas pendientes, sobre crestas tan afiladas como una cuchilla y a través de barrancos tan estrechos que apenas llegaba la luz a ellos. Los bosques se habían ido convirtiendo en escasos grupos de robles enanos retorcidos; la hierba era cada vez más escasa y rígida; el aire era frío por el día y helado por la noche, con nubes que se extendían por encima del pálido sol y sobre las brillantes estrellas. A menudo tenían que vadear riachuelos que caían en forma de torrentes desde las cumbres. Se esforzaban al máximo para que no se llevaran a sus animales, y se ahogaran. Hugi, cuyas cortas piernas apenas llegaban más abajo de los paquetes sobre los que montaba, era el único que no se empapaba. Y gritaba observaciones joviales, como «¡ah del barco!» y «¡estibar el palo de mesana!», que no eran muy apreciadas por sus compañeros. Carahue aspiraba por la nariz, estornudaba y lanzaba imaginativos juramentos al tiempo (negaba que en aquellas tierras hubiera clima), pero seguía unido a los demás.

-Cuando llegue a mi casa -dijo-, me tumbaré al sol bajo los naranjos floridos. Las esclavas tocarán música para mí y pondrán granos de uva en mi boca. Para mantenerme bien haré ejercicio: dos veces al día moveré los dedos. Al cabo de unos meses me cansaré de eso y partiré a otra búsqueda caballeresca: digamos que hasta el café más cercano.

-Café -dijo Holger suspirando. Incluso se estaba quedando sin el tabaco de Unrich, tabaco o lo que fuera.

Alianora se convertía en cisne de vez en cuando y volaba por delante para vigilar el camino. Cuando había desaparecido de la vista, el cuarto día, en lo desconocido, Carahue contempló a Holger con una sobriedad desacostumbrada.

-A pesar de su gusto por las ropas -dijo-, es una joven rara de encontrar.

-Lo sé -asintió Holger. -Perdonad mi atrevimiento al preguntároslo, pero Dios me dio ojos para ver. Ella no es vuestra amante, ¿verdad?

-No.

-Qué tonto sois.

Holger no podía ofenderse por ello. Probablemente tenía razón.

-Eso es lo que he estado diciéndole y diciéndole y diciéndole -intervino Hugi-. Los caballeros sois una raza extraña. Cruzan el mundo para rescatar una doncella y luego no saben qué hacer con ella, salvo llevarla a casa y quizá suplicarle un trozo de la cinta del cabello para ponerse en la manga. Es extraño que la raza no haya desaparecido.

Alianora regresó al anochecer.

-He visto la iglesia desde lejos -dijo-. Y también he visto, más cerca de nosotros, dos baluartes de hombres salvajes, rodeados de cráneos sobre palos, y a la gente atareada como si se preparara para la guerra.

-Eso es lo que están haciendo -dijo Holger, asintiendo.

Alianora frunció el ceño.

-He divisado un camino para nosotros a través de un paso, en las llanuras de arriba. No hay asentamientos cerca, probablemente porque un troll habita por allí en alguna caverna. Pero, desde las ampliar cumbres, los cazadores pueden vernos y enviar un grupo para capturarnos y comer nuestra carne.

-Vaya, un triste final para un valiente caballero, asado en su propia armadura -dijo Carahue, sonriendo-. Aunque me temo que sir Rupert, Hugi y yo seremos unos filetes bastante duros, a diferencia de vuestros tiernos y hermosos miembros.

Alianora sonrió de una manera confusa y se sonrojó. Carahue la tomó de la mano.

-Si llegara lo peor -dijo con gravedad-, debéis echar a volar sin prestarnos atención. El mundo puede pasarse sin nosotros, pero se volvería ciertamente seco sin vuestra luz. Alianora sacudió la cabeza, se quedó sin decir nada y se apresuró a retirar la mano. Este chico es un operador, pensó Holger. A él no se le ocurría ninguna frase y no podía soportar el quedarse oyendo. Así que cabalgó por delante, con el estado de ánimo cada vez peor a medida que pasaban las horas. Carahue no estaba cazando ilegalmente, se decía a sí mismo, pero no se prestaba mucha atención. ¿Es que el tipo no tenía decencia alguna? ¿Y Alianora no tenía ningún sentido?... Pero bueno, ¿cómo podía ella? Nunca se había visto expuesta a estas cosas. Las lisonjas más gastadas las tomaba como rasgos ingeniosos y sentimientos honestos. Condenada sea su alma, Carahue no tenía derecho a disparar a un cisne como aquel. Además, en un viaje tan peligroso e importante, nadie tenía derecho a... a... ¡Maldito sea todo!

Por la noche se encontraron en una ligera depresión. Por delante se levantaban las pendientes que tendrían que escalar al día siguiente, roca apilada sobre roca hasta una cumbre distante que se erguía enseñando sus dientes de sierra sobre el cielo. Pero en este valle una catarata espumeaba sobre un precipicio de pizarra azul, cayendo a un lado que el anochecer teñía de rojo. Cerca, la orilla era baja y tranquila. Una bandada de patos silvestres aleteó cuando se acercaron, asentándose en la orilla opuesta, a unos dos kilómetros. Después, volvió a hacerse el silencio.

-Desearía llegar a ese lago -dijo Alianora-. Si dejamos algunos hilos de pescar por la noche, podríamos tener un desayuno mejor que el cerdo salado con galletas.

Hugi sacudió su enorme cabeza.

-No sé, amiga. Toda esta tierra huele mal, pero hay una peste que desconocía.

Holger inspiró la brisa que traía olor a verde y humedad.

-A mí me huele bien. En cualquier caso, no podemos rodear el lago antes de que se haga de noche.

-Podríamos volver a subir y acampar arriba -dijo Carahue. -¿Volver a recorrer esos cuatro kilómetros? -preguntó Holger con tono de burla-. Hágalo si lo desea, señor, pero yo no tengo miedo a dormir aquí.

El sarraceno enrojeció y reprimió una réplica colérica. Alianora se apresuró a romper el silencio exclamando:

-Mirad, allí hay un buen punto seco.

El musgo se aplastaba bajo los pies como si fuera una esponja. Pero había una gran roca con el lado inclinado cubierto de liquen y la parte plana superior cubierta de un suelo en el que crecía una hierba corta y gruesa. Un matorral muerto, cerca del centro, podía servir de combustible.

-Bueno, es como si estuviera preparado para nosotros -dijo Alianora, extendiendo los brazos.

-Sí, así parece -gruñó Hugi. Nadie le hizo caso. Tenía que cortar madera con un pequeño hacha que llevaba en la muía, mientras los otros establecían un círculo de protección y se cuidaban de los animales. El sol fue bajando bajo las cumbres occidentales, pero aquella mitad del cielo permanecía rojiza, como si los gigantes hubieran encendido un fuego.

Alianora se levantó de la hoguera que ella misma se había preparado.

-Mientras se hace un buen fuego de carbones, iré a poner los anzuelos.

-No, permaneced aquí, os lo ruego -dijo Carahue. Se sentó con las piernas cruzadas, volviendo hacia ella su hermoso rostro oscuro. De alguna manera, a pesar del duro viaje, había mantenido sus pintorescas ropas casi inmaculadas.

-¿Pero no os gustaría una buena ración de pescado fresco?

-Sí, claro. Sin embargo, eso no vale nada comparado con una hora más de esta corta vida en presencia de tanta belleza.

La joven volvió la cabeza. Holger vio que su rostro y pecho se sonrojaban. Todavía más se dio cuenta de las jóvenes curvas que había dentro de la túnica de cisne, de los grandes ojos grises, los labios suaves y las ágiles manos.

-No -susurró ella-. No entiendo lo que decís, sir Carahue.

Sentaos y haré todo lo posible con mis pobres medios para explicarme -le dijo palmeando la hierba que había a su lado.

-Pero... pero... -lanzó a Holger una mirada confusa. Este apretó los dientes y le dio la espalda. Con el rabillo del ojo vio que ella se unía al otro hombre. El sarraceno murmuró:

Es honorable que un errante caballero audazmente avance aunque la oportunidad sea sombría,

y no sólo en los momentos en que las lanzas brillen en alto y se rompan en la batalla: pues cuando la estrella dorada de la mañana arde con menos brillo que una esperanza pura con la que sus latidos danzan, es honorable que un errante caballero audazmente avance aunque la oportunidad sea sombría.

Y así, como tu rara soledad ha encerrado mi alma con una o dos dulces miradas, me atrevo a pedir más que el señorío de diez Francias: que por un momento permanezcas ante mi vista; es honorable que un errante caballero audazmente avance aunque la oportunidad sea sombría.

-Oh -dijo Alianora tartamudeando-. No... No... No sé lo que decir.

-Nada necesitáis decir, la más hermosa de las damas -respondió él-. Os basta con existir. -Yo pondré los sedales -ladró Holger. Los cogió y se bajó por la roca. Por el esfuerzo que hacía para no mirar hacia atrás le dolía el cuello.

Cuando quedó fuera de la vista, entre los juncos, vio que los zapatos y las calzas estaban húmedos. Mucho que le importaba a ella si cogía una pulmonía. *¡Deja de autocompadecerte!* Si Alianora se enamoraba de ese embaucador, sólo a sí mismo podía culparse. El la había rechazado, ¿no? Sólo que, dadas las circunstancias, había tenido que hacerlo. Qué terrible burla para un hombre.

Con el cuchillo atacó a las plantas. Salvo por la daga del cinturón estaba desarmado, pues se había quitado la pesada cota de mallas al hacer el campamento. Lo mismo que Carahue; pero Holger carecía del don de la elegancia del sarraceno, por lo que estaba cubierto de barro, sudoroso y ajado. Ni siquiera tenía ya su propio rostro. No era de extrañar que Alianora... Bueno, ¿qué le importaba ella a él? Tendría que estar contento de haber encontrado a alguien que se la quitara de las manos. ¡Maldición!

Llegó a la orilla del agua. Estaba muy quieta bajo los peñascos negros, el cielo oriental morado, con la luna y una estrella, hacia el oeste, enrojecido. La puesta del sol tenía la superficie como de sangre, pero con tan escaso brillo que podía sentir la oscuridad que había abajo. Los juncos se estremecieron y crujieron; los pasos de Holger hacían un gran ruido. Las ranas saltaron desde un viejo leño que había llegado a la deriva hasta la orilla. Desde allí tiró los sedales y empezó a poner trocitos de carne como cebo en los anzuelos.

El frío le envolvía, le comía por el interior y le hacía agitarse. Sus dedos eran torpes, y para ver el anzuelo tenía que entrecerrar los ojos. *Y podría estar en Avalan en este mismo momento,* pensó. O *incluso, por los infiernos, en la Colina del Elfo, con Meriven. ¿Es que esa rústica muchacha-cisne no se da cuenta de lo que me está haciendo al pasear por ahí medio desnuda? Que Satán se lleve a todas las mujeres. Tienen un so- lo propósito en el mundo. Judas, yMeriven seguro que servía a ese propósito.*

Su mano se deslizó. Se metió un anzuelo en el dedo. Se lo sacó con un juramento blasfemo, extrajo la daga de acero y apuñaló el leño, porque tenía que clavarla en algo.

La risa sonó como una catarata. Dio la vuelta a la cabeza y vio una forma blanca que se elevaba tras él. En un momento le habían puesto las muñecas en la espalda, un brazo le agarró por el cuello. Sintió que tiraban de él hacia atrás y hacia abajo. Y el lago se cerró por encima de él.

19

SINTIENDO que se ahogaba, trató de dar patadas, pero ya se estaba desmayando. Su cerebro comenzó a girar hacia la noche. Cuando le soltaron, un extraño reflejo abrió su boca en un jadeo.

No se ahogó. Se sentó. Por un momento no pudo pensar quién era, o por qué estaba allí, ni dónde estaba. La conciencia retornó. Pero necesitó que pasaran varios minutos para ver las cosas, pues sus ojos no estaban acostumbrados a ellas.

Se sentó en la arena blanca que, formando graciosas ondulaciones, se extendía hasta donde se perdía la vista. Aquí y allá había piedras cubiertas de algas verdes brillantes, cuyos largos filamentos ondeaban hacia arriba. Una luminosidad llenaba el aire, semejante a la luz sin origen de Faerie, pero débilmente verdosa. Sólo que... no había aire. De su boca y nariz salían burbujas que se elevaban como si fueran pequeñas y pulidas lunas. Vio pasar un pez desde la palidez que tenía a su izquierda hasta las distancias sin perspectiva de la derecha. De un salto, se puso en pie, rebotó y se movió a la deriva con fantasmal lentitud. Le parecía que su cuerpo carecía de peso. Alrededor de cada movimiento el agua fluía sensualmente. -Bienvenido, sir Holger -le dijo una voz fría y dulce.

Se dio la vuelta y vio ante él a una mujer perezosamente colocada. Estaba desnuda y era blanca como el papel, aunque bajo la piel podía ver los delicados trazos verdes de las venas. Sobre los hombros le flotaba un cabello largo, fino y verde como las algas. Tenía un rostro ancho de nariz plana, ojos amarillos y boca gruesa y sensual. El cuello, torso, miembros y manos no eran por contraste demasiado humanos en su esbeltez. Salvo en las anguilas, Holger no había visto nunca una gracia de movimientos como la suya.

-¿Quién... quién... quién sois? -dijo sofocándose.

-Dejemos eso ahora -dijo ella riendo-. No eres un buho, sino un caballero de alto nacimiento. Bienvenido -añadió, acercándose más con una patada. Holger vio que sus pies eran palmeados y estaban llenos de dedos. Los labios y las uñas eran de color verde pálido, pero la visión no resultaba horrible. ¡Por el contrario! Holger tuvo que recordar que estaba en serios problemas.

-Perdona mi impetuosa invitación -dijo, formando unas burbujas brillantes en su boca. Algunas, como si fueran joyas, se pegaron a sus trenzas-. Necesitaba aprovechar el momento pasajero en el que no tuvieras hierro alguno y te encontraras en estado de ánimo e infeliz. Espero que no te haya hecho daño.

-¿Dónde diablos estoy? -explotó.

-Bajo el lago, en donde yo, su hada acuática, he habitado estos numerosos y solitarios siglos -lo tomó de las manos. Las de ella eran suaves y frías, pero bajo ellas subyacía una sensación de fuerza que le captó enseguida-. No temas. Mi hechizo impide que te ahogues.

Holger tomó su respiración. No parecía distinta de la habitual, salvo por una ligera pesadez en el pecho. Giró la lengua alrededor de la boca y arrojó saliva entre los dientes. Pensó, esforzándose por mantener la cordura, que de alguna manera las fuerzas llamadas mágicas debían extraer el oxígeno del agua para él, y formar con él una delgada capa protectora, quizá monomolecular, sobre su rostro. El resto de él se encontraba en contacto

directo con el lago. Sus ropas colgaban empapadas. Sin embargo, se mantenía lo bastante caliente... *¿Pero de qué estoy hablado?¡Tengo que salir de aquí!*

Trató de librarse de ella.

-¿Quién te ha incitado a esto? -preguntó Holger.

Ella extendió sus brazos por encima de la cabeza hasta que los cabellos verdosos se entrelazaron con la blancura de su cuerpo, se arqueó hacia atrás y se colocó sobre las puntas de los dedos.

-Nadie -respondió sonriendo-. No puedes imaginar lo fatigosa que es la existencia solitaria e inmortal. Cuando un guerrero joven y hermoso, con bucles como el sol y ojos como el cielo, acierta a pasar por aquí, lo amo al instante.

A Holger empezaron a arderle las mejillas. La parte distanciada de sí mismo reflexionaba que ella, por pertenecer al Mundo Medio, era inmune a la visión que le había disfrazado, haciendo que no pareciera el mismo. Pero aun así... ¿cómo conocía ella su nombre?

-¡Morgana le Fay! -consiguió decir hacia el exterior.

-¿Qué importa? -su capa caía a lo largo de todo el cuerpo-. Ven, mi casa está cercana. Te aguarda una fiesta. Después... -se calló. Bajó los párpados.

-Esto no es accidente -insistió-. Esperaba que Morgana nos encontrara. Cuando pasamos junto a este lago, ella lo dispuso todo. No creo que ni mis propias acciones fueran libres.

-Oh, no temas eso. Ningún mortal de buen carácter puede ser conmovido por el encantamiento a menos que él mismo lo desee.

-Bueno, sé cómo era mi carácter en aquel momento y sospecho que, aunque no me forzaran, me impulsaron a tener la actitud mental adecuada. Muy bien. ¡Desaparece! -exclamó Holger, trazando el signo de la cruz.

El hada del agua mostró su somnolienta sonrisa. Sacudió la cabeza, moviéndola lentamente hacia atrás y adelante mientras su pelo suelto se agitaba onduladamente.

-No, demasiado tarde. Ya que estás aquí, y que tus propios deseos te han traído, no puedes escapar tan fácilmente. Su majestad de Avalon me ordenó que acechara junto a la orilla y aprovechara mi oportunidad. Tengo que mantenerte aquí hasta que ella envíe a buscarte, lo que sucederá después de la guerra que casi ha empezado -en ese momento empezó a ascender hasta ponerse horizontalmente delante del rostro de Holger. Sus delgados dedos, fuertes como alambres, se extendieron para acariciarle el cabello-. Pero también esto es verdad, lo contenta que me ha puesto a mí, Rusel, buscarte, y todo lo que me esforzará para hacer gozosa tu estancia.

Holger se apartó y movió y pisó con fuerza la arena. Se lanzó hacia arriba. Sus miembros encontraban la resistencia del agua y nadó hacia la superficie invisible. El hada del agua se deslizaba a su lado, sin esfuerzo, sonriendo. No se oponía a él, sino que le atraía.

Aparecieron ante su vista unas formas delgadas. Unas mandíbulas chasquearon ante la nariz de Holger. Miró a los ojos en blanco y el pico delgado y dentado del lucio más grande que había visto nunca. Se acercaron otros, una docena, un centenar. Uno de ellos le desgarró la mano. Sintió una punzada de dolor. Su sangre salió como humo rojo. Se detuvo. El lucio daba vueltas por todos los lados. Rusel hizo otro gesto. Se fueron, pero lentamente, permaneciendo al borde del campo de visión.

Holger volvió a descender hasta la arena. Necesitaba unos minutos para recuperar el aliento y controlar los latidos de su corazón.

El hada tomó su mano y le besó la herida. Se cerró, como si nunca hubiera existido.

-No, debéis quedaros, sir Holger -le dijo suavemente-. Me decepcionaría terriblemente que fuerais tan descortés como para iros. -Más terrible será para mí quedarme -consiguió decir.

Se echó a reír y le tomó del brazo.

-Muy pronto la reina Morgana os llamará. Entretanto, venid, consideraos un prisionero de guerra capturado honorablemente. Y yo trataré de aliviaros la estancia.

-Pero mis amigos...

-No temáis, querido. Ellos no son una amenaza para el gran propósito. Puede permitirse que regresen sin daño -y añadió con un tono malicioso-: Desde la distancia, después de que el sol que me es fatal se hundiera, vi ciertas actitudes en vuestro campamento. Me parece que la doncella-cisne pronto se consolará de vuestra pérdida. Si no es esta misma noche, con seguridad sucederá en una semana.

Holger apretó los puños. Se sentía estrangulado. Ese indigno sarraceno...

Pero Alianora estaba demasiado ocupada de sí misma para preocuparse de los halagos de Carahue. ¡Su pequeño cerebro de ave!

Rusel puso una mano sobre el cuello de Holger. Sus labios estaban cerca de los del caballero. Este pudo ver cómo se hinchaban.

-De acuerdo -dijo-. Al menos vayamos a tu casa.

-¡Qué alegría me dais, galante señor! Veréis qué golosinas os han preparado. Y qué placeres, que los zafios habitantes de la superficie no pueden soñar que se encuentren en estas profundidades, donde el peso no estorba la libertad del cuerpo.

Holger podía imaginarlo bien. Ya que había sido apresado, ¿por qué no disfrutar de ello?

-Vayamos -repitió.

Rusel movió las pestañas.

-¿No os quitaréis primero ese feo vestido?

Holger miró sus prendas empapadas y después la miró a ella. Llevó las manos al cinturón.

Pero en lugar de eso cogió la daga del duque Alfric. Un re- cuerdo destelló en él. Por un momento se quedó rígido. Después agitó la cabeza, violentamente, y dijo:

-Más tarde, en la casa. Quizá las necesite de nuevo.

-No, Morgana os vestirá con seda y armiño. Pero no anticipemos mi pena cuando os tengáis que ir. ¡Vamos!

El hada partió primero. Holger la siguió, y, en comparación con ella, parecía que se moviera como un vapor de ruedas. Ella se dio la vuelta y se echó a reír nadando en círculos a su alrededor. A veces, se lanzaba a tocar la boca de Holger con la suya, pero se liberta antes de que él pudiera cogerla.

-Pronto, pronto -prometía. El lucio nadaba detrás. Sus ojos eran como linternas oscuras detrás de las mandíbulas.

La casa de Rusel no era el palacio de coral que él casi esperaba. Aquí los muros o tejados eran inútiles. Un anillo de piedras cubiertas de hierbas que se elevaban por la corriente ocultaban la vista, formando unas cortinas verdes y marrones que se agitaban, cambiaban y ondulaban. Los

peces entraban y salían, pequeños pececillos que huían al acercarse el hada y truchas de escamas iridiscentes que con la boca le acariciaban los dedos. Al pasar a través de las hierbas, Holger sintió sobre su piel el tacto frío y viscoso.

Más allá particiones del mismo tipo indicaban una serie de grandes habitaciones. Rusel le condujo a la cámara del festín. Había allí sillas frágiles y fantasmales hechas con espinas de pez, alrededor de una mesa de piedra incrustada de conchas y nácar y sobre la que habían puesto unos platos de oro cubiertos.

-Observad, mi señor. Incluso tengo para vos vinos raros, con la ayuda de la reina Morgana -dijo, entregándole un recipiente esférico con un tubo taponado, que no se diferenciaba mucho de una bombilla sudamericana-. Tenéis que beber por aquí, para que el agua del lago no estropee sus contenidos. Pero bebed, para que nos conozcamos mejor.

Ella bebió del suyo. El vino era de una viña noble, lleno y fuerte. Ella se acercó a él, sus ventanas de la nariz se dilataron, sus labios le invitaban.

-Bienvenido - repetía-. ¿Queréis cenar ahora? O primero...

Puedo permitirme pasar aquí una noche, pensó. Notaba los latidos en las sienes. *Claro que puedo. Incluso tengo que hacerlo, para desarmar sus sospechas antes de que intente escapar.*

-Por el momento no tengo mucho hambre -dijo.

Ella emitió un ronroneo y comenzó a desatar su justillo. El empezó a juguetear de nuevo con su cinturón. Al quitárselo, ella vio la vaina vacía y la que estaba llena a un lado.

-No puede ser acero -exclamó-. Abría sentido la proximidad del hierro frío. Ah, ya veo.

Acercó la hoja para examinarla más atentamente.

-La *Daga Ardiente* -leyó-. Extraño nombre. Un trabajo de Faerie, ¿no?

-Así es, se lo gané al duque Alfric cuando lo vencí en batalla -se jactó Holger.

-No me sorprende, noble señor -dijo ella, apoyando la cabeza en el pecho de Holger-. Ningún otro hombre podía haberlo hecho, pero vos no sois otro hombre -su atención volvió a la daga-. Nunca antes he visto ese metal. Todo lo que tengo aquí abajo es de oro y de plata. No dejo de decirles a los sacerdotes bárbaros que quiero bronce, pero son tan estúpidos, incluso cuando se encuentran conscientes, por no hablar cuando están en trance profético, que nunca se les ocurre que el demonio del lago podría utilizar algo con un buen borde cortante. Tengo algunos cuchillos de pedernal de los tiempos antiguos, cuando se me ofrecieron, pero ahora ya están desgastados.

Holger quiso sujetarla, pero ella se curvó y comenzó a flotar a su lado. Necesitó de toda su voluntad para decir, con esa casualidad que estaba convencido que calaría en ella:

-Pues entonces, guarda esta hoja como recuerdo mío. -Encontraré muchas maneras de agradecéroslo, brillante señor -prometió. Iba a continuar quitándole a él las prendas, con dedos hábiles y juguetones, cuando él sacó la daga y comprobó el borde con su pulgar.

-Ahora está el filo embotado -dijo-. Déjame ir a la orilla y lo afilaré para ti.

-¡Oh, no! -la sonrisa de Rusel se volvió mueca de ave de rapiña. No estaba habituada a los seres humanos, por lo que su torpe acción podía engañarla, pero tampoco era estúpida-. Hablemos de cosas más agradables.

-Puedes sujetarme de los pies, atarme, o hacer cualquier otra cosa -dijo Holger-. Pero tengo que salir al aire para afilar este cuchillo. Este metal necesita el calor de un fuego.

Ella agitó la cabeza. Con una sonrisa humorística, él se relajó. Había sido un intento, y por el momento, teniendo a su lado a esa criatura ágil, no le preocupaba haber fracasado.

-Como desees -dijo, dejando el cuchillo y poniendo las manos en los costados de ella.

Quizá su falta de insistencia la engañó, o quizá, pensó Holger no sin una exasperada maldición interior, su destino tenía demasiado impulso para terminar allí, pero el caso es que ella dijo:

-Tengo una piedra de afilar entre mis sacrificios. ¿No servirá? Creo que estos dispositivos afilan una hoja.

-Mañana -contestó él, reprimiendo un estremecimiento.

Ella se liberó de su abrazo.

-Ahora, ahora -dijo Rusel. Sus ojos brillaban. El había observado también ese capricho lunático en las gentes de Faerie-. Venid, debéis ver mis tesoros -añadió, llevándole de la mano.

A desgana, Holger la siguió. El lucio se deslizaba por atrás. Su garganta estaba demasiado tensa para hablar, pero consiguió mantener una conversación:

-¿Decías que los bárbaros te hacen ofrendas?

-Así es -contestó con una risa burlona-. Cada primavera vienen hasta aquí para la veneración y echan al lago lo que piensan que me complacerá. A veces es así -apartó un muro vivo-. Los regalos los traigo aquí, a mi tesoro. Si no para otra cosa, las tonterías siempre sirven para una broma.

Lo primero que vio Holger fueron los huesos. Rusel debía haber pasado muchas horas disponiendo las piezas de los esqueletos en formas artísticas. Los cráneos metidos en ese enrejado tenían joyas en las cuencas oculares. Por todas partes había tazas, platos, ornamentos fruto de saqueos llevados a cabo por paganos en tierras civilizadas o productos no muy habilidosos realizados por sus propios herreros. En una esquina había un montón desordenado de objetos diversos que debió ser considerado valioso por los hombres de las tribus (si no es que simplemente se deshacían de sus objetos inútiles arrojándoselos al demonio): libros de algún monasterio arruinado por el agua, una esfera de cristal, un diente de dragón, una estatuilla rota, una muñeca de trapo infantil empapada en agua ante cuya visión a Holger le picaron un poco los ojos, y basura menos identificable tras larga inmersión. El hada escarbó en el montón con ambos brazos.

-Así que también te dan seres humanos -dijo Holger muy suavemente.

-Un joven y una doncella todos los años. En realidad no me sirven. No soy una troll ni una caníbal a la que le guste esa carne, pero ellos deben pensarlo así. Y los sacrificados llevan los más hermosos vestidos.

Rusel le miró por encima del hombro, y su mirada era tan inocente como la de un gato. No tenía alma.

Con una fuerza que no parecía pudiera tener bajo su piel blanca, sacó la piedra de afilar. El marco de madera parecía podrido, y los ajustes de bronce estaban corroídos; pero la rueda seguía respondiendo a la manivela.

-¿No son bonitas mis chucherías? -preguntó ella, haciendo un movimiento con la mano que recorrió toda la sala-. Elegid lo que deseéis. Cualquier cosa, mi señor, yo misma incluida. A pesar de los huesos, Holger se obligó a decir.

-Ocupémonos primero de la daga. ¿Puedes hacer girar la rueda?

-Tan rápido como gustéis. Dejadme probar.

La mirada de ella sugería que él podría hacer cualquier cosa. Plantó los pies en la arena y comenzó a dar vueltas a la manivela hasta que Holger sintió que se producía un vórtice en el agua. El zumbido que produjo entró en sus oídos con mayor volumen que si se estuviera emitiendo en el aire, lo mismo que el gemido que produjo el cuchillo al aplicarse a la rueda.

Los lucios se acercaron más, y sus severas cabezas apuntaban hacia el caballero.

-Más rápido, si puedes.

-¡Sí!

El metal gemía. El marco vibraba; de los cerrojos brotaban copos verdes. *¡Por Cristo, que esto aguante lo suficiente!*

Los lucios todavía se acercaron más. Mientras él tuviera un arma Rusel no pensaba darle oportunidades. Sus cachorros podrían devorarlo en tres minutos. Holger reunió el valor que le quedaba y fijó su atención en la daga. No sabía si su plan funcionaría. Pero incluso allí, bajo el lago, la hoja debía estar calentándose, y pudo ver la fina nube de polvo metálico que se iba espesando alrededor de su borde.

-¿Está ya? -preguntó Rusel jadeante. Sus cabellos se habían pegado a los hombros, los pechos y el vientre. Los ojos color ámbar le miraban ardientemente.

-Todavía no. ¡Más rápido! -apoyó todo su cuerpo contra el cuchillo.

El destello casi le cegó. El magnesio ardió en el agua. Rusel gritó. Holger cubrió su rostro con una mano y apuntó con el cuchillo a los peces. Uno de ellos se lanzó hacia su pantorrilla. El se liberó de una patada, se abrió camino entre las cortinas verdes y ascendió.

El hada daba vueltas más allá del brillo blanco azulado, más allá del alcance de los ojos confusos de Holger. Ella gritó a sus lucios. Uno se acercó. Holger ondeó la antorcha y escapó. O bien los peces no podían soportar las ondas ultravioletas o, lo que es más probable, la influencia que tenía Rusel sobre ellos desaparecía con la distancia, como toda magia, y Rusel no podía acercarse a Holger lo suficiente para lanzar sobre él a sus lobos acuáticos.

Holger movía rápidamente las piernas, y daba zarpazos con la mano libre. ¿No llegaría nunca a la superficie? Como a través de años luz, oyó que el tono del hada se volvía suave:

-Olger, Olger, ¿vas a dejarme? Irás a tu condenación en una tierra estéril. Olger, regresa. Sabes los placeres que podrías tener...

Con toda la fuerza de su voluntad, Holger seguía nadando. En ese momento estalló la rabia de ella.

-¡Entonces muere!

De pronto Holger inhaló el agua. El hechizo se había roto. Se ahogaba. Sus pulmones parecían encenderse. Casi dejó caer su antorcha de magnesio. Vio que Rusel se acercaba rodeada por la nube de lucios. La obligó a retroceder con la luz cruel, cerró la boca y nadó. Hacia arriba, hacia arriba, con la oscuridad reventándole el cerebro, la fuerza huyendo de sus músculos, pero hacia arriba.

Llegó a la superficie, tosió, escupió y llenó su pecho de aire. Una media luna llenaba el lago de una luz discontinua. Sostuvo la antorcha por abajo mientras se acercaba a la orilla gris. Se terminó en el momento en que llegaba a los juncos. Corrió tierra adentro para separarse del agua antes de desvanecerse.

El frío golpeaba sus ropas húmedas y las traspasaba. Se quedó allí tendido, castañeteando, esperando a tener energía suficiente para buscar el campamento. Pero no se sentía victorioso. Había ganado este combate, pero habría otros. Y... y... maldición, ¿por qué había tenido que escapar tan pronto?

Librodot

20

FINALMENTE, chapoteando, regresó al campamento. La piedra se elevaba del suelo como si fuera una nave negra en la noche, y las nubes teñidas por la luna que el viento movía por detrás daban la ilusión de que el barco iba ligero de peso. ¿A través de qué mares?, se preguntaba Holger. La hoguera había ardido y se había convertido en ascuas, una luz que tenía el color de la sangre coagulada. Cuando arrastrándose consiguió llegar arriba, vio los caballos unidos en una masa sombría que podría parecer un camarote en mitad de la nave. Carahue estaba de pie en la proa, mirando hacia el norte. El viento, que sonaba como si pasara a través de túnicas invisibles, hacía aletear su manto, que producía crujidos. La luz de la luna brilló sobre su sable sacado de la vaina.

Una forma pequeña y furiosa cogió a Holger por la cintura y trató de moverle.

-Señor, ¿dónde ha estado? -gritó Hugi-. Hemos estado muertos de miedo por vos. Ni una palabra ni huella más allá de la orilla del lago, hasta que retornáis empapado y apestando a lugares perversos. ¿Qué ha sucedido?

Carahue se dio la vuelta a medias, de manera que Holger captó el brillo de un ojo bajo el casco terminado en punta. Pero el sarraceno tenía puesta su atención muy lejos. Holger miró en esa dirección. Las montañas cortaban la vista de aquel valle; sin embargo, pensó haber visto algo rojo que se movía, como si en alguna parte ardiera un gran fuego. El miedo le sobrecogió.

-¿Dónde está Alianora? -preguntó de pronto.

-Se ha ido a buscaros, sir Rupert -contestó Carahue. Su tono era uniforme-. Cuando no pudimos seguirla, asumió el disfraz de cisne para mirar desde arriba. Ya habían encendido aquella hoguera de allí, y temo que se dirigiera hacia ella. En la tierra en que estamos, la reunión que se haga a su alrededor no puede ser buena.

-¿Y no la detuvisteis? -la rabia le quitó el frío a Holger. Con las piernas rígidas caminó hacia el moro-. Por los huesos de Dios...

-Os ruego que me aliviéis de esa carga, amable caballero -contestó Carahue con su voz más suave-. ¿Cómo iba a detenerla cuando nada más informarnos de su intención estaba en el aire, antes de que pudiera cogerla? -suspiró-. No es fácil detener a esa dama.

-Está perdida -gruñó Hugi-. Pero decidnos ahora dónde fuisteis... uh... Rupert -y como Holger vacilara, el enano dio una patada en el suelo y añadió-. Sí, bien sé que de alguna manera el enemigo os ha vuelto a engañar. Querríamos oír cómo fue esta vez, ya que sabemos qué hemos de esperar.

Holger sintió que perdía las fuerzas. Se sentó, se agarró a las rodillas y recitó la historia completa de cómo había sido apresado y de cómo había escapado. Hugi se tiró de la barba y murmuró:

-Vaya, así, así, sí, un hada tramposa. No soy nadie para alardear de que os lo dije, y por eso no diré una palabra sobre cómo os advertí de que éste era un mal lugar para nosotros. La próxima vez recordadlo y hacedme caso. Suelo acertar más que equivocarme, aunque mi modestia me prohíba demostrarlo con muchos relatos de mi pasado, como aquella vez en la que una manticora habitaba en la gruta de Gawyr y le dijo al joven sir Turold... Carahue ignoró el ruido de fondo que producía la historia del enano y se acercó:

-Me parece que el cumplimiento de vuestro voto tiene una importancia más que común, sir Rupert, puesto que el camino se hace tan difícil.

Holger estaba demasiado fatigado y desanimado como para eliminar las sospechas del sarraceno afirmando que todo había sido mera coincidencia. Se quitó las ropas y trató de buscar una toalla en el momento en el que un ruido en el cielo y un destello blanco le hizo romper todos los récords para volverse a poner las empapadas calzas.

Alianora aterrizó y se convirtió en humana. *Lanzó* un grito sofocado al ver a Holger, dio un paso hacia él y se reprimió. El no podía leer la expresión de su cara con el escaso brillo de los carbones; sólo era una sombra sutil bordeada de rojo.

-Así que estáis a salvo -le saludó ella, con frialdad-. Bien. Volé por el cielo, encima de las luces de ese campamento, sobre una cumbre sin vegetación y traigo noticias.

Su voz se fue desvaneciendo poco a poco. Se encogió de hombros y se dirigió hacia Carahue, como si buscara calor. Tras la barba centellearon sus dientes. Se quitó el manto y se lo puso a ella por los hombros.

-¿Qué es lo que visteis, la más valiente y más hermosa de las doncellas? -murmuró él, haciendo más movimientos de los necesarios para ajustarle la prenda.

-Se había reunido un aquelarre -dijo mirando más allá de ellos, hacia la oscuridad que fluía y gemía bajo la luna-. Nunca lo había visto como éste, pero debía ser un aquelarre. Trece hombres estaban en pie ante la hoguera que ardía delante de un gran altar de piedra, con un crucifijo enorme roto. La mayoría de los hombres eran jefes de los salvajes, a juzgar por sus plumajes y pieles. Algunos debían haber llegado allí desde el sur... y qué viejos eran, qué viejos, con gestos malignos en sus rostros, iluminados por el fuego, cuya vista casi me hace caer del aire. Más allá de la luz, donde apenas podía ver, aguardaban criaturas. Me contenta que estuvieran en la oscuridad, pues temo que lo poco que vi de ellas volverá a presentárseme en los sueños. El aquelarre miraba el altar de piedra, en donde sacrificaban... -tragó saliva y tuvo que esforzarse para que las palabras le salieran- un recién nacido, sacrificado como un cerdo. Y una negrura se estaba formando encima del altar, más alta que un hombre... Me di la vuelta y escapé. Eso sucedió hace algo más de una hora. Ni siquiera por vos volvería a bajar, y no sería posible, pues los vientos limpios han quitado parte de la cobertura que me protegía.

Se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro. Carahue se inclinó sobre ella, pero le apartó. La forma nudosa de Hugi se acercó, le puso un brazo por la espalda y la tomó de la mano. Ella se abrazó al enano. La respiración producía un sonido sibilante entre sus labios.

Carahue fue junto a Holger y le dijo sombríamente:

-Entonces es verdad lo que oí decir en Huy Braseal y lo que se había rumoreado entre los hombres desde mi retorno. Caos se arma para la guerra.

Permaneció en pie un rato más silencioso entre las sombras, antes de levantar la espada y decir:

-La última vez que estuve en la tierra, hace cientos de años, deambulé en una ocasión por estas mismas marcas. En aquellos tiempos, los montañeses también eran paganos, pero de un tipo de paganismo limpio. No veneraban diablos ni comían carne humana. Mas ahora se han corrompido, para ser los instrumentos del enemigo del hombre. Sus jefes han sido recibidos en el aquelarre y el aquelarre les da a esos jefes la orden de que conduzcan a los hombres de sus tribus contra las gentes de los valles. Quizá la reunión de esta noche sea la última de otras muchas. Los caníbales pueden empezar a reunir sus huestes mañana.

-Así lo creo -respondió Holger mecánicamente.

-Creéis muchas cosas que preferís no relatar -añadió Carahue. El sarraceno volvió a meter la espada en la vaina.

-No importa -dijo-. Ahora tenemos más necesidad de dormir que de hablar, pero en otro momento os haré algunas preguntas.

-Gracias por la advertencia -contestó Holger.

Había esperado que no podría dormir, y ciertamente su sueño no fue recuperador, pues una inquieta semiconsciencia se arrastraba con sus visiones. Se alegró cuando Hugi le despertó para su ronda de vigilancia, y todavía se alegró más cuando despuntó el día.

Tomaron sus raciones, ensillaron los caballos y se fueron. Holger no se volvió para mirar el lago, reluciente con sus vapores blancos, y pronto quedó muy atrás. El tiempo se había vuelto frío, con unas nubes grises que pasaban bajo otras de color plomo. Las montañosas pendientes que iba ascendiendo el grupo se hacían cada vez más estériles, hasta que sólo las cubrían matojos de hierbas duras y plateadas. Las cumbres rompían unos perfiles erosionados a través de un horizonte dominado al norte por una fuerte escarpadura. Alianora dijo que ésa era la que tenían que escalar, por un boquete que ella había visto desde el aire, para llegar a ia meseta. Había pasos más fáciles, pero estaban demasiado cerca de los agrupamientos salvajes. En cambio, nadie habitaba cerca de éste.

Hugi arrugó la nariz y escupió.

-Sí, es comprensible que éstos no vivan por allí -murmuró-. Cada paso adelante aumenta la peste a troll. Tu montaña puede estar llena de sus cuevas y madrigueras.

Holger lanzó una mirada al rostro turbado de Alianora, que cabalgaba entre él y Carahue.

-Hasta ahora hemos vencido a una gran variedad de seres -dijo Holger, esperando animarla-. Brujas, fariseos, un dragón, un gigante y un hombre lobo. ¿Qué es un troll entre amigos, sino una canción de Navidad?

-¿Cómo? -preguntó Alianora sorprendida y mirándole. -Claro que sí -pero descubrió que en esa lengua no podía traducirse aquella frase.

Amargamente, Hugi añadió:

-Pienso que preferiría enfrentarme a todos esos que habéis dicho que al cazador de vuestro paso. Como un carcayú para un oso, así es un troll para un gigante. Quizá no tan grande, pero fiero más allá de toda medida, astuto, y lleno de vida. Muchos gigantes han muerto a manos de mortales, de un modo u otro, pero no se sabe de ningún caballero que haya vencido jamás contra un troll.

-¿Cómo? -preguntó Carahue levantando las cejas-. ¿No les duele el hierro?

-Sí. Así es, el hierro les quemará, lo mismo que un atizador al rojo vivo le quemaría a vos, pero vos podríais vencer fácilmente a un hombre que luchara con ese arma, y recuperaros pronto de las heridas que os hiciera. Los trolls son semejantes a los ghouls, y por tanto pueden enfrentarse a la santidad si no es demasiado grande. Vuestra cruz os daría escasa ayuda si no sois un santo. Es poco más lo que sé, pues son pocos los que han visto un troll y han regresado para contar sus hábitos y costumbres.

-Sería una famosa hazaña matar uno -dijo Carahue con una nota de ambición caballeresca. Holger pensó: *Pues yo preferiría permanecer oscuro si pudiera.*

Siguieron adelante. Cerca del mediodía surgieron del desfiladero rocoso y vieron a los montañeses.

No hubo advertencia. Holger tiró de las riendas con una maldición. Su corazón latió contra sus costillas una vez, antes de perder el miedo por causa de la urgencia. Miró hacia adelante. Estimulada la curiosidad, sus ojos vieron con la plenitud de visión del rayo.

Había quizá una docena, y bajaban trotando desde el norte, por la pendiente de la montaña. Se desviaron bruscamente al verle y se aproximaron con rapidez. Sus gritos eran como los de los perros al ladrar.

El jefe era grande y flaco, llevaba la barba y el cabello amarillo en trenzas gemelas, y el rostro pintado de rayas rojas y azules. Por encima de él se elevaba un tocado de plumas y cueros de buey. Llevaba los hombros cubiertos por un manto de pieles de tejón y le colgaba de la cintura una raída falda. Pero en la mano llevaba un hacha de guerra fabricada en acero.

Los otros eran parecidos. Brillaban entre ellos las hachas, espadas y lanzas. Uno llevaba el casco inclinado y oxidado de algún caballero asesinado, y resultaba horrible ver esa cosa sin rostro encima de su cuerpo desnudo. Otro de ellos soplaba al correr un silbato de madera; las notas se asemejaban a voces lobunas.

-¡Atrás! -exclamó Carahue-. ¡Tenemos que escapar!

-No podemos -gruñó Holger-. Los hombres pueden bajar más rápido que los caballos. Y tenemos que llegar pronto a St. Grimmin.

Una jabalina se clavó unos metros delante de él.

-¡Alianora, elévate! -gritó.

-No -respondió ella. Con una mano apretó la suya.

-Podrías luchar mejor así -añadió Carahue. Holger deseó que su cerebro funcionara con esa rapidez. La chica asintió, de una patada se levantó del estribo y se transformó. El cisne se elevó con un estruendoso aletear.

El grupo guerrero se detuvo y se escuchó un grito. Varios se cubrieron los ojos.

-¡Allah akbar! -explotó Carahue-. Se aterran por la magia. Santos piadosos, quise decir.

El cisne bajó hacia los salvajes. El jefe le lanzó el hacha, cogió un arco que llevaba uno de los hombres y tiró una flecha. El cisne se desvió justo a tiempo. El jefe gritó a sus hombres unos toscos ruidos que el viento llevó débilmente hasta su presa. Se puso a dar patadas a los que habían caído al suelo hasta que se pusieron de pie.

La boca de Hugi se endureció tras la barba blanca al decir:

-Ese ha debido estar en el aquelarre. Ha visto brujerías peores que ésta. Está estimulando a los otros para que se lancen contra nosotros.

-Pero los hombres no tienen los nervios muy templados -dijo Carahue, ligeramente, como si estuviera sentado en un banquete. Cogió su arco corto, de doble curva-. Si pudiéramos hacer uno o dos trucos más... -añadió guiñando un ojo a Holger.

El danés pensó frenéticamente en juegos de salón, en pedirle al jefe caníbal que tomara una carta, cualquier carta ... ¡un momento!

-Hugi -dijo con voz entrecortada-. Enciéndeme fuego.

-¿Cómo decís?

-¡Fuego! ¡Déjate de pregunta! ¡Rápido!

Mientras Holger rellenaba la pipa, el enano sacó pedernal y acero de la bolsa del cinto. Los dedos de Holger temblaban. Cuando hubo encendido la pipa, los montañeses estaban

terriblemente cerca. Pudo ver la cicatriz en una mejilla, el hueso de una nariz; escuchó cómo los pies descalzos golpeaban el suelo, casi podía oír el aliento de los montañeses. Inspiró con furia para llenar la boca de humo.

Y espiró.

Los salvajes se detuvieron. Holger fumó hasta que los ojos le picaban y la nariz empezaba a gotear. Gracias al cielo, en ese preciso momento no había viento. Guió a Papillon con las rodillas, elevó su manto por detrás de la cabeza con ambas manos, de manera que proporcionara un telón de fondo al humo. Lentamente, cabalgó hacia los guerreros. Estos se habían quedado inmovilizados. Holger los vio temblar. Tenían las mandíbulas abiertas y los ojos desorbitados. Holger aleteó con los brazos.

-¡Buu! -gritó.

Un minuto más tarde ya no se veía a los paganos. La pendiente estaba alfombrada con las armas que habían dejado caer. Sus gritos se escuchaban desde el barranco al que se habían arrojado. Sólo el jefe mantenía su sitio. Holger sacó la espada. El jefe gruñó y echó también a correr. Carahue le disparó una flecha, pero falló.

Alianora aterrizó, se convirtió en mujer y se arrojó sobre el danés, abrazándose a su pierna.

-Ay, Holger, Holger -decía con voz sofocada. Carahue dejó caer el arco y se agarró los costados, pues el eco ya empezaba a resonar con su risa.

-¡Un genio! -decía dando alaridos-. ¡Un verdadero genio! Rupert, os amo por esto.

Holger sonrió con escasa firmeza. Simplemente había aprovechado otro extracto de la literatura, el *Connecticut Yankee,* pero no había motivos para hablar de ello. Bastaba con que hubiera funcionado.

-Pongámonos en marcha -dijo-. A lo mejor su jefe consigue instilarles un poco de valor.

Alianora subió de un salto a la silla. Tenía las mejillas enrojecidas y parecía más feliz de lo que lo había sido durante algún tiempo. Con malhumor, Hugi comentó:

-Sí, los tipos se fueron rápidamente. Pero siempre se ha dicho que son buenos luchadores. ¿Por qué iban a asustarse de una pequeña brujería? Porque últimamente han visto tantas magias, y tan horribles, que sus nervios están a punto de romperse. Eso es todo. No habrá sido la última vez que los veamos.

Holger no tenía más remedio que estar de acuerdo con aquello. Dudaba que aquel grupo le hubiera interceptado por coincidencia. Morgan tenía que haberlo ordenado, incluso a través del temible paso, desde el momento en que supo que Rusel no había sido capaz de guardar a su prisionero. Y tampoco abandonaría por causa de este fracaso. Carahue se acercó a él con su montura.

-Creo haber oído que la hermosa dama os llamaba por un nombre que yo desconozco -comentó.

-N-n-o -dijo tartamudeando, y con el rostro enrojecido-. Debéis haber oído mal.

Carahue enarcó las cejas, pues era demasiado cortés para llamarla mentirosa. Ella acercó el caballo al suyo hasta que sus rodillas se tocaron.

-Es un viaje fatigoso -murmuró Alianora-. ¿Por qué no nos alegráis el camino con algún nuevo relato de vuestras hazañas? Habéis realizado tantos hechos audaces, y los relatáis tan bien.

-Bueno, ahora... ¡Ejem! -contestó Carahue sonriendo, retorciéndose el bigote y lanzándose a un recital. La joven escuchaba con los ojos bien abiertos las más horribles hazañas, aunque suavemente descritas, que Holger había oído en su vida. Llegó un momento en que las respetuosas exclamaciones de la joven le resultaban demasiado duras al danés. Tiró con fuerza de las riendas de Papillon y empezó a cabalgar a un lado, apartado. El placer de su victoria había desaparecido.

21

LA noche les sorprendió en el paso. Resultó ser una hendidura ascendente a través de la peña, cubierta por rocas fragmentadas, por donde había fallado la montaña. Al día siguiente necesitarían horas para ascender hasta la meseta. Después, dijo Alianora, no eran demasiados los kilómetros que les separaban de su objetivo, y el recorrido se haría sencillo.

Tan sencillo como el descenso a los infiernos, pensó Holger con un estremecimiento. El ingeniero agnóstico que había en él pensaba que hasta ese momento el camino se había parecido bastante al proverbial sendero que conduce al cielo. Pero el mundo del ingeniero parecía infinitamente lejano, tanto en el tiempo como en el espacio, un sueño que había tenido una vez, y que desaparecía de su memoria, tal como les sucedía a todos los sueños.

Bajo los precipicios encontraron un prado, si es que merecía ese nombre ese trozo de suelo no totalmente desértico, y establecieron el campamento. En el centro se erguía un alto monolito. Pudo haber sido un menhir pagano, de los tiempos anteriores a que el troll que Hugi había olido llegase a vivir a alguna cueva cercana, alejando a los seres humanos. Se hizo la oscuridad. El viento se había reanudado y se fortalecía cada hora. Las llamas anaranjadas se alargaban por encima del suelo; las chispas saltaban como meteoros y con la misma rapidez desaparecían. Por encima tenían una negrura en la que la luna gibosa se veía en raros destellos, corriendo entre las monstruosas formas de las nubes. La noche estaba llena de silbidos y crujidos.

Los miembros del grupo estaban demasiado agotados como para tragar algo más que un poco de comida y envolverse en sus mantas. Hugi se encargó de la primera ronda de vigilancia, y Holger de la segunda. En aquel momento la noche era absoluta. Holger atizó el fuego, se apretujó el manto para vencer el frío y miró a sus compañeros.

El brillo hacía que sobresalieran sus figuras. Carahue dormía como un gato, con la misma tranquilidad y comodidad que aparentaba cuando estaba despierto. Hugi se había enrollado en la manta como si fuera un capullo, y sólo sobresalía de ella su nariz, que roncaba sensualmente. Holger posó la mirada en Alianora, y la dejó allí. La manta se había deslizado. Estaba de costado, con las piernas recogidas hacia arriba y las manos encima de sus pequeños pechos. Su rostro, que podía vislumbrar entre una mata de cabello, era infantil, y con el sueño había adoptado una apariencia extrañamente indefensa. Holger se agachó para arroparla. Sus labios rozaron la mejilla de la joven y ella sonrió sin despertar.

El se levantó. Sentía una pesadez más por ella que por sí mismo. Ya era bastante malo que se hubiera visto atraído por irresistibles poderes guerreros, pero odiaba pensar que ella se hubiera visto arrastrada con él, Dios sabría hasta dónde. ¿Pero qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? Golpeó la palma de una mano con el puño cerrado de la otra.

-Maldición -murmuró-. Maldición -exclamó sin saber si estaba lanzando una maldición o estaba implorando.

-Holger.

Se dio la vuelta de un salto. Ya tenía la espada en la mano. Pero sólo encontró la oscuridad, más allá de la hoguera. So- pió el viento, la hierba seca murmuró, en algún lugar gritó un búho.

-Holger.

Caminó hasta el borde del círculo encantado.

-¿Quién anda ahí? -preguntó en voz baja, a pesar de sí mismo.

-Holger -contestó la voz-. No grites. Sólo hablaré contigo.

Los latidos de su corazón se lanzaron a una carrera. Dejó caer la espada, como si se hubiera vuelto demasiado pesada para él. Morgana le Fay avanzó hasta la luz.

Esta ondeaba, pintándole a ella de rojo sobre el fondo de negrura. Las sombras acariciaban ese cuerpo dentro del largo y vacilante vestido. El fuego tocaba sus ojos y encendía en ellos pequeñas llamas.

-¿Qué quieres? -preguntó Holger.

La sonrisa de ella era lenta y hermosa.

-Tan sólo hablar contigo. Ven aquí conmigo.

-No -contestó, sacudiendo violentamente la cabeza, esperando que así se aclarara-. No hay nada que hacer. No daré un paso más allá del círculo.

-Nada tienes que temer. Al menos nada de los seres a quienes detendrían tus símbolos. Están en otra parte, preparándose para la batalla -se encogió de hombros-. Pero sea como tú quieres.

-¿Qué tienes entonces para amenazarme? -preguntó-. ¿Más caníbales?

-Aquellos a quienes encontraste hoy tenían órdenes estrictas de mantenerte vivo a toda costa -dijo ella con la mayor seriedad-. Habrías hecho mejor en entregarte a ellos. Te habrían traído hasta mí, sin daño alguno.

-¿Y mis amigos?

-¿Qué son para ti esos conocidos de sólo unas semanas? ¿Por qué has de preocuparte de ellos? En cualquier caso, querido mío, el grupo al que rechazaste hoy ha regresado con el ejército principal de su tribu. Y el jefe está loco de ra- bia por la vergüenza que dejaste caer sobre él. Ni yo ni el propio infierno podremos impedir que trate de matarte la próxima vez que te encuentre. Sólo podrá recuperar el honor comiéndose tu corazón. Vente conmigo, Holger, mientras puedas.

-¿Contigo, que has ayudado a enseñar a esos pobres salvajes a comerse hombres?

Morgana hizo una mueca.

-No hice yo eso. Ciertos aliados míos, los demonios y sus profetas, a quienes Caos ha utilizado para poner bajo nuestro control a los montañeses... ellos han predicado esa tosca religión. Que no es la que yo les habría enseñado -su sonrisa retornó-. Yo creo en la alegría, en el cumplimiento de la vida, eso es lo que te enseñé una vez y te volvería a enseñar otra, Holger.

-Tampoco ese argumento funcionará -dijo él. Miró más allá de ella, hacia la noche. Y esta vez, comprendió de pronto, sabía lo que decía. Ya no deseaba a Morgana le Fay. Cuando ella se acercó y le tomó la mano, sus dedos le produjeron la misma sensación que los de cualquier mujer. Una mujer atractiva, ciertamente, pero nada más que eso.

-No eres la persona más constante del mundo -dijo ella, todavía sonriendo-. Una vez te rebelaste contra el señor al que habías jurado lealtad, el propio Cari. Nunca había tenido un enemigo más fiero hasta que tu gran corazón puso fin a la enemistad.

-Pero sospecho que nos reconciliamos -contestó Holger, apartando la mano de ella.

Morgana miró a Alianora. Su suspiro contenía una tristeza no fingida.

-Percibo que una brujería más antigua que la mía te ha hechizado, Holger. Bueno, fue gozoso en otro tiempo. Nada podrá quitarme eso.

-En cambio tú *me* has quitado el pasado -replicó Holger con amargura-. Me convertiste de nuevo en niño y me enviaste fuera de mi universo. Y no he regresado por ti. Alguna otra cosa me trajo, algo que ninguno de nosotros entiende.

-Entonces ya sabes eso -dijo ella-. ¿Querrías saber algo más? Si lo deseas, puedo hacer que recuperes la memoria perdida.

-¿A qué precio? ¿Al mismo que quisiste la última vez?

-Por menos. No será necesario que traiciones a tus amigos de ahora. Puedo hacer que también ellos prosperen. Tu actual dirección sólo les conduciría a la destrucción, contigo.

-¿Y cómo puedo confiar en tu palabra?

-Déjame que te devuelva la memoria. Sal de ese círculo para que pueda utilizar un hechizo que disuelva la oscuridad que hay en ti. Entonces recordarás los juramentos que te atan a mí.

Holger la miró. Estaba de pie, alta y serena, salvo por el cabello oscuro que se agitaba bajo la corona. Sin embargo, Holger sintió que ella estaba tan tensa como un alambre a punto de romperse. Su boca, llena, había adelgazado, la curva de la nariz estaba dilatada, los reflejos de mego que había en sus ojos parecían enfebrecidos. Lentamente, ella me apretando los puños.

¿Por qué razón la bruja más poderosa del mundo le temía? Holger meditó en ello, allí de pie, bajo la noche ventosa, con el sueño a sus pies y la negrura por encima de la cabeza. Ella tenía poderes, sí, y los había utilizado contra él; pero él mismo poseía alguna otra fuerza, que se le oponía, y esa fuerza le decía: «Hasta allí, y no más lejos.» Todos los actos de magia que ellos habían intentado, en Avalon, en Faerie, en las tierras de los mortales, no habían conseguido detenerlo. Ahora hasta la propia belleza de Morgana se había vuelto impotente por causa de aquellos ojos grises y las trenzas morenas. Ya no tenía encantamientos que pudieran detenerle.

Desde luego, a algo que no estuviera embrujado por ella, sino que fuera sobrenatural por sí mismo, o incluso al acero frío y ordinario, él seguía siendo terriblemente mortal. -En mi mundo -dijo Holger, no sin cierta perplejidad-eres un mito. Nunca pensé que lucharías contra un mito.

-Tampoco ése es tu mundo -replicó ella-. Aquí tú también eres una leyenda. Este es tu lugar, a mi lado.

El agitó la cabeza.

-Creo que los dos mundos son míos -contestó imperturbable-. De alguna manera, tengo un lugar en ambos.

Sin embargo, la excitación crecía en él. Había estado demasiado preocupado hasta ese instante para extraer la conclusión evidente: que él mismo pertenecía al ciclo carolingio-artúrico. En algún lugar, atrás, en aquel otro cosmos (¡qué lejos estaba de esta noche y esta mujer!), él debió leer alguna vez sus propias hazañas.

Pero si era así, decidió con tristeza, el olvido lo había cubierto. Su nombre podía ser una palabra conocida en su patria; pudo haber sido su propio héroe infantil; pero el hechizo de Morgana seguía funcionando. La transición hasta ese mundo había ocultado cualquier recuerdo que hubiera tenido de las historias sobre... sobre tres corazones y tres leones.

-Me parece que al menos este mundo te gusta más -le dijo Morgana-. Ten cuidado no vayas a aparecer en el otro -dio un paso hasta acercarse a él, hasta que casi se tocaron-. Sí,

ciertamente, hay una gran hueste en ambos mundos, y tú eres el punto esencial de ambos. Te confesaré eso. Pero si sigues adelante con este loco plan, manejando poderes de los que nada sabes, lo más probable es que fracases y mueras. O quizá triunfes por azar, y te arrepientas de lo que hiciste. Abandona tu carga ahora, Holger, y habita aquí feliz eternamente. ¡Todavía tienes tiempo!

El sonrió, con escaso humor.

-No te esforzarías tanto por hacerme abandonar si no fueran mejores mis posibilidades de ganar. Supongo que sabes a lo que estoy atado. Has hecho todo lo posible por engañarme, y capturarme, y dejarme impedido. Sin duda, la próxima vez intentarás matarme. Pero pienso seguir adelante. *Qué palabras tan pomposas,* le decía su ser interior. *Cualquiera podría pensar que te las crees.*

Fatigado, supo de pronto que sólo quería la paz. Y poner fin a esta lucha en la oscuridad. Un lugar en donde ocultarse con Alianora de todos los mundos y todas sus crueldades. Pero no podía pedir un descanso. Había otros muchos que quedarían atrapados en el momento en que él se apartara del camino. No era un maldito héroe, por Judas, sino un tipo que tenía que vivir consigo mismo, ¿no?

Morgana le observó un largo momento. El viento silbaba alrededor de ambos.

-En esto hay un destino -dijo por fin, pesadamente-. Sí, veo que incluso Carahue ha retornado. Las partes del modelo se han unido. Pero no estés seguro de que el Tejedor lo completará.

De pronto las lágrimas brillaron en sus ojos. Se inclinó hacia adelante y lo besó, pero sin fuerza, casi momentáneamente, aunque él raras veces hubiera sentido mayor ternura.

-Adiós, Holger -dijo. Se dio la vuelta y desapareció de la vista.

El se quedó allí de pie, temblando por el frío. ¿Debía llamar a los otros? No, mejor dejarlos dormir, pensó vagamente. No quería hablar sobre lo que había sucedido. No era asunto de nadie.

Pasó el tiempo. La noche gritó con más tuerza. Mirando hacia arriba se liberó de su ensueño, calibrando por la luna si su turno había terminado. El cielo era un tintero nublado. No importaba. Podía seguir con la guardia. Al fin y al cabo, después de lo que había sucedido no iba a dormir. Por no hablar del ruido. Ahora estaba soplando un verdadero vendaval, que hacía entrechocar las piedras, y crujir el metal...

¡Hay!

Apareció ante él el jefe caníbal. Más allá, destellaron las puntas de las lanzas. Debía haber cien hombres, o más, debían haber estado escondidos en el paso, y ahora Morgana los había enviado para... -¡Despertad! ¡Despertad, ya vienen!

De un salto Hugi, Alianora y Carahue se pusieron en pie. El sarraceno tenía la espada en la mano. Saltó hacia el caballo, alarmado, y arrancó las riendas del poste en donde estaban atadas. La joven saltó a su montura. Dos montañeses gritaron y se lanzaron sobre ella. Uno de ellos con una espada. Hugi se metió entre sus piernas, como un huracán pequeño y moreno. Cayeron al suelo. Holger se lanzó sobre otro. Su espada se elevó y cayó. Un cráneo se abrió horriblemente.

Cuando el cuerpo cayó sobre él lo lanzó hacia atrás con tanta fuerza que derribó al siguiente hombre. Una lanza rozó su cota de malla. Lanzó un hachazo al rostro del jefe. Oscuro bajo la luz del fuego, le sonrieron unos dientes limados. Unos brazos se cerraron alrededor de su cuello. Dio una patada hacia atrás sirviéndose de sus espuelas. El salvaje gritó y le soltó.

Holger retrocedió hasta que tuvo el menhir a sus espaldas. Un hombre alto, que llevaba un dragón pintado en el estómago, dio un salto hacia adelante, para atacarle. Holger dio un corte

lateral y la cabeza del hombre cayó de sus hombros. Un círculo de enemigos se aproximó presionándole. Más allá de sus plumas y cuernos, vio a Carahue montado, batiéndose con su sable. Papillon cojeaba, mordía, piafaba; las crines y la cola volaban como llamas negras.

Un montañés se levantó poniéndose vientre con vientre con Holger. Había conseguido deslizarse bajo la guardia del danés. Lanzó hacia arriba la daga que llevaba en la mano. Consiguió atajar la cuchillada con el brazo izquierdo. Hugi apareció entonces bajo el salvaje, le cogió de los tobillos y lo derribó. Hombre y enano rodaron, gruñendo.

El jefe estaba inmediatamente detrás. Haciendo un ruido estruendoso, golpeó con el hacha el casco de Holger. Este se sacudió y se oyó a sí mismo quejarse: «Por Dios y por San Jorge.» El jefe se echó a reír y golpeó de nuevo. De alguna manera, Holger paraba los golpes. Casi todos. Otros golpeaban su casco y cota de mallas. Retrocedió. Otros dos hombres llegaron corriendo por los costados. Carahue apareció ante ellos. La hoja del sarraceno silbó. Un pagano se agarró el brazo, y se quedó mirando hacia delante, estúpidamente, mientras el brazo se le quedaba en la mano, cayendo después de rodillas. Holger dio un golpe bajo y alcanzó la pierna del otro, que dio unos tumbos hacia atrás. El jefe se dio la vuelta para enfrentarse a Carahue con el hacha. Entrechocaron maldiciéndose.

El caballo de Alianora relinchó. Desjarretado, cayó a tierra. El cisne blanco levantó el vuelo, pero volvió a bajar atacando a los ojos de los enemigos. Holger sollozó para que le entrara aire en los pulmones. Alguien lanzó una orden. Varias lanzas cayeron a su alrededor y olvidó que estaba herido y agotado. Cargó contra los enemigos. Su espada caía como una guadaña. Levantando las patas traseras, Papillon parecía inmenso, y dejándolas caer machacaba los cerebros con unos relinchos que superaban los gritos de guerra. Hombre y caballo esparcieron al grupo de lanzadores de jabalina y volvieron junto a la piedra.

Hugi se levantó de un cuerpo que había quedado tendido, se sacudió las manos y se unió a ellos. Alianora volvió a convertirse en mujer, en el mismo lugar. Un momento más tarde llegaba Carahue, al trote. Holger puso un pie en el estribo y montó en Papillon. Un salvaje se lanzó hacia él. Holger le dio una patada en los dientes. Agachándose, se puso el escudo en el brazo. Extendió la mano de la espada para ayudar a Alianora a subir tras él. Carahue le dejó sitio a Hugi. Los dos caballeros se miraron el uno al otro, asintieron y cabalgaron hacia la batalla.

Durante unos minutos todo fueron cuchilladas y tajos. Luego, de repente, el enemigo había desaparecido. Jadeantes, Holger y Carahue regresaron junto al menhir. Sus espadas estaban rojizas. La sangre manchaba las ropas, los brazos y los rostros. La luz del fuego alumbraba charcos de sangre en el suelo. Había cuerpos yacentes, algunos de ellos se movían y gemían, otros estaban totalmente inmóviles. Los montañeses se habían retirado a unos matorrales situados al borde del campo de visión; sólo podían ver realmente sus armas. Holger reconoció al jefe, que había perdido el casco de guerra y tenía el cuero cabelludo lacerado. El jefe se levantó y fue cojeando hacia sus hombres.

Carahue exhibió una gran sonrisa.

- ¡Noblemente hecho, noblemente! -exclamó jadeante-. Por la mano del profeta... del profeta Jesús, sir Rupert, ¡creo que sólo un hombre en el mundo puede luchar como vos lo habéis hecho!

-Pues vos no vais a la zaga -le contestó Holger-. Aunque me hubiera gustado que hubierais podido terminar con su jefe. Conseguirá que nos ataquen en un momento.

-Las flechas terminarán con nosotros -intervino Hugi-. De haber sido más listo, esos bobos ya nos habrían agujereado.

Holger miró hacia atrás, a Alianora. La sangre corría en el brazo izquierdo de ésta. El miedo que le asaltó al caballero fue horrible.

-¿Estás herida? -preguntó con una voz tan aguda como la de una mujer.

-No, no es nada -contestó ella, sonriendo con unos labios temblorosos-. Un dardo me rozó.

Holger miró la herida. Bastante fea en una situación ordinaria, habría dicho; pero no mucho considerando las circunstancias presentes. Sus huesos parecieron fundirse.

-Construiré una capilla... a San Sebastián... por esto -susurró.

Las manos de Alianora se cerraron en la cintura de Holger.

-Hay una manera mejor de mostrar tu alegría -le dijo ella en voz baja, cerca de su oído.

Carahue les interrumpió bruscamente.

-No podremos construir nada si no escapamos pronto. Si nos lanzamos colina abajo, Rupert, podremos eludir la persecución.

La suavidad de Holger se congeló. -No -dijo-. No podemos hacerlo. Este es el camino a San Grimmin. Los otros pasos están obstruidos, yeso si tenemos tiempo para buscarlos. Tenemos que cruzar por aquí.

-¿Directamente por enmedio de ellos? -preguntó el sarraceno-. ¿Hemos de subir esa montaña cubierta de guijarros en la oscuridad, mientras nos atacan cien guerreros? Me parece que habéis perdido el seso.

-Podéis subir si lo deseáis -dijo Holger con fría determinación-. He de llegar a la iglesia esta noche.

Hugi se le quedó mirando fijamente y Holger se sintió inquieto bajo esos pequeños ojos, hasta que dijo:

-Bien, ¿qué importa? Probablemente muramos en el paso. Lo sé. Escapa con Carahue. Iré solo.

-Ni hablar -contestó Hugi.

Permanecieron tan inmóviles que Holger podía oír cómo le corría la sangre por las venas. El enano habló en voz baja, pero con dureza:

-Queréis hacer una locura de caballero, pero yo puedo ayudaros. Bien sabéis que no podemos cruzar ese paso. Pero hay otro camino por el que no nos seguirán. Puedo oler el camino hasta la madriguera del troll. La nariz me dice que no está muy lejos. Seguramente tiene más de un conducto que cruza los montes; y quizá esté fuera, o dormido, o lejos dentro de sus túneles y no se dé cuenta de nosotros. Es una posibilidad horrible, pero creo que la única. ¿Qué decís? ¿Os parece demasiado para llegar a la iglesia encantada?

Holger escuchó un jadeo a su espalda.

-Carahue -dijo-. Tomad a Alianora y ved si podéis ponerla a salvo. Hugi y yo iremos por ese agujero del troll...

La joven se abrazó a su cintura.

-No -dijo enfadada-. No te librarás de mí tan fácilmente. Yo también voy.

-Y yo -añadió Carahue después de tragar saliva-. Nunca he dicho que no a una aventura.

-¡Por las barbas! -bufó Hugi-. Vuestros huesos acabarán esparcidos en la guarida del troll. No seréis los primeros dos caballeros que mueran porque tenían tanto orgullo que no les quedaba sitio para la sesera. Lo único que me apena es que arrastréis con vosotros a la doncella-cisne. ¡Y ahora, dispuestos a galopar!

22

CARAHUE iba el primero, llevando a Hugi como guía. La yegua hacía un gran ruido. Por un momento, Holger pudo ver las cintas rojas y azules entrelazadas en su cola. Luego los músculos de Papillon se pusieron tensos entre sus rodillas.

Dirigiéndose hacia el este por la escarpadura, tenían que pasar junto al enemigo. Oyeron un aullido. Holger vio que una lanza venía desde la izquierda. La vio girar en el aire y formar un arco hacia abajo. Levantó su escudo y la lanza rebotó. Un instante después, tres flechas se clavaban sólidamente en el marco de madera.

Aceleró hacia la oscuridad, lejos de la hoguera. La yegua blanca y las prendas blancas sueltas de Alianora formaban una mancha que podía distinguirse de las sombras. Papillon tropezó. Las chispas indicaban el lugar en el que los cascos de los caballos golpeaban el pedernal. Los animales tuvieron que reducir obligatoriamente su carrera. Por ambos lados y por arriba Holger estaba cegado. No sabía si su imaginación o sus sentidos le indicaban los riscos que quedaban a la izquierda. Sentía el peso de éstos por encima, abrumadoramente, como si estuviera ya enterrado debajo.

Al echar una mirada hacia atrás, pudo ver al jefe de los montañeses. El hombre de la capa de tejón había cogido una ama de la hoguera. La sacudió por encima de su cabeza, hasta que prendieron las llamas, y se quedó allí bajo los colores rojizo y amarillento. Lanzando un grito a sus guerreros, levantó el hacha y se lanzó en su persecución.

Se acercó rápidamente a los caballos. Holger vislumbró que otros le seguían, aunque no con tanta ansia. Pero su atención estaba centrada en ese hombre. El jefe se acercó por el lado izquierdo, donde la espada del caballero no le podía alanzar. Se abalanzó y golpeó la cubierta de fieltro de Papión. El semental resbaló, derribando casi a sus jinetes. Holger le dio la vuelta para hacer frente al siguiente ataque.

Si me quedo aquí un minuto más, todos ellos me rodearán, pensó el danés.

-¡Aguanta, Alianora! -se inclinó hacia adelante y atacó a u oponente. Este detuvo el golpe con el hacha. Con agilidad, el caníbal retrocedió. El rostro pintado de barba trénzala se burló de Holger.

Pero la antorcha que llevaba en la mano izquierda estaba d alcance de la espada. Holger se lanzó contra el pecho del montañés. El salvaje lanzó un ladrido de dolor. Antes de que pudiera recuperarse, Holger estaba lo bastante cerca como para golpear de nuevo. Y esta vez el acero encontró la carne. El jefe cayó.

Valiente bastardo, pensó Holger. Espoleó a Papillon para que siguiera a Carahue. El encuentro sólo había durado unos segundos.

Siguieron moviéndose interminablemente. El enemigo los seguía, no atreviéndose a encontrarse con ellos. Las flechas silbaban en la oscuridad. Se escuchaban gritos.

-Pronto se unirán y se acercarán a nosotros -dijo Carahue por encima del hombro.

-No lo creo así -contestó Alianora-. ¿No lo oléis?

Holger abrió las ventanas de su nariz. El viento le daba en el rostro. Podía *oírlo,* y sentir cómo movía sus ropas. Sintió lo helado que era. Nada más. -¡Uffl -exclamó Carahue un momento más tarde- ¿Es eso lo que huelo?

Alguien gimió en la noche, por atrás. La nariz de Holger, menos eficaz por causa del tabaco, fue la última en captar el olor. Pero para entonces los caníbales habían abandonado la persecución. Sin duda se quedarían por allí para asegurarse a la mañana siguiente de que los enemigos no daban la vuelta y bajaban por la colina; pero no pensaban seguir adelante en esa dirección.

Si es posible describir un olor como espeso y frío, así es como habría que hacerlo con el del troll. Cuando Holger llegó a la entrada de la cueva, se tuvo que tapar la nariz.

Tiró de las riendas. De un salto, Alianora bajó al suelo.

-Tenemos que coger ramas para antorchas, para alumbrar el camino -explicó-. Hay ramas secas por aquí, posiblemente traídas en montones en la bestia para hacerse el nido.

En un momento había recogido varias, que Hugi encendió utilizando el acero y el pedernal. Cuando crecieron las llamas, Holger vio un agujero de tres metros en la pared de la roca. Más allá se abría la oscuridad.

Carahue y él desmontaron. Dieron los caballos a Alianora para que los condujera desde atrás. Ellos se pusieron al frente, con Hugi como portador de la antorcha.

-Bien -dijo el danés inútilmente-. Aquí estamos.

Sentía la lengua seca.

-Me gustaría volver a ver las estrellas -comentó Alianora. El viento se llevó sus palabras. Hugi le apretó la mano.

-En marcha -dijo Carahue-. ¿Suponéis que nos encontraremos con el troll? Nuestras espadas lo cortarán en jirones. No tenemos que asustarnos por cuentos de viejas.

Cabalgó a paso vivo hasta la entrada de la cueva y penetró por ella.

Holger le siguió, sintiendo la pesadez de la espada en la mano derecha y el escudo en el brazo izquierdo. Sentía el sudor goteando bajo su cota de malla, produciéndole una picazón que no se podía rascar, y dolores apagados en donde harían caído los golpes. El aire de la cueva estaba lleno de olor troll y a carroña. Las llamas de la antorcha danzaban, mentaban y volvían a avivarse, agitando las sombras de los muros. Holger habría jurado que algunas de las formaciones de sombras eran rostros que le miraban. El suelo estaba cubierto de piedras que acuchillaban los dedos de los pies. Precavidamente, Alianora siguió recogiendo trozos de madera y paja entre los huesos de animales esparcidos por el camino. El ruido más fuerte era el de los cascos de los caballos, un agudo golpeteo que era seguido por el eco. Holger tenía cada vez más la sensación de que las paredes se apretaban hacia el interior.

Al final de la cueva habían excavado un túnel de algo menos de tres metros de altura, y no mucho más ancho, lo que obligó a Holger y Carahue a aproximarse. Holger procuró no pensar si el troll lo habría excavado con las manos. En una o los ocasiones sus pies chocaron con lo que podía reconocerse como restos de cráneos humanos. Tras recorrer varias bajadas del túnel, perdió el sentido del equilibrio y sólo sabía que descendían, interminablemente, hacia las tripas de la tierra. Sofocó un deseo de gritar.

El pasillo desembocaba en una caverna ligeramente más grande. En el extremo opuesto se abrían otros tres agujeros, Hugi hizo una seña a sus compañeros y deambuló por allí,

desconcertado. La antorcha resaltaba las prominencias de su rostro y pintaba detrás su sombra, como si fuera algo negro y grotesco que fuera a comérselo.

Estudió la llama, que se había vuelto amarillenta y echaba mucho humo; humedeció el pulgar y lo puso en varias direcciones; se agachó para oler el suelo. Finalmente, miró hacia a salida de la izquierda.

-Esta es -gruñó.

-No -replicó Holger-. ¿No te das cuenta de que el suelo desciende en esa dirección.

-No, no es así. No arméis tanto alboroto. -¡Te digo que estás chiflado! -protestó Holger-. Cualquier estúpido...

Hugi le miró con el ceño fruncido.

-Cualquier estúpido puede seguir sus caprichos -terminó el enano-. Quizá tengáis razón. No puedo decirlo con seguridad. Pero opino que éste es el túnel, y sé más de madrigueras que vos. ¿Estáis dispuesto a seguir?

Holger tragó saliva.

-De acuerdo -dijo-. Lo siento. Sigamos.

El espectro de una sonrisa levantó los bigotes de Hugi.

-Buen muchacho -dijo, entrando al trote por el pasillo que había elegido. Los demás le siguieron.

Enseguida cogieron un camino inequívocamente ascendente. Holger no dijo nada cuando Hugi pasó junto a varios agujeros sin ni siquiera mirarlos. Pero cuando llegó a otra triple elección, el enano se quedó deliberando unos minutos. Al final, turbado, dijo:

-Por lo que parece, debemos coger el del centro. Aunque creo que la peste a troll es más fuerte en él.

-¿Acaso eso importa algo? -preguntó Carahue irónicamente.

-A lo mejor su nido está en esa dirección -susurró Alianora. Uno de los caballos resopló: en ese espacio estrecho y resonante, el ruido que produjo fue fantasmal-. ¿No se puede rodear por ninguna parte?

-Es posible -contestó Hugi dubitativamente-. Aunque sería un rodeo muy largo.

-Y tenemos que llegar pronto a la iglesia -intervino Holger.

-¿Por qué? -preguntó Carahue.

-Eso no importa ahora -contestó Holger-. ¿Creéis mi palabra?

No era ése el lugar apropiado para detenerse a explicar la complicada verdad, por muy fiel que el sarraceno hubiera demostrado ser. Pero el hecho evidente era que la espada Cortana resultaba decisiva. El enemigo no se habría esforzado tanto para bloquear esa búsqueda de no haber sido sí.

Morgana podría haber llegado a la iglesia antes que él sin problemas. Pero no debía ser capaz de llevarse el arma a otra arte. Sin duda era demasiado pesada para su fuerza natural, demasiado santa para sus hechizos. Necesitaría ayuda humana, como lo había necesitado cuando robó por primera vez Cortana. Pero los paganos estaban demasiado asustados por la iglesia de San Grimmin para acercarse a ella, incluso aunque Morgana se lo mandara; y sus hombres de otras pares del mundo estaban demasiado atareados preparando el ataque al Imperio.

Sin embargo, si tenía suficiente tiempo podría encontrar a alguien. O... más probablemente... podría invocar a los poderes que interceptarían a Holger en su camino. Hasta ahora había tenido más suerte de la que se merecía; pero sabía perfectamente que no podría seguir abriéndose camino así a través de los aliados de Morgana. Sólo un santo podría conseguirlo, y él estaba muy lejos de la santidad.

Tenía que darse prisa.

Carahue posó gravemente su mirada en él antes de decir:

-Como deseéis, amigo mío. Tomemos entonces el canino más recto.

Hugi se encogió de hombros y abrió la marcha. El agujero se retorcía, se elevaba, se hundía, volvía a elevarse, se esquinaba, se estrechaba, para volver a ensancharse y a estrecharse otra vez. Las pisadas del grupo parecían tamborileos. Como si estuvieran anunciando: *Aquí, aquí estamos, troll, aquí. Aquí, aquí, aquí estamos.*

Cuando las paredes de la roca se cerraron tanto que les rozaban los hombros, Holger se encontró detrás de Hugi, con Carahue a su espalda y Alianora guiando los caballos junto a la espalda del sarraceno. Ante sus ojos sólo podía ver los chisporroteos de la antorcha. Oyó murmurar a Carahue:

-El más grave de mis pecados es haber permitido a tan dulce doncella entrar en un lugar tan horrible. Dios no me lo perdonará.

-Lo haré yo por él -respondió ella en voz baja.

Carahue sofocó una risa.

-¡Bueno! ¡Con eso basta! Y al fin y al cabo, dama mía, ¿quién necesita el sol, la luna o las estrellas cuando vos estáis presente?

-No, os lo suplico, no debemos hablar.

-Entonces pensaré. Tendré pensamientos de belleza, de gracia, de suavidad y encanto; en resumen, pensaré en Alianora.

-Ay, Carahue...

Holger se mordió los labios hasta que sintió dolor.

-Guardad silencio -les reprendió Hugi-. Nos acercamos a su madriguera.

El túnel terminaba. La luz de la antorcha no se extendía más allá de la caverna. Holger había confundido las visiones de los muros curvándose hacia arriba perdiéndoles en una oscuridad móvil. El suelo estaba lleno de ramas, hojas, paja y huesos: por todas partes había huesos roídos. La peste a muerte le superó. Vomitó.

^¡Silencio! -ordenó Hugi-. ¿Creéis que me gusta este lugar? Quedaos donde estáis. Hay muchas salidas en el otro lado.

El alfombrado crujía bajo sus pies, más fuerte a cada paso. Holger se tambaleaba mareado. Tropezó con un leño. Una rama le arañó el cuello, como si buscara sus ojos. Un mentón humano se deshizo cuando lo pisó. Oía que los caballos se hundían bajo su peso, sacudiéndose indignados.

La antorcha se avivó. En ese mismo momento, Holger sintió una corriente fría.

-¡No estamos muy lejos de la salida! -exclamó Hugi.

«No», repitió el eco. «Nooo.»

El troll se movió bajo las hojas muertas.

Alianora gritó. Holger pensó que hasta entonces nunca había escuchado en su voz un miedo auténtico. -Dios tenga piedad de nosotros -dijo en voz baja Carahue. Hugi se agachó y gruñó. A Holger se le cayó la espada, se gachó para recogerla y volvió a caérsele de nuevo porque mía las manos cubiertas de sudor.

El troll se acercó arrastrando los pies. Debía tener más de dos metros de altura, bastante más. Iba inclinado hacia el frente, con los brazos colgándole junto a las gruesas patas, terminadas en unos pies con garras, aunque era difícil saberse con seguridad. Su piel verde, sin pelo, se movía encima del cuerpo. Su cabeza tenía una raja como boca, una larga nariz y los ojos que eran como dos agujeros negros, sin pupilas ni parte blanca, unos ojos que se bebían la débil luz de la antor-ha sin devolver ni un sólo brillo.

-Hu-u-u -dijo, sonriendo y extendiendo la mano.

Carahue gritó. El sable destelló. Golpeó con sonido de carnicero. De la herida se elevó humo. Pero la sonrisa del troll no se alteró. Extendió la otra mano hacia Carahue. Holger sujetó la espada y le atacó ese brazo.

El troll le golpeó. Pero Holger detuvo el golpe con el escudo. La madera de éste se agrietó. Holger trastabilló en la podredumbre del suelo. Un momento después estaba acosado, esforzándose por respirar. La yegua de Carahue relinchó aterrorizada y se desbocó. Alianora tiró de las riendas, eso fue todo lo que vio Holger antes de ponerse de nuevo en pie. Dirigió entonces su mirada hacia Carahue.

El sarraceno bailaba sobre el nido. Aunque parecía increíble, conseguía mantener su equilibrio en esa maraña. Esquivaba cada torpe embestida del troll, sin dejar descansar su espada. Este silbaba y vociferaba confusamente, tras su sonrisa. Pero cada golpe penetraba más en la carne verde. El troll gruñía. Y Carahue seguía buscando fría y cuidadosamente la muñeca adecuada.

Hasta que con un golpe final le cortó esa mano.

-¡A por la otra! -dijo, riendo en voz alta-. ¡Ilumínanos, Hugi!

El enano había dejado erguida la antorcha entre dos ra- mas y ahora trataba de ayudar a Alianora a controlar la yegua. Papillon marchaba en círculos, buscado una oportunidad de ayudar.

El semental aprovechó su oportunidad cuando el troll se echó hacia la izquierda ante Carahue. Corrió desde atrás y dejó caer los cascos delanteros con terrible furia sobre las anchas espaldas de la bestia. El troll cayó hacia adelante. Papillon se levantó a su tremenda altura y se dejó caer de nuevo. Machacó la cabeza del troll.

-Por el cielo piadoso -exclamó Carahue jadeante. Se santiguó. Volviéndose hacia Holger, le dijo alegremente-: No estuvo mal, ¿verdad?

Holger miró su escudo destrozado.

-No -contestó con voz de arrepentimiento-. Sólo mi actuación estuvo mal.

La yegua seguía inquieta, aunque se había calmado lo suficiente como para dejar que Alianora le acariciara el cuello.

-Vamos, salgamos de aquí -dijo Hugi-. Este hedor va a acabar con mi nariz.

Holger asintió.

-La salida no debe estar lejos... *Jesucristo!*

Librodot

Como una enorme araña verde, la mano cortada del troll empezó a correr sobre sus dedos. Recorrió el suelo, se subió por un leño enganchándose a la corteza y bajó de nuevo, hasta encontrar la muñeca cortada. Y allí creció rápidamente. La cabeza machacada del troll se rehizo. Este volvió a ponerse en pie y les sonrió. La débil antorcha iluminó sus colmillos rojizos.

Se lanzó hacia Holger. Por un breve momento, el danés deseo huir. Pero no había ningún lugar por donde hacerlo. Escupió en el suelo y levantó la espada. Cuando el troll se dirigía hacia él, la dejó caer con todas sus fuerzas. Una y otra vez, su brazo, fuerte como un roble, movía la espada. El hierro resonaba en la oscuridad. Brotaba una sangre verde y helada, que se volvía negra con el humo de esa carne innatural. La espada parecía brillar. Cortó el brazo de la bestia por el hombro. Rodó sobre las hojas, se sacudió y empezó a buscar el camino de regreso. Carahue atacaba por el lado derecho, el sable se metía en las costillas del troll. Pero los trozos que cortaban, con un ruido de succión, se arrastraban hacia su sueño. Papillon se ponía de manos y golpeaba con los cascos delanteros. El troll tenía desgarrada la mitad del rostro. Bajó las mandíbulas hacia el semental y le mordió el tobillo. Este relinchó. El troll le golpeó en el costado con la mano que le quedaba. Brotó la sangre. Carahue se metió en medio de otro golpe, en su vientre cubierto por la armadura, cayó al suelo con estrépito y no volvió a levantarse.

¡Verdaderamente no podemos matarlo!, pensó Holger. Q*ué lugar para morir.*

-¡Vete de aquí, Alianora!

-No -exclamó, cogiendo la antorcha y acercándose a Papillon, que estaba enloquecido por el dolor en la pata-. Lo haré por ti -gritó ella-. Aguanta y te liberará.

El troll cogió el brazo izquierdo y volvió a colocárselo. La mitad de su rostro parecía seguir riendo. Holger golpeaba una y otra vez, abriendo heridas profundas, pero éstas se cerraban enseguida. Tropezó hacia atrás. Por encima del hombro del troll vio a Alianora meterse bajo las pezuñas de Papillon, coger al semental por la brida y lograr que se detuviera. Se arrodilló para tratar de soltarle las mandíbulas del troll, que se habían desprendido y estaban clavadas en él.

Cuando se acercó su antorcha, soltaron el bocado. Sorprendida, se hizo a un lado. El troll lanzó un grito. Apartándose de Holger, buscó los huesos, los cogió y se los puso en a cabeza. Sus dientes entrechocaban cuando se dio la vuelta para dirigirse otra vez hacia el danés.

Alianora gritó con fuerza. Le golpeó la espalda con la antorcha. El troll lanzó un grito y cayó a cuatro patas. La piel quemada no se curaba.

Entonces, Holger lo comprendió.

-¡Un fuego! -gritó con estruendo-. ¡Encended un fuego! ¡Quemad a la bestia! Alianora metió la antorcha en un montón de paja. Esta se encendió. El humo le picaba a Holger en la nariz... era un humo limpio, pensó locamente, llamas limpias, que quemaban la peste a tumba que le rodeaba. Fortaleció su posición y atacó.

Le cortó una mano al troll por la muñeca, que por la fuerza del tajo recorrió la mitad de la caverna. Alianora se lanzó sobre ella. Aunque la tenía cogida, aquella cosa se agitaba, unos dedos parecidos a gusanos verdes trataban de liberarse clavándose en ella. Alianora la lanzó al fuego. Por un momento, la mano siguió sacudiéndose, clavando incluso las garras en las llamas. Pero enseguida se puso negra. Al morir, el fuego se la tragó.

El troll gritaba. Utilizaba su brazo mutilado como si fuera un mazo. A Holger se le cayó la espada de las manos. Se agachó para cogerla. El troll se lanzó encima de él. Por un momento estuvo bajo esa masa, sin poder respirar. Papillon atacó y el monstruo se retiró.

Dando traspiés, Carahue se levantó y reemprendió la lucha. Papillon derribó al troll. Carahue comenzó a golpear una pata, una y otra vez. Cuando la cortó, Alianora la cogió con los

brazos. El fuego estaba prendiendo ahora en la madera. La grieta se había convertido en un fuelle; llenaba la cueva de luz. Necesitó de toda su fuerza pero consiguió empujar la pata entre los carbones.

Holger se dio la vuelta. Una mano se había agarrado a su tobillo... la otra mano que había cortado Carahue. Se la quitó y la arrojó al fuego. De alguna manera cayó en un claro y se arrastró a lugar seguro, bajo un leño. Hugi se lanzó por ella. El enano y la mano rodaron juntos.

El troll perdió la cabeza. Se movía y babeaba mientras Holger le atacaba con la espada. La arrojó a las llamas. Rodó, ardiendo y extendiendo las llamas, hacia Alianora. Holger volvió a atacarla. Despreocupándose de lo que le sucedería al temple de su espada, la ensartó sobre el fuego hasta que se consumió. Quedaba el torso. Era una terrible tarea cuando Holger y tararme le hicieron rodar, aunque fuera tan pesado como el mundo entero, hacia el horno de la cueva, mientras el torso trataba de librarse, utilizando sus tripas como si fueran serpientes. Después, Holger no pudo recordar claramente lo que había sucedido, pero consiguieron quemarlo.

Lo último que vieron sus ojos fue la mano rojiza como las propias llamas que Hugi arrojó al fuego, para destruirla. Se dejó caer entonces al fuego y se quedó inmóvil.

Alianora acudió junto a él.

-Está malherido -gritó. Holger apenas podía oírla entre a conflagración. El calor y el humo le mareaban y le impelían pensar-. ¡Hugi, Hugi!

-Será mejor que escapemos antes de que todo el lugar se convierta en un caldero de fuego -jadeó Carahue junto al oído de Holger-. Veamos cómo sale el humo del túnel. Ese era nuestro camino. Que ella lleve al enano y vos ayudadme con este torpe caballo mío.

De alguna manera consiguieron tranquilizar al animal. De alguna manera se abrieron camino por un pasillo en el que cada respiración resultaba dolorosa. Pero llegaron al aire libre.

23

ESTABAN sobre el risco, comprendió sorprendido Holger. No sabía cuánto tiempo habían permanecido en el subterráneo, pero la luna se dirigía hacia el oeste.

¿La luna? Sí. Sí, las nubes se estaban deshaciendo por el fuerte viento. El viento silbaba sobre una llanura de hierbas rígidas, en la que de vez en cuando había un árbol sin hojas, todo grisáceo bajo la pálida luz de la luna y las luces implacables de las estrellas. Holger no podía ver el humo que salía de la caverna del troll; el viento lo había esparcido rápidamente. Hacia el sur, muy cerca, la ondulación terminaba en el borde del risco, y más allá no se veía nada salvo la oscuridad, como si estuviera de pie al borde de la creación. Hacia el norte, creyó ver unas montañas que se encumbraban hacia el cielo, un destello de glaciares, pero no estaba seguro. El frío lo caló hasta los tuétanos.

Cojeando, Carahue se aproximó a él. Holger se preguntó si su aspecto sería tan malo como el del sarraceno, desgarrado, cubierto de sangre, negro como el humo, con un casco mellado y unas ropas desgarradas, llevando una espada ruinosa. En ese momento la luz se oscureció. Una nube se tragó la luna y ya no pudo ver nada.

-¿Estamos todos? -gruñó. Carahue respondió en voz tan baja que el crujido de las hierbas cercanas enterró su voz.

-Me temo que el hombrecito salió mal parado.

-No -dijo con los restos de un bajo gruñido-. Todavía estoy aquí.

La luna se liberó de nuevo. Holger se arrodilló junto a Alianora. Esta acunaba en su regazo la cabeza de Hugi. La sangre le brotaba por un lado, con un flujo uniforme, cuando Holger la vio.

-Hugi -susurró ella-. No puedes morir. No es posible.

-No, no te apenes -murmuró-. Habéis pagado un alto precio por mí.

Holger se agachó. Bajo la luz blanca e irreal de la luna, el rostro que contempló parecía tallado en una vieja y oscura madera. Sólo la barba, agitada por el viento, y algunas burbujas de sangre en los labios, seguían moviéndose. Vio que la herida no podía cerrarse. Era demasiado grande para un cuerpo tan pequeño.

Hugi extendió una mano y palmeó la de Alianora.

-No llores -susurró-. Hay unas cincuenta mujeres de mi raza que tienen motivo para gemir. Pero siempre has sido tú a la que más hemos amado -movió la mano en el aire-. Te daría algún buen consejo si pudiera. Pero el ruido que hay en mi cabeza es demasiado grande.

Holger se quitó el casco y comenzó a recitar *el Aventaría* No podía hacer ninguna otra cosa y quizá ninguna fuera mejor en esa montaña fría barrida por el viento. Pidió que trataran bien al alma de Hugi. Y, cuando el enano murió, Holger le cerró los ojos y le hizo la señal de la cruz.

Levantándose, dejó sola a Alianora mientras Carahue y él abrían una tumba de escasa superficie con sus espadas. Después amontonaron unas rocas encima y clavaron la daga de Hugi en el montículo con la empuñadura hacia arriba. A unos kilómetros, los lobos aullaron. Holger esperó que no encontraran la tumba. Finalmente, se curaron sus propias heridas lo mejor que pudieron. -Hemos tenido fuertes pérdidas -dijo Carahue. La fatiga había acabado con su alegría-.

No sólo a nuestro amigo, sino también un caballo, y la muía de los equipajes. Nuestras espadas no son sino mazos de hierro sin filo, y las cotas de malla están destrozadas. Alianora no puede volar hasta que su ala... hasta que su brazo se cure.

Holger miró la tierra grisácea. El viento le golpeó en el rostro.

-Eso era cosa mía -dijo-. No está bien que otros salieran heridos.

El sarraceno le miró fijamente.

-Creo que ésa es la tarea de todos los hombres honorables -dijo.

-Carahue, debería haberos dicho que se nos enfrenta la propia reina Morgana le Fay. Ella sabrá que hemos llegado hasta aquí. Imagino que estará ya en el Mundo Medio, consiguiendo los hombres necesarios para que nos detengan.

-Los mundomedianos viajan rápidamente -respondió Carahue-. Será mejor que no nos detengamos a descansar. ¿Pero qué haremos cuando lleguemos a esa iglesia?

-Entonces habrá terminado mi búsqueda... quizá... y quizá estemos a salvo. O puede que no. No lo sé.

Holger estuvo a punto de contarle a Carahue toda la historia, pero el sarraceno ya se había dado la vuelta para coger su caballo. No había tiempo.

Alianora saltó detrás de Holger sobre Papillon. Le estrechó la cintura con sus brazos, con una fuerza desesperada. Sólo se volvió una vez, para despedirse de aquel que quedaba enterrado.

El semental estaba deshecho, y la yegua se arrastraba agotada. Los cascos resonaban sobre la piedra, la hierba se abría con murmullos secos, el tojo rechinaba y los árboles muertos crujían. Abajo, por encima del horizonte, la media luna aturdía los ojos de Holger, como si tratara de cegarle.

Al cabo de un rato, Alianora dijo: -¿El enemigo se lanzó contra nosotros por casualidad, bajo el paso?

-No -contestó Holger mirando la tierra incolora punteada de sombras. Carahue era una silueta sobre las estrellas y las nubes... posiblemente iba dormido en la silla, pues no respondió cuando Holger siguió diciendo-: Primero llegó Morgana. Envió a los montañeses después de que habláramos.

-¿Y qué te dijo esa bruja?

-Ella... nada. Sólo quería que me rindiera.

-Imagino que desearía algo más -añadió Alianora-. Fue tuya en otro tiempo, ¿no?

-Así es -contestó Holger apagadamente.

-Ella podría darte una vida de orgullo.

-Le dije que prefería quedarme contigo.

-Oh, querido -susurró Alianora-. Yo... Yo...

Holger se dio cuenta de que estaba intentando no llorar.

-¿Qué sucede? -preguntó él.

-Ay, no lo sé. Debería ser tan feliz ahora... y, y sin embargo, no puedo evitarlo...

Se limpió los ojos con lo que quedaba del manto de Holger.

-Pero -replicó Holger tartamudeando-. Pero yo creía que tú y Carahue.

-¿El? Ciertamente es agradable. ¿Pero realmente crees, Holger, de verdad crees que yo quería otra cosa que mantener su mente apartada de ti y tu secreto? ¿Y quizá darte un poco de celos? ¿Cómo mujer alguna va a querer a un hombre que no seas tú?

El se quedó mirando la estrella polar.

Ella recuperó el aliento y le puso las manos en los hombros.

-No hablemos más de eso ahora -dijo Alianora con firmeza-. Pero si te pillo mirando a otra mujer, Holger, te irá muy mal -se detuvo-. Alguna mujer que no sea yo. Holger hizo que el caballo se detuviera.

-¡Carahue! -gritó-. ¡Despierta!

-¿Qué pasa? -preguntó el sarraceno cogiendo el sable.

-Nuestros animales -dijo Holger, no del todo especiosamente-. Si no les damos un descanso morirán. A la larga, correremos más si descansamos aquí una hora.

El rostro de Carahue era un contorno ovalado y borroso, su armadura tenía un brillo apagado, pero Holger pudo ver que meditaba sus palabras.

-No sé. Cuando Morgana se lance a perseguirnos, sus caballos son como una tempestad. Pero, sin embargo... -se encogió de hombros-. Como deseéis.

Se deslizaron por la hierba, Alianora iba cogida firmemente de la mano de Holger. El hizo una señal a Carahue, esperando que su gesto no fuera demasiado presuntuoso. El sarraceno pareció sorprendido un momento y después se echó a reír.

-Buena suerte, amigo mío -dijo. Se estiró cuan largo era sobre el suelo y se quedó silbando una melodía al cielo.

Holger siguió un trecho a Alianora. Se había olvidado de su dolor y su fatiga. El corazón le latía, pero no violentamente, sino con un tono alegre y fuerte que recorría todo su cuerpo. Cuando se detuvieron, se cogieron de las manos y permanecieron mirándose uno al otro.

La luz de la luna fluía sobre el montículo, grisáceo, cubierto por las sombras, destellando sobre la escarcha. Las nubes que quedaban tenían los bordes luminosos; las estrellas brillaban entre ellas. El viento seguía siendo fuerte, pero Holger no le prestaba atención. Veía a Alianora como una especie de azogue, de sombra deslizante de luz blanca y fría. Las gotas de rocío centelleaban en el pelo de ésta y la luz de la luna estaba en sus ojos.

-Quizá no tengamos oportunidad de hablar de nuevo -dijo ella tranquilamente.

-Quizá no -respondió él.

-Entonces déjame que te diga ahora que te amo.

-Y yo te amo a ti.

-Ay, querido mío... -se acercó a él y él la abrazó.

-He sido un estúpido -dijo él entonces, deseando poder encontrar palabras mejores-. No sabía lo que quería. Pensé que cuando esto terminara podría irme y dejarte. Estaba equivocado.

Ella le perdonó con las manos, los labios y los ojos.

-Si de alguna manera seguimos con vida -dijo él-, nunca nos separaremos. Pertenezco a este mundo. Al mundo en que tú vives.

Las lágrimas de ella captaron la luz de la luna, pero su risa era baja y feliz.

-Basta por ahora -dijo ella.

-El la besó de nuevo.

El grito de Carahue los apartó. El ruido volaba con el viento, sonoramente, y moría en ese lago de la luz de la una.

-¡Rápido, venid rápido, los montañeses!

24

LEJOS y débilmente, en el límite mismo de la audición, sonaron los cuernos. Transmitían el ruido del viento, el mar, de grandes alas batientes, una voz de halcón, una voz de cuervo. Y Holger supo que la caza salvaje de su ser había comenzado.

De un salto subió sobre Papillon. Cuando el semental se puso en movimiento levantó a Alianora y la colocó tras él. Carahue ya había partido. La yegua blanca y las desgarradas ropas blancas de su jinete parecían espectrales bajo la pálida luna. Podía escuchar los cascos. Se dispusieron a la larga huida.

La luna era un brillo plateado en el ojo izquierdo de Holger. El montículo se deslizaba hacia atrás, bajo los pies tenía la oscuridad, las piedras resbaladizas y el susurro de los matorrales, un repiquetees de ramas que se asemejaba a una risa. Bajo los muslos, sentía el movimiento y la palpitación de los músculos del caballo; en la cintura sentía las manos de Alianora, que le guiaban en la dirección que había espiado. El hierro que llevaba encima resonaba, el cuero crujía, el viento gritaba. Pero más fuerte era la respiración del esforzado caballo.

Por todas partes a su alrededor había estrellas, pero impensablemente remotas en un cielo negro. El Cisne centelleó sobre su cabeza, la Vía Láctea derramaba los soles en su oscuro arco, bajo la Estrella Polar giraba el Carro Mayor; todas las estrellas eran frías. Hacia el norte comenzó a ver las cumbres de la cordillera, como una espada afilada envainada en un hielo que brillaba bajo la luna. Tras él aumentaba la falta de luz.

¡Galopar, galopar y galopar! Holger escuchó entonces que los cuernos salvajes estaban más cercanos, gritando y gimiendo. Nunca había oído tal angustia como la que soplaba en los cuernos de los condenados. En el aire aromático pudo escuchar cómo resonaban los cascos en los cielos y el sonido de los perros inmortales. Se inclinó hacia adelante. Su cuerpo se sacudía con la prisa de Papillon, había soltado la mano de las riendas, poniéndolas sobre el cuello arqueado, y con la 3tra sujetaba a Alianora.

Velozmente, sobre el montículo de borde grisáceo, bajo las últimas nubes tormentosas y la luna que se hundía, tenía que galopar, galopar y galopar. La pena de los cazadores aullaba en su cabeza. Se movió y puso en tensión para ver su objetivo. Pero sólo podía ver la llanura, y las montañas glaciales más allá.

Carahue comenzó a quedarse atrás. Su yegua resbaló. De ma sacudida le levantó la cabeza y la acarició. Holger pensó que podía escuchar las patas de los perros de pesadilla. Un ^rito lunático le llegó.

Miró hacia atrás, pero el pelo agitado de Alianora ocultaba la visión de los que le seguían. Creyó haber visto un brillo metálico. ¿Ese era el rechinar de los huesos de los muertos?

-¡Deprisa, deprisa, el mejor de los caballos! Corre, camarada, corre como no lo ha hecho nunca ningún caballo lasta ahora, pues seguramente todos los hombres nos persiguen. Apresúrate, caballo mío, pues cabalgamos para saltar sobre el tiempo, cabalgamos marchando contra Caos. ¡Que Oíos sea contigo, que Dios te fortalezca para tu carrera!

Los sonidos de los cuernos llenaban su cráneo. Las pezuñas y perros y huesos vacíos estaban a su espalda. Holger sintió la vacilación de Papillon. Alianora casi cae al suelo. La cogió por la muñeca y la volvió a subir. Siguieron cabalgando.

Librodot

Hacia arriba, hacia adelante, ¿qué era aquello que se elevaba hacia el cielo? La iglesia de San Grimmin... pero la cacería salvaje aullaba por abajo. Pudo escuchar el clamor de los fuertes vientos, y vio la oscuridad ante sus *ojos. Jesucristo, no soy digno, pero ayúdame.*

Un muro se alzó en su camino. Papillon cobró fuerzas y lo saltó. Cuando los cazadores se acercaban a él, Holger sintió tal frío como no había soñado que existiera, recorriendo su corazón. Creyó haber oído el viento silbando entre sus costillas.

El corcel negro tomó tierra con un golpe tal que casi lo derriba de la silla. Después venía Carahue. La yegua blanca no salvó el muro. Cayó hacia atrás, pero su jinete saltó y se libró. Se cogió a la parte de arriba del muro y consiguió caer al patio de la iglesia. Holger escuchó a la yegua relinchar una vez, breve y horriblemente, antes de que los rugidos fueran más fuertes.

Y entonces desapareció. También el viento desapareció. El silencio se extendió como una pantalla.

Holger se inclinó. Su mano temblaba, pero cogió la de Carahue, como había cogido ya la de Alianora. Miraron a su alrededor.

El patio estaba cubierto de hierba y matorrales y de lápidas desvencijadas que circundaban el perfil ruinoso de la iglesia. La niebla se movía lentamente, a jirones, con un brillo blanco donde la tocaba la luz de la luna, y un olor húmedo a corrupción. Holger pudo percibir el estremecimiento frío de Alianora.

Escuchó el sonido que venía desde las sombras que había tras la iglesia. Era el sonido de un caballo moviéndose entre las tumbas. Un caballo viejo, cojo, exhausto hasta el borde de la muerte, que tropezaba entre las tumbas mientras le buscaba, y su garganta lanzó un gemido. Pues sabía que era el caballo del infierno, y que quien lo viera moriría.

Papillon no podía ya apresurarse, pues las lápidas surgían de las hierbas como dedos que tiraban de él. Carahue lo tomó de las riendas para dirigirlo. Caminaban entre las losas, que se inclinaban en su olvido, con los nombres borrados hacía tiempo de sus caras. El sonido del caballo viejo y cojo se fue haciendo cada vez más fuerte, trastabillando entre las sombras hacia ellos.

La niebla rué rodeando la iglesia de San Grimmin, cada vez más espesa, como si tratara de ocultarla. Holger apenas pudo ver que la aguja del campanario había caído, el techo había desaparecido, las ventanas estaban vacías. Lentamente, tanteando su camino entre los vapores y las tumbas, Carahue se aproximó a él.

Los cascos del caballo del infierno resonaban en la antigua gravilla. Pero aquella era la puerta de la iglesia. Holger la derribó. Alianora se encogió sobre el lomo de Papillon. El levantó sus brazos y ella cayó en ellos. La llevó encima, subiendo los escalones roídos por el tiempo.

-Tú también -dijo Carahue suavemente, conduciendo al corcel al interior.

Se detuvieron en lo que había sido la nave y miraron hacia el altar. El último rayo de luna caía sobre él. El crucifijo estaba todavía allí, elevado sobre el presbiterio caído, y Holger pudo ver el rostro de Cristo contra las estrellas. Cayó de rodillas y se quitó el casco. Un momento después, Carahue y Alianora se unían a él.

Escucharon que el caballo del infierno se iba. Cuando el sonido de sus cascos, al cojear, dio paso al silencio, despertó una ligera brisa que esparció la niebla. Holger pensó que la iglesia no estaba muerta, no estaba profanada. Se erguía teniendo el cielo como techo, y amurallada por el mundo vivo; se erguía como el signo de la paz.

Se levantó y atrajo hacia él a Alianora. Sabía que ése era el final de su búsqueda, y ese conocimiento le resultó doloroso. Puso los ojos en el rostro de Alianora, vuelto hacia arriba, antes de besarla.

Librodot

Carahue dijo suavemente:

-¿Qué es lo que en verdad habéis venido a buscar aquí?

Holger no respondió enseguida. Se acercó al altar. En el suelo, delante de la barandilla, había una loseta de piedra. Cuando tocó el aro de hierro que había encima, un estremecimiento antiguo le recorrió.

-Esto -dijo. Sacó su espada, que ahora era inútil como arma, y la metió entre el anillo para que le sirviera de palanca. La losa era terriblemente pesada. Sintió que el acero se doblaba con el esfuerzo-. Ayúdame -dijo jadeando-. ¡Por favor, ayúdame!

Carahue metió su espada en la grieta que había abierto el danés. Un momento después la otra espada se rompía. Juntos levantaron la losa. Cayó en el pavimento con un estruendo hueco y se rompió en tres pedazos. Alianora cogió a Holger por el hombro.

-¡Escucha! -exclamó.

El caballero levantó la cabeza. A lo lejos se escuchaba el estruendo de un ejército. Un terremoto de cascos, el sonido de las trompetas, el resonar mortal de las armas.

-Son las huestes de Caos que cabalgan contra la humanidad.

Holger miró al agujero estrecho que tenía a sus pies. La luz de la luna brillaba con un tono azul sobre la gran espada que yacía esperando.

-Nada tenemos que temer -dijo-. Ellos no pueden resistirse a lo que está encerrado en esta espada. Cuando sus dioses demoníacos hayan sido empujados hacia el Mundo Medio, los humanos salvajes se desesperarán y huirán. Los tendremos pronto aquí.

-¿Quién eres? -susurró Alianora.

-Todavía no lo sé. Pero lo sabré pronto.

Se retrasó un momento más. Había un poder en él, algo que estaba más allá de las esperanzas del hombre. No se atrevía a levantarlo. Miró hacia arriba, a la figura que había en la cruz. Doblándose, tocó con la mano la espada Cortana.

-Conozco esa espada -dijo Carahue sin aliento.

Holger sintió que la ilusión que le cubría se disolvía. Recuperó la memoria y se conoció a sí mismo.

Se reunieron a su alrededor, Alianora rodeada por su brazo libre, Carahue cogido a su hombro, el morro de Papillon empujando suavemente su pecho.

-Suceda lo que suceda -dijo Holger-, me suceda lo que me suceda, habéis de saber que retornaréis salvos y que siempre me llevaréis mi amor.

-Te he buscado, camarada -dijo Carahue-. Te he buscado, Ogier.

-Te amo, Holger -dijo Alianora.

Holger Danske, a quienes las antiguas crónicas francesas conocen con el nombre de *Ogier el Danés,* montó en la silla. Y fue el príncipe de Dinamarca, a quien en su cuna las hadas y los hombres le dieron fuerza, suerte y amor. Y él fue el que acudió a servir a Carlomagno y se elevó entre los mejores de sus caballeros, el defensor de la cristiandad y la humanidad. El que venció a Carahue de Mauritania en la batalla, y se convirtió en su amigo, y viajó muy lejos con él. El amado de Morgana le Fay; y cuando envejeció, ella le llevó a Avalon y le devolvió la juventud. Allí se quedó hasta que los paganos amenazaron de nuevo a Francia, cien años más tarde, y de allí salió para vencerlos de nuevo. Entonces, en el momento de su triunfo, fue apartado de los mortales.

Y algunos dicen que espera en la isla intemporal de Avalon hasta que la bella Francia esté de nuevo en peligro, y algunos dicen que duerme bajo el castillo de Kronborg y despertará cuando lo necesite Dinamarca, pero ninguno recuerda que es y ha sido siempre un hombre, con las necesidades y amores humildes de un hombre; para todos es simplemente el Defensor.

Salió cabalgando del montículo y fue como si el amanecer cabalgara con él.

Nota

TUVE una carta de Holger Carlsen poco después de la guerra, en la que me informaba de que estaba vivo. No volví a saber nada de él hasta dos años más tarde, cuando entró en mi despacho.

Pensé que había cambiado mucho, que se había vuelto más tranquilo, y mucho más viejo, pero no me sorprendí pensando las experiencias que debía haber tenido como guerrillero. Me dijo que había vuelto a encontrar trabajo en Estados Unidos.

-Sólo para ganar dinero -dijo-. Lo que realmente quiero hacer es buscar en vuestras bibliotecas. Ya he encontrado bastantes materiales en Londres, París y Roma, pero no los suficientes.

-¿Cómo diablos? -pregunté yo-. ¿Tú te has convertido en un bibliófilo?

Soltó una risotada bastante aguda.

-No del todo. Ya te lo explicaré en otro momento.

Luego me preguntó por los amigos mutuos de otros tiempos. Con su estancia en Londres, su inglés había mejorado.

Pero el otro momento no tardó en llegar. Imagino que necesitaba desesperadamente un oyente que sintiera simpa- tía. Había sido bautizado en la iglesia católica, dato éste que conociéndolo me parece una prueba importante de su historia, pero evidentemente el confesionario no servía igual. Necesitaba contar toda la histora, tal como le había sucedido.

-No es que espere que creas una sola palabra de esto -me dijo una noche en mi apartamento, sobre una cerveza y unos bocadillos-. Sólo te pido que me escuches, ¿lo harás?

Terminó la historia momentos antes de amanecer, cuando bajo nosotros las calles estaban vacías y las luces de la ciudad apagadas nos permitían ver algunas estrellas. Se sirvió un poco más de cerveza y se quedó mirándola un largo rato antes de bebería.

-¿Y cómo regresaste? -le pregunté con toda tranquilidad para no molestarle. Parecía un insomne.

-De pronto estaba de vuelta -contestó-. Salí cabalgando y acabé con las fuerzas de Caos, haciéndolas retroceder ante mí. Y de alguna manera me empezó a parecer como si estuviera luchando también en aquella playa, en otra noche y otro mundo. Y así fue. Ataqué desnudo. Mis ropas no habían hecho la transición conmigo y yacían en un montón a mis pies. Una o dos balas me rozaron, pero nada grave. Me movía con una rapidez endiablada. Con mayor rapidez de la que tiene derecho a moverse la carne humana. Los doctores dicen que puede suceder así bajo condiciones de estrés extremo. Por la adrenalina, o algo parecido. El caso es que llegué a donde estaban los alemanes, le quité la ametralladora a uno de ellos, la cogí como si fuera un mazo y me puse manos a la obra. Terminé con aquello rápidamente.

Hizo una mueca ante aquel recuerdo desagradable, pero siguió hablando obstinadamente.

-Esos dos mundos, y por lo que sé muchos más, son en cierta manera el mismo. Se estaba librando la misma guerra, aquí con los nazis y allí con el Mundo Medio. Pero en ambos lugares, Caos contra la Ley, algo viejo, salvaje y ciego en guerra con el hombre y las obras del hombre. En

ambos mundos eran épocas de necesidad para Dinamarca y Francia. Por eso Ogier apareció en ambos, tal como debía hacer.

Aquí, en este universo, el escenario exterior es menos pintoresco, o eso imagino. Un hombre que va en un barco y escapa para ayudar a los aliados. Pero su fuga era necesaria. Y a la luz de lo que ha sucedido desde entonces, es fácil conjeturar el motivo. Por eso Holger el Danés se levantó para asegurarse de que escapara. Estuve... ¿cuánto tiempo, semanas?... en el mundo carolingio, y en el mismo minuto regresé a éste. El tiempo es algo divertido.

-¿Y qué fue de ti después? -pregunté.

Sofocó una risa.

Lo pasé bastante mal explicando por qué y cómo me quedé desnudo antes de cargar contra el enemigo. Pero teníamos prisa y cogimos caminos separados antes de que la tensión de mi cerebro fuera demasiado grande. Desde entonces he sido Holger Carlsen, sencillamente. ¿Qué otra cosa podía hacer? -se encogió de hombros-. Cuando me reconocí a mí mismo como el Defensor, ataqué a las huestes de Caos en ese mundo. Después, por causa del hechizo, volví aquí para terminar mi tarea en este lado. Una vez que la crisis hubo pasado en ambos mundos, que el trabajo estuvo hecho... bueno, se restableció el equilibrio. Ya no había una fuerza desequilibrada que me enviara a través del espacio-tiempo. Así que me quedé.

Se quedó mirándome, con aspecto fatigado.

-Desde luego, sé lo que estás pensando. Engaños y todo eso. No te culpo. Pero gracias por prestarme tu oído.

-No estoy seguro de mis pensamientos -respondí-. Pero dime, ¿por qué estás buscando libros?

-Libros antiguos -dijo-. *Grímoires.* Tratados de magia. Morgana me envió aquí una vez -dejó caer el puño sobre la mesa-. ¡Y yo mismo encontraré el camino de regreso!

No lo he visto ni he sabido nada de él durante años. Ni nadie lo ha hecho. Bueno, la gente desaparece. Quizá desapareciera en el lugar del que hablaba... eso suponiendo que la historia sea cierta, asunto sobre el que no emito juicio alguno. Pero espero que lo hiciera.

Entretanto, nuevas tormentas se alzan. Puede ser que necesitemos de nuevo a Holger el Danés.

FIN